GRANDES GUERRAS DE NUESTRO TIEMPO

Dr. KURT ZENTNER

LA RESISTENCIA

3



BRUGUERA

GRANDES GUERRAS DE NUESTRO TIEMPO

Grandes guerras



Dr. KURT ZENTNER

de nuestro tiempo

LA RESISTENCIA

(III)

La resistencia durante la guerra (1939-1945)

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA • BOGOTA • BUENOS AIRES • CARACAS • MEXICO

Título original:

ILLUSTRIERTE GESCHICHTE DES WIDERSTANDES IN DEUTSCHLAND UND EUROPA 1933-1945

Colaboración: Gerd Schreiber

Ilustraciones: Bundesarchiv, Koblenz, Ministerio de Asuntos Exteriores danés, Copenhague. Archivo de documentos de la resistencia austríaca, Viena. Gente, Guerra civile, Milán. Hackl, Walter, Viena. Ministerio de Defensa italiano, Roma. Livre d'Or de la Résistance Belge, Bruselas. Ministerio de Asuntos Exteriores noruego, Oslo. Pragopress, Praga. Rijksinstituut voor Oorlogsdocumentatie, Amsterdam. Rübelt, Lothar, Viena. Publicaciones soviéticas. Süddeutscher Verlag, Bilderdients, Munich. The Wiener Library, Londres. Ullstein-Bilderdients, Berlín. "Wir haben es nicht vergessen", Polonia Verlag, Varsovia. Archivo del autor.

Revisión técnica de la edición española: D. Carlos Fabiani, comandante de Ingenieros.

1.ª ed. en 15 vols.: Enero, 1980

Printed in Spain - Impreso en España

Depósito legal: B. 35.304 - 1979 (III)

ISBN 84-02-06782-4 (III)
ISBN 84-02-06783-2 (Obra completa)

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Carret. Nacional 152, Km 21,650. Parets del Vallès. Barcelona - 1980

El INDICE GENERAL o CONTENIDO de este volumen figura en la primera parte, titulada "Alemania (1933-1939) y Norte de Europa", vol. 7 de esta colección, págs. 5, 6, 7 y 8.

Resistencia en el Este

(Continuación.)

Los Gobiernos británico y checo en el exilio, con el asesinato de Heydrich lograron el objetivo que perseguían: obligar a los germanos a dictar y ejecutar severísimas represalias contra la población civil, a fin de fomentar un odio a muerte hacia el invasor y hacer que contribuyera activamente en la lucha apoyando a los partisanos.

En febrero de 1941 se instituyó en Moscú el Mando Central de Partisanos, encargado de coordinar la actividad de los guerrilleros con la de las fuerzas regulares del Ejército Rojo. Stalin inició al mismo tiempo la guerra psicológica. La propaganda basada en consignas como «patria del proletariado», «revolución proletaria» y «lucha de clases» ya no conseguía enardecer al pueblo soviético, ni tampoco la «defensa de los logros del socialismo».

Ciertamente que se habían conseguido grandes progresos, tales como seguros sociales, instrucción y otros, beneficio exclusivo de los trabajadores de las ciudades. Según las teorías leninistas, el campesino seguía siendo un elemento reaccionario con la misma mentalidad de la época feudal. Y es que para el agricultor, las «conquistas del socialismo» implicaban, en primer término la pérdida de sus tierras y en defensa de ellas millones de campesinos fueron ejecutados o perecieron de inanición. El campesinado formaba la gran mayoría de la población y la actividad de los partisanos habría de tener por escenario el campo, no la ciudad. En esta última pueden efectuarse toda suerte de sabotajes, mas no ataques en gran escala.

Entonces Stalin se acordó del buen Dios. Se disolvió el «movimiento ateo» comunista, prohibiéndose la revista *El ateo*, que se vendía por millones de ejemplares. La consigna marxista «La religión es el opio del pueblo» fue suprimida apresuradamente en todas partes. En la Pascua de 1942, los templos se vieron atestados de fieles, por primera vez desde que Stalin regía los destinos del país. En las iglesias moscovitas, coros comunistas entonaban motetes litúrgicos. La imprenta oficial dio su *imprimatur* a la Biblia. El patriarca de Moscú, encarcelado desde hacía mucho tiempo, fue puesto en libertad y calificó a Stalin como «salvador de la patria.»

La patria... Otro regalo que hacía Stalin a su pueblo; la madrecita Rusia, la santa, que despertaba de la tumba para maridar al divino Josef Visarionovitch, al padrecito Stalin.

Los «verdugos zaristas», «negreros imperialistas», «generales lacayos de los capitalistas» fueron vestidos con ropaje blanco. Suvorov, Kutusov y el

ТОВАРИЩИ ПАРТИЗАНЫ
И ПАРТИЗАНКИ!

Преследуйте отступающего врага.
Сопровождайте его, как тень,
на всех путях и дорогах.
Бейте немецко-фашистских мерзавцев
везде и всюду!

ДОРОГИЕ БРАТЬЯ И СЕСТРЫ
ИЗ ОККУПИРОВАННЫХ НЕМЦАМИ
ОБЛАСТЕЙ!

Фашистская Германия истекает кровью,
ее людские резервы иссякают.
Крах гитлеровских разбойников неминуем.
Чтобы ускорить этот крах, поднимайтесь
против захватчиков, истребляйте их
всеми средствами.
Смерть немецким оккупантам!

Izquierda: Llamamiento a los partisanos rusos: «Camaradas guerrilleros, hombres y mujeres: Perseguid implacablemente al enemigo en retirada; no le dejéis ni de día ni de noche, en todos los caminos y carreteras. ¡Guerra a muerte a los fascistas alemanes!» Arriba, derecha: Dorso de la octavilla: «Queridos hermanos y hermanas de los territorios ocupados por el enemigo: La Alemania fascista se desangra. Sus efectivos humanos han disminuido considerablemente. El hundimiento de los bandidos hitlerianos es inevitable. Alzaos para acelerar este hundimiento, y destruid al enemigo con todos los medios a vuestro alcance. ¡Muerte al invasor!»

almirante Nachimov subieron de pronto al pedestal de los héroes populares. Las condecoraciones que el zar, el «asesino del pueblo ruso», impusiera a los héroes de la Primera Guerra Mundial, volvieron a lucir en el pecho de los guerreros, donde pronto se vieron más cruces de San Jorge que distintivos comunistas. La *Internacional,* himno soviético, se reservó exclusivamente para las asambleas del partido. ¡Nada de bolchevismo, partido, ni socialismo! Patria, madrecita Rusia, rezaban las consignas. En los nuevos himnos no se hablaría de comunismo ni nada parecido; de Rusia y su protector, Stalin, y basta. El nuevo himno comenzaba así:

Los fuertes pueblos de la Unión Soviética,
están unidos para siempre con la gran Rusia,
bajo la sombra de Stalin, el sabio...

Otros cánticos fueron modificados siguiendo idéntica pauta. No tardaron tampoco en reaparecer en las hombreras de los oficiales las charreteras grandes y doradas de la época zarista. Se crearon nuevas unidades llamadas Regimientos de la Guardia. El poder del comisario político se vio considerablemente disminuido, al menos sobre el papel, puesto que la realidad era algo diferente. De todas maneras, las nuevas reformas constituían, para el alma del pueblo ruso, un revulsivo mejor que cualquier alusión a los principios socialistas.

No cabe la menor duda: ese tipo de medidas lograron aumentar considerablemente la moral combativa de los oficiales y soldados del Ejército Rojo, al igual que el valor de la retaguardia. Pero no podía hablarse de resistencia en las zonas ocupadas por los alemanes; de ella no había la menor traza. Las cosas empezaron a modificarse en el curso de 1942, contribuyendo a ello varios factores.

En primer término hay que destacar el terror, ejercido por los propios soviets. Los fugitivos del Ejército Rojo —en su mayor parte funcionarios comunistas—, que trataban por todos los medios de escapar al cautiverio en manos alemanas, y muchos huidos de los campos de prisioneros enemigos, se agrupaban en fuertes bandas que llegaron a adueñarse de poblaciones enteras. En ellas, el alcalde, los funcionarios y policías municipales elegidos por la población, eran ejecutados junto con sus familiares. Si alguna ciudad se negaba a ayudar a los partisanos, se le pegaba fuego y se daba muerte a sus habitantes. Seguidamente se enviaban agentes a los demás pueblos del contorno, propalando las crueldades ejecutadas por los alemanes. Los partisanos actuaban con gran dureza, no sólo respecto a los combatientes alemanes, heridos y prisioneros, sino contra sus propios paisanos y gentes de sus filas.

El general Linstov, uno de los más destacados jefes de guerrilleros, «Héroe de la Unión Soviética», conocido entre los partisanos por «Batia», refirió en su libro *El frente invisible* el trato que se daba a los nuevos guerrilleros. Los soldados fugitivos o los prisioneros evadidos eran azotados sin piedad; los primeros por haberse desprendido de las armas al huir del enemigo, y los segundos por haberse dejado capturar sin ofrecer resistencia «hasta la última gota de sangre».

En las órdenes impartidas por otros jefes de guerrilleros se observa la misma tónica. En el *Diario* de Operaciones de Serguei Vladimirovich Grischin, comandante de un regimiento de partisanos que operaba en las zonas boscosas de Rusia Blanca, aparecen las siguientes anotaciones:

«Durante la lucha resultaron muertos nueve policías rusos; entonces fueron escogidos nueve prisioneros alemanes para ser fusilados. Uno de ellos quedó con vida..., tendido en el campo como si estuviera muerto. El partisano Skvorzev le asestó una puñalada para "volverle a la vida", y con otra se aseguró de que nunca volviera a levantarse.»

El fragmento que aparece a continuación muestra cómo trataban a sus gentes. El comandante Grischin, confirmado en su puesto por Kruschev, escribió:

«Batcharev, jefe de grupo, ha sido pasado por las armas a consecuencia de haber abandonado su puesto por propia iniciativa.

»Andreienkova, partisana encargada de misiones de espionaje, ha sido fusilada por haber desobedecido repetidamente las instrucciones del mando.

»Lukianov, jefe de pelotón, ha robado vodka y se ha emborrachado con sus hombres. También ha sido fusilado.»

En las filas de los partisanos luchaban asimismo mujeres. Aunque lo hacían con gran fanatismo y eficacia, no eran muy apreciadas por sus camaradas, porque algunos no las miraban como compañeras de lucha, sino como hembras. En cuanto se refiere a las mujeres, Grischin emitió la siguiente orden el 11 de mayo de 1943:

«Se han repetido desórdenes con las mujeres. Siete son los casos de embarazo; estas mujeres representan un estorbo para los partisanos, y hay que fusilarlas.»

Además de mujeres, había también niños entre los guerrilleros. En general cumplían misiones de observación, pues los alemanes no se imaginaban que los niños pudieran ayudar a los partisanos. Los informes soviéticos posteriores a la guerra silencian este extremo, pero el escritor ruso Mijail Cholojov lo menciona con orgullo manifiesto:

«En cuanto se refiere a los niños, incluso el más acerbo crítico de la Unión Soviética habrá de admitir que nuestro país es el más avanzado de la tierra por lo que respecta al cuidado de la infancia. No es de extrañar, pues, que los niños soviéticos se hubieran prestado espontáneamente a participar en la lucha en defensa de un sistema al que tanto tienen que agradecer...»

Pero no conviene olvidar que la Unión Soviética es quizás el único país del mundo que tiene prevista la pena capital para muchachos a partir de los doce años, incluso por delitos menores como el hurto. También hay que hacer constar que el régimen bolchevique dio lugar a la existencia de cen-

tenares de miles de «brepisornis», jóvenes desarraigados, sin familia ni hogar, que se veían obligados al robo, al saqueo e incluso al asesinato, sólo por tratar de sobrevivir. Un niño educado en la doctrina bolchevique, o en otra cualquiera, se olvida de la moral y de la política cuando se trata de luchar por la subsistencia. Por eso, a pesar de lo que narra Cholojov y otros sobre los «niños héroes», no es por deseo de aventuras por lo que se unían a los partisanos. Naturalmente que la propaganda no dejó de aprovechar tan buena oportunidad: «¡Ved cómo luchan contra los niños esos bárbaros alemanes! ¡Matadlos sin piedad!»

Había comenzado el terror. Stalin no erró en sus cálculos: el terror es como un tornillo sin fin, que aumenta a cada vuelta una vez que ha iniciado su avance mortal. Y eso favorecía los designios del zar rojo.

Pronto tuvo unos cómplices en quienes no había pensado. Se llamaban Koch, Lochse y Kube. Hitler los había nombrado jefes de la administración civil en los territorios conquistados del Este. El mejor aliado de Stalin fue sin duda alguna Erich Koch, *gauleiter* prusiano del NSDAP, comisario del Reich para Ucrania. En 1925, Koch, junto con Goebbels, pertenecía al «ala socialista» del partido nazi y también con Goebbels abogó por la expulsión del seno del partido del «pequeño burgués Hitler». Ahora, Koch se veía el amo absoluto de un inmenso territorio que se extendía del Báltico al Negro. Nada quedaba ya de aquel Koch «socialista»; se había sumado a las teorías racistas de su Führer, y consideraba inferior a todo aquel que no fuera ario, y sobre todo a los eslavos. Y los arios eran, naturalmente, los alemanes. Koch, al igual que los otros comisarios del Reich en las zonas ocupadas de Rusia, en ningún momento intentó satisfacer los deseos de la población, que todo lo esperaba de los alemanes. Restableció la libertad de cultos con la sola finalidad de combatir las doctrinas bolcheviques; los templos volvieron a abrir sus puertas y los popes no eran perseguidos. Sin embargo, todo ello quedaba subordinado a las conveniencias militares de los germanos.

Pero no tardó en esfumarse la esperanza en un Estado ucraniano propio. Lo que Stalin difundía ahora con tanto apremio, la idea de la patria y el sentimiento del patriotismo, no querían reconocerlo Koch y sus congéneres.

Koch aclaró que no podía existir un Estado ucraniano independiente. «Ucrania —decía— sólo debe subvenir a las necesidades de Alemania y, por lo tanto, se sacará el máximo partido posible de los medios de producción de las zonas ocupadas. La conducta alemana en Ucrania es consecuente con el convencimiento de que los habitantes de esta región son gente inferior.» Los koljós soviéticos no fueron disueltos, como esperaban los campesinos. La administración civil alemana aprovechó el rígido sistema soviético para explotar despiadadamente a los pobres labriegos. Alemania luchaba a vida o muerte, y debía apelar a todos los recursos a su alcance, sin tener en cuenta las esperanzas y el destino de los campesinos de la Rusia Blanca, llamada asimismo Bielorrusia.

Otro jerarca germano, el *gauleiter* Sauckel, supuso también una ayuda para Stalin. Sauckel —de quien dijo el doctor Goebbels, en su *Diario* publicado después de la guerra, que era el «más insípido entre los insípidos»—, fue nombrado por Hitler Comisario del Reich para la Mano de Obra. La industria alemana tenía necesidad de ella en abundancia, y, en consecuencia, Sauckel comenzó a reclutar gran número de trabajadores en los territorios ocupados del Este.

Hay que hacer constar que, al principio, se trataba de mano de obra voluntaria, aunque era insuficiente para cubrir el gran número de puestos vacantes en las industrias. De ahí que no se tardara en recurrir a la leva forzosa de trabajadores, de ambos sexos, para su traslado a Alemania.

En muchos lugares los hombres, sobre todo los jóvenes, procuraban ponerse a salvo huyendo en cuanto se iniciaba una de las muchas «operaciones Sauckel», como se denominaba a tales reclutamientos forzosos. La mayoría de ellos marchaban al bosque, a unirse a los partisanos. Cuanto más aumentaba la codicia de Koch por el botín, y la de Sauckel por conseguir mano de obra para las fábricas alemanas, tanto mayor era el número de guerrilleros con quienes tenían que habérselas.

Allí donde, por la proximidad del frente, los funcionarios y militares subalternos gozaban de más amplias atribuciones, se adoptaron por parte de éstos algunas medidas contra las acciones de Koch y Sauckel, para frenar el continuo aumento de los grupos de partisanos. A pesar de ello, al final fue preciso actuar con energía para pacificar toda la zona al sur de Briansk, cuya superficie, en gran parte cubierta de bosques y pantanos, constituía un terreno ideal para los guerrilleros. No obstante, los alemanes consiguieron limpiarlo de partisanos, sin que por ello tuvieran que sacrificar demasiados hombres en la operación.

Dos jefes militares del Grupo de Ejércitos Centro fueron los autores del victorioso plan. Uno era el general de tropas blindadas, Rudolf Schmidt, comandante del 2.° Ejército acorazado; el otro, el joven teniente coronel Klaus Schenk, conde de Stauffenberg, adscrito al Estado Mayor de dicho Grupo de Ejércitos.

Stauffenberg fue uno de los que apoyaron la formación de «unidades nativas», en las que se incluirían rusos blancos, ucranianos, rusos, cosacos y otros elementos deseosos de combatir al lado de la Wehrmacht contra sus opresores bolcheviques. De ahí que el oficial de EM Stauffenberg abogase por el ROA, o Ejército de Liberación Ruso, bajo el mando del ex general soviético Vlasov; sabía que si luchaban por sus propios intereses, lo harían con más ardor y resultarían mucho mejores como aliados. Por eso aprobó también el experimento realizado por el general Schmidt en la retaguardia de su sector, donde tomó cuantas medidas tuvo a su alcance para yugular las operaciones de los partisanos. Sin embargo, el experimento

acabó de una manera trágica. El propio Von Stauffenberg, el más destacado entre los autores del atentado contra Hitler el 20 de julio de 1944, cayó bajo las balas de un pelotón de ejecución en el patio del Ministerio de la Guerra, en la Bendlerstrasse berlinesa, en una de las más duras represalias por parte alemana.

En marzo de 1942, una pequeña columna de trineos tirados por caballos apareció en la villa de Lokot, al sur de Briansk. Los viajeros eran todos rusos. El jefe de la expedición mostró al comandante alemán de la localidad un escrito del general Schmidt, de las tropas blindadas, cuyo encabezamiento rezaba: «A quien concierna».

Los comandantes alemanes del área de despliegue de las fuerzas de Schmidt debían prestar al portador del escrito la mayor ayuda posible, pues había sido nombrado por Schmidt gobernador del territorio situado al sur de Briansk, incluidas las ciudades de Navliam, Lokot, Dimitrovsk, Dimitriev y Sevsk. El hombre se llamaba Kaminski, Mieczyslaw Kaminski; había nacido en Posen, en 1896, y era de nacionalidad polaca.

Kaminski, lo mismo que muchos fascistas destacados —el Duce italiano, Benito Mussolini; el mariscal Pilsudski; el comisario del Reich, Koch, o el magistrado supremo del tribunal popular, Freisler—, fue al principio de su carrera un socialista radical. En su día participó en la Revolución bolchevique de San Petersburgo, hoy Leningrado. Más tarde fue enviado a Siberia por la policía secreta de la NKVD, de donde se le trasladó al territorio pantanoso del sur de Briansk. Entonces adoptó la nacionalidad rusa, pero políticamente se inclinó por el fascismo. El general Schmidt, de acuerdo con Von Stauffenberg, autorizó a Kaminski para que actuara con plena autonomía en el territorio designado, pudiendo nombrar autoridades locales y de distrito o someter tales nombramientos a votación popular, organizar la vida económica de dicha zona y, lo que era más importante, emprender con sus propias fuerzas y el concurso de la población la lucha contra el enemigo bolchevique. Los alcaldes respectivos serían los encargados de constituir cooperativas agrícolas, que proporcionarían a los labriegos ganado y pienso. La creación de esta «milicia popular» al principio fue un éxito indudable de la política de ocupación alemana.

Pero no tardaron en hacer su aparición, en los dominios de Kaminski, los partisanos o «bandoleros», como oficialmente se los designaba. Lo que los guerrilleros deseaban no era la propiedad anónima de las cooperativas, la llamada «sociedad socialista», sino las posesiones de los campesinos.

La milicia voluntaria de Kaminski recogió gran cantidad de armas que habían sido abandonadas por el Ejército Rojo, no tardando en convertirse en una fuerza que imponía respeto a los guerrilleros, con un total de seis batallones de 500 a 600 hombres cada uno, una sección blindada con doce tanques y una fuerza de artillería con veinte piezas.

Sin embargo, el ejemplo de Kaminski, que incluso llegó a emprender pequeñas operaciones ofensivas contra los partisanos, no cundió por el país porque, en general, las autoridades alemanas estaban imbuidas de la doctrina racista y sólo buscaban el máximo aprovechamiento de los territorios ocupados, en beneficio, naturalmente, de la Gran Alemania. Por otra parte, la implacable lucha de guerrillas, con sus golpes y contragolpes, requería más

---

Guerrilleros

La actividad subversiva del partido comunista soviético es la precursora, la madre de las guerrillas. Dondequiera que exista dicha actividad (como actualmente en la República Federal alemana), debe esperarse la pronta aparición de los partisanos.

El programa de las actividades subversivas y de su secuela, las guerrillas, se desarrolla como sigue, de acuerdo con las tácticas más modernas:

a) Actividades subversivas:

1. *Labor agitadora entre la población y puesta en movimiento de ésta para la lucha contra el enemigo. Medios: octavillas, periódicos convenientemente orientados, etcétera.*
2. *Organización del espionaje, información, propaganda y sabotaje.*
3. *Acción desmoralizadora en el seno de las tropas enemigas, provocando disturbios en caso de llamamiento a filas. Medios: octavillas, periódicos convenientemente orientados, etcétera.*
4. *Creación de depósitos de aprovisionamiento para los guerrilleros (víveres, ropas y armamento) y suministro de los mismos.*
5. *Labor de infiltración en los ejércitos enemigos, en los centros oficiales y en las sedes de los partidos políticos.*
6. *Instalación de imprentas secretas para la elaboración de material de propaganda (octavillas, periódicos, etcétera).*
7. *Adiestramiento de cuadros especializados en la agitación, propaganda, información, etcétera.*
8. *Establecimiento de enlaces continuos con el frente y la jefatura de los partisanos.*

b) Guerrillas:

1. *Destrucción de toda clase de vías de comunicación, puentes, aeródromos e instalaciones ferroviarias.*
2. *Destrucción del armamento y material enemigos.*

hombres para combatirla, extendiéndose las operaciones incluso a zonas hasta entonces tranquilas, donde los alemanes no esperaban encontrar resistencia.

Cabe destacar que la actividad de los partisanos se hizo más intensa al evidenciarse que Alemania ya no ganaría la contienda. El incremento de las maniobras partisanas empezó a notarse en la primavera de 1943, tras la batalla de Stalingrado, y alcanzó su máximo grado tras el fracaso de la Operación Ciudadela, en julio del mismo año, la última gran ofensiva en el frente oriental, donde Hitler realizó un nuevo intento de inclinar la balanza a su favor. El fracaso de la operación se debió, en gran parte, a que los agentes al servicio de los partisanos informaron al mando del Ejército Rojo sobre muchas particularidades relativas a la inminente ofensiva germana.

Resulta evidente que el movimiento guerrillero ganaba en intensidad a medida que las cosas se ponían mal para las tropas alemanas. Los que hasta entonces habían simpatizado con los germanos, esperaban encontrar una buena excusa para cuando los soviets volvieran a hacerse cargo de la situación. Así, los que temían perder la vida acusados de colaboracionistas y traidores, se dedicaban con mayor ardor a los actos de sabotaje; y mientras durante el día conversaban amigablemente con los alemanes en calidad de policías o empleados, al caer la noche se convertían en sus más acérrimos enemigos.

Por esta y otras muchas razones, no puede decirse que el movimiento soviético de resistencia tuviera una base arraigadamente popular. Los grupos de resistencia o constituían una rama secundaria del Ejército Rojo, directamente organizado por el mando político y militar —la Unión Soviética fue el único país que, total o parcialmente ocupado, mantuvo su Gobierno en funciones—, o bien surgieron bajo la fuerza de las circunstancias.

Si es que puede hablarse de un genuino movimiento de resistencia popular, ello sólo es aplicable a Ucrania, donde la población odiaba tanto a los ocupantes alemanes como la idea de tener que volver a vivir bajo el yugo soviético.

El 14 de octubre de 1942 se estableció un mando general que coordinaría las acciones, hasta entonces dispersas, de los partisanos y otros grupos de la resistencia. Los jefes del movimiento de independencia ucraniano, cuya meta era la liberación definitiva de Ucrania, se convencieron de que nunca alcanzarían su objetivo de seguir al lado de los alemanes. Estos, que en 1941 fueron saludados con júbilo por la población ucraniana como liberadores del yugo bolchevique, no tardaron en considerar a Ucrania como al resto de los territorios ocupados de Rusia, es decir, como tierras objeto de botín.

La inclinación mostrada en 1941 hacia el «libertador» se fue convirtiendo paulatinamente en odio.

El mando central del movimiento de resistencia unificó los diversos grupos en un organismo común, denominado UPA, Ukranianska Povstantcha Armia (Ejército Ucraniano de Liberación), cuya misión consistía en:

1.° Obstaculizar la recogida de cereales y de otros productos agrícolas por parte de los alemanes, así como su transporte con destino a Alemania.

2.° Luchar contra el reclutamiento de mano de obra para los alemanes, en especial la forzosa.

---

3. *Reconocimiento, observación y sabotaje.*
4. *Paso de espías y saboteadores a través de la línea de fuego y otras zonas peligrosas.*
5. *Agitación y propaganda prosoviéticas en territorios ocupados por el enemigo, mediante octavillas y verbalmente.*
6. *Ayuda moral y económica a los ciudadanos soviéticos víctimas de las requisas de bienes efectuadas por el ocupante.*
7. *Liquidación de los elementos de la policía de ocupación, funcionarios y personas que colaboren con el invasor.*
8. *Infiltración de saboteadores entre el personal ferroviario, de Correos y de los aeródromos.*
9. *Establecimiento de enlaces continuos con el frente y la jefatura de los partisanos.*
10. *Instalación de imprentas para la confección de periódicos y octavillas (en el caso de que la sección de actividades subversivas no esté en disposición de hacerlo).*

En resumen, la acción subversiva comunista soviética y las guerrillas tienen como objetivo fundamental retener a retaguardia del frente el mayor número posible de tropas enemigas, sembrar el odio entre la población, minar la moral de las tropas enemigas, obstaculizar el envío de hombres y material al frente por parte del enemigo, y hostigarle sin descanso en todos sus puntos neurálgicos.

De esta manera, el enemigo se verá obligado a distraer fuerzas para combatir a las guerrillas, y tales fuerzas son las que probablemente le harían falta en la línea de fuego.

Los guerrilleros atacarán siempre en varios puntos a la vez, para que el enemigo tenga que dispersar sus efectivos, haciéndolos más vulnerables y sembrando la inquietud entre ellos. La misión del partisano no es la guerra de posiciones o los grandes encuentros decisivos; su objetivo consiste en fijar a retaguardia el mayor número posible de unidades enemigas y provocar disturbios en zonas alejadas del frente.

(Valdis Redelis, *Guerra de guerrillas*)

3.° Formar una estrecha red entre los diversos grupos de la resistencia, a fin de difundir rápidamente las maniobras del enemigo y aprestarse a sabotearlas.

4.° Crear escuelas especiales para la formación de expertos militares en la actualidad, y jefes políticos en el futuro.

El UPA alcanzó en corto tiempo unos efectivos de hasta 200.000 hombres. Desde la primavera de 1943 dio muestras de gran actividad, sobre todo en sus continuos y fructuosos ataques a las líneas de abastecimiento alemanas. Los trenes descarrilaban sin cesar; en los tenders, ocultos bajo el carbón, se colocaban explosivos de efecto retardado, y las locomotoras volaban en pedazos; la pobre red de carreteras de la región fue minada a conciencia, y las débiles unidades de escolta que acompañaban a los transportes eran fácil presa de los guerrilleros. Mediante el asalto a los campos de prisioneros de Kremenez, Dubno, Luck, Kieverzi y Kovel, las filas de los partisanos se vieron engrosadas con gran número de elementos de refuerzo.

Pero las grandes operaciones de carácter verdaderamente militar se iniciaron en 1943. Las tropas alemanas tenían que defender la retaguardia, empleando cada vez mayores efectivos, para rechazar los ataques del Ejército Ucraniano de Liberación. El movimiento de resistencia ucraniano contó siempre con el apoyo de la población entera sin necesidad de recurrir al terror como hacían los partisanos soviéticos.

En 1944, no sólo eran las unidades en retirada las que combatían al UPA, sino hasta divisiones enteras. En mayo de 1944, en el lugar denominado Tchorni Lis (Bosque Negro), distrito de Stanislav, una división alemana pasó grandes apuros para evitar su total aniquilamiento. En julio del mismo año, fuerzas del UPA atacaron las posiciones alemanas del monte Lopata, donde se encontraba el cuartel general alemán de las fuerzas en Ucrania. Se luchó encarnizadamente en Skolie y Boleiv; los atacantes ocasionaron fuertes pérdidas a las divisiones alemanas y húngaras.

Por último, el mando militar alemán trató de concertar una tregua con el UPA, por haberse

Gesamtergebnis:

Datum	Banditen	Juden	Zigeuner	Sonderbehandelte	eigene Verluste
22.11.	-	-	-	15	1 Toter
23.11.	4	8	7	287	2 Tote
24.11.	14	-	-	268	1 l.Verwundetr 1 Toter
25.11.	42	2	-	68	
26.11.	-	-	-	-	-
Gesamt:	60	10	7	638	4 Tote 1 l.Verwundeter

715

Die Feindverluste am 24.11. konnten nicht restlos festgestellt werden, da es dem Gegner gelang, im dichten Waldgelände Verwundete und Tote selbst zu bergen.

Beute:
2 s.M.G.
10 Gewehre
2 M.Pi.
1 Leuchtpistole
Munition, Handgranaten,
1 Fu-Gerät,
1 Radio-Gerät.

Ausserdem wurden grosse Mengen Lebensmittel, Getreide und Vieh erbeutet und den La-Führern zugeleitet.

Arriba: Parte de la brigada de infantería de las SS, núm 1, sobre el resultado de la operación «Nuremberg» (destrucción de los grupos de partisanos enemigos en la zona boscosa al norte de Postawy), del 22 al 26 de noviembre de 1942. Derecha: Informe del regimiento de Caballería núm. 2, de las SS, relativo a una operación en los «pantanos del Pripot», de 12 de agosto de 1942. En él se dan con pedantesca prolijidad los detalles de las medidas de seguridad tomadas en las zonas de retaguardia.

Weiber und Kinder in die Sümpfe zu treiben, hatte nicht den Erfolg, den er haben sollte, denn die Sümpfe waren nicht so tief, dass ein Einsinken erfolgen konnte. Nach einer Tiefe von 1 Meter kam man in den meisten Fällen auf festen Boden (wahrscheinlich Sand), sodass ein Versinken nicht möglich war.

Kommunisten wurden nicht angetroffen. Im wesentlichen handelte es sich um Personen, die sich kommunistisch betätigt hatten. Meldungen über vorhandene Banden waren in den meisten Fällen übertrieben. Durchsuchungen waren gewöhnlich erfolglos. In einem Falle wurde ein polnischer Pfarrer erschossen, weil er für Polen Propaganda machte und die Bevölkerung aufmunterte, durchzuhalten; Polen würde wieder erstehen. Flugblätter ähnlichen Inhalts wurden in der Gegend von K a m i e n - K o s c y r s k o abgeworfen.

Ukrainische Pastoren waren sehr hilfsbereit und stellten sich jeder Aktion zur Verfügung.

Auffallend war auch, dass die Bevölkerung im grossen und ganzen auf den jüdischen Bevölkerungsteil gut zu sprechen war. Sie half jedoch beim Zusammentreiben der Juden tatkräftig mit. Die eingesetzten Ordnungsdienste, die sich zum Teil aus polnischer Polizei, ehemaligen polnischen Soldaten zusammensetzten, machen einen guten Eindruck. Sie setzen sich tatkräftig ein und beteiligten sich auch am Kampf gegen Plünderer. In vielen Fällen hatten sie auch Verluste im Kampfe aufzuweisen. Ihre Bewaffnung ist jedoch sehr mangelhaft. In machen Ortschaften sind überhaupt keine Waffen vorhanden. Beutelager waren in diesen Gegenden kaum vorzufinden, sodass hieraus keine Waffen verteilt werden konnten.

Es wurden Banden in Gesamtstärke von 200 - 300 Mann gemeldet, die sich im Raum befinden sollen, der begrenzt wird : im Osten durch den S l u c z , im Süden durch den P r i p j e z , im Westen durch die Linie L a c h w a r - W i e l k i C z u c z e w i c z e , im Norden durch die Linie M o r o c z - W i e l k i C z u c z e w i c z e . Diese Meldung machte der Oberförster Fürstenhaupt aus S o s n k o - w i c z e (Lenin). Dieselbe wurde durch einen Hauptmann der Wehrmacht bestätigt.

Die Gesamtzahl der von der Reit.Abt. erschossenen Plünderer u.s.w. beträgt : 6526.

An Gefangenen wurden etwa 10 eingebracht. 1 russischer Agent befindet sich noch in Haft beim Abteilungsstab in L u n i n i e c .

Zusammenfassend kann gesagt werden, dass die Aktion als gelungen zu bezeichnen ist. Ich halte jedoch eine Nachkontrolle f r notwendig, schon um der Bevölkerung zu zeigen, dass wir da sind. Dies gäbe auch der anständigen Bevölkerung einen gewissen Halt und man würde auf diese Weise jede Art der Betätigung anderer Elemente sofort erfahren und schon in der Entwicklung bekämpfen können.

gez. M a g i l l
ᛋᛋ-Sturmbannführer

F.d.R.d.A.
Unterschrift
ᛋᛋ-Obersturmführer u.Adjutant.

Ges. gez. Hirthes

F.d.R.d.A.v.A.

[signature]
Leutnant

llegado a la conclusión de que era tan hostil a los alemanes como a los soviéticos. Sin embargo, los ucranianos se negaron a aceptar la proposición, y emprendieron por su cuenta una desesperada lucha contra el Ejército Rojo.

Parecida era la situación en Polonia, con la salvedad de que el Ejército Ucraniano de Liberación contaba con más efectivos que la Armia Kraiova, la cual nunca emprendió serias operaciones militares contra los alemanes. Los polacos querían mantener intactas sus fuerzas hasta poder asestar un golpe mortal al enemigo. Y, sobre todo, había que conservar las energías para defender al nuevo Estado polaco de las apetencias soviéticas, en cuanto se viera libre de la ocupación alemana.

La necesidad de esta última acción se puso de manifiesto a finales de 1943, y más concretamente en la víspera de Año Nuevo.

En el domicilio del maestro guarnicionero Blicharski, sito en Varsovia, calle Tvarda, 22, no se celebró la despedida del Año Viejo, sino el adiós a la cauta política seguida hasta entonces. Casi todos los presentes eran comunistas, de los pocos que habían escapado a las purgas de Stalin.

Junto con algunos socialistas y elementos burgueses simpatizantes con los comunistas, se constituyó en la vivienda de Blicharski una especie de «Consejo Nacional», precursor de lo que más tarde sería el Gobierno comunista polaco. Pronto se echó de ver que esta salida de la clandestinidad fue un tanto prematura, puesto que, al fin y al cabo, existía un Gobierno legal en el exilio, con sede en Londres, que regía los destinos de un ejército nacional de más de cien mil hombres. No se le ocultó a nadie que, pese a que figuraban en él varios elementos «burgueses», el llamado «Consejo Nacional» era de matiz netamente comunista.

El Gobierno polaco en el exilio y el mando de la Armia Kraiova decidieron que ésta actuara con decisión, a fin de aclarar a los comunistas nacionales y a los rusos que se avecinaban, quién habría de empuñar las riendas en Polonia.

Desde el verano de 1943, el primer ministro del Gobierno polaco era el jefe del partido agrario, Stanislav Mikolaiczik. El hasta entonces primer ministro y comandante en jefe de las fuerzas armadas, general Sikorski, había perdido la vida en accidente de aviación; muchos vieron en ello la mano de los soviéticos. Ahora, el jefe de las fuerzas armadas era el general Sosnkovski; el ejército nacional lo mandaba el general Tadeusz Komorovski, a quien se conocía con el apodo de «Bor». Su antecesor y jefe, el general Rovecki, fue denunciado al SD alemán por unos agentes soviéticos; recluido en el campo de concentración de Buchenwald, a principios de agosto de 1944 fue fusilado por orden de Himmler.

La estrategia del ejército nacional, modificada al saberse los planes de dominación comunista, recibió el nombre de Burza (tormenta). Tan pronto como el Ejército Rojo llegase a la frontera polaca, en persecución de los alemanes en retirada, la Armia Kraiova comenzaría a operar a retaguardia de los germanos. La operación no se generalizaría en todo el país, sino por sectores, según aconsejara la situación en el frente. La primera zona de maniobra abarcaría desde el este de la línea de Vilna, en el norte, hasta Lembarg, en el sur; la segunda, desde Brest-Litovsk, sobre el Bug, hasta el río San, en el sur. Luego seguiría la tercera y más importante zona de operaciones: la de la capital, Varsovia, y su contorno.

Poco antes de su captura, el general Rovecki había manifestado que la señal para pasar a la acción sería «el avance de las fuerzas soviéticas, y no el mayor o menor grado de confusión reinante entre las tropas alemanas en retirada».

En tanto se producía la evacuación alemana y la progresión rusa, lo importante era tener dispuestos a los representantes del Gobierno polaco independiente. A la llegada de los soviets, tenía que estar constituida una administración civil polaca y un ejército polaco.

Estos eran los planes; la realidad fue cosa distinta. Si el Ejército Rojo respetaba al nuevo Estado polaco independiente, el ejército nacional se pondría al lado de los rusos como aliados en la campaña contra los germanos. Si la Unión Soviética actuaba de manera distinta, en tal caso el ejército nacional polaco combatiría a los rusos hasta la liberación de Polonia.

Comoquiera que de las dos posibilidades, esta última parecía la más verosímil, se puso el máximo empeño en ocultar a los rusos la composición de las fuerzas clandestinas y de los cuadros políticos y administrativos. Se haría lo posible para demostrar a los soviets que se aspiraba a la total independencia política.

El 21 de abril de 1943, el Gobierno polaco rompió las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. El motivo fue el asesinato en masa de millares de oficiales polacos en el bosque de Katyn. A primeros de abril se descubrió en dicho lugar una fosa común con 4.504 oficiales polacos, capturados por los rusos en abril o mayo de 1940, y eliminados por orden de Stalin.

El Gobierno soviético negó categóricamente ser responsable de la matanza, pero los polacos se dirigieron a la Cruz Roja Internacional, con el ruego de que se efectuara una minuciosa investigación. El Gobierno alemán aprobó sin demora la intervención de la Cruz Roja (le interesaba en gran manera que se demostrara la culpabilidad de los soviéticos), y Rusia consideró la investigación como una ofensa, rompiendo con el Gobierno polaco en el exilio.

En 1942 se había formado en la Unión Soviética un ejército polaco, al mando del general Anders, que rehusó combatir al lado de los rusos. A través de Persia, dicho ejército pasó al norte de Africa, donde luchó junto a los aliados, como también en Italia.

La acción de dicha tropa puso en ridículo a los soviets. Por ello se apresuraron a formar un segundo ejército, fiel a sus principios, para oponerlo al ejército nacional polaco cuya existencia cono-

Nur für den Dienstgebrauch!

Kampfanweisung für die Bandenbekämpfung im Osten

Vom 11. 11. 42

Arriba: instrucciones para combatir las guerrillas en el Este, del 11 de noviembre de 1942. En un informe secreto del 16 de diciembre del mismo año se dice: «Esta guerra no tiene nada que ver con la caballerosidad del soldado y con la Convención de Ginebra. Si en la lucha contra las bandas de guerrilleros, tanto en el Este como en los Balcanes, no se utilizan los medios más brutales, dentro de algún tiempo esos bandidos llegarían a adueñarse de la situación. Por ello, las fuerzas que los combaten no deben guardar la menor consideración, empleando todos los medios posibles.» Derecha: Las medidas tomadas contra los saboteadores (1944).

Geheime Kommandosache

Der Führer — F.H.Qu., den 30.7.1944
OKW/WFSt/Qu 2/Verw.1 Nr. ,009169/44 g.K.

30 Ausfertigungen
Ausfertigung

Betr.: Bekämpfung von Terroristen und Saboteuren in den besetzten Gebieten: Gerichtsbarkeit.

Die ständig zunehmenden Terror- und Sabotageakte in den besetzten Gebieten, die mehr und mehr von einheitlich geführten Banden begangen werden, zwingen zu schärfsten Gegenmaßnahmen, die der Härte des uns aufgezwungenen Krieges entsprechen. Wer uns im entscheidenden Stadium unseres Daseinskampfes in den Rücken fällt, verdient keine Rücksicht.

Ich befehle daher:

I. Alle Gewalttaten nichtdeutscher Zivilpersonen in den besetzten Gebieten gegen die Deutsche Wehrmacht, SS und Polizei und gegen Einrichtungen, die deren Zwecken dienen, sind als Terror- und Sabotageakte folgendermaßen zu bekämpfen:
1.) Die Truppe und jeder einzelne Angehörige der Wehrmacht, SS und Polizei haben Terroristen und Saboteure, die sie auf frischer Tat antreffen, sofort an Ort und Stelle niederzukämpfen.
2.) Wer später ergriffen wird, ist der nächsten örtlichen Dienststelle der Sicherheitspolizei und des SD zu übergeben.
3.) Mitläufer, besonders Frauen, die nicht unmittelbar an Kampfhandlungen teilnehmen, sind zur Arbeit einzusetzen. Kinder sind zu schonen.

II. Die erforderlichen Durchführungsbestimmungen erläßt der Chef des Oberkommandos der Wehrmacht. Er ist zu Änderungen und Ergänzungen befugt, soweit ein Bedürfnis der Kriegsführung es gebietet.

gez. Adolf Hitler

F.d.R.gez. Moetz
Oberfeldrichter

El derecho de gentes

I. Fundamentos. La lucha de guerrillas en sí no vulnera los principios básicos establecidos en La Haya respecto a la guerra terrestre. Sin embargo, si los partisanos no tienen en cuenta ciertas disposiciones contenidas en los mencionados estatutos, pierden la protección que los mismos dispensan. Los guerrilleros que no respeten las leyes de guerra, han de ser considerados como francotiradores. El artículo primero de los estatutos de guerra terrestre determinan las normas, derechos y obligaciones a que están sometidos no solamente las tropas regulares, sino las milicias y cuerpos voluntarios, siempre que no contravengan las siguientes disposiciones:

1. *Deberán estar organizados; es decir, al mando de una persona que responda de sus subordinados.*
2. *Deberán llevar un emblema o uniforme que los distinga a distancia (a un tiro de fusil).*
3. *Deberán llevar las armas a la vista.*
4. *Deberán observar las leyes y usos de la guerra.*

Si los partisanos cumplen estas cuatro condiciones, serán considerados combatientes y gozarán del trato dispensado a las tropas regulares en el caso de ser apresados por el enemigo.

En lo que concierne a los partisanos soviéticos, no es discutible si cumplen las disposiciones 1 y 4, porque ni exhiben emblema o uniforme que los distinga ni llevan sus armas a la vista. Los guerrilleros soviéticos renuncian a sabiendas a la protección dispensada por las leyes de guerra: ello implica una mayor voluntad de lucha, toda vez que no pueden esperar un trato acorde con los estatutos de la guerra en el caso de ser capturados.

(Dixon/Heilbrunn)

cían. Mas sólo pudieron reunir una división. El resto de los prisioneros de guerra polacos, o habían sufrido el mismo trágico destino de los oficiales asesinados en Katyn, o se habían unido a las fuerzas del general Anders. El jefe de dicha división era el coronel Berlinger, que recibió el nombre de Tadeusz Kosciuszko, héroe popular que en 1794 había dirigido el levantamiento contra los rusos.

El 22 de junio de 1944 llegó la hora para el ejército nacional polaco. A los tres años justos de iniciarse el ataque alemán a la Unión Soviética, el Ejército Rojo comenzaba su gran ofensiva estival. Desde Pleskau al lago Peipus en el norte, hasta Bobruisk, los soviets pasaron al ataque con el ejército de artillería más formidable de la historia. Al día siguiente principió en el sur, la segunda fase de la ofensiva, desde Kovel en dirección a los Cárpatos. Ambas maniobras apuntaban a la destrucción del Grupo de Ejércitos germanos del Sur.

Codo a codo con los rusos luchaba la División Kosciusko, a la que se denominaba 1.er Ejército de Liberación polaco, aunque por sus efectivos no era acreedor a tal nombre. Pero si los occidentales poseían un ejército nacional, también los rusos deseaban tener su «ejército» polaco.

La tremenda ofensiva soviética resultó victoriosa desde sus comienzos. El Estado Mayor del Grupo de Ejércitos del Sur sólo esperaba un ataque en esa dirección, y concentró allí todas sus reservas, que tuvieron que ser trasladadas apresuradamente hacia el norte... iniciando entonces los rusos su embestida por el sur. A partir de entonces, reinó la más tremenda confusión en el campo alemán.

El desastre comenzó con la eficaz intervención de los partisanos, que hostigaban incansablemente a los alemanes atacando las caravanas de avituallamiento, volando puentes, minando carreteras y vías férreas; por primera vez lucharon los guerrilleros rusos al lado de las unidades polacas, aunque sólo en muy contadas ocasiones.

Empero, los planes del ejército nacional polaco, la Operación Burza, no pudo llevarse a cabo por haber mediado una circunstancia con la que no habían contado: el rápido desmoronamiento del frente alemán en todos los sectores. Los germanos fueron batidos en toda la línea antes de que el general Bor Komorovski pudiese dar la señal desde su puesto de mando en Varsovia.

Con ello quedaba esfumado el objetivo polaco: la formación de un Estado nacional antes de que los rusos instalasen un régimen de tipo bolchevique. El Ejército Rojo arrolló los territorios en que había de actuar el ejército nacional polaco, antes de que el mando del mismo se percatara de lo que sucedía. Unicamente en el norte se pudo iniciar parte del Plan Burza.

De todos modos, dada la brevedad del tiempo, no cabía pensar en el levantamiento de las masas ni en la constitución de un Estado libre polaco. No obstante, el ejército nacional intentó conquistar Vilna, capital de Lituania, antes de la llegada del Ejército Rojo.

Se entablaron violentos combates con la guarnición alemana en las calles de la capital. Por fin los polacos lograron alzarse con la victoria, declarando la zona de Vilna como perteneciente a Polonia, inmediatamente antes de la llegada de las tropas soviéticas.

El mariscal ruso Tcherniakovski, comandante en jefe del 3.er Ejército de Rusia Blanca, llegó a un acuerdo con el general Kryzanovski, que mandaba el ejército nacional polaco, para que éste se uniera a los rusos en persecución de las fuerzas alemanas. Asimismo convinieron en que los rusos dotarían de armas pesadas a las formaciones polacas.

El 16 de julio, el comandante polaco fue convocado a una «reunión» para «discutir» los pormenores de la anexión de sus unidades a las fuerzas soviéticas. Terminada la asamblea, fue apresado junto con los miembros de su Estado Mayor, siendo todos pasados por las armas. Los oficiales rusos de «enlace», que ya habían distribuido a los soldados polacos entre las tropas propias, tomaron las medidas oportunas a fin de que todos los oficiales polacos participaran en la «conferencia», corriendo así idéntica suerte a la de su comandante en jefe Kryzanovski.

Las unidades del ejército nacional estacionadas en la zona de Vilna se irritaron ante la vergonzosa traición de los soviets, por lo que se lanzaron contra el Ejército Rojo, aumentando su furor cuando treinta cazabombarderos rusos los atacaron con bombas y armas de a bordo. La lucha se prolongó hasta el 27 de agosto de 1944, día que los rusos se apoderaron del último jefe polaco del Estado Mayor, mientras que la mayoría de sus soldados yacían muertos o heridos. Los pocos que lograron salir con vida fueron fusilados por los soviets, quienes remataron asimismo a los heridos.

Un destino similar corrieron los elementos del ejército nacional desplegado en la zona de Lemberg, Bialystok y Lublin, donde la Operación Burza se inició con algún retraso. Un periódico del ejército ruso ensalzó la intervención de las tropas polacas en la reconquista de Lemberg, pero en todas partes utilizaron igual procedimiento de convocar una «reunión» para apresar y liquidar a los oficiales polacos. Idéntica táctica alevosa emplearon en el caso del general húngaro Meleter, jefe militar de la sublevación de octubre de 1956, y con el primer ministro húngaro, Nagy.

El 22 de julio se reunió en la ciudad polaca de Chelm un «Comité de Liberación», cuyos promotores eran tres destacados comunistas polacos escapados de las purgas stalinianas: Gomulka, Spichalski y Bierut. Su «Comité de Liberación» habría de transformarse en el futuro Gobierno polaco, al que, para darle un tinte democrático, se unirían los miembros del Gobierno legal en el exilio.

Dicho Comité se reunió el 26 de julio en Lublin, ciudad ya en poder de los rusos, donde constituyeron un Gabinete comunista, que más tarde se denominó Gobierno de Lublin para distinguirlo del

de Londres. El Gobierno de Lublin recibió el espaldarazo de Stalin y había de seguir una política favorable a los intereses de los soviets. Pero los aliados tenían sus planes... y así el otro «Gobierno» seguía mandando desde su sede en Londres; los occidentales se negaban a reconocer al Gobierno de Lublin, y mucho más a apoyarlo. Tras largas reflexiones, varios miembros del Gabinete polaco en el exilio decidieron formar parte del Gobierno de Lublin, porque los comunistas de dicho Gobierno manifestaron que Stalin les había prometido la expansión de Polonia a costa de Alemania, hasta la línea del Oder y Neisse. De esta manera, el Gobierno comunista polaco nació conjuntamente con la divisoria Oder-Neisse, que supuso la dolorosa expatriación de millones de alemanes residentes en dicho territorio.

En Varsovia se estremecieron ante el nuevo rumbo de los acontecimientos. Naturalmente, nadie tomaba en serio que los soviets pensaran erigirse en libertadores de Polonia. El Gobierno polaco en el exilio estaba decidido a desencadenar una ofensiva contra los rusos, alegando que habían pisado suelo polaco sin previo consentimiento del Gobierno legal.

La formación del Gobierno comunista polaco en Lublin motivó la aventurada decisión de organizar un levantamiento en Varsovia, cuando menos a fin de liberar a la capital polaca y establecer en ella el Gobierno que debía hacer frente a los soviets.

Hubo sus más y sus menos. Algunos sostenían que tal levantamiento sólo podía conducir al fracaso; y aunque terminara con éxito, ¿valdría la pena?, ¿no sería como liberar un montón de ruinas, sin rastro de seres humanos?

En Varsovia un año antes ya se había producido otra rebelión, llevada a cabo por los judíos confinados en el *ghetto* de la capital, que fue aplastada duramente por los alemanes. El emplazamiento del antiguo *ghetto* quedó reducido a una ingente montaña de escombros, apenas con un edificio en pie.

Los judíos del *ghetto* de Varsovia tenían un motivo grave e inaplazable para rebelarse contra los alemanes: conservar la vida. Desde principios de 1942 había empezado a rumorearse con insistencia que los germanos planeaban aniquilar a todos los habitantes del *ghetto*. Se hablaba de los campos de exterminio de Belzec, Maidanek y Auschwitz. El consejo judío, encargado de la administración del *ghetto*, tenía referencias exactas acerca de dichos campos. Sólo abrigaban la esperanza de que el *ghetto* de Varsovia desempeñara algún papel especial, toda vez que hasta entonces había sido respetado por los planes de exterminio germanos.

Vivían en el *ghetto* unas 400.000 personas, casi tantas como en Nuremberg o en Wiesbaden y Maguncia juntos. Las condiciones de vida eran pésimas; la gente se amontonaba en las casas, pero gozaban de relativa seguridad, pues la Gestapo no se preocupaba por lo que ocurría en el recinto del *ghetto*, donde había restaurantes, cines y teatros, restos del antiguo esplendor.

Después del atentado contra Reinhard Heydrich por dos partisanos checos, y de su pomposo entierro en Berlín, Himmler, Eichmann y otros funcionarios nazis decidieron acelerar el exterminio de los judíos. La mano de obra, tan necesaria para las industrias bélicas alemanas, fue relegada a un segundo plano. Ahora, el objetivo básico era acabar con los judíos, y en «honor» de Heydrich, el plan se llamó Operación Reinhard. En el plazo de diez semanas, fueron liquidados más de medio millón de judíos de los *ghettos* polacos.

El 22 de julio de 1942 salió la primera expedición hacia Treblinka, con unas 5.000 personas, con destino directo a las cámaras de gas y a los crematorios. Y así continuó durante muchos días. En los *ghettos* todos sabían que los deportados marchaban hacia una muerte cierta. Pero las autoridades seguían distribuyendo «licencias» a los empresarios alemanes para reclutar mano de obra judía, de ahí que muchos confiaran aún en salvar la vida.

El servicio de ordenación judío seleccionaba a los componentes de las expediciones. Los primeros en salir eran los más míseros, los más desesperados, los que pensaban que no podía ocurrirles nada peor de lo que estaban padeciendo. Seguían los viejos, los enfermos y los niños huérfanos, y finalmente también les llegó el turno a quienes todavía albergaban alguna esperanza, puesto que las demandas de gente para las expediciones eran cada día mayores. El servicio de ordenación judío empezó a seleccionar a las mujeres e hijos de aquellos que se ocupaban en algún trabajo. No había otra alternativa.

Los elementos de la milicia lituana tuvieron que empezar a intervenir en el reclutamiento de los componentes de las expediciones, y pronto fueron declaradas nulas las licencias de que gozaban algunos. Ningún documento tenía valor frente al que llevaba el sello: «Jefe de las SS. Operación Reinhard».

En el mes de agosto, la mitad de los habitantes del *ghetto* habían sido expedidos a diferentes campos de exterminio. Los que quedaban prestaban servicios en las fábricas situadas fuera del recinto del *ghetto*. Algunos intentaron ocultarse, pero la mayoría fueron encontrados y aniquilados de inmediato. Entonces nacieron los primeros brotes de resistencia en el *ghetto*.

Del 5 al 12 de setiembre los alemanes efectuaron una gigantesca batida, de la que escaparon muy pocos judíos. Ya se ha indicado en el párrafo anterior la suerte sufrida por los que trabajaban fuera del recinto del *ghetto*. De los 3.800 judíos que formaban el servicio de ordenación, sólo quedó uno de cada diez; el resto salió con destino a los campos de exterminio. Sin embargo, poco habrían de vivir los elegidos; con escasas excepciones, el 21 de setiembre partieron con destino a Treblinka.

El *ghetto* primitivo había dejado de existir. El nuevo, que puede decirse era un auténtico campo

de concentración, quedaba reducido a un perímetro de 280 por 950 metros, en un rectángulo situado al noreste del antiguo. El 3 de octubre sólo quedaban en Varsovia unos 70.000 judíos. De todos modos, seguía funcionando un consejo judío y un servicio de ordenación, cuyos miembros estaban casi todos adscritos al movimiento de resistencia y en realidad dirigían la vida en el *ghetto*, pues de ellos recibían órdenes los componentes del consejo oficial judío.

La Gestapo se desentendía del orden interior del *ghetto*. Los 70.000 judíos que aún vivían en el recinto acotado, eran hombres y mujeres capaces de empuñar las armas; no tenían necesidad de velar por sus ancianos y niños, pues todos habían sido enviados a los campos de exterminio. Además, estaban convencidos de que no les quedaba ninguna esperanza de salvación.

Los partisanos polacos les facilitaron armas, utilizando las alcantarillas como vía de penetración, o introduciéndose por el cementerio del *ghetto*, custodiado por polacos. Varias unidades extranjeras de vigilancia les facilitaban armas clandestinamente. Los principales suministradores eran los italianos. Los judíos debían pagar caro el equipo, tanto si lo recibían de los italianos como del ejército nacional polaco.

El número relativamente escaso de «colonos» que aún poblaban el *ghetto* consideraron llegado el momento de vender caras sus vidas. En enero de 1943, un nutrido grupo de judíos logró fugarse. Entonces el SD comenzó a interesarse por cuanto sucedía en el *ghetto*.

Una formación de tanques hizo su aparición en el barrio judío el día 19 de abril. Al fin estalló la rebelión de los judíos, la primera desde el año 66 después de Cristo.

El levantamiento señaló quizá un momento decisivo en la historia del pueblo judío, perseguido por doquiera durante dos milenios, sometido a todo género de humillaciones. Y ahora, los 70.000 judíos que quedaban en el *ghetto* de Varsovia se disponían a enfrentarse con el más cruel de los destinos.

Aufruf

An die Einwohner des jüdischen Wohnbezirks.

Gemäss Anordnung der Behörden vom 22. Juli 1942 werden alle Personen, welche nicht in Anstalten und Unternehmen tätig sind, unbedingt umgesiedelt.

Die Zwangsaussiedlung wird ununterbrochen weitergeführt. Ich fordere erneut die der Aussiedlung unterliegende Bevölkerung auf, sich freiwillig auf dem Umschlagplatz zu melden und verlängere auf weitere 3 Tage, d. h. den 2. 3. und 4. August 1942 **die Ausgabe von 3 kg. Brot und 1 kg. Marmelade an jede sich freiwillig meldende Person.**

Freiwillig zur Abreise erscheinende **Familien werden nicht getrennt.**

Sammelpunkt für Freiwillige: Dzika 3 – Stawki 27.

Der Leiter des Ordnungsdienstes

Warschau, den 1. August 1942

Llamamiento de la organización judía combatiente en Varsovia, a principios de enero de 1943

¡Estad dispuestos para la acción! ¡Permaneced alertas! ¡Vamos a la lucha! Tenemos la misión de despertar al pueblo. Debemos impartirle la consigna: "¡Despierta y combate!" No pierdas la esperanza sobre la posibilidad de salvación, y ésta no consiste en dejarse llevar al matadero como un rebaño de ovejas. La única salvación reside en la lucha.

Quien lucha por su vida tiene la posibilidad de salvarla. Quien renuncia de antemano a la pelea está perdido, y sólo puede esperar la muerte en el matadero de Treblinka.

¡Despierta, pueblo, y lucha! ¡Saca fuerzas de flaqueza y lánzate a la acción! ¡Fuera los derrotistas que murmuran: «Estamos condenados a muerte.»! Esto no es cierto. La vida nos pertenece; tenemos derecho a ella. Sólo hay que comprender esto para decidirse a luchar. No es ningún mérito vivir si te regalan la vida graciosamente; sí lo es, en cambio, si hay que luchar por ella.

¡Despierta, pueblo, y lucha por tu vida! Cada madre deberá convertirse en leona para defender a sus cachorros. Ningún padre puede adoptar una actitud pasiva ante el asesinato de sus hijos. El oprobio del primer acto de nuestra destrucción no debe repetirse jamás.

¡Abajo la resignación y la incredulidad! ¡Fuera el espíritu sumiso! El enemigo debe pagar con su sangre la vida de cada judío. Que cada casa se convierta en una fortaleza. ¡Despierta, pueblo, y lucha! ¡En ella está tu salvación! Quien lucha por su vida, tiene la posibilidad de salvarla.

Nos alzamos en nombre de la lucha por la vida de los desvalidos, a los cuales llevaremos la salvación; no queremos luchar únicamente por nuestras vidas. Hemos de pensar primero en nuestra salvación si queremos cumplir con nuestro deber. Seguiremos combatiendo mientras esté en peligro la vida de un solo judío.

Nuestra consigna es: ¡Que ni un solo judío más muera en Treblinka! ¡Fuera los traidores! ¡Guerra a muerte al invasor! ¡Estad dispuestos para la acción! ¡Permaneced alerta!

(*Fascismo-Ghetto-Genocidio*. "Documentación sobre el exterminio y resistencia de los judíos en Polonia durante la Segunda Guerra Mundial". Editora, Instituto de Historia Judía de Varsovia, Berlín oriental, 1960, págs. 495 y sigs.)

De parte alemana fueron enviados unos 1.200 soldados del Ejército Regular, más varias unidades de policía y milicias extranjeras. No obstante lo desesperado de su situación, los judíos de Varsovia, sin contar con la ayuda de nadie, resistieron durante más de cinco semanas.

El resto de la población de Varsovia seguía su existencia normal, como si no ocurriera nada en un distrito de la capital. Las casas del *ghetto* iban cayendo una a una. En las alcantarillas se colocaron gran cantidad de bombas fumígenas, con el fin de hacerlas intransitables, y los edificios fueron sistemáticamente incendiados. Fueron ejecutados unos 7.000 prisioneros, y varios miles fueron enviados a los campos de exterminio. Muchísimos perecieron sepultados bajo los escombros, o quedaron reducidos a cenizas entre las llamas. A finales de mayo había cesado la resistencia organizada, y los últimos sobrevivientes caminaron rumbo a la deportación; es decir, a los campos de Treblinka, Auschwitz, Bergen-Belsen, Buchenwald, Teresianópolis y Maidanek.

No obstante la amarga y trágica experiencia de los judíos de Varsovia, el general Bor-Komorovski se decidió por el levantamiento, aun cuando el comandante en jefe Sosnkovski —de quien dependía el Ejército Anders que luchaba en Italia— había tratado de disuadirle. De todos modos, Komorovski no tuvo que obtener la autorización de Sosnkovski, puesto que en esas críticas jornadas se hallaba en viaje de inspección por Italia. Con todo, Komorovski estaba convencido de haber tomado una determinación acertada.

Si la rebelión resultaba urgente desde el punto de vista político, ya que era preciso ofrecer resistencia a los soviets, también desde el ángulo militar presentaba ciertas posibilidades de éxito, pese a la terrible experiencia del *ghetto* de la capital, reducido a escombros. Según el general Bor-Komorovski, la situación era ahora muy distinta.

En años anteriores, los alemanes habían sido los amos y señores, mas ahora veíanse acosados por las tropas soviéticas. Divisiones enteras vola-

Izquierda: Llamamiento a los habitantes del barrio judío de Varsovia. Con la «entrega de 3 kg. de pan y 1 kg. de mermelada a las personas que compareciesen voluntariamente», la población judía hambrienta se puso a la disposición de los alemanes. Como no cabía duda de que las expediciones no obedecían a motivos de «colonización», sino que las personas evacuadas iban destinadas a los campos de exterminio, los pocos que aún quedaban en el barrio judío se alzaron contra los asesinos. Arriba: Dos páginas del llamado «Informe Stroop», donde figuran horrendos detalles sobre la brutal represión del alzamiento judío. Stropp, brigadeführer de las SS y general de división del arma SS, dirigió las operaciones de aniquilamiento en el ghetto *de Varsovia.*

ban detrás del frente como «aves sin rumbo». Cualquier acción en Varsovia sólo contaría con la oposición de las escasas fuerzas que guarnecían la ciudad, reforzadas a lo sumo por unidades que se retiraban diezmadas y carentes de moral.

Por otra parte, en las altas esferas alemanas reinaba una profunda crisis. El 20 de julio, el coronel de Estado Mayor, conde Von Stauffenberg, había atentado contra la vida de Hitler. En Berlín se había producido una conjura de generales, con ramificaciones en París, Praga y Viena. Las voces de Hitler y Himmler clamando venganza explicaban por sí solas la hondura de la crisis.

La dominación alemana tocaba a su fin, y sólo era preciso asestar un fuerte golpe a las vacilantes fuerzas germanas para que terminaran de caer La rebelión se fijó para el 1.° de agosto. Las tropas rusas se encontraban junto al Vístula, al sur de la capital polaca, donde llegaba ya el rugido de los cañonazos. Una unidad soviética logró alcanzar la margen oriental del Vístula, a la altura de un arrabal de Varsovia denominado Praga, si bien tuvo que regresar a su base de partida.

El ataque comenzaría a las cinco de la tarde, hora en que todos los puestos de servicio alemanes cesaban en sus actividades. Los empleados civiles se retiraban a sus residencias, y los soldados también gozaban de asueto, permaneciendo solamente el personal de guardia.

Pero se cometió un grave error ya desde el principio. La faceta más importante de un levantamiento es la sorpresa, quizá la única arma eficaz en estos casos. El general Komorovski recorrió las calles el 1.° de agosto, comprobando con espanto que se notaba un movimiento de gente joven más intenso que de ordinario, todos ellos dirigiéndose a sus correspondientes lugares de concentración. Además, tales individuos faltaban de sus puestos de trabajo, y los alemanes no dejarían de percatarse de ello.

Pero no fue así, porque los germanos sólo se daban cuenta de lo que ocurría en su ámbito más inmediato; carecían de la necesaria visión de conjunto. El verdadero riesgo para la operación provenía de dos sentimientos bien distintos: la impaciencia y el amor.

La impaciencia de los jóvenes exaltados que militaban en las filas del ejército nacional, les indujo a emprender por su cuenta algunas acciones antes de la hora prevista, únicamente por habérseles presentado una coyuntura que juzgaron favorable.

En la calle Dzielas, un grupo de amotinados abrió fuego contra un camión alemán que transportaba víveres. Cerca de la Universidad apareció casualmente un vehículo blindado alemán, que efectuaba una misión de patrulla, en el momento en que se trasegaban armas al patio del centro docente. Aunque los alemanes no se percataron de lo que sucedía en el patio, los centinelas polacos dispararon contra el coche blindado. Hubo una escaramuza con varias bajas por ambas partes.

En el distrito de Zoliborz el levantamiento se inició a las cuatro de la tarde; es decir, con una hora de antelación a la prevista. Nunca se ha podido aclarar lo que sucedió.

Por último, un teniente de la Luftwaffe avisó telefónicamente al *brigadeführer* Geibel, jefe de las SS y de la policía en Varsovia. El oficial tenía una amiga polaca que estaba enterada de la hora en que debía empezar la rebelión, pero que hasta entonces no había dicho nada al respecto. Sin embargo, en el último momento, su amor por el oficial alemán había sobrepasado al que sentía por la patria. Rogó encarecidamente a su amigo que saliese inmediatamente de Varsovia si quería salvar la piel. A las cinco de la tarde daría principio el levantamiento, y se avecinaba el «ajuste de cuentas» con los alemanes en Varsovia.

La llamada del teniente confirmó las sospechas que ya se abrigaban, facilitando el detalle de la hora exacta. Se cursó la alarma a todos los puestos de la policía y al comandante militar de la plaza, teniente general Stahel, quien dictó las órdenes pertinentes para que todos sus hombres estuviesen alerta en sus puestos a la hora crítica, dispuestos a repeler el ataque.

Por eso se malograron las embestidas del ejército nacional a los más destacados puestos alemanes, que recibieron con nutrido fuego a los atacantes, al no existir el factor sorpresa.

Además, el plan estaba mal trazado de antemano, puesto que se había menospreciado el valor combativo de los alemanes, existente incluso en circunstancias adversas. Se olvidó el principio básico de «inmovilizar» los puntos más importantes, lanzándose en cambio sobre muchos lugares a la vez; la rebelión comenzó al mismo tiempo en numerosos distritos de Varsovia, contra docenas de puestos de mando alemanes, edificios públicos y centros de comunicaciones. Tampoco se emplearon todas las fuerzas disponibles, al objeto de sacar partido de la superioridad numérica y dominar los lugares de importancia estratégica de la capital.

Los medios de comunicación entre los amotinados también fracasaron lamentablemente. Pocos días antes del levantamiento, el general Komorovski y su Estado Mayor abandonaron la Fábrica Kammler, que les servía de cuartel general, para trasladarse al distrito de Wola, algo más distante del centro de la capital. En la confusión de la mudanza, fueron olvidadas en la antigua sede varias piezas importantes de las dos emisoras de onda corta que utilizaban para sus comunicaciones.

Durante la primera noche de la rebelión fue preciso admitir que se había frustrado el objetivo de tomar los puntos clave señalados. Unicamente habían logrado apoderarse de centros civiles y de hospitales, casi sin ningún esfuerzo por parte de los asaltantes.

Durante las primeras horas de la rebelión, más de dos mil polacos cayeron bajo las balas alemanas. Los defensores sólo sufrieron unas quinientas bajas.

A la noche siguiente, casi podía decirse que el levantamiento había fracasado. El ejército nacional en Varsovia se disolvió. Los distritos de la capital en poder de los amotinados se hallaban separados por los baluartes alemanes, cuyo aniquilamiento tendría que haber constituido el primer objetivo.

Los que habían luchado en los barrios extremos, durante la noche salieron de la capital; los del distrito de Zoliborz huyeron en dirección noroeste, hacia Puszcza Kampesino, región de bosques y estepas; los de Wola y Ochotka lo hicieron rumbo a la zona meridional de Mokotov —donde se había planeado apoderarse del aeródromo para recibir armas y tropas de Inglaterra—, hacia el bosque de Sekocin; los de los barrios orientales de la capital quedaban separados del centro por el Vístula, y prosiguieron desesperadamente la lucha para mantenerse en las posiciones tomadas.

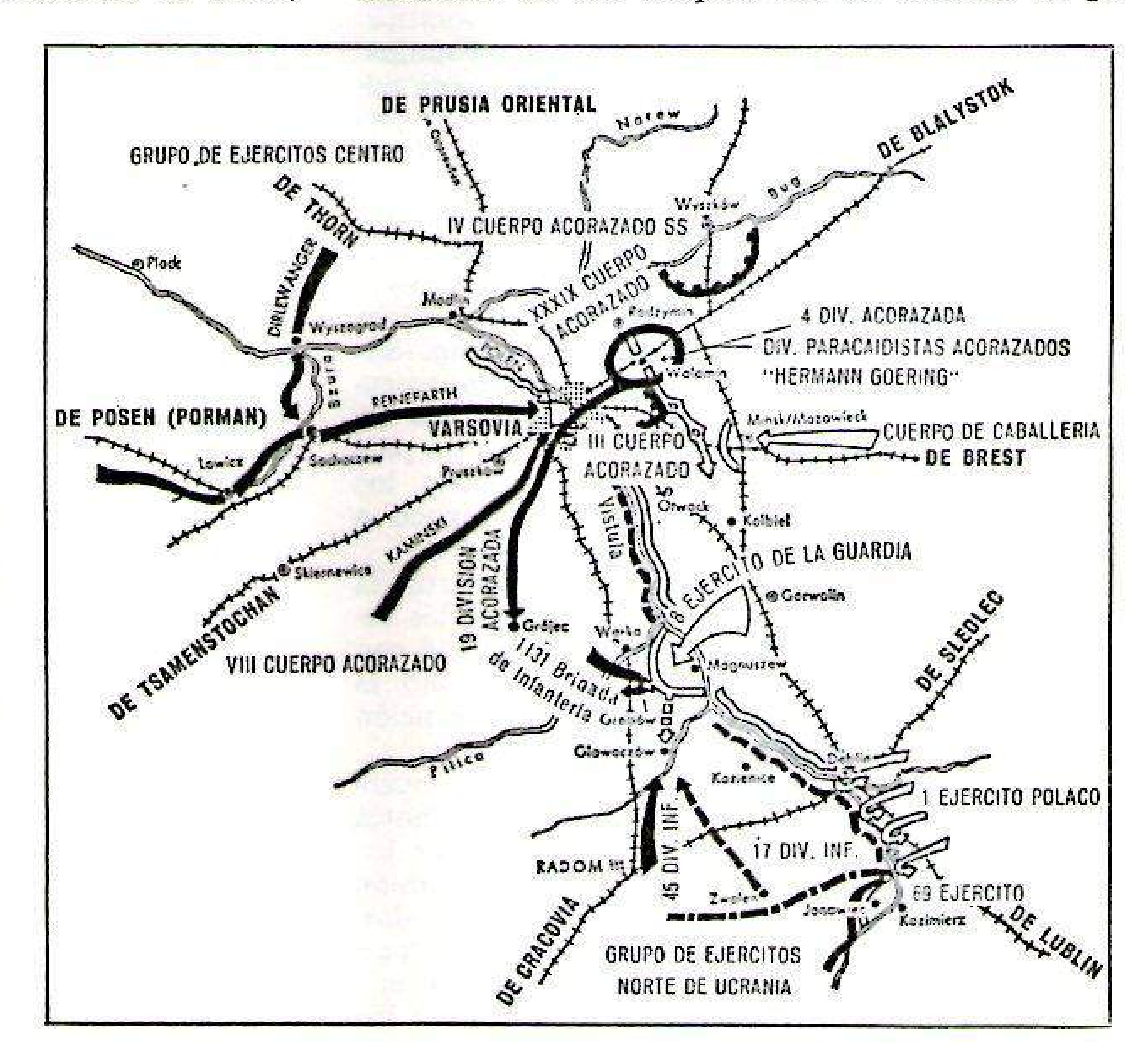
En Wola un fuerte grupo luchaba por la Fábrica Kammler, antiguo cuartel general de Komorovski; otros lo hacían en los distritos próximos al Vístula y en el centro de la capital. Algunos combatientes dispersos o en grupos reducidos seguían ofreciendo resistencia, aislados entre sí, en espera de poder retirarse lo más ordenadamente posible.

Así, el 2 de agosto ya podía considerarse abortado el levantamiento, aun cuando en el centro se sostenía un fuerte contingente del ejército nacional. Este nutrido grupo —casi la mitad de los efectivos del ejército nacional en Varsovia— deseaba asimismo retirarse y abandonar la lucha, pero ello resultaba ya imposible, puesto que varios destacamentos de tropas alemanas bloqueaban las rutas de escape.

Por ello, los que luchaban en el centro se vieron obligados a proseguir el combate, y aun cuando la rebelión podía considerarse como fracasada al segundo día, se sostuvieron sangrientas peleas en los días sucesivos.

Durante los días 2, 3 y 4, los amotinados fueron duramente atacados por la guarnición alemana de la capital, que al mando del general Stahel trataba de convertir a Varsovia en una fortaleza para detener el impetuoso avance de las tropas soviéticas. Solamente una unidad que no pertenecía propiamente a las fuerzas de la guarnición de la ciudad participó en la lucha contra los sublevados: la División Acorazada Hermann Goering. Esta división escogida, orgullo del mariscal cuyo nombre llevaba, había pasado casualmente por Varsovia, camino del frente, para salir al encuentro de tres divisiones blindadas soviéticas que formaban la cuña del avance ruso en el sector. Ahora, esta división alemana, bien pertrechada y compuesta de elementos duchos en el arte de guerrear, fue lanzada contra los patriotas polacos.

La división pudo cerrar con relativa facilidad los caminos de retirada, pero, pese a su gran experiencia en la lucha a campo abierto, ni los tripulantes de los tanques ni los fusileros que les apoyaban sabían gran cosa de lucha callejera. La actuación de los tanques fue un fracaso. El ge-



Derecha: Esquema de la situación en Varsovia el 5 de agosto de 1944. Sobre «el sentido de nuestra lucha» dice un informe del ejército clandestino polaco de 14 julio 1944: a) Para que el mundo se entere de nuestra voluntad de lucha contra los alemanes. b) Para evitar que los soviets nos incluyan en su esfera de influencia, o que nos hagan combatir contra los alemanes hasta el fin de la contienda. c) Para ganar a la parte de la población y ponerla bajo nuestro mando, a fin de unificar nuestro esfuerzo para alcanzar la independencia, liberándonos de la influencia soviética.

neral Stahel describió así el cuadro general de la situación en su informe:

«El ataque alemán puede compararse a un buque pesado que navega sin esfuerzo a través de la marea de los amotinados; sin embargo, las olas siguen batiendo contra sus costados...»

La situación varió a partir del 5 de agosto. Del lado polaco, se realizaron en dicho día diversos ataques a los tanques pesados alemanes; se apoderaron de varios de ellos, del tipo «Panther», en lucha con la División Acorazada Hermann Goering. Los patriotas polacos hicieron uso de armas contracarro que en la noche anterior les habían lanzado en paracaídas unos bombarderos británicos. Por parte alemana, Heinrich Himmler tomó el mando, poniendo al frente de las tropas al general de las SS Erich von dem Bach-Zelewski. Este dispuso que se avanzara desde el oeste y sudoeste, a fin de empujar poco a poco a los rebeldes polacos hacia el Vístula.

En el barrio occidental de Wola luchaba la agrupación de combate de las SS, mandada por Reinefarth, posteriormente alcalde de Westerland auf Sylt. A la misma pertenecía la brigada de las SS Dirlewanger, integrada en su mayor parte por delincuentes comunes. En el distrito meridional de Ochota combatía el RONA, Ruskaia Osvoboditielnaia Nationalni Armia (Ejército de Liberación Ruso). Poco antes, el 31 de julio, Himmler había incorporado esta unidad a las SS, nombrando a su jefe, general de brigada de las SS, cargo que prácticamente había dejado de existir.

Este general de brigada era Mieczyslav Kaminski, que ya había colaborado con los alemanes administrando una parte del territorio que los germanos conquistaron en Rusia, manteniéndolo libre de partisanos. Ahora estaba de nuevo al servicio de los alemanes, al frente de unos 30.000 hombres, de los cuales sólo 7.000 estaban armados; el resto eran gentes que huían de la venganza soviética.

Ahora, la «brigada de choque» de Kaminski se había convertido en una tropa incontrolada. Sin contacto con la población, batiéndose continuamente en retirada desde hacía mucho tiempo, sin esperanzas de regresar un día a la patria, en un país extranjero y despreciados por sus habitantes, los hombres de Kaminski se transformaron poco a poco en una pandilla de ladrones y asesinos.

Himmler encomendó al grupo Reinefarth la adopción de sangrientas represalias contra los rebeldes que habían cometido actos de crueldad con los alemanes. El grupo en cuestión cumplió la orden al pie de la letra, cuidando de su ejecución los elementos de la brigada Dirlewanger.

Mientras que las gentes de la brigada Dirlewanger ocupaban el distrito de Wola, los habitantes de las casas que habían caído ya en poder de los alemanes eran conducidos a un punto de reunión en las afueras de la ciudad para ser allí fusilados. Casi ninguno de ellos había tenido la menor participación en la lucha; eran en su mayoría mujeres y niños ajenos al ejército nacional. En las ejecuciones intervinieron unidades de la policía adscritas al grupo Reinefarth.

En un proceso celebrado al terminar la guerra, se demostró que Reinefarth ignoraba tales medidas de represalia, puesto que entonces no se encontraba en Varsovia, sino que iba camino del frente con la mayor parte de su grupo de combate. La matanza se carga en la cuenta de Dirlewanger. Bach-Zelewski fue informado por el jefe del 9.º Ejército acerca de los fusilamiento, y los prohibió aquella misma noche. Sin embargo, en unas pocas horas, antes de que surtiera efecto la orden, fueron asesinadas unas 15.000 personas del distrito de Wola.

La noticia se propagó por Varsovia como reguero de pólvora. En todas partes se temía correr la misma trágica suerte. La consecuencia de ello fue que las filas del ejército nacional se vieron engrosadas de modo considerable en las jornadas que siguieron.

Además de la singular crueldad de las gentes de Dirlewanger, el comportamiento de las huestes de Kaminski también dejaba mucho que desear, siendo reprobado por el mando alemán.

A causa de los saqueos, robos y asesinatos perpetrados por su gente, Kaminski fue condenado a muerte en juicio sumarísimo por un tribunal de Lodz, adonde había sido enviado bajo un falso pretexto, y allí mismo fue ejecutado. Para no alarmar a los miles de partidarios suyos, se dijo que había sufrido un accidente de automóvil. El RONA fue disuelto, y sus elementos más valiosos se incorporaron a las tropas del ex general soviético Vlasov.

Tras este período de sangrientas luchas, la represión del levantamiento pasó a ser asunto puramente militar.

Ante su escasa efectividad en combates callejeros, los alemanes retiraron todos los tanques pesados. Con ello, la carga principal de la lucha pasaba a la infantería, aunque otras unidades especiales desempeñaron también un importante papel, entre ellas los zapadores con sus lanzallamas y lanzahumos, y unos pequeños vehículos blindados, los «Goliat», dirigidos a distancia, repletos de carga explosiva. En los puntos donde los patriotas polacos se hicieron más fuertes, intervino la aviación con sus bombardeos en picado.

El 2 de setiembre los defensores de la parte antigua de la ciudad se dieron por vencidos. El mando del ejército nacional pensaba ya en la capitulación. El general Komorovski y su Estado Mayor tenían noticia de que habían cesado los fusilamientos en masa. Hitler había ordenado que los miembros de la Armia Kraiova fuesen tratados como soldados, no como guerrilleros o «bandidos».

Pero en muchas ocasiones, cuando la capitulación parece ser la única solución viable, surge un acontecimiento que renueva las esperanzas de vencer; en este caso, el avance del ejército ruso-polaco de Berlinger hacia el Vístula. Los polacos del ejército nacional y los ruso-polacos se dieron la mano,

pero las tropas alemanas intervinieron eficazmente, volviendo a cundir el desaliento.

Sin embargo, los suministros británicos por vía aérea se intensificaron, facilitando abundancia de municiones, alimentos y medicinas. La esperanza volvió a anidar en los corazones de los patriotas polacos. Pero la alegría no duró demasiado, pues gran parte de los envíos caían en poder de los germanos, y muchos aparatos británicos eran derribados por el fuego de las piezas antiaéreas y aparatos de caza alemanes.

Sólo quedaba la esperanza de una rápida intervención rusa. Si el Ejército Rojo decidía acentuar la penetración por el arrabal denominado Praga, al este de la ciudad, la posición del ejército nacional polaco se vería notablemente aliviada.

Pero las tropas soviéticas llevaban cientos de kilómetros de impetuosa ofensiva, y necesitaban realizar un alto en el camino. Tenían que reponer energías para lanzarse a la conquista de Varsovia. Por otra parte, Varsovia no figuraba entre los objetivos más inmediatos del avance rojo; Stalin no tenía prisa en ayudar a los patriotas polacos, aun cuando estaba en su mano hacerlo. Era necesario poner orden en las líneas de abastecimiento del Ejército Rojo, como fase previa a la prosecución de la ofensiva.

La zona defendida por las huestes del ejército nacional polaco era cada vez más reducida. Bach-Zelewski no cesaba de enviar parlamentarios a los polacos, invitándolos a la rendición. En el reducto dominado por los rebeldes faltaba el agua, lo que, unido a la escasez de víveres, les tenía sumidos en la miseria y la desesperación.

Llegó la hora de las negociaciones; éstas empezaron el 10 de setiembre. Pero al día siguiente, 11 de setiembre, los rusos reanudaron el avance, y al mismo tiempo el general Komorovski recibió por radio la promesa de Estados Unidos del envío de suministros por las fuerzas áreas norteamericanas. Ante ello, Komorovski interrumpió inmediatamente las negociaciones de capitulación con los alemanes.

Estas se reanudaron el 25 de setiembre, esta vez con grupos parciales del ejército nacional polaco. Los rebeldes del distrito de Zoliborz depusieron las armas; el 28 de setiembre marchaban hacia el cautiverio. El 3 de octubre se rendía el general Komorovski y el resto de su ejército.

Las negociaciones se celebraron entre el propio Bach-Zelewski y el general polaco. Eran antiguos conocidos de épocas más felices, cuando ambos se habían enfrentado en el terreno de las competiciones hípicas. Bach garantizó que el ejército nacional polaco sería respetado si se avenía a luchar contra el Ejército Rojo al lado de los alemanes.

Komorovski rechazó la propuesta, no obstante reconocer que la política alemana respecto a Polonia había variado bastante en los últimos tiempos. Los funcionarios de la administración civil polaca habían vuelto a gozar de amplias atribuciones; se había dispuesto la reapertura de las escuelas y, en general, se trataba a los polacos en un plano de igualdad. Pero todas estas medidas habían llegado demasiado tarde; tras casi cinco años de opresión, en los que se había hecho todo lo posible para destruir a Polonia, era muy difícil reconquistar la amistad de sus habitantes.

El general Komorovski y sus seguidores fueron internados en campos de concentración. La ciudad de Varsovia, por orden de Himmler, quedó poco menos que reducida a escombros. Durante algún tiempo después de la guerra, el general Komorovski desempeñó el cargo de comandante en jefe del ejército polaco en el Gobierno exiliado. En los últimos años de su vida fue testigo de cómo los comunistas polacos aumentaban su influjo hasta convertirse en los dueños de Polonia. A pesar de los numerosos efectivos del ejército nacional polaco, que era tan contrario de alemanes como de rusos, el reducido ejército popular comunista acabó por hacerse con la victoria. Lo mismo que en Rumania, Bulgaria, Hungría y Checoslovaquia, el avance de las tropas soviéticas significó una nueva forma de dependencia, esta vez de Moscú, bajo el régimen comunista.

La resistencia durante la guerra

La ofensiva soviética, que por primera y última vez sería apoyada militarmente por unidades de guerrilleros, con efectivos a escala regimental y hasta divisionaria, proseguía con fuerza arrolladora.

Minsk, capitalidad de la Rusia Blanca, estaba de nuevo en poder del Ejército Rojo. El 3.er Ejército blindado alemán se retiraba de Vilna, capital de la República de Lituania, que en 1940 se habían anexionado los soviets.

La situación era muy comprometida para las tropas alemanas en los frentes meridional y occidental. Roma había caído en manos de los aliados; en Normandía, las fuerzas desembarcadas conquistaron las ciudades de Caen y St. Lo. Poco faltaba para el total derrumbamiento del dispositivo alemán en Francia. La fortaleza portuaria de Cherburgo había sido ocupada por los americanos. En el este se iniciaban las magnas operaciones ofensivas contra los Grupos del Ejército del Centro y del norte de Ucrania. Unidades enteras eran rebasadas por el impetuoso avance de las tropas soviéticas. Centenares de miles de soldados alemanes, empujados hacia occidente, trataban en vano de dar cohesión al frente. Pero surgía la pregunta: ¿Podía hablarse de un frente alemán?

Esta era la situación en que se encontraban los soldados alemanes al producirse el acontecimiento culminante de la resistencia alemana contra Hitler: el 20 de julio de 1944.

La voz inconfundible de Hitler difundió por millones de altavoces:

«Si hoy os dirijo la palabra es para que sepáis que he salido indemne del trance, y también para informaros de un crimen que no tiene parangón en la historia alemana...»

El «monstruoso delito», el atentado al Führer, considerado por muchos alemanes como una traición al país, fue en realidad el postrer intento de oposición destinado a salvar a la patria. Con el fracaso del atentado a Hitler y el subsiguiente descubrimiento por la Gestapo de la conjura, quedaron eliminados no sólo los elementos de la oposición militar, sino todos aquellos de la resistencia civil que comportaban un serio peligro para Hitler y su régimen. Y eso ocurría en un momento en que todos los círculos del país, incluidos los comunistas, habían considerado como el más apropiado para materializar la resistencia en Alemania.

La Iglesia protestante, la católica, los más relevantes miembros de la nobleza, los conservadores, los mariscales y generales, los funcionarios sindicales y socialdemócratas convinieron, entre 1943 y 1944, en pasar a la fase activa de la resistencia contra Hitler, después de haber limado las diferencias existentes entre ellos. Poco antes del atentado, cuya finalidad era la caída del régimen nacionalsocialista, los mandos del partido comunista alemán establecieron contacto con los directivos de la oposición «burguesa» y socialdemócrata, acordando que no se produciría una «revolución proletaria», y que Hitler sería derribado mediante la exclusiva intervención de las fuerzas armadas. No se trató aún de lo que sería la nueva Alemania, pero todos coincidieron en sumarse a la oposición.

El camino hacia la unidad entre tantas y tan dispersas fuerzas resultó arduo y espinoso, jalonado por numerosas víctimas.

Las primeras acciones se remontan a principios de 1938, con motivo del caso Fritsch, en las que participaron elementos militares y civiles, agrupados en torno al capitán general Von Beck y al doctor Goerdeler respectivamente.

Antes de esta fecha sólo es destacable el plan esbozado por el capitán general Hammerstein-Equord. En enero de 1933, Hammerstein-Equord intentó oponerse al nombramiento de Hitler como canciller, en connivencia con quien ocupaba entonces dicho cargo, el general Von Schleicher. Hammerstein-Equord era cabeza del Ejército; Hitler lo pasó a la reserva, para llamarle de nuevo, poco tiempo después, al servicio activo; le confió el mando de una unidad al iniciarse el conflicto en setiembre de 1939, siendo enviado al frente occidental.

Esta era la oportunidad que había aguardado para coronar su plan; invitó a Hitler para que realizara una visita de inspección a las unidades mandadas por él y a la Línea Sigfrido, circunstancia que aprovecharía para detenerle. Pero el Führer, incomprensiblemente, declinó la proposición y, algún tiempo después, el capitán general Hammerstein-Equord pasaba de nuevo a la situación de reserva.

La acción siguiente ha sido denominada «complot de Zossen», encaminada a disuadir a Hitler de que pasara a la ofensiva en el frente occidental en otoño de 1939. Terminó con una profunda depresión nerviosa del jefe supremo del Ejército, capitán general Von Brauchitsch, quien no pudo convencer a Hitler con su argumentación.

Y por último tuvo lugar el plan, concebido y ejecutado por el coronel del Abwher, Hans Oster: informar a los países neutrales, y asimismo a los que se encontraban en guerra con Alemania, del comienzo de la ofensiva. Mas todo resultó en balde; en el extranjero nadie creía al coronel Oster porque en las fechas que había señalado como inicio de la ofensiva no había acertado nunca... Hitler aplazaba continuamente la puesta en marcha de la operación. Cuando Oster, por fin, notificó el 9 de mayo de 1940 el principio de la ofensiva alemana en el frente occidental para el día siguiente, todos consideraron que se equivocaba de nuevo, aun cuando esta vez aseguró que la cosa iba muy en serio. Y mientras que la Wehrmacht realizaba sus victoriosas campañas en Noruega, Holanda, Bélgica, Francia y, posteriormente, en Yugoslavia y Grecia, prosiguió la resistencia de elementos aislados, muchos de ellos pertenecientes a los círculos gobernantes. Así tenemos la apenas conocida actuación de Fritz Wiedemann, antiguo jefe de la compañía en que sirviera el cabo Hitler. Durante la crisis de los sudetes, en el verano de 1938, Wiedemann estuvo en Londres para conferenciar con el político británico lord Halifax, a fin de intentar el arreglo al máximo de las diferencias germano-británicas.

El viaje se realizó con la mediación de la princesa Hohenlohe-Waldenburg-Schillingsfürst y con el beneplácito de Hitler.

Memorándum del obispo de Chichester, sobre una conversación con el pastor Schönfeld y Dietrich Bonhoeffer en junio de 1942

A finales de mayo de 1942, dos pastores alemanes (el doctor Schönfeld y el pastor Bonhoeffer) viajaron a Estocolmo para reunirse con el obispo de Chichester. Llegaron por separado, y el doctor Bonhoeffer permaneció solamente cuarenta y ocho horas. El obispo departió con ellos largos ratos, conjuntamente y por separado. El obispo los conocía bien. Uno residía en Suiza, pero efectuaba continuas visitas a Alemania. El otro vivía en Berlín, y era uno de los jefes de la Iglesia protestante; la Gestapo le había prohibido hablar en público. El propósito del obispo era:

A. Informar del intenso movimiento de resistencia en Alemania, que planeaba el derrocamiento del régimen de Hitler (incluyendo a Himmler, Goering, Goebbels y a los principales dirigentes de la Gestapo, SA y SS), para instaurar un nuevo régimen que incluyera a:

1. *Elementos antinazis del Ejército y de la Administración.*
2. *Jefes de los antiguos sindicatos.*
3. *Representantes de las Iglesias católica y protestante. Todos ellos se comprometerían a seguir una política alentada por las siguientes directrices:*
   - *a) Pacifismo.*
   - *b) Revocación de las leyes de Nuremberg y colaboración con los organismos internacionales para la solución del problema judío.*
   - *c) Retirada paulatina de las fuerzas armadas alemanas de los territorios ocupados.*
   - *d) Retirada de la ayuda al Japón y colaboración con los aliados para poner fin a la guerra en el Extremo Oriente.*
   - *e) Cooperación con los aliados para la reconstrucción de las zonas afectadas por la guerra.*

B. Averiguar si los aliados, en el supuesto de la caída del régimen de Hitler, estarían dispuestos a negociar un armisticio con el nuevo Gobierno alemán, bajo las siguientes condiciones:

1. *Establecimiento de un sistema de leyes equitativo y que velara por la justicia social, así como por la más amplia autonomía de los distintos territorios.*
2. *Firma de un convenio de carácter económico con diversas naciones europeas, a fin de protegerse ante un posible renacer del militarismo.*
3. *Convenio de unión federativa de naciones libres o Estados, que incluya a una Polonia y Checoslovaquia independientes.*
4. *Creación de un ejército europeo bajo control común, en el que formen parte tropas alemanas.*

Formas de actuar de la oposición

La oposición tiene noticias de que existe cierta tensión, en el seno del partido nazi, entre el Führer y Himmler. Aun cuando un eventual golpe de Estado victorioso perpetrado por Himmler pudiese beneficiar a la oposición, es de todo punto imprescindible deponer definitivamente a Hitler y a Himmler. El plan de la oposición tiende a la eliminación total de los elementos nazis, tanto en el país como en los territorios ocupados. Una vez realizado esto, se procederá a la formación de nuevo Gobierno.

Preguntas de la oposición a los Gobiernos aliados

Según los planes y el modo de actuar de la oposición, surge la incógnita sobre el apoyo que sus jefes pueden esperar de los aliados, a fin de llevar adelante la tarea comenzada y hacer frente a los riesgos que ésta comporta. Como ejemplo

El 4 de marzo de 1939, Wiedemann se trasladaba a Nueva York a bordo del transatlántico *Hamburg*, propiedad de la poderosa firma naviera HAPAG (Compañía Hamburguesa-Americana de Vapores). Hitler le había nombrado cónsul general en San Francisco. A partir del mismo día de su llegada a la ciudad, Wiedemann estuvo sometido a la estrecha vigilancia del FBI. Desde hacía muchos años Wiedemann pertenecía al círculo más allegado a Hitler, y en América se temía de él lo peor. Nadie sospechaba entonces que Wiedemann estaba en contacto con los elementos de la oposición en el interior del país.

Apenas se hubo instalado el nuevo cónsul general en su residencia de la ciudad americana del Pacífico, apareció en ella la princesa Estefanía de Hohenlohe-Waldenburg-Schillingfürst, nacida en la capital austríaca, donde había vivido como una ciudadana más bajo el nombre de Steffi Richter. Los agentes del FBI no tardaron en averiguar que la princesa se reunía frecuentemente con Wiedemann, acabando por convertirse en huésped permanente de la familia del cónsul general.

Al igual que en las conferencias celebradas en Londres con motivo de la crisis de los sudetes, la princesa actuó desde América como mediadora con las autoridades británicas.

Por indicación del presidente Roosevelt, que desde hacía tiempo estaba decidido a entrar en guerra con Alemania, el FBI redobló la vigilancia

---

de las muchas preguntas formuladas, consignaremos solamente dos:

1. *¿Están dispuestos los Gobiernos aliados a discutir una paz negociada con un nuevo régimen alemán, con auténtica buena fe, de acuerdo con lo establecido en los apartados A y B?*
2. *¿Están dispuestos los aliados a manifestar al mundo, de la forma más clara posible, que no tendrían inconveniente en negociar con un Gobierno alemán, en el caso del derrumbamiento de Hitler y su régimen nacionalsocialista?*

Medios de comunicación

El obispo de Chichester recogió las opiniones de los más destacados círculos británicos, y las hizo llegar hasta los alemanes residentes en un lugar neutral. El embajador inglés en Estocolmo estuvo presente en las entrevistas. Por consejo de este último, el obispo de Chichester hizo saber a los dos pastores alemanes que también había que contar con el parecer de americanos, rusos y otras naciones aliadas; por otra parte, el Foreign Office considera que la situación es aún demasiado incierta para celebrar una entrevista de alto nivel. De todos modos, y con objeto de preparar el terreno con vistas al futuro, se podría organizar en Estocolmo una reunión entre un delegado alemán y un representante del Foreign Office o cualquier otra persona debidamente autorizada.

Carácter de la oposición

En realidad, el movimiento oposicionista se inició con anterioridad al comienzo de las hostilidades; la guerra les dio la oportunidad que esperaban. La oposición cristalizó en el otoño del año 1941; en diciembre del mismo año hubiese podido aprovechar la circunstancia de haberse negado a seguir combatiendo en Rusia un grupo de militares. Pero nadie se hizo cargo del mando. El último discurso de Hitler puso de manifiesto al pueblo alemán el carácter tiránico del régimen. La oposición estaba dispuesta a continuar la guerra hasta el amargo final, en el caso de que los aliados se negasen a pactar con un nuevo Gobierno una vez eliminado el régimen hitleriano. Sin embargo, sabía también que la prosecución de la contienda significaría la muerte de millones de seres humanos y destrucciones sin cuento. Luchar hasta el fin sería poco menos que suicida, y por eso los elementos de la oposición deseaban acabar con Hitler y su régimen, y luego concertar un armisticio con los aliados.

La resistencia alemana y los aliados

El 2 de agosto de 1944, poco después del fallido atentado contra Hitler, perpetrado por el conde Von Stauffenberg, Winston Churchill comentó, en la Cámara de los Comunes los acontecimientos del 20 de julio, imprimiendo a sus palabras un tono despectivo y como celebrando la descomposición interna entre los altos dignatarios del Tercer Reich. El comentario del entonces primer ministro británico, que adolecía de cierta «inexactitud terminológica», empleando una de sus expresiones usuales, revela la falta de entendimiento entre la oposición alemana y los aliados. Ya antes de la guerra, trágicos equívocos habían convertido las relaciones entre ellos en meros contactos efímeros sin efectividad política, situación que se consolidó en plena catástrofe. Muy de otro modo habrían discurrido las cosas si el movimiento de resistencia alemán y los aliados occidentales hubieran colaborado estrechamente, en vez de alejarse entre sí a medida que avanzaba el conflicto. Eran los aliados quienes rechazaban toda proposición de acercamiento y colaboración con el movimiento oposicionista; y no sólo se trataba de eso, sino que además parecían querer ignorar su existencia.

(Helmut Krausnick, *El poder de la conciencia*, tomo I)

en torno al cónsul general alemán y la princesa. Roosevelt temía que se entablasen negociaciones de paz entre alemanes e ingleses, puesto que el FBI sabía que tanto Wiedemann como la princesa habían representado un importante papel en la conclusión del Tratado de Munich.

Efectivamente, el cónsul general alemán se reunió varias veces con miembros del servicio secreto británico en Estados Unidos, mientras que la princesa Estefanía, por mediación de sus amistades, trataba de parlamentar con destacadas figuras de la política inglesa.

Por último, en la habitación número 1.026 del Mark Hopkins Hotel, tuvo lugar el primer encuentro de la princesa con un destacado banquero y político británico, cuyo nombre ha sido silenciado hasta la fecha. Incluso Winston Churchill no lo menciona en sus *Memorias*. Con todo, el FBI no lo ignoraba, ya que contaba con un observador en la reunión.

Como es de suponer, Wiedemann también estaba presente. Los ingleses deseaban conocer los detalles de la oposición alemana contra Hitler, así como sus planes. Wiedemann manifestó que no podía hablar en nombre de dicha oposición, sino en el suyo propio. Lo importante era que los ingleses exteriorizaran su actitud en el caso de que se produjese un importante cambio de situación en Alemania.

El Gobierno británico había rechazado hasta el momento todas las proposiciones de solución negociada. ¿Estarían dispuestos los ingleses a negociar con un Gobierno alemán que hubiese descartado a Hitler y al nacionalsocialismo? ¿Entablarían negociaciones con un Gobierno monárquico, objetivo perseguido por buena parte de los conspiradores?

Las conversaciones se prolongaron por espacio de dos semanas —el FBI estaba al corriente de ellas—; seguidamente, el político inglés se trasladó a Washington, hacia la Embajada de su país, según comprobó el FBI. Por último se realizaron otras gestiones para establecer nuevos contactos entre los alemanes y el embajador británico en Estados Unidos. El presidente Roosevelt remitió los informes de los agentes del FBI al Ministerio de Asuntos Exteriores británico, a través del Departamento de Estado, e informó personalmente al primer ministro Churchill. Este expondría en sus Memorias la inquietud que le causaron los esfuerzos para lograr la paz emprendidos por el Vaticano, Suecia y Estados Unidos. Winston Churchill tomó de inmediato enérgicas medidas: comunicó a su embajador en Washington que bajo ningún concepto se aviniera a negociar con los alemanes.

Posteriormente, otros personajes intentarían laborar en pro del movimiento de resistencia alemán, si bien con menor intensidad que las tentativas de Wiedemann para lograr un entendimiento con los enemigos en potencia. Muchos de los que buscaban el arreglo conocían bien la historia del Imperio británico y de la política inglesa, cometiendo no obstante el error de ignorar los intereses británicos, que Churchill reveló claramente antes de la guerra en un discurso en la Cámara de los Comunes:

«...Les ruego no olviden que para nosotros es indiferente el nombre del país que aspire a dominar sobre el Continente. No nos importa si tal país es España, Francia, el Reich alemán o el régimen de Hitler; nuestra postura nada tiene que ver con regímenes políticos ni con naciones. Lo único que deseamos evitar es que surja en el Continente un pueblo dominador y un posible tirano. Nuestra actuación no se basa en sentimientos pro-franceses o anti-alemanes. Nuestro comportamiento obedece a una ley política, y no a un deseo de ayuda en circunstancias de excepción, movidos por simpatía, aversión u otro sentimiento...»

Ante esa actitud, se comprende que abortaran todos los intentos de la oposición encaminados a lograr una paz honrosa con el enemigo, una vez derribado Hitler del pedestal. Al proclamar los aliados como objetivo principal «la rendición sin condiciones de Alemania», toda negociación estaba de antemano condenada al fracaso. Con todo, tales tentativas no dejaron de promoverse hasta el crítico período final.

La prensa y la radio de los países aliados divulgaron el escaso impacto producido entre los países occidentales a raíz del atentado de 20 de julio de 1944. Se llevaba ya mucho tiempo combatiendo, y la propaganda aliada había imbuido en el ánimo de la gente el odio y el deseo de aniquilación. El diplomático alemán Fritz Hesse escribió en su libro *Alemania en juego:*

«La postura inglesa y norteamericana ante el acontecimiento fue clara y terminante. Excluyeron de antemano la idea de un pronunciamiento militar; según ellos, todo era un plan fraguado por los *junkers* prusianos y el elemento militar, a fin de eludir su destrucción por los anglosajones. Claro que demasiado tarde para evitar las consecuencias de la derrota. Churchill y Roosevelt no estaban dispuestos a pactar con ellos, antes al contrario: la guerra proseguiría hasta la erradicación del militarismo prusiano y de los grandes terratenientes. El pueblo alemán sufrió una tremenda equivocación al confiar el mando del país a esos dos grupos, frente a los cuales no podía aceptarse otro fin que éste: rendición incondicional...»

Una vez finalizada la contienda, Churchill juzgó y criticó dicho enfoque de la cuestión con esta expresión gráfica:

«Creo que nos equivocamos de cerdo.»

Se refería con ello a la opinión formada por casi la mitad de Europa sobre la actitud soviética; de esa época viene también la expresión «telón de acero», acuñada igualmente por Churchill.

En resumen, los esfuerzos de la oposición, en su intento de ser oídos en el extranjero, no tuvieron éxito. El pastor Dietrich Bonhoeffer se entrevistó en Suecia con el obispo británico doctor Bell, quien a su vez informó a su Gobierno; el abogado muniqués doctor Joseph Müller llevó a cabo unas negociaciones para lograr la intercesión

del Vaticano; el consejero del Tribunal Supremo, doctor Von Dohnanyi, y el antiguo funcionario de la Gestapo y consejero gubernamental en el Ministerio del Interior, doctor Gisevius, establecieron contacto con los aliados en territorio suizo.

Los arriba citados y otros muchos miembros de la oposición estaban en contacto con el almirante Canaris y el jefe del Departamento Central del Abwehr, coronel Oster, desde un pastor protestante hasta un ex funcionario de la Gestapo. No pudo pensarse en un enmascaramiento mejor para llevar a cabo el trabajo en la más absoluta clandestinidad.

Empero, sus afanes resultaron vanos, al igual que los del cónsul general Wiedemann y la princesa Hohenlohe-Waldenburg-Schillingsfürst en Estados Unidos, y los del diplomático alemán Trott zu Solz en Estados Unidos y en Inglaterra, intentando convencer a los aliados de que Hitler y el pueblo alemán eran dos cosas muy distintas, y de que podrían tratar con un futuro régimen alemán una vez eliminado Hitler de la escena política.

Todo inútil. Los Gobiernos británico y norteamericano no sólo querían derrotar a Hitler, sino a Alemania.

La resistencia del pueblo alemán no podía alterar las cosas, no obstante haber sufrido miles de víctimas, pues los británicos y norteamericanos tenían respecto a Alemania un objetivo bien concreto.

En un informe de la jefatura de la Gestapo en Berlín, referido a 1940, se declara que sólo en la ciudad de Munich, y en el plazo de un mes, fueron detenidas 47 personas acusadas de promover disturbios de matiz comunista y marxista —bajo esta última denominación se incluía a los socialdemócratas, aunque muchos elementos de la Gestapo procedían de la policía prusiana, afecta a dicha facción política—. Asimismo se confiscaron 13 folletos y 436 libelos durante el mencionado período. Los grupos de resistencia formados desde la crisis Fritsch de 1938, que dada su privilegiada situación eran los únicos capaces de enfrentarse a Hitler con buenas posibilidades de triunfo, se fueron desmoronando poco a poco. Los dirigentes de dichos grupos —el militar bajo el mando del capitán general Beck, y el civil bajo el doctor Goerdeler—, viéronse desbordados por los acontecimientos, cuyo desarrollo favorecía a su oponente, Hitler. Muchos de los que algún tiempo atrás habían estado en contra suya, volvieron luego a las filas del Führer.

En las dramáticas jornadas que precedieron a la guerra con Polonia, los generales habían creído los vaticinios de los adversarios de Hitler, los cuales sostenían que el ataque a Polonia conduciría a una guerra en dos frentes; es decir, a una confrontación con Francia e Inglaterra. No obstante, salvo una ligera penetración gala en los Vosgos, no acaeció nada digno de mención. Hitler esta vez acertó en sus previsiones como cuando anunciara la «reinstauración del poderío militar alemán» en marzo de 1935; como en la irrupción de la Wehrmacht en la zona del Rin en marzo de 1936; como en la sensacional «guerra de las flores» en marzo de 1938, con motivo de la anexión de Austria; lo mismo que en la crisis de los sudetes, cuando Chamberlain salvó milagrosamente a Hitler, y como, por último, en la «institución del Protectorado de Bohemia y Moravia» en marzo de 1939.

En todos estos casos, Hitler llevó siempre la razón frente a Beck y Goerdeler. Pese al apoyo franco-británico, Noruega cayó en manos alemanas, Francia había sido derrotada y Hitler fue afianzando así su posición. No postergó a sus oponentes: Von Brauchitsch, Von Kluge, Von Witzleben y Von Rundstedt, fueron promovidos al cargo de mariscal; Franz Halder, sucesor de Beck en la jefatura del Estado Mayor, recibió el nombramiento de capitán general.

Un año antes de la resonante victoria sobre Francia, seis meses antes del triunfo sobre las naciones balcánicas, tras los primeros éxitos de Rommel en el norte de Africa y el impetuoso avance por los vastos espacios rusos, se produjo la primera acción efectiva en la resistencia, aunque por un conducto totalmente ajeno al sector militar.

La historia empieza con un escrito de Hitler, en octubre de 1939, calificado como de «alto secreto». Este documento, al que la Cancillería del Führer puso fecha atrasada —la del 1.° de setiembre—, decía así:

«EL FUHRER
Reichsleiter Bouhler
y
doctor en Medicina Brandt

«Quedan autorizados para disponer cuanto sea necesario —entre otras cosas informar a determinados médicos—, a fin de que a los enfermos considerados incurables a tenor de los conocimientos actuales, se los pueda eliminar físicamente para poner fin a sus sufrimientos.

»ADOLF HITLER.»

Bouhler era el jefe de la secretaría del Führer en el NSDAP, una especie de departamento privado de Hitler, independiente de la secretaría del partido propiamente dicha y de la Cancillería del Reich.

El doctor Brandt formaba parte del séquito particular de Hitler desde 1933. En ese mismo año, el Führer hizo entrega en Breslau de las condecoraciones obtenidas por los vencedores en el campeonato de natación alemán. Una de las nadadoras triunfantes era amiga íntima del joven doctor Brandt. Fueron invitados por el canciller a una recepción los atletas más descollantes, entre los que, naturalmente, figuraba la mencionada amiga del doctor Brandt. Entonces el ayudante de Hitler, Wilhelm Brückner, sufrió un accidente de automóvil, produciéndose graves heridas en el cráneo; la hermana de Hitler sufrió lesiones de menor consideración, mientras que los otros dos ocupantes

del vehículo resultaron gravemente heridos. El primer médico que acudió al lugar del accidente fue el amigo de la nueva campeona de natación, el doctor Brandt.

A raíz del hecho, Hitler ofreció a Brandt el puesto de médico personal. Así comenzó la carrera del doctor Brandt, que casi exactamente trece años después, en 1946, aparecería con los ojos vendados y una soga al cuello en la prisión aliada para criminales de guerra en Landsberg.

Brandt fue uno de los principales responsables de la muerte de casi cien mil personas, víctimas de la llamada «acción eutanasia», iniciada a raíz de la comunicación del Führer anteriormente transcrita, aun cuando en el texto de la misma no se haga una alusión directa a ello.

El objetivo de la citada acción consistía en destruir las «vidas inútiles», y respondía a un deseo expreso del mando nacionalsocialista de llevar a la práctica una de las varias facetas de su particular concepto del mundo. Lo que palpitaba en las leyes encaminadas a la «eliminación de las taras hereditarias», «protección de la raza y honor alemanes», «salvaguardia del estado sanitario del pueblo alemán», tuvo como lógica secuela el inicio del plan eutanásico. Tal proceder era congruente con el ideario nazi sobre cuestiones raciales y biológicas, muy distinto al del mundo cristiano, al que Hitler calificó como «mezcla de estupidez, cobardía y seudointeligencia». En su libro *Mein Kampf* afirma:

«Una raza fuerte perseguirá siempre a los débiles. Resulta imposible luchar por la existencia con probabilidades de triunfo si se respetan ridículos escrúpulos de conciencia. La humanidad debe aprender la sabia lección de la naturaleza, que aniquila a los débiles y abre sus puertas a los fuertes.»

Este primitivo *darwinismo* social, entresacado de las leyes que rigen el mundo de los animales y de las plantas, y trasplantado a la sociedad humana, en la que no ha de haber lugar para la «compasión eclesiástico-cristiana», constituía uno de los pilares básicos del nacionalsocialismo. Alfred Rosenberg, el más destacado teorizante del nacionalsocialismo, escribió en su obra *El mito del siglo XX:*

«Las doctrinas que predican el amor universal y la igualdad entre los hombres por un lado, y las teorías democráticas indiferentes a las cuestiones raciales y al orgullo nacional por otro, han convertido a la sociedad europea en protectora de gente mediocre, enferma, paralítica, imbécil, delincuente y corrompida.

»El "amor", sumado al humanitarismo, se ha convertido en un factor nocivo para el pueblo y el Estado, y la naturaleza no tardará en tomar cumplida venganza...»

Para los partidarios de la eutanasia, la eliminación de niños y adultos tarados física o mentalmente liberaba de «una pesada carga» a nuestro cuerpo social, era «beneficiosa desde el punto de vista económico» y también constituía «una de las medidas fundamentales para mantener la integridad de la raza».

El pretexto para acabar con «las vidas inútiles» se presentaría con el comienzo de las hostilidades, como Brandt manifestó al terminar la guerra:

«Debo admitir que el Führer sustentaba la opinión de que el problema hallaría más fácil solución una vez comenzada la guerra, toda vez que entonces sería de esperar una resistencia mucho menor por parte de la Iglesia, dado que su influencia disminuiría a tenor de las circunstancias.»

Otro pretexto se presentó con motivo del «caso Knauer», según era calificado por los miembros del partido, o «muerte por compasión», así denominado en la Cancillería del Reich.

«El padre del pequeño Knauer —escribió Bert Honolka— se dirigió a Hitler suplicándole que permitiese a los médicos dar muerte a su desgraciado hijo. El Führer se enteró por el doctor Brandt de que se trataba de un niño "ciego de nacimiento, débil mental en último grado, y a quien además faltaba una pierna y parte de un brazo". El niño estaba hospitalizado en la Clínica de Pediatría de la Facultad de Medicina de la Universidad de Leipzig, cuyo médico jefe era el profesor doctor Werner Catel. La pobre criatura fue narcotizada y se puso fin a su vida mediante una inyección letal.

»Incluso desde el punto de vista de la eutanasia clásica, resulta inadmisible la solución dada al caso Knauer. Pero lo infernal de la política nacionalsocialista reside en que, basándose en el hecho de referencia, autorizó miles de estos asesinatos "por compasión". El *reichsleiter* Bouhler y el profesor Brandt recibieron plena autorización de Hitler para proceder de idéntica manera en casos similares, de la que hicieron amplio uso.»

En lo sucesivo, muchos médicos actuaron según el espíritu de la comunicación del Führer, «de que a los enfermos considerados incurables a tenor de los conocimientos humanos actuales, se los pueda eliminar físicamente para poner fin a sus sufrimientos». Entre los elementos que más destacaron en estas actividades cabe mencionar:

Profesor doctor Werner Catel, médico jefe de la Clínica de Pediatría de la Facultad de Medicina de la Universidad de Leipzig, y catedrático numerario de Psiquiatría y Neurología de la misma Universidad.

Profesor doctor Hans Heinze, director del Hospital Provincial de Brandeburgo.

Médico pediatra doctor Ernst Wenzler, de Hannover.

Doctor Helmut Unger, de Berlín, y, como representante de la burocracia, el doctor Herbert Linden, consejero ministerial y jefe del departamento Instituciones Sanitarias de la Sección IV del Ministerio del Interior.

Posteriormente, se añadieron a éstos para aplicar la «muerte compasiva» también a los adultos, los siguientes médicos:

Doctor Bender, director del Hospital Buch, Berlín.

Profesor doctor Max de Crinis, catedrático numerario de Psiquiatría y Neurología de la Universidad de Berlín.

Profesor doctor Berthold Kihn, catedrático numerario de Psiquiatría y Neurología de la Universidad de Jena.

Doctor Pfannmüller, director del hospital bávaro Eglfing-Haar.

Profesor doctor Carl Schneider, catedrático numerario de Neurología y Psiquiatría de la Universidad de Wurtzburgo.

Profesor doctor Paul Nitsche, director del hospital Sonnenstein, de Pirna, Sajonia.

Y por último, el sucesor de Schneider en la Universidad de Wurtzburgo, el profesor doctor Werner Heyde, el más célebre de todos ellos porque al terminar la guerra, reclamado por sus numerosos crímenes, pudo permanecer oculto bajo nombre falso merced al apoyo de altos magistrados y funcionarios de la República Federal.

El alud burocrático se puso en marcha. Los establecimientos sanitarios recibieron extensos formularios, que debían rellenar para cada uno de los hospitalizados, indicando con todo detalle la enfermedad que padecían. La asociación de treinta y siete médicos inspectores y subinspectores que se constituyó, bajo el título eufemístico de Liga Nacional de Establecimientos Sanitarios, era la encargada de determinar aquellos pacientes a quienes debía facilitarse la «muerte por compasión»; para el traslado de los pacientes se creó la denominada Fundación Auxiliar de Hospitales, que incluía médicos, ambulancias, empleados administrativos y personal sanitario.

No obstante tan inofensivas denominaciones, no tardó en sospecharse que bajo ellas se ocultaba una acción secreta y contraria a las leyes, que de ningún modo se limitaba a precipitar la muerte de aquellas personas afectadas de enfermedades incurables, veladamente autorizada en la tan repetida «orden del Führer».

Pese a los esfuerzos para encubrir lo que estaba sucediendo, la opinión pública barruntó ya en 1940 que las cosas no marchaban normalmente en determinados establecimientos sanitarios. Muchos familiares de pacientes fallecidos recibieron una comunicación en la que se citaba la apendicitis aguda como causa de la defunción, cuando ellos sabían

5. November 1941

Meine liebe Fanny,
nimm diese Nadel als Andenken mit meinem letzten Lebewohl. Ich danke Dir für Deine treue Freundschaft. Was ich Dir wünsche, weißt Du!

Grüße Deine Lieben herzlich. Um uns musst Du nicht trauern, Du weißt wir sind glücklich. Danke für alles Liebe, es geh Euch wohl

Deine Meta

[illegible]



Derecha: Octavilla aliada con la fotografía de Clemens August conde von Galen, y fragmentos de un sermón en el que denunció los crímenes cometidos por el nacionalsocialismo, sobre todo el programa eutanásico. Arriba: Carta de despedida de Meta y Joachim Gottschalk. Ambos se suicidaron, porque Gottschalk no quería separarse de su esposa judía.

que tal cosa era imposible por haberle sido extirpado el intestino ciego en la niñez. La familia de uno de los difuntos recibió en una urna las cenizas de su deudo... y pocos días después, por error, les llegaba otra. Una madre visitó a su hijo, ya muy aliviado de sus dolencias, y del que, se decía, pronto sería dado de alta. Pero en la administración le comunicaron que su hijo iba a ser «transferido» a otro establecimiento. La madre no supo de él nunca más, y en ninguno de los hospitales conocidos figuraba su nombre como paciente.

Uno de los primeros en desconfiar por haberle llamado poderosamente la atención la alta tasa de mortalidad que de pronto aquejó a los hospitales, fue el pastor Braune, vicepresidente de la Junta Central de las misiones de la Iglesia protestante alemana. Pertenecían al campo de sus actividades varios hospitales, entre ellos el conocido de Bodelschwingh, en Bethel.

Si ya le había extrañado la creación de nuevos establecimientos, totalmente injustificada, la repentina oleada de «cuestionarios» le hizo seguir el asunto muy de cerca, máxime cuando los aludidos cuestionarios no habían sido remitidos por el conducto normal de las autoridades sanitarias provinciales, sino directamente desde el Ministerio del Interior. El hecho que definitivamente le movió a iniciar las pesquisas fue el repentino traslado de varias pacientes jóvenes, hospitalizadas en el establecimiento Misericordia Divina, en Erkner, Berlín. Braune protestó por tales traslados, y poco después recibía una comunicación del Ministerio del Interior, en la que se le conminaba a no inmiscuirse en el asunto, por constituir su contumacia un peligro para la seguridad del Estado. Pero el valeroso pastor Braune no se dejó amedrentar, e inició una indagación con métodos casi policíacos, primeramente en el ámbito de los establecimientos confiados a su misión.

Realizó numerosas visitas a los familiares de pacientes desaparecidos, y sin despertar sospechas obtuvo numerosos datos que le suministraron preciosas pistas.

Citemos como ejemplo el caso de un paciente llamado Heimer, internado en el Hospital Bedburg-Hau, en la provincia renana. Había sido director de la central de energía eléctrica de Remagen, y padecía depresiones nerviosas desde hacía algún tiempo. Sus familiares le visitaban con frecuencia. Un buen día les comunicaron que el enfermo ya no estaba en el hospital, sin que lograran conocer el lugar de su nueva residencia. Tras mucho insistir, se les informó de que había sido trasladado al Hospital Grafeneck.

Sus parientes se interesaron por él en dicho centro, mas tampoco pudieron sacar nada en claro. Al cabo de un mes recibieron una nota en la que se les notificaba el fallecimiento de Heimer a poco de ingresar, debido a una grave dolencia del aparato circulatorio, y que su cuerpo había sido incinerado.

¿Aparato circulatorio? Heimer era una persona físicamente muy sana. ¿Y por qué tan rápida cremación? No había duda de que todo resultaba bastante extraño.

Protesta del obispo Wurm

De la carta del obispo de Wurtemberg, D. Theophil Wurm, al ministro del Interior, doctor Frick, fechada el 19 de julio de 1940

«Señor ministro:

»Desde hace algunos meses, y por orden de la Junta de Defensa del Reich, los enfermos mentales, los epilépticos y los imbéciles son trasladados a ciertos establecimientos especiales...

»Todas las religiones convienen en que el hombre y los pueblos deben soportar la carga que les impone Dios en forma de otros seres más desgraciados que necesitan atenciones especiales. En modo alguno hay que acabar con sus vidas para mayor comodidad. Me estremezco de horror al pensar en que este proceso iniciado pueda continuar en vigor. La utilidad que pueda derivarse de estas prácticas resulta insignificante comparada con la afrenta que representa para la conciencia de las personas. ¿Qué pensará la juventud al ver que el Estado no respeta la vida humana? ¿Cuáles serán las consecuencias en el terreno particular? ¿No se dará pie para poner fin a muchas vidas por simples apetencias de carácter personal? Porque no es posible detenerse una vez se empieza a rodar por la pendiente...

»El Estado nacionalsocialista debe respetar las fronteras trazadas por Dios, pues de otro modo no favorecería tamaña ignominia que a la postre conducirá a la ruina del propio Estado...

»Heil Hitler!»

De la carta del obispo de Wurtemberg, D. Theophil Wurm, al jefe de la Cancillería, fechada el 20 de diciembre de 1943

«El pueblo alemán se pronuncia contra la política de exterminio seguida con los judíos, no por un encubierto filosemitismo, sino por razones de índole religiosa y ética. Matar a alguien únicamente a causa de su raza y sin previo juicio, aun cuando así lo dispongan las autoridades, es contrario a las leyes divinas, y tarde o temprano Dios ha de castigar tan inhumano proceder.»

Braune se enteró pronto de algo que confirmó plenamente sus sospechas. Heimer había fallecido el 10 de abril de 1940; la urna enviada a la familia llevaba el número A-498. En otro caso investigado por el pastor Braune —asimismo relativo al Hospital Grafeneck—, el paciente en cuestión había muerto el 12 de mayo de 1940. Como en el caso anterior, también fue rápidamente incinerado, y la urna enviada a la familia ostentaba el número A-1.092.

El pastor conocía bien el susodicho hospital, que poseía una capacidad de un centenar de camas. Entre el óbito de Heimer y el del segundo paciente mediaban exactamente 33 días, del 10 de abril al 12 de mayo. La diferencia en el número de registro de las urnas resultaba de 594, de modo que no era difícil colegir que durante dicho período habían fallecido en Grafeneck 594 personas.

Tal cosa es absolutamente inadmisible en circunstancias normales: no pueden producirse dieciocho defunciones diarias en un hospital de unas cien plazas, lo que significa que cada cinco o seis días morían la totalidad de los enfermos.

Prosiguiendo sus investigaciones, el pastor Braune llegó al conocimiento de que casi todos los traslados se canalizaban a determinados establecimientos, y que éstos presentaban un coeficiente de bajas muy parecido al de Grafeneck. No podía caber la más mínima duda: los citados centros estaban destinados a rematar a los enfermos a ellos enviados.

En base al copioso material recopilado, el pastor Braune realizó grandes progresos en su labor detectivesca. Se dirigió a Berlín y compareció en la Cancillería del Reich. Kritzinger, director general que le recibió, dijo no tener noticias sobre el particular, asegurando sin embargo al pastor que se ocuparía del asunto.

Braune conocía a un colega suyo, el pastor Bonhoeffer, amparado por el Abwehr, y al consejero ministerial doctor Von Dohnanyi, adversario de Hitler, que entonces colaboraba con el Abwehr. El pastor Braune se presentó en el reservado edificio del servicio secreto, en la Tirpitz-Ufer berlinesa. Fue recibido por Dohnanyi, quien se mostró consternado ante las explicaciones del pastor Braune, y mucho más ante las pruebas que aportaba. El antiguo consejero del Tribunal Supremo había sido jefe de sección bajo el mandato del ministro de Justicia doctor Franz Gürtner, durante la crisis Fritsch y en el intento de apear a Himmler y Heydrich de su privilegiada situación. Por lo tanto, contaba con excelentes relaciones en el Ministerio de Justicia.

Dohnanyi encomendó a Braune que obtuviera mayor cantidad de pruebas en muy breve plazo, a cuyo objeto le facilitó el acceso a los archivos del Ministerio de Justicia. Por cierto que ahí también se notaban cosas muy extrañas relacionadas con los establecimientos sanitarios: muchos abogados del país presentaban denuncias por muertes «repentinas», a instancia de los familiares afectados.

El valeroso pastor Braune se entrevistó con el ministro del Reich para asuntos eclesiásticos, Kerrl; también lo hizo con el pastor Von Bodelschwingh, obispo primado del Reich, y asimismo con el médico más célebre del Tercer Reich, el profesor Sauerbruch. Todos ellos, incluido el ministro nacionalsocialista para asuntos eclesiásticos, Kerrl, determinaron emprender una acción mancomunada.

Kerrl, Bodelschwingh, Sauerbruch y Braune fueron a visitar al ministro de Justicia del Reich, Gürtner. Este no pudo por menos de reconocer la aplastante veracidad de las pruebas aportadas; el pastor Braune declaró, una vez terminada la guerra, que Gürtner «parecía sincero en su consternación». El ministro prometió su ayuda para el esclarecimiento de la verdad.

Pero las cosas siguieron como hasta entonces. Las ambulancias de la Fundación Auxiliar de Hospitales continuaban su tráfago siniestro de uno a otro establecimiento sanitario, y éstos no cesa-



Arriba: Por medio de una plantilla, confeccionada por el comunista Alfred Frank, se pintó esta calavera con la inscripción que reza: «Hambre. Hay que agradecerlo al Führer.» Pág. 445 Titulares del periódico ilegal comunista «Resistencia a la guerra y a la tiranía nazi».

ban de recibir los formularios de rigor. También se constituyeron nuevas comisiones de médicos examinadores, que elegían personalmente a los enfermos sentenciados, ya que los doctores afectos a dichos establecimientos sospechaban ya lo que estaba ocurriendo y falseaban las declaraciones en pro de los pacientes. La resistencia a la «acción eutanasia» se acrecentaba día a día. Quienes habitaban en las proximidades de los establecimientos fatídicos barruntaban lo que sucedía tras aquellos muros. Y bien pronto los mismos funcionarios nacionalsocialistas elevaron su protesta a las autoridades, a tenor de los hechos que inquietaban a la población.

El jefe del partido en el distrito de Ansbach puso sobre el tapete la cuestión de las causas de la muerte, refiriéndose a un caso concreto en el que se pretextó la defunción por «apendicitis aguda», cuando al paciente le había sido extirpado el intestino ciego hacía muchos años. El mencionado jefe escribió con posterioridad:

«Otra de las causas alegadas eran graves dolencias de la médula espinal, pero los familiares aseguraban haber sometido al paciente a un riguroso examen médico, y nunca habían encontrado ninguna anomalía en el sujeto.

»Una mujer recibió su propio parte de defunción, cuando todavía estaba en el hospital gozando de buena salud.»

El Colegio de Abogados de la provincia de Sajonia envió un escrito a Berlín, junto con numerosas esquelas aparecidas en el *Leipziger Neues-*

Testamento político del comunista Anton Shaefkow. Setiembre de 1944

Punto 1:

Exterminad el fascismo de raíz. Hay que confiscar y nacionalizar las empresas controladas por nacionalsocialistas, sobre todo las industrias pesadas y otras de importancia vital. Todos los medios productivos deberán pasar a manos de los órganos dirigentes de la clase obrera. Los responsables de la instauración del fascismo y los promotores de la guerra contribuirán con su patrimonio a la reparación de los daños causados.

Punto 2:

No elijáis para dirigir las empresas a los representantes de grupos interesados, sino a vuestros órganos de poder, a los cuales dispensaréis vuestra protección, armada si es preciso. Las gentes de confianza, los consejos de empresa y los mandos no deben guiarse únicamente por motivos de lucro. Han de ser órganos de poder, dispuestos a tomar decisiones. El gobierno del pueblo está garantizado si la clase trabajadora forma sus propios órganos de poder. Este es el único camino para la auténtica democratización. Si el pueblo quiere regir sus propios destinos, debe estar armado. Esté prohibido o no, hay que organizar una milicia que proteja a nuestros delegados. Hay que democratizar, pero sin ilusiones democráticas.

Punto 3:

Tolerad un solo movimiento sindical. Constituid un sindicato revolucionario, eligiendo a sus componentes entre vuestros camaradas. Hay que combatir siempre por la liga internacional sindical. Allanad todos los obstáculos que se interpongan en vuestro camino. La agilidad de maniobra y la paciencia constituyen siempre una gran ayuda. No debéis olvidar el objetivo fundamental de la política sindical revolucionaria: impedir las concentraciones industriales. Vuestro lema: una empresa, una unidad.

Punto 4:

Procurad que se lleve a cabo una amplia democratización. Reconstruid Alemania a base de lo mejor del pueblo. Pero no hay que volver a la democracia al estilo de Weimar... El poder comenzará desde abajo. La cabeza del clavo es importante, pero mucho más el cuerpo. El pueblo debe gobernarse por sí mismo; los representantes escogidos por él no se limitarán a ser meros órganos consultivos, sino que ejercerán funciones activas y responderán de su gestión ante los electores.

El actual hundimiento de Alemania no significa necesariamente su fin. Su reconstrucción se logrará mediante una Alemania democrática, pero unida en un frente antifascista nacional. La Alemania de los comités populares.

Punto 5:

El futuro pertenece al proletariado, única clase que dominará. Fortificad vuestro poder poco a poco, y no lo abandonéis jamás. Los comunistas estamos abierta y sinceramente con el frente antifascista nacional. Cuando los destinos del país se encuentren en manos de la clase trabajadora, quedarán resueltos muchos problemas sociales y nacionales. Vosotros, trabajadores berlineses, debéis aprender bien esta lección: hay que formar y consolidar paulatinamente en la nueva Alemania la supremacía de la clase trabajadora, y acercarse al socialismo como meta definitiva. Cuando el proletariado se haya constituido en la clase dominante, la evolución señalada será sólo cuestión de tiempo. De todos modos, seguid adelante, que vais por buen camino.

(G. Nitszche, *El grupo Shaefkow-Jacob-Bästlein*)

WIDERSTAND

GEGEN KRIEG u. NAZIHERRSCHAFT

Der Ruf unserer Ahnen

Ulrich von Hutten :

Wir wollens halten insgemein
Laßt doch nit streiten mich allein.
Erbarmt euch übers Vaterland,
ihr werten Teutschen, regt die Hand.

Friedrich Schiller :

Wenn der Gedrückte nirgends Recht kann finden, wenn unerträglich wird die Last – greift er hinauf getrosten Mutes in den Himmel und holt herunter seine ew'gen Rechte ..

Schluß mit dem Hitlerkrieg !

Für ein freies unabhängiges Deutschland !

In allen Kreisen des deutschen Volkes wächst die Erkenntnis: Hitler hat den Krieg verloren. Seine Fortsetzung erfordert nur weitere vergebliche Opfer, weitere Zerstörung von Produktions- und Wohnstätten. Gegen diesen Wahnsinn muß sich das ganze Volk erheben. Es geht um den Bestand der Nation. Alle Kräfte müssen zur Rettung von Volk und Heimat eingesetzt werden. Waren es zuerst nur einzelne und vor allem klassenbewußte Arbeiter die unerschrocken gegen Hitlers Kriegspolitik ankämpften, so sind es heute schon viele. Es geht vorwärts trotz alledem, trotz Gestapo und Naziterror. Die bisher gebrachten Opfer sind nicht umsonst gefallen. Getragen von einer breiten Welle mitleidlosen Hasses gegen die Kriegsverbrecher ist eine wirkliche Volksfront im Entstehen. Ihre Kerntruppe ist die Arbeiterklasse. Sie trägt die Hauptlast des Kampfes und verfügt über große Kampferfahrungen. Mit ihr müssen sich alle anderen Antifaschisten verbünden und in der

"Widerstandsbewegung Freies Deutschland"

zusammenschließen. Deutschland kann nur durch Deutsche gerettet werden!

Die "Widerstandsbewegung" ist keine Partei, sie fragt nicht nach Rang und Stand, ihr ist der Glaube und die Weltanschauung jedes Einzelnen gleichgültig, denn sie will die Zusammenfassung aller Kräfte und ihre Ausrichtung auf den Sturz der Nazis, weil nur so der Krieg beendet werden kann. Schaffende in Stadt und Land! Ungeachtet der Verschiedenartigkeit eurer wirtschaftlichen Interessen, über alle politischen und konfessionellen Streitfragen hinweg, müßt ihr euch für die Verwirklichung nachstehender Programmpunkte einsetzen :

1. Sturz des Naziregimes.
2. Bildung einer Volksregierung.
3. Beendigung des Krieges. Anbahnung eines Friedens, der Deutschlands Freiheit und Unabhängigkeit verbürgt.
4. Bündnis mit Sowjetrußland.
5. Wiederherstellung der Freiheit aller unterdrückten Völker.
6 Sühne aller im In- und Ausland verübten Naziverbrechen. Bestrafung der Kriegsverbrecher.
7 Auflösung der NSDAP und ihrer Untergliederungen. Auflösung der Geheimen Staatspolizei.
8. Freilassung aller politischen Gefangenen einschl. der von den Militärgerichten verurteilten Soldaten.
9 Wiederherstellung der demokratischen Volksrechte, wie: Freiheit der Meinung, der Presse, der Vereinigung, und der Religionsausübung.
10. Wiedereinführung des Achtstundentages. Aufhebung der Dienstverpflichtungen und des Lohnstops. Aufhebung der Zwangsarbeit für alle ausländischen Arbeitskräfte.
11. Umfassende Hilfsmaßnahmen für die Bombengeschädigten, die Opfer des Krieges und der revolutionären Erhebung.
12. Abbau aller Gesetze die den Bauern das Verfügungsrecht über ihr Eigentum beschränken. Beseitigung aller Bestimmungen die Handel, Handwerk und Gewerbe in ihrer Entwicklung hemmen.

Gegen Krieg und Verwüstung ! Gegen Mord und Brand !
Für Frieden und Freiheit ! Für das Lebensrecht der Völker !
Für unser freies, unabhängiges deutsches Vaterland !

ten Nachrichten, cuyo texto era similar en casi todas, y contenía frases como las siguientes:

«Después de haber recibido la urna con las cenizas, procedente del hospital de Grafeneck, Württemberg, nos ha sido comunicada la triste nueva del repentino fallecimiento de nuestro...»

Todavía resulta más revelador el siguiente texto:

«...Tras mucho tiempo sin noticias...»

O bien:

«...Como temíamos, hemos recibido de Grafeneck, Württemberg...»

En dicho escrito se pedía a los abogados de la provincia sajona que averiguasen lo que sucedía en Grafeneck.

El obispo Wurm envió un escrito al Ministerio del Interior, ajeno a que los enfermos eran enviados a las cámaras de gas, en el que decía:

«El transporte de pacientes en autobuses con ventanillas cerradas, y el humo que se elevaba de los crematorios, cuyo característico olor es percibido a gran distancia, todo ello inquieta los ánimos, cuanto más que no se permite el acceso a dichos establecimientos...»

El obispo Wurm escribió con posterioridad:

«...Solamente en la provincia de Württemberg centenares de pacientes han hallado la muerte de ese modo..., entre ellos heridos de guerra.» Y formula la cuestión: «¿Está enterado el Führer de lo que ocurre? ¿Ha dado su autorización a ello?»

La misma cuestión preocupaba a Else von Löwis, funcionaria del partido, dirigente de la Liga Femenina de Württemberg, quien escribió a Buch, juez supremo del partido —padre político del *reichsleiter* Martin Bormann:

«...Puesto que apenas se conoce a los responsables de esta bochornosa situación, ¿por qué no se efectúa una investigación a fondo por las autoridades? ¿Adónde nos conducirá este camino, para el que no parecen existir fronteras?

»La gente se aferra a la esperanza de que el Führer no sabe de esas cosas... Debe de haber un medio para que la voz popular llegue a oídos del Führer.»

El juez Buch transmitió el escrito al *reichsführer* de la SS, Heinrich Himmler. Efectivamente, éste hizo gestiones para que se clausurase el hospital de Grafeneck, aun cuando no estuviese al corriente del asunto, puesto que desde hacía tiempo no ocupaba el cargo de ministro del Interior, sino que se limitaba a sus funciones de jefe de la SS y de la policía.

Con todo, la «acción eutanasia» siguió adelante, incluso una vez clausurado Grafeneck. El personal de dicho centro, ejercitado ya en la eliminación de enfermos, se trasladó al Hospital Hadamar, en Limburgo, para continuar su macabra tarea.

No tardó en difundirse en el lugar lo que allí estaba sucediendo. Después de su colega protestante de Württemberg, fue el obispo católico de Limburgo quien dio la voz de alarma: «Varias veces al día llegan ambulancias a Hadamar con su cargamento de víctimas... Poco después de la arribada de dichos vehículos, los habitantes de Hadamar contemplaban la salida del humo y se estremecen pensando en las víctimas sacrificadas...»

El arzobispo católico de Munich, Faulhaber, dirigió asimismo una nota de protesta al ministro de Justicia, Gürtner, alegando que la teología católica «condenaba la eutanasia como contraria a la moral y al espíritu cristianos».

Sin embargo, todas estas reprobaciones, y muchas más que no han sido mencionadas aquí, no eran sino protestas por escrito, que recorrían el conducto oficial y terminaban en los archivos, sin que se obtuviese el menor resultado práctico.

El obispo de Münster, Clemente Augusto, conde de Galen, asestó un importante golpe a la «acción eutanasia», ya que no se limitó a redactar una nota, sino que clamó contra ella en público, desde el púlpito de la iglesia de St. Lamberto, de Münster:

«¡Alemanes!

»Todavía sigue en vigor el artículo 211 del Código Penal, que dice:

»"Quien matare deliberadamente a otra persona, y con toda premeditación, será condenado a la última pena."

»Empero, muchos enfermos son eliminados sin piedad, no obstante lo establecido por las leyes vigentes, y no se toman medidas por parte de las autoridades a fin de castigar a los responsables. Como causa de la muerte de tanto desdichado se pretexta una dolencia cualquiera...

»El citado cuerpo legal reza en su artículo 139:

»"Quien tuviere conocimiento de un atentado contra la vida de un semejante, y no lo pusiere en conocimiento de las autoridades, será castigado de conformidad con lo dispuesto en el presente Código."

»Apenas tuve noticia del traslado de enfermos de Meriental a otro lugar desconocido, me dirigí al Colegio de Abogados de Münster con fecha 28 de julio, así como al jefe de Policía de esta ciudad, en los términos siguientes:

»Al tener noticia del traslado, durante esta semana, de gran número de enfermos —designados como "ciudadanos improductivos"— desde el Hospital Provincial de Mariental al centro sanitario de Eichberg, donde se les quita la vida con toda premeditación, me remito al artículo 211 del Código Penal que castiga con la muerte a los que perpetran tales delitos, y al artículo 139 del mismo, por el que tengo la obligación de denunciar tales hechos a la autoridad competente.

»Por el momento, no he tenido pruebas de que el Colegio de Abogados y la policía hayan tomado medidas a tal efecto...»

Otro gran embate contra la «acción eutanasia» —aparte la campaña que desde el púlpito emprendió el obispo conde de Galen, quien finalmente logró hacerse oír de las altas esferas— corrió a cargo del héroe popular de aquellas fechas, un buen católico, el coronel de Aviación Werner Mölders, jefe de la famosa escuadrilla de caza núm. 51.

Mölders era el ídolo de la juventud, y el mejor piloto de caza de todas las naciones en pugna. El

16 de julio de 1941, Hitler le concedió la más alta condecoración alemana: la Cruz de Hierro con hojas de roble, espadas y brillantes.

Durante el permiso que siguió a tan preciada distinción, Mölders se enteró de las medidas dictadas por la Gestapo contra el obispo de Münster. Corrió el rumor de que Mölders había asistido a uno de los sermones del obispo.

Werner Mölders protestó por conducto reglamentario contra las medidas tomadas en relación con los enfermos mentales, y de las represalias contra el obispo conde de Galen. Al llegar el escrito a manos del jefe supremo de la Luftwaffe, mariscal Hermann Goering, éste se dispuso a tomar las pertinentes medidas disciplinarias para castigar al héroe nacional. A su vez, Goering informó a Hitler.

El Führer se vio obligado a poner punto final a la «acción eutanasia». En la fase de la contienda por que atravesaba el país, no podía permitirse el lujo de crear inquietudes en la masa, y mucho menos enfrentarse abiertamente con católicos y protestantes.

La resistencia de unos cuantos espíritus fuertes logró al fin sus frutos. La muerte de «enfermos incurables» y la eliminación de «vidas inútiles» no llegó a interrumpirse por entero, pero sí dejó de realizarse a escala masiva.

Eso sucedía en una época en que la Wehrmacht cosechaba una victoria tras otra, en una sucesión y magnitud que ni el más optimista se hubiera atrevido a imaginar; millones de prisioneros soviéticos, conquista de centenares de miles de kilómetros cuadrados de terreno, captura de innumerables armas de toda suerte, y destrucción de miles de carros de combate y de aviones. El capitán general Halder —jefe de Estado Mayor separado de su cargo por Hitler un par de años atrás, a consecuencia de un atentado encubierto bajo la forma de accidente—, escribió en su *Diario* que la campaña de Rusia no podía durar mucho tiempo, o, por mejor decir, que estaba prácticamente terminada. También frente a él Hitler fue el gran vencedor ante quien debía inclinarse.

Del bando militar no cabía esperar, pues, en esta época ninguna oposición peligrosa para Hitler. ¿Qué podemos decir sobre este particular en cuanto se refiere al movimiento obrero, los sindicatos, los socialdemócratas y los comunistas?

Emil Henk, uno de los socialdemócratas que sobrevivieron al 20 de julio, escribe respecto a dicho período de las grandes victorias militares alemanas:

«La única organización existente al comenzar la guerra carecía de significación política, y mucho menos podía considerarse como un serio peligro para Hitler. La primera persona que al iniciarse las hostilidades fundó una sólida organización secreta que trabajaba activamente para derribar a Hitler fue Wilhelm Leuschner, antiguo feje de los sindicatos alemanes.

»Tras su salida del campo de concentración, Leuschner montó una pequeña fábrica en la que trabajaban sindicalistas y socialistas... Leuschner y sus colaboradores realizaban frecuentes viajes a diversas localidades del país, en busca del apoyo de antiguos camaradas de su absoluta confianza. Lograron establecer numerosas células en varios puntos, que a su vez se agrupaban en unidades mayores...

»Esta organización formada por antiguos elementos sindicales jamás pudo ser desarticulada por la Gestapo. Era pequeña y fuerte, como un mundo extraño incrustado en el Tercer Reich, pero no tenía ninguna posibilidad de lanzarse contra Hitler...

»Junto a este grupo de sindicalistas actuaba otro encabezado por el diputado socialista doctor Mierendorff. Se apoyaba también en hombres de confianza, pero, a diferencia de sus colegas sindicalistas, su organización no era ni con mucho tan perfecta... Un grupo se distinguía por su cohesión, el otro por su acendrado espíritu político y de lucha.»

La Gestapo veía la situación desde otro punto de vista. En el «Informe Kaltenbrunner» de 20 de julio se lee, entre otras cosas:

«De los interrogatorios se desprende que la vieja camarilla sindicalista ha vuelto a congregarse tras abandonar el campo de concentración, con el propósito de reanudar la lucha en el terreno político. Mierendorff y Leuschner habían porfiado mucho tiempo sobre la base en que deberían fundarse los nuevos sindicatos; Haubach (oficial, y más tarde periodista del SPD y jefe del gabinete de Prensa de la policía berlinesa) y Leuschner también habían andado a la greña durante algún tiempo, al igual que éste y Leber (oficial y periodista del SPD), pero últimamente el recuerdo de muchos años de cooperación en los sindicatos los ha unido a todos para siempre. Ahora discuten los asuntos amigablemente y se relacionan sus respectivas familias; asisten al sepelio de los camaradas difuntos, se cuidan de los familiares y asisten en común a los acontecimientos sociales...»

Del tono más bien pesimista del informe de la Gestapo se desprende el éxito de la actuación de los antiguos grupos sindicalistas. ¿Qué puede decirse de los comunistas? Nunca llegaron a la altura de los dos grupos antes mencionados; constaban solamente de elementos juveniles sin apenas organización y de individuos aislados que de vez en cuando pegaban en los muros carteles atacando a Hitler y a la guerra, o escribían con tiza, durante la noche, frases insultantes para el régimen nazi.

Con todo, el KPD realizaba una activa labor clandestina, sobre todo desde el exterior, con el apoyo de la Unión Soviética.

Entre los aspectos más destacables de dicha tarea se cuentan la serie de sabotajes dirigidos por el que sería jefe de la policía de seguridad de Ulbricht, Ernst Wollweber, y su sucesor Erich Mielke, en la actualidad jefe de la policía secreta de la República Democrática alemana. Sus grupos de sabotaje atacaban a los barcos alemanes y neutrales que en los puertos suecos embarcaban mineral

de hierro y otros productos estratégicos con destino al Tercer Reich.

Los aviones soviéticos lanzaron en paracaídas sobre Alemania a gran número de emigrantes comunistas, los cuales se ponían en contacto con sus camaradas en el país, uniéndose a ellos en sus actividades saboteadoras. Pero éstas eran tan inútiles como dar coces en el aire. Además, muchos de los antiguos compañeros cerraron las puertas a los reemigrados, manifestando así sus deseos de «vivir en paz» y no ser importunados por la Gestapo.

Algunos de los comunistas lanzados por los rusos se entregaron a los alemanes, unos por miedo, otros por decepción; el cuadro que de Alemania les habían trazado durante su adoctrinamiento en Moscú no se ajustaba a la realidad de lo que observaban sus ojos.

En Alemania, la gente vivía mejor durante el tercer y cuarto año de guerra que en el bienio 1932-1933, cuando emigraron del país, y mucho mejor de lo que ellos habían vivido como ciudadanos de la Unión Soviética. Claro que había muchos «descontentos y derrotistas», según decían los nazis, pero en modo alguno podía afirmarse que cundía el descontento popular como preludio a la tan esperada «revolución proletaria».

Los agentes verdaderamente profesionales desaparecieron con sus buenos papeles falsos y abundante dinero, para reaparecer poco después de terminada la guerra, en la zona de ocupación aliada, por supuesto, a fin de evitar la venganza del partido por su traición. Sólo una acción de resistencia comunista alcanzó relativa importancia, aunque algunos no la consideren como de «resistencia», sino de espionaje a favor de una potencia extranjera, de traición a la patria, en suma. Este es el caso de la llamada Banda Roja (Rote Kapelle).

El núcleo de este grupo lo formaban funcionarios, escritores, profesores y personas de origen burgués y hasta algunos elementos de la nobleza. No había «verdaderos proletarios» entre los círculos dominantes de dicho grupo.

Los jefes más destacados eran el primer teniente Schulze-Boysen, que prestaba sus servicios en el Ministerio del Aire, y el consejero superior gubernamental, doctor Arvid Harnack, con destino en el Ministerio de Economía. La misión primordial de dicho grupo consistía en el espionaje. Poco antes del comienzo de la guerra contra la Unión Soviética, el agregado comercial de la Embajada rusa en Berlín les hizo entrega del primer equipo transmisor, al que no tardaron en seguir otros.

La información era emitida a determinadas horas de la noche, en la longitud de onda y código preestablecidos, y enviada a Moscú directamente o por medio de la estación de Bruselas.

Los datos se referían de preferencia a los acontecimientos militares, económicos y políticos en Alemania y en los frentes, a los cuales tenían fácil acceso los informantes merced a su condición de funcionarios.

Comunicaban asimismo noticias exactas respecto a la producción de aviones, tales como plazos de fabricación, tipos y destino. No faltaban informes sobre los planes ofensivos alemanes en el frente oriental, que obtenían de la sección de transportes ferroviarios y de otras procedencias. También los rusos estuvieron al corriente de los movimientos de las fuerzas anticomunistas formadas por sus propios conciudadanos, en cuya organización, por cierto, tomó parte el teniente coronel conde Von Stauffenberg.

Algunos de los agentes comunistas lanzados en paracaídas por los rusos iban a reforzar las filas de la Banda Roja, provistos de transmisores y otro material. En realidad, eran los propios agentes rusos quienes realizaban la parte más arriesgada de la tarea, y quienes permanecían «en la brecha»... hasta que fueron apresados por la Gestapo junto con sus colaboradores alemanes.

Schulze-Boysen era sobrino del gran almirante Tirpitz, duramente criticado por Hitler a causa de su política naval antibritánica. Elemento mucho más activo era Arvid Harnack, quien organizaba la mayor parte de las acciones; coordinó el llamado «grupo externo», exclusivamente consagrado a las tareas de espionaje.

Con su uniforme de oficial y pistola en mano, Schulze-Boysen colaboró en una de las más espectaculares maniobras: la colocación de carteles en numerosos puntos de Berlín, con alusiones al «paraíso nazi» —siendo el propio Schulze-Boysen el autor de los textos y dibujos— mientras se celebraba en Berlín, a principios de verano, una exposición de carteles relativa al «paraíso soviético».

Mas la Banda Roja no tardó en ser desbaratada. El activo tráfico clandestino de mensajes había sido descubierto desde hacía algún tiempo, y tras una imprudencia de la estación bruselense, la policía y la Gestapo acabaron con toda la organización.

Casi al mismo tiempo sufrió idéntica suerte un grupo de resistencia netamente político. La causa del descalabro fue una acción similar a la llevada a cabo contra la exhibición berlinesa del «paraíso soviético», aunque en este caso no se trataba de una red de espionaje formada por elementos experimentados, sino de un grupo de jóvenes decididos a emprender algo contra Hitler y su dictadura.

Este grupo se componía únicamente de elementos judíos. Tras una visita a la exposición de propaganda antisoviética, algunos de los miembros del grupo concibieron la idea de atentar contra la exposición, por ejemplo incendiándola.

El plan fue acaloradamente discutido, ya que no todos se mostraban conformes. En realidad, existían muchos motivos para oponerse a su realización, puesto que no valía la pena exponer la vida en una acción de tan escasa monta; no se les ocultaba que, caso de ser detenidos, les sería aplicada la máxima pena, y ese riesgo era digno de correrse en acciones de más trascendencia. A mayor abundamiento, un grupo enteramente constituido por judíos no resultaba demasiado idóneo para el

desempeño de tal misión; caso de ser descubiertos, los nazis dispondrían de un arma formidable para su propaganda: ¡Conque sois vosotros los judíos! ¡Claro; la judería y el bolchevismo se han confabulado para destruir a Alemania!

Al cabo de varias noches de encendidas deliberaciones, los contrarios a la realización del atentado fueron excluidos del grupo «Baum», llamado así por su jefe, Herbert Baum. El resto procedió a disponer lo necesario para la acción.

Parte de los salones de la exposición fueron devorados por el fuego. Dos días después, los autores del incendio fueron detenidos; uno de los que con más ardor se había inclinado por actuar, excluyendo a los disconformes, resultó ser un confidente de la Gestapo.

Los encartados no tardaron en conocer la sentencia, tras un juicio sumarísimo: pena de muerte. Los condenados eran: Herbert Baum, de 28 años; Marianne Baum, de 30 años; Sala Kochmann, de 30 años; Gerd Meyer, de 22 años; Heinz Joachim, de 21 años; Susanne Wesse, de 29 años; Irene Walter, de 22 años; Hanni Meyer, de 22 años; Marianne Joachim, de 21 años; Heinz Rotholz, de 21 años; Heinz Birnbaum, de 23 años; Hella Hirsch, de 22 años; Félix Heymann, de 26 años; Martín Kochmann, de 30 años. Fueron ejecutados entre agosto de 1942 y setiembre de 1943.

Por dicha época muchos jóvenes formaban en cierto modo en las filas de la resistencia, aun cuando su participación se reducía a eludir el ingreso en las organizaciones juveniles hitlerianas, obligatorio para jóvenes de ambos sexos. Muchos de ellos se afiliaban a las SAJ (Juventudes Obreras Socialistas) o a las KJVD (Juventudes Comunistas), a los que se agregaban elementos de las antiguas asociaciones juveniles de carácter burgués o nacionalista. Otros desarrollaban su labor oposicionista desde el propio seno de las Juventudes Hitlerianas.

La resistencia que podían ofrecer contra el Tercer Reich apenas puede decirse que merezca tal nombre, pero las autoridades la consideraron sumamente peligrosa, como lo demuestran varios procesos seguidos a muchos de esos jóvenes, algunos condenados a la pena capital. Esos grupos y otros muchos que emprendieron determinadas acciones contra el Tercer Reich, siquiera fuese en forma de resistencia pasiva, sumaron tan gran número que es imposible hacer una relación exhaustiva de todos. Por ello hemos seleccionado un par de ejemplos, uno referido a un muchacho apenas conocido, y el otro respecto a un grupo que alcanzó celebridad en el mundo entero.

El 27 de octubre de 1942, el joven de 17 años, Helmuth Hübener, auxiliar administrativo, fue decapitado en la prisión de Hamburg-Fuhlsbüttel, justamente la misma que en nuestros días ha ad-

Geheim!

Jm Namen

des Deutschen Volkes

In der Strafsache gegen

1. den Verwaltungslehrling bei der Sozialverwaltung in Hamburg *Helmuth* Günther *Hübener*, geboren am 8. Januar 1925 in Hamburg, zuletzt dort wohnhaft gewesen,
2. den Schlosserlehrling *Rudolf* Gustav *Wobbe*, geboren am 11. Februar 1926 in Hamburg, zuletzt dort wohnhaft gewesen,
3. den Malergesellen Karl Heinz *Schnibbe*, geboren am 5. Januar 1924 in Hamburg, zuletzt dort wohnhaft gewesen,
4. den Verwaltungslehrling bei der Sozialverwaltung Hamburg, *Gerhard* Heinrich Jacob Jonni *Düwer*, geboren am 1. November 1924 in Altona, zuletzt in Hamburg-Altona wohnhaft gewesen,

sämtlich z. Zt. in dieser Sache in gerichtlicher Untersuchungshaft,

wegen Vorbereitung zum Hochverrat

hat der Volksgerichtshof, 2. Senat, auf Grund der Hauptverhandlung vom 11. August 1942, an welcher teilgenommen haben

als Richter:

Vizepräsident des Volksgerichtshofes Engert, Vorsitzer,
Oberlandesgerichtsrat Fikeis,
NSKK-Brigadeführer Heinsius,
Oberbereichsleiter Bodinus,
Oberführer Gaugerichtsvorsitzender Hartmann,
als Vertreter des Oberreichsanwalts:
Erster Staatsanwalt Dr. Drullmann,
als Urkundsbeamter der Geschäftsstelle:
Justizsekretär Wöhlke,

für Recht erkannt:

Es werden verurteilt:

Hübener wegen Abhörens eines Auslandssenders und Verbreitung der abgehörten Nachrichten in Verbindung mit Vorbereitung zum Hochverrat und landesverräterischer Feindbegünstigung

zum Tode

und zum Verlust der bürgerlichen Ehrenrechte auf Lebenszeit,

Wobbe wegen Abhörens eines Auslandssenders und Verbreitung ausländischer Rundfunknachrichten in Verbindung mit Vorbereitung zum Hochverrat zu

10 — zehn — Jahren Gefängnis,

Schnibbe wegen Abhörens eines Auslandssenders und Verbreitung ausländischer Rundfunknachrichten zu

5 — fünf — Jahren Gefängnis

und *Düwer* wegen Verbreitung von ausländischen Rundfunknachrichten zu

4 — vier — Jahren Gefängnis.

Derecha: En nombre del pueblo alemán, Helmuth Günther Hübener es condenado a muerte. He aquí las causas: «En marzo de 1941, el hermano del acusado se trajo de Francia un receptor. El aparato fue a parar a casa de los abuelos del acusado, el cual lo compuso, pues estaba ligeramente averiado, y con él escuchaba el programa en alemán de la BBC. Mientras sus abuelos dormían, el acusado no se apartaba de la radio. Además, difundía las noticias de la emisora enemiga entre sus amigos y conocidos. El acusado también se dedicaba a redactar octavillas tendenciosas. En sus trabajos utilizaba una máquina de escribir. La úlima de las octavillas, titulada «¿Quién caza a quién?» todavía estaba en la máquina de escribir al ser detenido...»

quirido cierta notoriedad por anomalías cometidas en el trato a los presos.

Helmuth Hübener, como casi todos los de su edad, fue «flecha», luego «cadete» y cuando alcanzó la edad establecida se le encuadró en las Juventudes Hitlerianas. Sus superiores y los compañeros dijeron de él en el proceso: «Era un camarada bueno y leal.»

Sus jefes en el Ayuntamiento de Hamburgo, donde trabajó hasta su detención en 1942 como auxiliar administrativo, le ensalzaron extraordinariamente, manifestando que, para su edad, era un joven muy instruido, inteligente y muy leal.

¿Qué hizo este muchacho para terminar a los diecisiete años bajo el hacha del verdugo, cuando todo en él presagiaba una rápida carrera y mucho éxito en la vida?

Desde principios de 1941, Helmuth sintonizaba en secreto las emisoras británicas y difundía las noticias entre sus amigos y conocidos. Asimismo era autor del texto de varios folletos, que escribía a máquina en el despacho de su comunidad —pertenecía a la secta de los mormones, denominada «Iglesia de Cristo de los Santos de las Postrimerías»—. Luego distribuía dichos folletos junto con tres de sus amigos, pertenecientes también a las Juventudes Hitlerianas de Hamburgo. Los folletos eran pegados en los vagones del ferrocarril metropolitano, en los restaurantes, en los tranvías y en los paramentos de los edificios.

«Hitler es culpable», rezaban los encabezamientos, o «Hitler significa la ruina de Alemania». Poco después de iniciarse la campaña contra la Unión Soviética, Helmuth Hübener no se contentó con propalar las noticias que captaba en las emisoras extranjeras, sino que trató de convencer a la población, por medio de impresos redactados por él mismo, de que la política hitleriana y el modo de conducir la guerra arrastraban al país hacia un desastre sin precedentes. En el juicio seguido a Hübener se dijo, entre otras cosas:

«...En este caso se trata de un flagrante delito de propagación de noticias procedentes de emisoras extranjeras. Por otra parte, el procesado ha incurrido también en la gravísima infracción de redactar y distribuir libelos rebosantes de odio y rencor, especialmente en un barrio obrero de la capital, con el consiguiente riesgo de soliviantar el ánimo de la clase trabajadora en un tiempo en que, según informes de la policía, el marxismo ha sido desarraigado en Hamburgo. El acusado conocía perfectamente las funestas consecuencias que podría acarrear su labor propagandística...»

Los elogios que de Helmuth Hübener hicieron sus camaradas de las Juventudes Hitlerianas y sus superiores del Ayuntamiento de Hamburgo no se tomaron en cuenta por el tribunal; antes al contrario, sirvieron para agravar los cargos que se le imputaban, suficientes para ser condenado a muerte:

«Hübener, que según los testigos de la defensa es un joven capacitado y excelente compañero de trabajo, ha dado pruebas de ser persona muy inteligente para su edad...

»Lo mismo se deduce del contenido de los folletos; nadie podría sospechar que han sido redactados por un joven de diecisiete años. Sus conocimientos generales, su madurez en cuestiones políticas y su comportamiento ante el tribunal muestran ostensiblemente que se trata de una persona madura en lo intelectual. Y por ello, el acusado debe ser castigado como individuo formado que es...»

Otro ejemplo de la resistencia entre la juventud alemana, éste conocido mundialmente, es el de los hermanos Sophie y Christoph Scholl, de Munich. Ambos pertenecían a la organización denominada «Weisse Rose» (Rosa Blanca), compuesta de estudiantes, artistas, literatos e intelectuales.

Hamburgo y Munich eran los centros más importantes de la organización Rosa Blanca. El de la última población se mostró particularmente activo, contando en su haber con las primeras manifestaciones públicas contra el Tercer Reich, sin que las autoridades tomaran al principio medida alguna para reprimir a fondo sus actividades.

Los folletos distribuidos por la Rosa Blanca, constituían una paja en el ojo de la Gestapo. Se sospechaba —había algunos indicios que así lo hacían suponer— que los autores eran estudiantes o catedráticos de la Universidad de Munich. El *gauleiter* de la ciudad, Paul Giesler, a fin de pulsar la opinión de los estudiantes, dio una conferencia en el aula magna de la Universidad de Munich, sita en la Ludwigstrasse, distante sólo unos centenares de metros de la famosa Feldherrnhalle, donde el 9 de noviembre de 1923 habían muerto dieciséis correligionarios de Hitler, en lucha con la policía bávara. Desde entonces se consideraba el lugar como una reliquia nacional.

Paul Giesler intentó inculcar a los estudiantes el concepto que tenía del «honor». La conferencia se celebró el 16 de febrero de 1943, es decir, después de la caída de Stalingrado. Giesler hizo hincapié en lo que significaba Stalingrado en la lucha a vida o muerte que libraba el pueblo alemán; en la batalla por la ciudad del Volga todo un ejército alemán había ofrendado su vida en aras de sus conciudadanos.

No podían olvidar los estudiantes que, gracias a los soldados que luchaban en el frente y con los impuestos que abonaban los trabajadores, gozaban de plena tranquilidad y podían continuar los estudios. Y si los estudiantes, manifestó al fin en tono amenazador, se negaban a reconocer que los estudios que cursaban en última instancia pertenecían al pueblo, cuyos soldados exponían la vida en el frente y cuyos obreros contribuían a sufragarlos con sus esfuerzos, entonces ya se encargaría él de que los parásitos hicieran algo en pro de la comunidad, en lugar de defender sus egoístas intereses.

Las palabras de Giesler no suscitaron los aplausos de la concurrencia. Ni siquiera exteriorizaron su entusiasmo con el pateo y el golpear de los

lápices, como acostumbraban hacer los estudiantes; en vez de ello, un sordo rumor de siseos dejóse oír en el ambiente. El *gauleiter* aludió directamente a las estudiantes, diciéndoles que en vez de consagrarse tanto a los libros obsequiasen a la patria con un hijo. Sus frases llegaron a adquirir un tono insultante para el pudor femenino: «Y si alguna de las muchachas carece del atractivo suficiente para echarse un amigo, la recomendaré con gusto a uno de mis ayudantes, y le aseguro una muy grata experiencia.»

Pero los estudiantes no aceptaron la salida «humorística» del *gauleiter*. La chanza del funcionario nazi fue considerada altamente ofensiva para sus condiscípulas. Tras ruidosas protestas de la grey estudiantil, el *gauleiter* Giesler y su escolta fueron expulsados del recinto universitario sin demasiados miramientos. En la tarde del mismo día 16 de febrero se organizaron en la «capitalidad del movimiento» diversas manifestaciones de protesta contra el *gauleiter* nazi y el Tercer Reich, las primeras de importancia en los últimos diez años. Los estudiantes hacían ahora lo que las fuerzas políticas de la oposición no se habían atrevido a realizar.

Eso sucedía un martes, justamente a las dos semanas de haberse rendido al Ejército Rojo los dos últimos reductos alemanes que luchaban en Stalingrado, al mando del mariscal Von Paulus.

El jueves, 18 de febrero de 1943, un día soleado, con un clima primaveral, los hermanos Hans y Sophie Scholl fueron detenidos por la policía. Él estudiaba medicina, y ella, biología y filosofía.

Una hermana de ambos relata el acontecimiento:

«...La comprometida situación en el frente y los hospitales abarrotados habían madurado considerablemente a Hans y sus amigos... Nació en ellos la absoluta necesidad de emprender algo contra un régimen que llevaba al país a la más terrible destrucción. Se habían percatado del gran número de vidas humanas que estaban en juego, y se hallaban dispuestos a arriesgar su propia seguridad oponiéndose a la injusticia...

»En las proximidades de la vivienda de mis hermanos, un pintor que formaba parte de su más allegado círculo poseía un estudio de grandes dimensiones. El muchacho tuvo que incorporarse a filas y, tras un breve período de instrucción, fue enviado a primera línea... Dejó el estudio a disposición de sus amigos, los cuales solían reunirse por la noche a trabajar durante muchas horas en la multicopista.

»Además de redactar las notas y reproducirlas, se encargaban de la arriesgada tarea de su distribución...

»¿Dónde lanzarlas para que las vieran el mayor número posible de personas, sin que las autoridades sospecharan quiénes pudieran ser los autores? Llenaron varias maletas con su peligrosa carga y se dirigieron a las grandes ciudades del sur del país: Frankfurt, Stuttgart, Viena, Friburgo, Saarbruck, Mannheim, Carlsruhe.

»Dejaban el equipaje en un vagón cualquiera y ellos se acomodaban en otro lo más alejado posible... Al llegar a su destino, casi siempre de noche, realizaban su trabajo con la mayor rapidez posible; a aquellas horas dicha labor resultaba mucho menos arriesgada, por encontrarse las calles desiertas. Es fácil comprender su alivio cuando, con las maletas vacías en la rejilla portaequipajes del vagón, podían descansar en el trayecto de regreso...

»Un jueves soleado, la cosa marchaba tan bien, que Hans y Sophie decidieron llenar una maleta de folletos para distribuirlos en la Universidad. Se sentían muy felices camino de su *alma mater*.

»Mas apenas los dos hermanos hubieron dejado su domicilio, se presentó un amigo que deseaba hacerles una advertencia de carácter urgente, y comoquiera que nadie sabía adónde habían encaminado sus pasos, el visitante insistió en aguardar. Era muy importante que el mensaje llegara a sus destinatarios.

»Entretanto, ambos jóvenes habían llegado a la Universidad, y dado que faltaban pocos minutos para que se abrieran las aulas, distribuyeron rápidamente algunos folletos por los corredores y subieron a la última planta para arrojar el resto en el vestíbulo principal. Liberados ya de su comprometida carga, se dispusieron a salir del recinto universitario, pero quiso la fatalidad que un par de ojos los contemplaran: un portero los había descubierto y mandó cerrar inmediatamente todas las puertas...

»Se procedió a avisar a la Gestapo, que condujo a mis hermanos al tristemente célebre Palacio Wittelsbacher, y allí comenzaron los interrogatorios...»

Dos días después inicióse en Munich el proceso de los hermanos Scholl. Las autoridades mostraron gran celo en su apertura, no sólo por la rapidez con que se inició el juicio, sino porque se trasladó a Munich el propio presidente del «tribunal popular», doctor Roland Freisler, antiguo comisario soviético, quien se encargó de dirigir la vista de la causa.

El 22 de febrero, ésta tocó a su fin; los acusados fueron condenados a la última pena y ejecutados en la tarde de dicho día. Cinco días después era detenido el profesor Kurt Huber, catedrático de filosofía de la Universidad de Munich y jefe de la Rosa Blanca.

El 19 de abril se inició un proceso contra él y trece colaboradores, dirigido también por el presidente del «tribunal popular», Freisler. El profesor Huber y dos compañeros de estudios de los hermanos Scholl, Alexander Schmorell y Wilhelm Graf, fueron condenados a muerte; de los restantes procesados, sólo uno fue absuelto, mientras que los otros se vieron sentenciados a penas carcelarias más o menos largas.

Huber y Schmorell fueron ejecutados el 13 de julio. Pero el grupo de resistencia Rosa Blanca no quedó destruido ni mucho menos. En Hamburgo prosiguió sus actividades con más intensidad que nunca. Entre otras cosas se organizó una co-

lecta para allegar fondos con destino a la viuda del profesor Huber. El estudiante de química, Hans Karl Leipelt, fue el encargado de trasladar a Munich el producto de la recaudación.

Sin embargo, también fueron detenidas en Hamburgo unas treinta personas pertenecientes a la organización Rosa Blanca. Leipelt fue sentenciado a muerte, y su prometida, estudiante de química como él, condenada a ocho años de prisión. Las pesquisas relativas al resto de los detenidos del grupo hamburgués se prolongaron mucho tiempo, tanto que el proceso estaba señalado para comenzar el 19 de abril de 1945, cuando ya las tropas británicas avanzaban sobre la ciudad. Así, pues, la causa no llegó a abrirse, con lo que los detenidos pudieron sobrevivir al ocaso del Tercer Reich. En Berlín tuvo idéntica suerte un eminente científico y filósofo, el profesor doctor Robert Havemann, a quien perseguía Ulbricht. Juntamente con el médico berlinés doctor Georg Groscurth, había fundado en 1942 la organización clandestina Unión Europea.

A diferencia de otros muchos grupos ilegales en plena actividad, éste no se dedicaba a la propagación de folletos entre las masas. Havemann y su amigo opinaban que este tipo de actividad era demasiado arriesgada, sin ningún resultado tangible. La Unión Europea establecía contacto con trabajadores extranjeros en Alemania, a fin de luchar conjuntamente en pro de la igualdad de derechos para todos los pueblos.

De todos modos, la organización Havemann no se limitaba exclusivamente a trabajar para el futuro. Otra faceta importante de sus actividades consistía en mantener contacto con los grupos de resistencia extranjeros en los países ocupados por la Wehrmacht. La jefatura de la Unión Europea desempeñaba el papel de una verdadera central informativa, además de prestar ayuda a los familiares de los trabajadores extranjeros. Los franceses

EIN DEUTSCHES FLUGBLATT

DIES ist der Text eines deutschen Flugblatts, von dem ein Exemplar nach England gelangt ist. Studenten der Universität München haben es im Februar dieses Jahres verfasst und in der Universität verteilt. Sechs von ihnen sind dafür hingerichtet worden, andere wurden eingesperrt, andere strafweise an die Front geschickt. Seither werden auch an allen anderen deutschen Universitäten die Studenten „ausgesiebt". Das Flugblatt drückt also offenbar die Gesinnungen eines beträchtlichen Teils der deutschen Studenten aus.

Aber es sind nicht nur die Studenten. In allen Schichten gibt es Deutsche, die Deutschlands wirkliche Lage erkannt haben; Goebbels schimpft sie „die Objektiven". Ob Deutschland noch selber sein Schicksal wenden kann, hängt davon ab, dass diese Menschen sich zusammenfinden und handeln. Das weiss Goebbels, und deswegen beteuert er krampfhaft, „dass diese Sorte Mensch zahlenmässig nicht ins Gewicht fällt". Sie sollen nicht wissen, wie viele sie sind.

Wir werden den Krieg sowieso gewinnen. Aber wir sehen nicht ein, warum die Vernünftigen und Anständigen in Deutschland nicht zu Worte kommen sollen. Deswegen werfen die Flieger der RAF zugleich mit ihren Bomben jetzt dieses Flugblatt, für das sechs junge Deutsche gestorben sind, und das die Gestapo natürlich sofort konfisziert hat, in Millionen von Exemplaren über Deutschland ab.

Manifest der Münchner Studenten

Erschüttert steht unser Volk vor dem Untergang der Männer von Stalingrad. 330.000 deutsche Männer hat die geniale Strategie des Weltkriegsgefreiten sinn- und verantwortungslos in Tod und Verderben gehetzt. Führer, wir danken Dir!

Es gärt im deutschen Volk. Wollen wir weiter einem Dilettanten das Schicksal unserer Armeen anvertrauen? Wollen wir den niedrigsten Machtinstinkten einer Parteiclique den Rest der deutschen Jugend opfern? Nimmermehr!

Der Tag der Abrechnung ist gekommen, der Abrechnung unserer deutschen Jugend mit der verabscheuungswürdigsten Tyrannei, die unser Volk je erduldet hat. Im Namen des ganzen deutschen Volkes fordern wir von dem Staat Adolf Hitlers die persönliche Freiheit, das kostbarste Gut der Deutschen zurück, um das er uns in der erbärmlichsten Weise betrogen hat.

In einem Staat rücksichtsloser Knebelung jeder freien Meinungsäußerung sind wir aufgewachsen.

O.W

Manifest der Münchner Studenten

Fortsetzung

HJ, SA und SS haben uns in den fruchtbarsten Bildungsjahren unseres Lebens zu uniformieren, zu revolutionieren, zu narkotisieren versucht. Weltanschauliche Schulung hieß die verächtliche Methode, das aufkeimende Selbstdenken und Selbstwerten in einem Nebel leerer Phrasen zu ersticken. Eine Führerauslese, wie sie teuflischer und zugleich bornierter nicht gedacht werden kann, zieht ihre künftigen Parteibonzen auf Ordensburgen zu gottlosen, schamlosen und gewissenlosen Ausbeutern und Mordbuben heran, zur blinden, stupiden Führergefolgschaft. Wir „Arbeiter des Geistes" wären gerade recht, dieser neuen Herrenschicht den Knüppel zu machen.

Frontkämpfer werden von Studentenführern und Gauleiteraspiranten wie Schulbuben gemaßregelt, Gauleiter greifen mit geilen Spaßen den Studentinnen an ihre Ehre. Deutsche Studentinnen haben an der Münchner Hochschule auf die Besudelung ihrer Ehre eine würdige Antwort gegeben, deutsche Studenten haben sich für ihre Kameradinnen eingesetzt und standgehalten. Das ist ein Anfang zur Erkämpfung unserer freien Selbstbestimmung, ohne die geistige Werte nicht geschaffen werden können. Unser Dank gilt den tapferen Kameradinnen und Kameraden, die mit leuchtendem Beispiel vorangegangen sind.

Es gibt für uns nur eine Parole: Kampf gegen die Partei! Heraus aus den Parteigliederungen, in denen man uns politisch weiter mundtot machen will! Heraus aus den Hörsälen der SS-Unter- und Oberführer und Parteikriecher! Es geht uns um wahre Wissenschaft und echte Geistesfreiheit! Kein Drohmittel kann uns schrecken, auch nicht die Schließung unserer Hochschulen. Es gilt den Kampf jedes einzelnen von uns um unsere Zukunft, unsere Freiheit und Ehre in einem seiner sittlichen Verantwortung bewußten Staatswesen.

Freiheit und Ehre! Zehn Jahre lang haben Hitler und seine Genossen die beiden herrlichen deutschen Worte bis zum Ekel ausgequetscht, abgedroschen, verdreht, wie es nur Dilettanten vermögen, die die höchsten Werte einer Nation vor die Säue werfen. Was ihnen Freiheit und Ehre gilt, das haben sie in zehn Jahren der Zerstörung aller materiellen und geistigen Freiheit, aller sittlichen Substanz im deutschen Volk genugsam gezeigt. Auch dem dümmsten Deutschen hat das furchtbare Blutbad die Augen geöffnet, das sie im Namen von Freiheit und Ehre der deutschen Nation in ganz Europa angerichtet haben und täglich neu anrichten. Der deutsche Name bleibt für immer geschändet, wenn nicht die deutsche Jugend endlich aufsteht, rächt und sühnt zugleich, seine Peiniger zerschmettert und ein neues, geistiges Europa aufrichtet.

Studentinnen! Studenten! Auf uns sieht das deutsche Volk. Von uns erwartet es, so wie in 1813 die Brechung des napoleonischen, so 1943 des nationalsozialistischen Terrors aus der Macht des Geistes. Beresina und Stalingrad flammen im Osten auf, die Toten von Stalingrad beschwören uns: Frisch auf, mein Volk, die Flammenzeichen rauchen!

Unser Volk steht im Aufbruch gegen die Verknechtung Europas durch den Nationalsozialismus, im neuen gläubigen Durchbruch von Freiheit und Ehre!

Arriba: Manifiesto de los estudiantes muniqueses, compuesto por el grupo «La Rosa Blanca». «No comprendemos la causa de que las gentes razonables del país no alcen la voz. Por eso los aviones de la RAF lanzan estas octavillas, por las que han muerto seis jóvenes alemanes...» Derecha: Carta de despedida de Willi Graf, miembro de «La Rosa Blanca», ejecutado el 12 de octubre de 1943.

Zur Beachtung!

Gefängnisse München

Strafgefängnis München-Stadelheim

A 2

Den Gefangenen ist der Brief- und Besuchsverkehr nur mit Eltern, Großeltern, Kindern, Geschwistern, Ehegatten und mit ihrem gesetzlichen Vertreter gestattet. Sie dürfen in der Regel alle 4 Wochen einen Brief absenden und alle 4 Wochen einen Brief empfangen, alle 8 Wochen einen Besuch empfangen.

Briefe deutlich und mit Tinte schreiben! Kein Geld und keine Briefmarken beilegen! Postkarten mit Ansichten oder Bildern werden nicht ausgehändigt.

Besuchszeit: Nur Dienstag 14–18 Uhr (Feiertage ausgenommen). Amtlich gestempelter Lichtbild-Ausweis ist vom Besucher mitzubringen. Eßwaren oder Genußmittel dürfen weder mitgebracht noch zugesandt werden. Gegenstände der Körperpflege können sich die Gefangenen im Gefängnis kaufen. Tuben aller Art, auch Zahnpasta werden den Gefangenen nicht ausgehändigt. Geldsendungen an Gefangene sind gestattet.

Name: Willi Graf Gef.-B.-Nr. 159 München, den 10. IX. 43
Stadelheimerstraße 12

Meine lieben Eltern, liebe Mathilde u. liebe Anneliese,

ich kann Euch wiederum einen Brief schreiben und danke ganz besonders für Eure Post, die mir immer soviel Freude macht, und zur Beruhigung dient, wenn ich erfahre, daß es Euch daheim gut geht und auch Ihr alles Leiden in Geduld und Gottvertrauen ertragt. Dürfen wir nicht fast froh sein, daß wir in dieser Welt ein Kreuz auf uns nehmen können, das manchmal über menschliches Maß hinauszugehen scheint? In gewissem Sinne ist es eine „wörtliche" Nachfolge Christi. Wir wollen versuchen, dieses Kreuz nicht nur einfach zu ertragen, sondern zu lieben und immer vollkommener zu leben im Vertrauen auf Gottes Ratschluß. Dann erfüllt sich der ganze Sinn in diesen schmerzvollen Leiden. Für uns ist der Tod nicht das Ende, sondern ein Durchgang, das Tor zum wahren Leben. Ich versuche, mir diese Wirklichkeiten ganz bewußt werden zu lassen und bitte um Kraft und Segen dafür. So berühren einen die alltäglichen Dinge nicht mehr so stark, wie sie auch ausschauen mögen. Die Erfüllung des Lebens liegt nicht in ihnen. Aber die Liebe zu Deutschland wächst von Tag zu Tag und ich nehme schmerzvollen Anteil an seinem Geschick und seinen großen Wunden. Ich wünsche und hoffe so sehr, daß es Euch Allen daheim recht gut gehen möge, daß Ihr Euer gewohntes Leben weiterführen könnt und so ein wenig Ablenkung im Unglück findet, auch der kleine Joachim möge dazu verhelfen. Grüßt auch Ossy wieder von mir und wünscht ihm alles Gute. In Liebe und stetem Gedenken sind und bleiben wir verbunden

Herzliche Grüße allen Euer Willi.

38.5.43 5000

tuvieron una actuación muy destacable en este sentido.

En conjunto, la Jnión Europea contaba con miles de afiliados, distribuidos en células, integradas a su vez en comités locales y de distrito. La labor de esta organización resultó en extremo fructuosa en el aspecto humanitario, ya que prestó ayuda a muchos evadidos de las prisiones nazis, y a gran número de judíos perseguidos, a quienes les proporcionaba documentación falsa, seguro cobijo durante el tiempo que fuera preciso, y algo quizá más valioso en aquellos calamitosos tiempos: cartillas de racionamiento, credencial indispensable, puesto que la carencia de ella significaba la muerte por inanición.

Los hermanos Scholl, el profesor Huber y los otros dos estudiantes muniqueses habían sido ya ejecutados cuando la Gestapo acabó con la organización Rosa Blanca en Hamburgo. Los dirigentes de la Unión Europea no tardarían en sufrir un grave contratiempo. En septiembre de 1943 fueron detenidos el doctor Groscurth, el profesor doctor Havemann y otros dos colegas, Herbert Richter y Paul Rentsch, junto con varios colaboradores, entre ellos el médico ruso doctor Chadkieviks y varios franceses. De nuevo Friesler condujo el proceso, esta vez en Berlín. En la sentencia firmada por él, en la que solicitaba la pena de muerte para Havemann, Groscurth, Rentsch y Richter, declaraba entre otras cosas:

«La infame conducta de los acusados queda patentizada por el hecho de haber ayudado sistemáticamente a los judíos que vivían en la ilegalidad, proporcionándoles incluso alimentos. Pero no termina ahí su intervención, sino que además les facilitaban documentación falsa, que hacía creer a la policía que se trataba de verdaderos ciudadanos alemanes, no de judíos...

»En sus folletos de propaganda subversiva comentaban favorablemente la traición de Mussolini (el 25 de julio de 1943 el Duce fue encarcelado por orden del rey de Italia; el país había capitulado y poco faltó para que declarase la guerra a su antiguo aliado)... con frases ampulosas se reconoce en dicha propaganda que la Unión Europea, junto con el SPD, combate al KPD y al SAP, y no oculta su clara tendencia política burguesa. De las declaraciones de los encartados se deduce su aceptación de los denominados "derechos humanos", reconocidos por la Constitución de Weimar, y pretenden con ello atraerse a la masa trabajadora extranjera... Con su comportamiento, los acusados han demostrado su falta de formación, pues ésta no se limita a unos conocimientos especializados sobre una rama cualquiera de la ciencia. Lo esencial de toda formación es la lealtad al pueblo, al Führer y al Reich...»

Veintidós años más tarde, y con una argumentación similar a la de Freisler, el presidente de la Academia alemana de Ciencias, la docta y célebre institución fundada en el año 1700, expulsó de su seno al comunista Havemann. También en este caso no se alegó una falta de conocimientos especializados, sino de lealtad al Estado y a los dirigentes de la República Democrática alemana.

El presidente de la Academia, en un principio denominada de Humboldt y luego de Ulbricht, el doctor en filosofía Werner Hartke, había sido funcionario nazi; también el presidente del tribunal popular nazi con anterioridad había sido bolchevique. Empero, existe una diferencia importante en la decisión de ambos: mientras que Freisler, el bolchevique al servicio de Hitler, dictó una sentencia de muerte, el nazi al servicio de Ulbricht, Hartke, se limitó a expulsar de la Academia a su subordinado.

Naturalmente que el fallo de Freisler, emitido en la primavera de 1944, no llegó a cumplirse. No obstante, los coacusados, doctor Groscurth, Paul Rentsch y Herbert Richter fueron ejecutados en la prisión Brandeburgo, el 8 de mayo de 1944, justamente un año antes de la capitulación alemana. Havemann sobrevivió porque realizaba en su celda unos importantes trabajos científicos que se le habían encomendado, y cuyo fin aplazó cuanto le fue posible hasta la terminación de la guerra, logrando así escapar a la muerte.

Las actividades de este grupo de resistencia habían ido en aumento desde su fundación, a principios de 1943, hasta que fue desarticulado por la Gestapo. No hay que olvidar, tampoco, la oposición ejercida individualmente por diversas personas, sobre todo después de la catástrofe de Stalingrado, que sirvió de aviso a la mayoría en el sentido de que Alemania no podría ganar la guerra; el continuarla conduciría a la destrucción total del país.

El movimiento oposicionista de años anteriores parecía salir de su ostracismo, reanudándose en tal sentido las actividades de los más destacados elementos civiles y militares.

Entretanto se había formado un nuevo grupo de resistencia, en el que militaban elementos pertenecientes a las altas esferas militares. Se trataba de jóvenes oficiales con mando de tropa que al comenzar la guerra ocupaban puestos subalternos, pero que en el curso de las hostilidades se habían abierto paso hasta la primera fila, ocupando varios de ellos posiciones clave en el ejército.

Muchos eran tenientes o capitanes que en su día habían celebrado el advenimiento de Hitler al poder, e incluso simpatizaron con las doctrinas nacionalsocialistas. Andando el tiempo, su experiencia y los avatares de la guerra les revelaron la verdadera naturaleza del imperio nacionalsocialista.

El fanatismo de Hitler y el ambiente de injusticia que parecía flotar en torno suyo, sobre todo en cuanto se relacionaba con los judíos y con los pueblos del Este, de lo cual ellos habían sido testigos, acabó por abrirles los ojos.

Se unieron a sus superiores jerárquicos que desde antiguo militaban en la oposición, cual corresponde a un buen soldado, puesto que reconocían la necesidad de una acción coordinada y bien planeada si había que emprender algo para derrocar al tirano.

Todavía puede citarse otro grupo de resistencia, el llamado Círculo de Kreisau, nombre derivado de la finca Kreisau, en Silesia, propiedad del conde Helmuth James von Moltke. Este y su hacienda eran el verdadero núcleo del grupo. No tramaban ninguna conspiración para desbancar a Hitler, sino que primordialmente discutían acerca del régimen que debía imponerse en Alemania después de Hitler, y trazaban planes utópicos en relación con la armonía entre las naciones.

No se ajustan a la realidad las palabras de Moltke, pronunciadas poco antes de ser ejecutado: «Nos condenan sólo por haber pensado.» Las discusiones, consejos e ideas emanadas del Círculo de Kreisau encontraron amplio eco en todos los estratos de la oposición. No había ningún agitador de cierta altura que no estuviera al corriente de lo que se hablaba en Kreisau. En realidad, las ideas que de allí partieron no tardaron en cristalizar en acciones concretas.

La oposición empezó a hacerse notar en el invierno de 1941-1942; con anterioridad a esta fecha hubiera resultado absurdo enfrentarse con un Hitler victorioso, «señor de los campos de batalla». La Wehrmacht acababa de experimentar el primer revés en la guerra: la retirada por las heladas planicies ante la urbe moscovita. Al mismo tiempo tenía lugar la incorporación de los Estados Unidos junto a los aliados, y el conflicto adquiría proporciones insospechadas.

Ulrich von Hassell, ex embajador en Roma, que junto a Carl Goerdeler eran los principales conjurados del bando civil, escribió en su *Diario*, el 21 de diciembre de 1941 que «convenía obrar, y lo antes posible». Hassell estaba harto de planes y discusiones, y en otro pasaje de su *Diario* repitió que «lo más importante era pasar a la acción». Ante la entrada de los Estados Unidos en la guerra, y tras la derrota sufrida a las puertas de Moscú, la ocasión para actuar no podía ser psicológicamente más favorable. Una vez depuesto Hitler, no sería difícil imputarle la responsabilidad de los reveses y, con el apoyo de la Wehrmacht y del pueblo, dar el golpe de Estado.

No obstante había que tener en cuenta ciertas consideraciones que hicieron titubear a Hassell y a otros antes de pasar a la acción. Una de ellas era de naturaleza personal: Hitler había separado de sus funciones a varios de los más importantes conjurados militares, que con ello perdieron buena parte de sus atribuciones, circunstancia muy importante ante la proyectada sublevación.

El mariscal Von Brauchitsch había sido destituido de su cargo de jefe supremo del Ejército; Hitler le hizo responsable del descalabro ante Moscú. La vacante la ocupó el propio Führer, con lo que logró otro de sus objetivos: decidir y obrar a su albedrío en el terreno militar.

Las tropas de ocupación en Francia estaban mandadas por el mariscal Von Witzleben, pero también éste fue relevado del mando en la primavera de 1942.

El capitán general Hoepner, quien ya en 1938 había propuesto marchar sobre Berlín al frente de sus unidades blindadas de guarnición en Turingia, se vio degradado a la condición de simple soldado «por cobardía ante el enemigo», siendo expulsado de la Wehrmacht. Hoepner fue víctima de una denuncia del mariscal Von Kluge, el cual refirió al Führer una frase de Hoepner, ofensiva para el jefe supremo de las fuerzas armadas.

El propio Kluge, que desde hacía tiempo estaba enterado de lo que se tramaba, mostrábase tan indeciso como Brauchitsch y su jefe Halder. Los conjurados no podían confiar en el «astuto Hans», puesto que le conocían muy bien desde su época de cadete. Asimismo fueron depuestos otros generales con mando de tropa, por ejemplo el conde Von Sponeck, quien posteriormente sería fusilado en la fortaleza de Gemersheim.

Pero sin una verdadera oposición militar, sin el concurso de las tropas, era muy difícil intentar con posibilidades de éxito un golpe de Estado. Y quién sabe de lo que Hitler sería capaz en el supuesto de que fracasaran en su intento.

La consideración definitiva que les decidió a poner manos a la obra era de índole política: La Wehrmacht conservaba todavía gran parte de su fuerza, y casi la mitad de Europa estaba en manos alemanas. Los confabulados necesitaban los triunfos alcanzados por la Wehrmacht como garantía frente a los aliados, con quienes entablarían negociaciones de paz inmediatamente después del proyectado golpe de Estado. Cuantas más bazas poseyese a su favor el eventual nuevo Gobierno, tanto más favorables serían las condiciones que podrían obtenerse para Alemania.

Los conspiradores juzgaban de primera necesidad que Alemania continuara siendo una gran potencia, capaz de jugar un importante papel en los quehaceres europeos. Se restablecerían las fronteras de 1914, lo que ni siquiera Hitler se atrevió a solicitar oficialmente en 1939. Austria y el país de los Sudetes conservarían idéntica situación que la derivada del *Anschluss* de marzo de 1938 y del Tratado de Munich de septiembre del mismo año.

A su debido tiempo se solicitaría la cesión del Tirol meridional, de habla alemana, y la devolución de las colonias alemanas o la adecuada compensación mediante otros territorios coloniales.

Von Goerdeler y Hassell no cejaban en su empeño de buscar nuevos enlaces y más adeptos a la conspiración. Poco antes de la separación de Witzleben, Hassell realizó un viaje a Francia al objeto de ultimar los preparativos para el golpe de Estado. Al no poder contar con Witzleben, intentó ganar para su causa al general Falkenhausen, comandante militar de Bélgica y norte de Francia. No tardó en sumarse a ella el general Heinrich von Stülpnagel, quien había pasado a ocupar el cargo de comandante militar en Francia, en sustitución de Witzleben.

Pese a los obstáculos que tuvo que vencer, el doctor Goerdeler consiguió emprender viaje al frente oriental. Hacía poco que había sido nom-

brado «representante» de las Industrias Bosch, cuyo propietario, el conocido industrial Robert Bosch, enemigo del nazismo, se lo había proporcionado a fin de encubrir sus verdaderas actividades. Oficialmente Goerdeler visitó el teatro de operaciones del Este en «interés de la industria del armamento», con objeto de comprobar el rendimiento de ciertos aparatos eléctricos al servicio de las fuerzas armadas, y proponer las oportunas modificaciones para su mejor eficacia en el combate. El coronel Oster, del Abwehr, le procuró la documentación necesaria.

Como queda dicho más arriba, su verdadera misión era muy distinta. Goerdeler fue al encuentro del mariscal Hans-Günther von Kluge en su cuartel general de Esmolensko. Kluge era a la sazón comandante en jefe del Grupo del Ejército Centro. El general recibió a Goerdeler en su despacho oficial.

Durante las conversaciones entre ambos estuvieron presentes el jefe de Estado Mayor de Kluge, general Henning von Tresckow, y el primer teniente de Estado Mayor, Fabián von Schlabrendorff, pertenecientes de antiguo al grupo de la oposición, y que al fin parecía que habían logrado ganar para su causa al mariscal. Muchos de los argumentos de Tresckow le habían convencido, pero todavía se mostraba receloso y vacilante.

Tras varias reuniones con el mariscal, el doctor Goerdeler quedó convencido de que podían contar con él a la hora decisiva. Goerdeler podía sentirse satisfecho, ya que Kluge tenía bajo su mando al más poderoso grupo del Ejército alemán; en el Oeste contaba con el comandante en jefe de Bélgica y norte de Francia. ¡Por fin podría llevarse a cabo el tan ansiado pronunciamiento!

Bernd Gisevius escribió al respecto:

«Mientras nuestro "agente de comercio" emprendía el regreso a la patria, viajando como podía en vagones de mercancías o de pasajeros, Kluge enviaba una nota confidencial a Beck, por medio de su avión-correo, en la que denunciaba la "inesperada" visita de Goerdeler, fuente de "futuras dificultades".»

Grande fue la decepción de Goerdeler. Tras la destitución de Witzleben, Kluge era el hombre clave, el que disponía de mayor contingente de tropas; los dos comandantes en el Oeste, Falkenhausen y Von Stülpnagel, ostentaban cargos más bien relacionados con las tareas de ocupación, sin disponer de fuerzas regulares bajo su mando. Por entonces, tampoco los conjurados en Alemania contaban con fuerzas combatientes directamente dependientes de ellos.

Así, a pesar de estar en el ánimo de todos la imperiosa necesidad de actuar, transcurrió un período de interminables discusiones entre los diversos círculos de la oposición.

Se hablaba de la composición del futuro gobierno, de una nueva constitución, del carácter del Estado venidero. ¿Se establecería en principio una dictadura militar —a fin de cuentas Ale-

---

Fisuras en la resistencia

Nuevos documentos hacen surgir dudas acerca de la cohesión del movimiento oposicionista a Hitler

En otoño de 1944, Hermann Maass comparecía ante un tribunal popular en Berlín. Maass militaba en las filas de los jóvenes socialistas y entre los cabecillas de la conspiración antihitleriana. Sin embargo, no aprobaba el plan de acabar con la vida de Hitler. Así, manifestó a Stauffenberg:

«Señor conde, una crisis mundial de gran envergadura no se resuelve con un disparo de revólver.»

Pero sí se mostraba conforme con el proyecto de eliminar al nacionalsocialismo de la escena política. La personalidad de Maass ejerció profunda influencia en el curso de los debates. En su declaración final trató de justificar moralmente el alzamiento contra Hitler, mas Freisler, presidente del tribunal, le interrumpió bruscamente.

Maass, a una pregunta del tribunal, había hecho una importante manifestación: tanto él como sus camaradas consideraban cosa pasajera el trabajo de cooperación con los generales y los elementos conservadores. Es cierto que con la ayuda de éstos trataban de derribar a Hitler, pero su objetivo era hacerse cargo del poder sin compartirlo con nadie. De las declaraciones de Maass se desprendía que los socialistas pensaban en una ruptura con los elementos burgueses y conservadores.

Una vez terminada la guerra se ha llegado a poner en duda el contenido real de las palabras del líder socialista. Jakob Kaiser, uno de los pocos sobrevivientes de los conjurados, declaró que la armonía entre los jefes del alzamiento era tan firme, que no había motivo para temer una escisión. Pero conviene no olvidar que Kaiser tenía una acusada personalidad política, y en su naturaleza lo unificador pesaba mucho más que lo disgregante. De ahí que sus consideraciones deban aceptarse con cierta reserva.

En resumen, es difícil sacar conclusiones de este embrollo de encontrados pareceres. Empero, existe un medio para aproximarse a la realidad, y éste es la lectura de un libro, cuyos autores son Goerdeler y Beck, que trata de la estructura del futuro Estado. Quien lo conozca (Documentación colectiva, 1941-1944) *puede hacerse una idea cabal del Estado modelo con que soñaban Goerdeler y Beck. Diremos que se basaba en la nostalgia de tiempos pasados, no en una concepción serena de un mundo con nuevas ideas sobre la justicia social. Es imposible pensar que Julius Leber,*

mania se hallaba en guerra—, o se convocarían rápidamente unas elecciones, para que el pueblo eligiese la forma de régimen que estimase conveniente?

Finalmente se llegó a la conclusión de que lo más apropiado sería nombrar un «regente», como medida transitoria, en tanto que se negociaba la paz con los aliados. Luego tal vez lo más conveniente sería la restauración de la monarquía.

Como «regente» se pensaba en un miembro de la antigua casa reinante, los Hohenzoller.

Acerca de la persona en quien debería recaer tal nombramiento se entabló enconada porfía, convirtiéndose en realidad el adagio alemán que reza: «Luchar por las barbas del emperador».

El doctor Hjalmar Schacht, uno de los más activos entre los conjurados desde hacía mucho tiempo, deseaba ver en el trono a un hijo del príncipe heredero; otros abogaban por Frierich-Wilhelm. El doctor Goerdeler se inclinaba por Oskar, el hijo del último emperador, hermano del príncipe heredero. También sonaba el nombre del jefe de la casa de los Hohenzoller, Louis Ferdinand, nieto del Kaiser. Sólo dos miembros de la casa imperial quedaban fuera de discusión: el príncipe August-Wilhelm, apodado «Auwi», y Eitel-Friedrich, denominado «Eitelfritz» (el vanidoso Fritz). Ambos eran ardientes partidarios de Hitler desde la época republicana, y desde hacía muchos años ocupaban altos cargos en las SA y SS.

Se presentaba otro gran problema: la disconformidad de socialistas y sindicalistas, que entre tanto se habían sumado al movimiento de resistencia. Estimaban necesario establecer, tras la caída de Hitler, un régimen democrático en lugar de retroceder políticamente a instituciones ya caducas, y exigían un plebiscito inmediato al golpe de Estado, con objeto de que el pueblo alemán decidiera la futura forma de gobierno y la nueva constitución. Sin la aprobación o, mejor dicho, sin la cooperación del pueblo, nada nuevo y sólido podía erigirse. Los promotores de la sublevación o el Gabinete provisional que le sucediera sólo merecerían la calificación de democráticos si de verdad eran refrendados por la gran masa del país.

Por fin se llegó a una fórmula de compromiso: una vez producida la caída del Führer, se nombraría un Gobierno autoritario bajo un «regente», en funciones de jefe de Estado provisional, que desde luego no sería ningún Hohenzoller, sino el capitán general Beck, ex jefe de Estado Mayor; éste era ya considerado por todos como el cabecilla del movimiento de oposición. Aun cuando al igual que el mariscal Witzleben no disponía de tropas bajo su mando directo, todos los oficiales de Estado Mayor, los mariscales de entonces y la mayoría de sus subordinados o que habían sido sus camaradas, le tenían en gran estima. Muchos de ellos le consideraban su maestro, de quien habían aprendido grandes cosas.

Theodor Haubach, Wilhelm Leuschner, Hermann Maass y otros estuviesen de acuerdo con él.

De la lectura de la obra citada se desprende que algunos jefes socialistas del alzamiento aceptaban que el príncipe Luis Fernando se erigiese en soberano del Reich. No obstante, estos planes resultaron fallidos, toda vez que el príncipe heredero prohibió a su hijo que participase en la conjura. Lo cierto es que si los socialistas estaban dispuestos a consentir la restauración de la monarquía, era con la condición de que ésta fuese del tipo británico; es decir, con un Gobierno parlamentario responsable y, por supuesto, con la introducción del sufragio general. Teniendo en cuenta la ideología y la experiencia política de los socialistas, es difícil creer que éstos hubiesen aprobado la estructura política planteada por Goerdeler y Beck.

Tampoco se adivina de qué modo lograrían romper con los elementos conservadores cuando hubiese triunfado la conjura. Es probable que todos los miembros de la resistencia tuviesen puestas sus miradas en el éxito de la conspiración, dejando para después los parlamentos acerca de la estructura del nuevo Estado. Posiblemente, Maass constituía una excepción, y ya albergaba en su mente el plan definitivo.

Es probable que así fuera, pero lo que sin lugar a dudas se desprende de la lectura del libro de referencia es que, intencionadamente o no, la trayectoria de los confabulados se bifurcaba a partir del eventual triunfo. Para los primeros meses se coincidía en la necesidad de una dictadura militar, toda vez que se contaba con la oposición de las SS. Acaso el Gobierno Goerdeler-Beck hubiese podido concluir la paz, pero en tal supuesto habrían surgido disputas entre los conspiradores, que quizá no hubieran sido demasiado graves en atención a los peligros y luchas soportados en común.

Mas no por ello disminuye nuestra admiración hacia los hombres del 20 de julio. Arriesgaron su vida por la patria y la humanidad, y muchos la perdieron. Eran personas muy expertas en política y de hondas convicciones, y es posible que hubiesen encontrado alguna fórmula para habilitar una solución. Las divergencias son inseparables de la lucha electoral; las alianzas siempre requieren algún tiempo antes de consolidarse, y una vez que se ha logrado un objetivo vuelven a resquebrajarse. La grandeza de un político consiste en ser capaz de luchar con sus propios amigos para defender sus ideales.

(Paul Sethe, *Die Zeit*. 10 de junio de 1966)

Beck era además el hombre adecuado para convencer a los tibios de la necesidad de provocar el derrumbamiento de Hitler y su régimen; también se le consideraba el más «erudito» entre los militares, gozando de la confianza de los conjurados civiles.

A pesar de todo, no resultó fácil lograr el consenso general para el nombramiento de Beck como jefe de la conspiración. Cierto que nadie ponía en duda su competencia, pero sí la integridad de su carácter, y eso suscitaba recelos para cuando llegara el momento de obrar. Ulrich von Hassell anotó en su *Diario*:

«En el caso de Giebel (nombre que daba a Beck, por si acaso el *Diario* iba a parar a manos de otra persona), la mayor dificultad estriba en que es hombre de Gabinete. Como ha dicho G. (se refiere a Popitz, ministro de Finanzas prusiano, quien proponía al príncipe heredero como regente), Geibel posee mucho talento pero poca voluntad...»

El paso del tiempo dio la razón a los escépticos que desaprobaban la elección de Beck como jefe de la resistencia. No obstante el aprecio general de que gozaba, su aceptación por parte de muchos altos jefes con mando de tropa, como los mariscales Kluge y Brauchitsch, era más bien de carácter platónico. Con todo, ninguno de los mariscales citados y jefes con mando de tropa estaban dispuestos a traicionar a los conjurados, por lo que se abrigaba la esperanza de que apoyasen incondicionalmente a Beck en el caso de que tuviese éxito el pronunciamiento y Hitler resultara despojado de su mandato.

En realidad eran los oficiales de la última promoción, recién ingresados en las filas de los confabulados, quienes empujaban a la acción y se mostraban más dispuestos a llevar la iniciativa en tal sentido. Durante los años 1942 y 1943 se planearon y llevaron a cabo varios atentados contra Hitler. Con motivo de una visita al frente, en 1942, Hitler debía ser detenido, juzgado y condenado a muerte por un tribunal militar, e inmediatamente fusilado. El arresto y ejecución tendría lugar en el regimiento de caballería del teniente coronel barón Von Böselager, perteneciente al Grupo del Ejército Centro.

El plan no se llevó a la práctica por haberse negado a secundarlo el mariscal Kluge; sin su conformidad resultaba imposible trasladar un regimiento de caballería a retaguardia sin exponerse a despertar sospechas; tal movimiento de tropas sería conocido inmediatamente en diversos escalafones del mando.

El 13 de marzo de 1943, Hitler efectuó una visita de inspección al sector guarnecido por el Grupo del Ejército Centro. Tresckow, jefe de Estado Mayor de Kluge, acudió a recibirle al aeropuerto, al frente de una caravana de automóviles. Los oficiales que componían el séquito deberían detener a Hitler en el trayecto del aeródromo al cuartel general de dicho Grupo de Ejército, y mantenerlo en lugar seguro. Pero el Führer había enviado previamente a su propia escolta, que ya le aguardaba en el punto de aterrizaje. Los vehículos pertenecientes al Grupo del Ejército Centro ya no tenían nada que hacer allí, y todo el plan quedó en agua de borrajas.

El 20 de julio. Fantasía y realidad. Sobre la admisibilidad histórica de «Conjurados», de Wolfgang Graetz

Dos errores de señalada importancia atribuye Wolfgang Graetz a la conspiración que culminó en el 20 de julio de 1944: 1. Los «conjurados» conocían con todo detalle la cara oculta del nazismo, pero no la tuvieron en cuenta a la hora de actuar; además, no tenían nada de demócratas, y resultaba difícil el entendimiento entre ellos mismos. 2. Como oficiales de Estado Mayor, habituados a trazar planes y a mandar, poseían escasa experiencia en la acción propiamente dicha, característica muy acusada en los revolucionarios profesionales, y por ello fracasaron al realizar sus planes el 20 de julio. Concibieron y ordenaron ejecutar un golpe de Estado, pero dejaron la tarea a medio concluir.

No es ésta la primera vez que se elevan ambas censuras. Graetz no aporta nada inédito al tema. Su papel se ciñe a potenciar los equívocos o, si se quiere, la irracionalidad histórica. Ciertamente que los hombres del 20 de julio no eran demócratas de pura cepa, como por lo visto él hubiera deseado que fuesen. Los conjurados procedían de diferentes estamentos, cada uno con su espíritu y posición propios: militares de carácter eminentemente conservador, acostumbrados a obedecer sin reflexionar demasiado (ciegamente, para ser más concretos), y a los que resultaba penoso arrancar de raíz sus conceptos de lealtad y honor; funcionarios y diplomáticos, unos demócratas y otros no (quizá por la amarga experiencia de Weimar); cristianos y no cristianos, activistas y teóricos, nacionalistas y antinazis, aristócratas y proletarios, materialistas y soñadores. Resultaba difícil el entendimiento entre tan heterogéneos elementos.

No obstante, su común hostilidad hacia Hitler fundió los antagonismos existentes en un homogéneo movimiento de oposición. He aquí un párrafo de la declaración preparada para el 20 de julio:

«La primera tarea a realizar consistirá en el restablecimiento de la plena soberanía del derecho. La seguridad de la persona y de sus bienes será protegida contra cualquier arbitrariedad. Es nues-

Tresckow, Schlabrendorff y otros trataron de acabar con el Führer en el vuelo de regreso. El Abwehr, central técnica y organizadora de los conjurados, tenía ya preparados los explosivos para cuando se presentara la oportunidad de hacer uso de ellos.

Tresckow pidió al coronel Brandt, jefe de la sección de operaciones del Cuartel General de Hitler, si podía llevar dos botellas de coñac al general Stieff. Brandt manifestó que le complacería con gusto. Ya en el campo de aterrizaje —Hitler había subido al avión junto con sus acompañantes, además de dos soldados que se dirigían a Prusia Oriental con permiso, y a quienes Hitler brindó pasaje—, el primer teniente Schlabrendorff hizo entrega al coronel Brandt de las dos botellas de coñac destinadas al general Stieff.

Poco antes de entregar el paquete a Brandt, Schlabrendorff simuló arreglar el lazo que ataba el envoltorio, pero lo que en realidad hizo fue poner en marcha el mecanismo de relojería del paquete, cuyas pretendidas botellas de coñac no eran sino dos cargas explosivas; si todo iba bien, el avión que transportaba a Hitler saltaría en pedazos.

Apenas hubo despegado el aparato, se avisó a los conjurados berlineses de que la «fase inicial» del pronunciamiento se había puesto en marcha. Todos aguardaban con la tensión que es de suponer el mensaje por radio de los cazas de escolta, que no tardarían en informar acerca de la explosión y caída del avión en que viajaban el Führer y sus acompañantes.

Pero no se produciría semejante información; en su lugar, se recibió la noticia de que el vuelo había transcurrido dentro de la más absoluta normalidad, y que todos los aparatos habían tomado tierra sin novedad. Schlabrendorff manifestó posteriormente que había fallado el detonador, y fue preciso rescatar el peligroso bulto de manos del coronel Brandt, inventando una inaceptable excusa. Entretanto, dos de los conjurados civiles, el diplomático Mumm von Schwarzenstein y el comerciante Nikolaus von Halem, querían hacer algo efectivo, y planearon un atentado contra el Führer, solicitando para ello la cooperación del antiguo lansquenete doctor Josef Roemer, conocido por «Beppo».

Roemer, ex capitán del ejército imperial, había pertenecido asimismo al Cuerpo de Voluntarios, desempeñando la jefatura de la Bundes Oberland bávara. Celoso partidario de Hitler primero, lo fue después del jefe de la SA, Rochm. Era de los que en 1933 consideraban a Hitler «poco revolucionario». Como fiel seguidor de Rochm, pasó una temporada en un campo de concentración, y desde entonces se convirtió en fanático enemigo de Hitler.

Pero «Beppo» Roemer finalmente se resistió a poner en práctica el proyectado atentado, y cuando Von Halem le reprochó su actitud, el bronco lansquenete corrió en busca de la Gestapo y presentó una denuncia, para «exterminar a la maldita canalla reaccionaria». Más que al propio Führer odiaba a los «cobardes» que se movían entre bastidores sin tener el valor de pasar a la acción. ¡Y encima le censuraban! ¡No; eso no iba con «Beppo» Roemer!

---

tro deseo que tanto la vida privada como la pública se rijan de acuerdo con los principios fundamentales de la moralidad. Desde este momento declaramos la guerra a la mentira. Abogamos por el retorno de la libertad de espíritu, de conciencia, de fe y de opinión.»

Estas frases contienen una condenación global de los principios básicos del régimen nazi. Ante eso, ¿qué importa si los planes futuros presentaban un tinte liberal o conservador, realista o utópico, retrógrado o progresista? El Estado de derecho proclamado en dichas declaraciones constituye ya una verdadera antítesis frente al sistema hitleriano. Claro que el camino no fue fácil; no pocos entre los conjurados —en su juventud, y de grado o por fuerza— habían caído en las redes de la ideología nazi y habían servido fielmente al totalitarismo. Pero, ¿puede hablarse en serio de un movimiento de resistencia en 1938, o los militares sólo empezaron a moverse en cuanto juzgaron que se había perdido la guerra? No hay que censurar las deficiencias de los conspiradores, sin al mismo tiempo exaltar sus elevados ideales, por cumplir los cuales muchos perdieron la vida. Wolfgang Graetz trata esta cuestión de una forma que priva al 20 de julio de su verdadero valor y sentido histórico.

«Todos los conjurados coincidían en su hostilidad hacia Hitler, pero si examinamos su oposición al sistema, nos encontramos con que sólo la compartían un cincuenta por ciento. Muchos llevaban largo tiempo defendiendo la ideología nazi y no podían desprenderse de ella. Dicho en otras palabras: no podían sobreponerse al gran fraude. De los que estaban en contra de Hitler, no todos habían renegado del sistema. A menudo se me ocurre pensar que fueron estos viejos sargentos quienes nos habían servido en bandeja el enorme fraude nacista. Además pretendían tratar ciertos asuntos con guante blanco; es la revolución más cómica que se haya visto jamás. Esos caballeros se hundieron en sus propias ruinas.»

¿No se ha percatado Graetz a qué nivel se pone al emitir juicios tan impertinentes? Pues tiende a utilizar la misma jerga que Freisler, sólo que de otro signo. En el fondo, es el mismo reproche a un «programa político de aficionados» al que se refería Kaltenbrunner en sus informes a Bormann.

No se ha llegado a saber con certeza si Roemer pretendía obtener un trato más benigno con su autodenuncia, o si en su enajenación no pensó en las funestas consecuencias que su acto pudiera acarrearle. De todos modos, fue juzgado, condenado a muerte y ajusticiado junto con Mumm von Schwarzenstein y Nikolaus von Halem.

La Gestapo, sin apenas mover un dedo, acababa de asestar el primer golpe serio en las filas de los conjurados. Cundió la intranquilidad entre las filas de la oposición. ¿Cuál sería la siguiente represalia de la Gestapo, ya que no se dudaba de que Schwarzenstein y Halem habrían sido presionados a delatar a sus compañeros? Ambos estaban enterados de múltiples detalles sobre los elementos de la resistencia. La Gestapo tenía en sus manos el cabo que llevaría al grueso de la madeja.

Por suerte, las cosas sucedieron de modo distinto. En el caso Schwarzenstein-Roemer-Halem, la Gestapo se limitó al hecho concreto del atentado en preparación, sin ahondar en cuestiones que habría llevado a descubrir una conjura de mayores vuelos que la simple organización de un atentado.

Otra oportunidad pareció presentarse el 21 de marzo de 1943, con motivo de la conmemoración anual de los héroes, celebrada en Berlín dentro del marco de una especie de museo de armas capturadas al enemigo en numerosas campañas. Como de costumbre, Hitler pronunciaría el discurso en loor del soldado alemán, y seguidamente visitaría la exposición acompañado de su cortejo, en el que no faltarían Himmler y Goering; ¡magnífica ocasión para acabar con todos ellos!

El coronel Von Gersdorff, que como Tresckow y Schlabrendorff pertenecía al Grupo del Ejército Centro, estaba dispuesto a sacrificar su vida con tal de eliminar a Hitler. Gersdorff escondería en su capote un par de bombas especiales, de fabricación británica, del mismo tipo que la empleada para aniquilar a Reinhard Heydrich en Praga. Pondría en marcha los mecanismos de relojería y se uniría al grupo hasta que los artefactos hicieran explosión. Pero antes habló casualmente con Schmundt, uno de los ayudantes de Hitler, quien le informó de que la visita del Führer no se prolongaría más de diez minutos. Gersdorff tuvo que desistir de su propósito, toda vez que el tiempo mínimo de regulación de las bombas era precisamente de diez minutos.

Dos semanas después, los conspiradores recibían un golpe fatal. Poco faltó para que quedasen anulados todos sus esfuerzos y ellos fueran a parar a manos de la Gestapo. Fue detenido uno de los conjurados, nada menos un agente de la central del Abwehr, el Servicio de Inteligencia Militar, y de ahí que este hecho resultara poco menos que mortal para todo el cuadro de la oposición.

El Abwehr se había convertido en el cerebro de la resistencia. El ya general de división, Oster, jefe del departamento central y lugarteniente del jefe supremo, almirante Canaris, era en cierto modo el representante de la oposición, el organizador de los proyectos, bajo la dirección de Beck.

El hecho de que casi todos los altos jefes fuesen miembros de los servicios secretos militares, tanto de espionaje como de contraespionaje, constituía un factor importantísimo para los confabulados. El

---

«No habían contado con que la cosa iba en serio. Siempre jugando, esos individuos se imaginaban que estaban ante un castillo de arena.» De hecho, Graetz pinta a los personajes de la Bendlestrasse como imbéciles, aficionados, pobres diablos, que corrían de acá para allá sin orden ni concierto. «Eran incapaces de llevar a cabo lo que nunca habían ejercitado.» No habían disparado —en el sentir de Graetz la única forma de hacer una revolución—, ni «suprimido» a nadie, ni puesto a ningún vagabundo «cara a la pared», ni mandado una sección de asalto. «Eran gente que se hubieran asustado ante las tres docenas de cadáveres que se necesitan para iniciar una revolución...»

Lo que posiblemente haya afligido más a Graetz es que la revolución no comenzara en la calle, que no se produjera un levantamiento popular; tal vez por esto denigra a los conjurados, a quienes acusa de haber llevado las cosas a la callada, en lugar de propalarlas a los cuatro vientos. Según él, con un levantamiento popular se hubiera logrado la muerte de Hitler y la puesta a buen recaudo de los principales cabecillas políticos nacionalsocialistas, pues «si a la gente se la golpea con fuerza... cae de un lado, o de otro». De ello se desprende que el autor no ha llegado a calar bien en las circunstancias que rodearon el 20 de julio de 1944. Con plena conciencia de lo que hacían, los conspiradores evitaron el levantamiento popular, que hubiese conducido a un inútil derramamiento de sangre, limitándose a montar de forma sistemática una «revolución palaciega», con miras a usurpar el aparato del poder y derribar el régimen totalitario imperante. No por amor al orden tradicional (Graetz lo llama «obediencia estúpida»), sino por una apreciación correcta de las circunstancias, se juzgó que lo mejor era la revolución desde arriba. La táctica empleada en el primer momento (la muerte de Hitler, etcétera) puede considerarse como objetivamente equivocada, pero no para la situación concreta de Alemania en 1944. A la vista de la catástrofe que se avecinaba, el pueblo alemán se había identificado con el régimen nazi y sus jerarquías, y, en consecuencia, era necesario recurrir a cualquier método para hacerle recobrar la razón. Un levantamiento triunfante habría pasado a la historia como una «segunda puñalada por la espalda». Lo sucedido el 20 de julio demuestra

Abwehr se encargaba de suministrar los explosivos especiales, de procurar documentación, falsa o verdadera según los casos, de organizar los viajes para entrevistarse con personajes en el extranjero; por medio del Abwehr conocían detalles ignorados por las más altas jerarquías, y era asimismo el Abwehr el organizador de los contactos secretos con el Vaticano, con el Gobierno británico y con el presidente Roosevelt; en su seno se fraguaban los planes para los atentados, que habrían de conducir al golpe de Estado final.

El día 5 de abril de 1943, el jefe supremo del Cuerpo Jurídico militar, doctor Roeder, se presentó en el misterioso edificio, sede del Abwehr, en la Tirpitzufer de Berlín, a poca distancia de donde estuvo situado el Ministerio de Guerra, luego sede del mando de la reserva. El doctor Roeder vestía el uniforme de general de la Luftwaffe, a cuyo Cuerpo Jurídico pertenecía. El año anterior había sido juez instructor en la causa seguida a la organización Banda Roja, cuya desarticulación se debió en gran parte a su labor. A pesar de todo, no podía sospechar que con esta visita lograría un triunfo mucho más señalado.

La visita de Roeder estaba relacionada con la reciente detención de un agente del Abwehr cuando se disponía a trasponer la frontera suiza. Pese a que el individuo llevaba sus papeles en toda regla, un funcionario excesivamente celoso en el cumplimiento de su deber se había arriesgado a ponerle reparos, aun cuando el Abwehr era poco menos que tabú para la policía y la Gestapo. A fin de cuentas, una vez detenido, siempre cabía el recurso de pedir excusas al almirante Canaris, jefe del Servicio Secreto.

Interrogado el sujeto en cuestión, se descubrió que era un contrabandista de divisas. El dinero iba destinado a los fugitivos judíos residentes en Suiza, aun cuando el falso agente había realizado negocios particulares con los fondos que le habían sido confiados.

Por supuesto que no era cuestión de ponerlo en libertad sin efectuar las correspondientes indagaciones. Siendo el Abwehr una sección de la Wehrmacht, le correspondía a ésta intervenir en el caso. El doctor Roeder se hizo cargo de este asunto, puesto que barruntó, y con mucha razón, que un agente secreto no había sacado las divisas de su propio bolsillo, sino que, con toda probabilidad, las había recibido de sus superiores; de modo que era fácil suponer que algo más se escondía tras lo que en apariencia sólo era un mero contrabando de divisas.

El detenido confesó inmediatamente todo cuanto sabía, que no era demasiado, por fortuna para los conjurados, aunque sí lo suficiente para que el doctor Roeder tuviera conocimiento de que un gran número de judíos había conseguido cruzar la frontera como «agentes del Abwehr» —entre ellos un anciano invidente de 70 años—, y que además recibían ayuda pecuniaria de dicho servicio. El agente capturado admitió haber oído rumores en el sentido de que el Abwehr mantenía contactos con potencias enemigas. El hombre que procuraba tales contactos y el que facilitaba las divisas debía de ser la misma persona.

---

que los autores precisaban el éxito en el atentado para liberar al pueblo del complejo de lealtad. De ahí que resulte absurda la frase de Graetz: «¡Ah, vuestra bomba! ¡Es cosa sin importancia! Ha causado mucho ruido, y nada más.»

No deja de ser significativo el hecho de que los elementos de la Bendlerstrasse no pudieran siquiera poner en marcha las escasas unidades de guarnición en Berlín; los jefes de tropa, o bien se negaron lisa y llanamente, o exigieron la confirmación del cuartel general del Führer.

Sorprende que el autor no justifique sus afirmaciones con hechos históricos. No existe un solo párrafo en este sentido. En vez de ello, parece que se haya inspirado en los arbitrarios relatos de Gisevius. Vean si no las Memorias de éste (Hasta el amargo final), *donde se palpa el resentimiento de los civiles contra la «camarilla del conde», como denominaban a los agrupados en torno a Stauffenberg. De su pluma han partido los juicios más venenosos, que el propio Hans-Bernd Gisevius no hubiera expresado de palabra. El mismo ha divulgado que elaboró con esmero la representación que Graetz hace de su personalidad.*

Pese a la opinión de Graetz y Gisevius, que se encargaron de condenar al ostracismo a los «conjurados», queda bien patente lo difícil que resulta aquilatar como se debe la problemática del 20 de julio, no obstante los numerosos trabajos que han aparecido sobre el tema. No se trataba únicamente de llevar a cabo un atentado; eso era quizá lo más fácil y menos problemático. Lo importante era preparar un cambio de régimen con vistas al futuro; de ahí las disputas acerca de los principios políticos y los programas a confeccionar; de ahí los esfuerzos cerca de las potencias aliadas, que debieron dar al pueblo alemán una oportunidad para terminar de una vez con los planes belicosos del Führer. Por último, hay que decir, en favor de los conspiradores, que demostraron mediante hechos la existencia de otra Alemania, consciente de sus deberes para con Dios y la historia. «¿No creen —añade Graetz— que nuestra participación tenía un sentido?» Respuesta: «No sabría decir cuál.»

(Albert Wucher. Artículo aparecido en el "Süddeustche Zeitung", del 30 de octubre de 1965)

El doctor Roeder disponía de una palanca para mover a dicha persona, y estaba dispuesto a emplearla, pues ya conocía el nombre del individuo; había colaborado con él en el Ministerio de Justicia, y le constaba que era enemigo encarnizado de Hitler. Roeder sospechaba que tras este tinglado se ocultaba un «caso»; lo que ignoraba era su magnitud.

El juez instructor, acompañado del funcionario de la Gestapo, Sonderegger, se personó en el despacho del almirante Canaris. El jefe del Servicio Secreto se mostró visiblemente nervioso al enterarse del motivo de la presencia del doctor Roeder.

—Lamento mucho informar a usted —comenzó el juez—, que el Tribunal Militar del Reich ha dictado orden de arresto contra el doctor Von Dohnanyi...

—¡Esto es imposible! ¡Precisamente Dohnanyi! —protestó débilmente Canaris.

—También se han tomado las oportunas medidas para acumular cuantas pruebas sean necesarias —continuó impasible el doctor Roeder—. ¿Desea estar presente cuando se realice la detención, Herr Admiral?

De grado o por fuerza, Canaris acompañó a sus visitantes hasta el despacho contiguo, ocupado por el general Oster, superior jerárquico de Dohnanyi. Oster no se inmutó cuando Canaris le explicó el motivo de la visita del juez y del funcionario de la Gestapo.

Tanto Oster como Canaris habían sido avisados el día antes de que algo se tramaba contra el Abwehr, y era preciso actuar con suma cautela. La advertencia les llegó por mediación de Artur Nebe, miembro de la oposición y jefe supremo de la policía alemana, el cual estaba asimismo al corriente, en líneas generales, de lo que la Gestapo se traía entre manos.

Canaris llevó a Oster a su despacho, recomendándole que se apresurase a hacer desaparecer cuantos documentos comprometedores se guardaran en las dependencias.

Luego los cuatro personajes, Oster, Canaris, Sonderegger y el doctor Roeder, el único que vestía uniforme, se dirigieron a la oficina de Dohnanyi. Sonderegger se situó de inmediato junto a la pared del fondo, desde donde dominaba la estancia. Dohnanyi, pálido, se levantó de su asiento cuando el doctor Roeder le comunicó que quedaba arrestado.

Durante un buen rato no se oyó sino el ruido que producían las gavetas al ser abiertas, el roce de papeles, el rumor de los pasos del juez y la entrecortada respiración del detenido, el antiguo consejero del Tribunal Supremo, doctor Von Dohnanyi.

En una mesa redonda junto a la ventana había un motón de expedientes, algunos de los cuales escudriñó el juez.

—Quedan confiscados estos de aquí —dijo a los presentes, al mismo tiempo que señalaba los expedientes—. No tienen ningún derecho sobre ellos hasta que se aclaren bien las cosas.

Las miradas de todos convergieron en la mesa redonda; el rostro del doctor Dohnanyi palideció algo más. El papel que sobresalía de uno de los expedientes contenía unas instrucciones dirigidas al pastor Dietrich Bonhoeffer para su próxima misión en el extranjero. En el interior de dicho expediente había siete «permisos» ilegales por los que se libraba a varios pastores protestantes de prestar servicio en el Ejército, permisos que llevaban la firma del general Oster.

Dohnanyi no osaba acercarse a la mesa, puesto que el funcionario de la Gestapo no le quitaba la vista de encima. Mientras el doctor Roeder se acomodaba ante el escritorio dispuesto a vaciar el contenido de las gavetas, Dohnanyi trataba desesperadamente de llamar la atención de Oster con insistentes miradas, indicando con ellas los expedientes que reposaban en la mesa redonda.

El general comprendió al fin y con mucho disimulo se acercó a la mesa y se puso de espaldas a ella, observando atentamente al juez, que leía unos documentos, sentado frente al escritorio de Dohnanyi. Palpó con cautela los expedientes, se apoderó de los comprometedores permisos y se los guardó en el bolsillo izquierdo de la chaqueta.

—¡Alto!

Era la voz de Sonderegger, quien al darse cuenta de la maniobra señaló con el índice de la diestra al general. También el juez, que había levantado casualmente la vista, pudo ver que algo blanco se deslizaba en un bolsillo de la elegante chaqueta gris de Oster.

—Debo rogarle, general, que me entregue las hojas de papel que acaba de guardarse —le instó el juez en tono cortante.

El rostro de Oster perdió el color, y su mirada se posó interrogadora en el almirante Canaris, el cual nada podía hacer para sacarle del trance. Oster negó haberse apoderado de papel alguno. Roeder se dirigió a Canaris, invitándole a ordenar al general que le diera el papel. Canaris realizó un postrer intento para remediar la situación, negándose a impartir al general una orden semejante.

—No he visto nada, y el general Oster goza de mi más absoluta confianza.

—En tal caso haré uso de mis prerrogativas como juez instructor —decidió Roeder con voz enérgica—, y registraré personalmente al general.

Oster extrajo al fin los papeles de su bolsillo y se los tendió al juez.

Roeder le miró, y esta vez dio muestras de sentirse verdaderamente irritado.

—Vaya inmediatamente a su oficina, herr general, y le ruego que no la abandone sin mi permiso.

Oster obedeció, saliendo del despacho con paso cansino. Sabía lo que Roeder no sospechaba siquiera: aquello era el fin, no sólo para él, sino de todo el trabajo tan pacientemente elaborado durante los últimos años. Y si el juez indagaba el asunto de una manera exhaustiva, podría significar el derrumbamiento del movimiento oposicionista.

El doctor Roeder ordenó al doctor Von Dohnanyi que abriese la cámara acorazada. Al princi-

pio Dohnanyi manifestó que había olvidado las llaves en su domicilio.

Roeder volvióse entonces a Canaris.

—En tal caso ordenaré que se haga venir a unos expertos, o que sea abierta por la fuerza.

Canaris comprendió en seguida lo que eso significaba: un enjambre de individuos de la Gestapo husmeando en el hasta entonces santuario del Abwehr. ¡Imposible!

El almirante dirigió a Dohnanyi una mirada significativa, y el doctor se llevó de pronto una mano a la frente, como quien acaba de recordar algo de repente, diciendo en voz alta:

—Un momento. —Se dirigió a un armario y buscó algo en los bolsillos del abrigo—. Perdón; aquí están las llaves —concluyó, entregándoselas a Roeder.

La cámara fue abierta y Roeder echó una rápida ojeada a los expedientes, pero luego decidió secuestrarlos todos. Posteriormente se consideró como un verdadero milagro el que no se derivasen peores consecuencias para los conjurados, a tenor de la confiscación de dichos expedientes. No obstante las continuas advertencias de Canaris, el armario blindado de Dohnanyi contenía numerosos documentos comprometedores. Allí había informes acerca de los desplazamientos secretos de Bonhoeffer y Moltke a Suecia y Roma; tarjetas de identidad y pasaportes en blanco; un expediente señalado con la letra «V» donde constaba que el Abwehr había facilitado la huida al extranjero de 15 judíos. También había una nota escrita a máquina en la que se reflejaba, sin lugar a dudas, que un grupo de altos jefes militares, pastores y personajes de la administración se disponían a asestar un golpe de Estado; al pie del documento figuraba una «O» como firma, escrita por la misma mano que había estampado la fecha, 17 de marzo. No cabía duda de que se trataba de la letra del general Oster.

Los conjurados quedaron sin aliento. Después de Dohnanyi fue detenido el pastor Bonhoeffer; era de esperar, una vez decomisados los expedientes. El siguiente arrestado fue el doctor Joseph Müller, conocido por «Ochsensepp», representante de la oposición ante el Vaticano, si bien ocultaba su verdadera misión escudándose en sus credenciales de falso agente secreto.

El general de división Oster fue relevado de sus funciones, pero no lo detuvieron; se le impuso un arresto domiciliario en su vivienda de Leipzig.

Y eso fue todo; no sucedió nada más. Los conjurados no querían dar crédito a lo que veían sus ojos, pero todo se limitó a la destitución de Oster y al arresto de Dohnanyi, Bonhoeffer y Müller. Por el momento imperó la perplejidad entre ellos, mas pronto dieron el asunto por zanjado y respiraron aliviados.

Hasta que un día una observación de Himmler a uno de los conjurados reveló que él sabía lo que se tramaba. No había, pues, que forjarse demasiadas ilusiones; quizá Himmler esperase a que el «absceso» estuviera bien maduro.

Nadie acertaba a dar una explicación plausible al hecho de que ni el Tribunal Militar ni la Gestapo siguieran el hilo que comenzaba en Oster, Dohnanyi, Bonhoeffer o Müller. Súbitamente surgió una idea fantástica, tal vez ante la extraña pasividad de la Gestapo, dadas las circunstancias. Dicha idea era, poco más o menos: Tal vez el propio Himmler está descontento, y desea asimismo derribar a Hitler; es posible que no se opusiera a un atentado al Führer, por aspirar a la vacante.

¿Sería posible ganar a Himmler para la causa de la oposición? ¿No sería conveniente intentarlo, ya que la ambición del jefe supremo de la policía iba a ser una importante cuña en la cumbre nazi? Himmler distaba mucho de tener una personalidad tan acusada como la del Führer, de modo que, una vez caído éste, el otro no sería difícil de apartar.

Popitz, ministro de Finanzas prusiano, cargó sobre sus hombros con la tarea de sondear a Himmler. La entrevista se concertó por mediación del abogado de Himmler, el doctor Karl Langbehn, quien años después defendería a Ernst Thaelmann en el juicio que le esperaba, o, para ser más exactos, quien consiguió ponerlo en libertad sin proceso, lo que se malogró al poco tiempo debido a las intrigas de Ulbricht. El abogado poseía una finca junto al lago Tegern, vecina a la de Himmler, y gozaba de la confianza de éste, no obstante formar en las filas de la oposición.

Entretanto, Himmler se había hecho cargo del Ministerio del Interior, como sucesor del doctor Frick, aumentando considerablemente su poder. Se mostró muy comprensivo en el diálogo con el ministro Popitz; claro que éste no se refirió en absoluto a conspiraciones, atentados o golpes de Estado. Popitz mencionó únicamente que muchos elementos responsables se sentían inquietos por ciertos errores cometidos en las altas esferas, y que el Führer estaba excesivamente ocupado con las cuestiones militares para poder atender debidamente otras facetas del quehacer general; para conseguirlo sería aconsejable que una persona como Himmler tuviese mayor influjo a la hora de tomar decisiones.

Popitz apenas aludió a las respuestas de Himmler, pero se ha sabido que éste se mostró muy «razonable» ante los temores del ministro de Finanzas prusiano. Al terminar la guerra se descubrió la celebración de un segundo encuentro Popitz-Himmler, aun cuando el ministro jamás hizo mención de él.

Lo que sí ha quedado confirmado es que Himmler se hallaba mucho más al corriente del movimiento oposicionista de lo que daba a entender. Finalmente se desechó la idea de captarlo para la resistencia, puesto que Himmler se reveló como un adversario más temible que Hitler, según se había puesto de manifiesto con ocasión del caso Fritsch. Tras la matanza de judíos realizada en los pueblos eslavos del Este, Himmler era sin duda el enemigo capital después de Hitler. En definitiva, no podía pactarse con él, so pena de con-

denar al fracaso el objetivo básico de la conspiración.

Un tercer golpe asestado por la Gestapo a los organizadores de la resistencia no produjo tampoco las graves consecuencias que eran de temer. Sin embargo, el ataque dio lugar a la desaparición definitiva del Abwehr.

El 10 de setiembre de 1943 se celebró una gran fiesta de cumpleaños, a la que asistieron los miembros del Círculo Solf, organización independiente de oposicionistas, que había tomado su nombre de la viuda del antiguo embajador alemán en Tokio, Hanna Solf. En sus reuniones se hablaba frecuentemente contra el régimen, al igual que el Círculo de Kreisau en la finca del conde Moltke.

Con ocasión de dicha fiesta, Elisabeth von Thadden, perteneciente al Círculo Solf, había invitado a un joven médico suizo que conocía desde hacía algún tiempo, y en quien tenía plena confianza. Se trataba del doctor Reckzeh, declarado adversario del Tercer Reich, a quien se quería confiar el encargo de una misiva en Suiza.

El doctor Reckzeh se mostró dispuesto a cumplir la comisión encomendada, de manera que Elisabeth von Thadden le hizo entrega de una nota con destino a un amigo en Suiza. El doctor Reckzeh llevó la carta, no a Suiza, sino a la Gestapo; el joven y simpático médico suizo era un agente de la temida policía política, que le había encomendado la misión de filtrarse en el Círculo Solf, al que asimismo habían pertenecido Mumm von Schwarzenstein y Nikolaus von Halem antes de su detención. Tampoco la Gestapo tomó medidas drásticas en esta ocasión; el suizo recibió el encargo de seguir vigilando las conexiones extranjeras del Círculo Solf, manteniéndose así las cosas hasta enero de 1944.

En total fueron detenidas setenta y seis personas de la *high society* berlinesa pertenecientes a dicho círculo, entre ellas gran número de diplomáticos: los embajadores Von Scherpenberger y Kiep, el director general Zarden, el ex alcalde de Berlín, Elsas, Hanna Solf y Elisabeth Thadden.

Por último fue arrestado Helmuth James, conde Von Moltke. En uno de los cargos contra el Círculo Solf se alude a Moltke:

«Tras la partida de Reckzeh hacia Suiza en misión oficial —para simular el cumplimiento del en-

---

Profesores H. I. Iwand y D. C. Wolf, teólogos protestantes

«...Por fin, en el momento en que comenzó a verse con claridad que todo estaba perdido, los hombres del movimiento de resistencia decidieron, aun rompiendo formalmente con el juramento prestado, derribar por la fuerza a la persona que ostentaba la máxima autoridad en la estructura del régimen. Con ello dieron un ejemplo de auténtica responsabilidad política y cristiana, en su deseo de restablecer la vigencia del derecho y limitar las fronteras del poder político. El hecho de que su empresa no triunfara, no merma la trascendencia espiritual de la misma; tal vez haya sido voluntad de Dios, y tenga mayor importancia para nuestra fortaleza espiritual y moral que el atentado resultara fallido. Como cristianos, no es de nuestra incumbencia juzgar acerca de las consecuencias políticas de dicho acto, pero sí es nuestra misión señalar la necesidad de una reforma sustancial en la estructura del Estado, a fin de devolverle la dignidad que merece.

»Aun cuando todo soldado había jurado fidelidad a la persona de Hitler, el ejército entero quedó desligado de dicho juramento al faltar el propio Hitler a la promesa que hizo como Führer.

»Vemos, pues, que los hombres del 20 de julio no podían considerarse ligados al juramento de fidelidad prestado a la persona de Hitler, por lo que puede afirmarse que su actitud estaba "absolutamente" justificada.»

Profesor R. Angermair, teólogo católico

«Como sea que en nuestro caso se trata de emitir un juicio moral respecto a un hecho ya consumado, diremos: en la cuestión relativa a los hombres del 20 de julio, no puede emitirse un juicio concreto; únicamente sería posible dictaminar si constara la sinceridad de sus convicciones. Si a tenor de éstas obraron de un modo razonable, no puede decirse que exista culpa, de acuerdo con los postulados de la teología moral cristiana...»

Profesor doctor Schram, técnico militar

«...no existía posibilidad alguna de imprimir un giro favorable a la guerra...

»...ni el sabotaje ni la traición podían acelerar el fin de la contienda...

»...la situación militar en el frente era tan crítica, o mejor dicho, catastrófica, que podía considerarse perdida el 20 de julio...

»...el Ejército estaba exhausto; la economía bélica había entrado en una fase de profunda contracción; la falta de combustible amenazaba con paralizar a la Wehrmacht. En cuanto a las soluciones del exterior, no se podía hablar de ellas mientras Hitler siguiera en el poder.

»Vistas las cosas desde cualquier plano, la guerra estaba ya perdida el 20 de julio. El derrumbamiento final era inexorable...»

cargo confiado—, un alto funcionario desleal, que tenía conocimiento de lo que amenazaba a Kiep, le advirtió que tuviera cuidado. Dicho funcionario sabía que Kiep estaba sometido a estrecha vigilancia, y al propio tiempo aconsejó que no se confiara excesivamente en Reckzeh.»

El «funcionario desleal» de referencia no era otro que el conde Moltke, fundador del Círculo de Kreisau, que también fue desarticulado por la Gestapo.

La detención del embajador Kiep motivó que las sospechas recayeran sobre un íntimo amigo suyo, Vermehren. Pero éste era un elemento destacado del Abwehr en Turquía, y al tener noticia del arresto de su amigo Kiep y de los recelos que se tenían sobre él, se pasó al Servicio Secreto británico en el país.

Como es de suponer, los ingleses explotaron la «traición» del agente alemán; desde luego, la «evasión» de Vermehren representó para Alemania una gran pérdida psicológica en la batalla por ganarse la buena voluntad de Turquía.

El «chivo expiatorio» por la «traición» de Vermehren fue el almirante Canaris. Resultaban ya demasiados los agentes del Abwehr detenidos como enemigos del régimen, o separados de sus cargos, como Oster, para permitir que el propio almirante saliese bien librado.

El Abwehr fue absorbido por la Oficina Central de Seguridad del Reich como Sección Militar, al mando del *gruppenführer* de las SS, Walter Schellenberg, sucesor de Canaris y último jefe del Servicio Secreto alemán. Con ello terminaba el inmenso apoyo y encubrimiento que el Abwehr había proporcionado a los conspiradores.

No obstante, continuaron los preparativos para llevar a cabo el golpe de Estado. Prosiguió la serie de proyectos de atentado: el general Stieff quiso hacer estallar una bomba en el cuartel general del Führer, durante una conferencia, pero le faltó valor en el último minuto; dos jóvenes oficiales, a imitación del coronel Gersdorff, querían asimismo hacer volar a Hitler en pedazos, aun a costa de sus propias vidas: el capitán Von dem Busche, y tiempo después el primer teniente Von Kleist, pero ambos intentos resultaron desbaratados por sendos ataques aéreos aliados. Otro oficial estuvo a punto de sacar la pistola para acabar con Hitler, mas la inquisitiva mirada del Führer hizo que perdiera la serenidad necesaria.

Fue una suerte para los conjurados que la capacidad organizadora del general Oster pudiera ser remplazada sin demora. El nuevo coordinador, mucho más dinámico que Oster, era el coronel Claus Schenk, conde Von Stauffenberg. El 30 de enero de 1933 había recibido con entusiasmo el advenimiento de Hitler, en la creencia de que, efectivamente, asistía a un «genuino despertar del pueblo».

Pero el brillante oficial de Estado Mayor había pasado a ser un decidido enemigo de Hitler. Lo que colmó el vaso para que pasara a formar parte de la oposición fue cuanto vio en el frente oriental, donde prestó servicio como oficial de Estado Mayor en el Grupo del Ejército Centro. Allí se encontró con Tresckow, quien no tardó en descubrir la inmensa valía de Stauffenberg.

Durante su estancia en el frente del Este, Stauffenberg fue uno de los que combatió con mayor dureza la política de ocupación hitleriana llevada a cabo por los «comisarios generales». Decía el coronel Stauffenberg:

«Destrucción del bolchevismo, sí; aniquilamiento del pueblo ruso, no.»

Stauffenberg fue uno de los principales organizadores e instigadores de las «unidades autóctonas»; compartía con muchos la opinión de que los letones, estonianos, lituanos, rusos blancos, ucranianos y cosacos, así como otros elementos del pueblo ruso, debían tener la oportunidad de luchar contra el poder soviético, no sólo para proporcionar aliados a la Wehrmacht en el frente oriental, sino porque consideraba imposible derrotar a la Unión Soviética sometiendo a los pueblos ya sojuzgados por los comunistas, en vez de tratarlos como colaboradores.

A principios de 1943, Stauffenberg desempeñaba sus funciones de oficial de Estado Mayor, sección 1.ª, afecto a la 10.ª División Blindada, en el norte de Africa, viviendo la retirada del Afrikakorps hasta la cabeza de puente de Túnez, atacada por fuerzas aliadas muy superiores en número.

Stauffenberg resultó herido de gravedad el 7 de abril de 1943; sufrió la pérdida de un ojo, del brazo derecho y de los dedos de la mano izquierda. In-



Inauguración del cuartel «Conde von Stauffenberg» en Sigmaringen. En el XV aniversario del 20 de julio, el general Heusinger dirigió en Bundeswehr la siguiente alocución: «La acción del 20 de julio, dirigida contra la barbarie y la injusticia, ha sido un rayo de luz en aquel período nebuloso de Alemania.»

ternado en el Hospital Militar de Cartago, se temió al principio que no sería posible salvarle la vida; con todo, a finales de abril escribió al general Olbricht en Berlín manifestándole que estaría a su disposición en un plazo de tres meses.

Stauffenberg lo consiguió. En agosto se encontraba ya en Berlín, celebrando conversaciones secretas con los jefes de la conspiración; a principios de octubre, después de disfrutar de un prolongado permiso de convalecencia, ingresó en la Oficina General del Ejército, al mando del general Olbricht, oriundo de Leipzig, al igual que Oster, quien le introdujo en el círculo de los conspiradores.

En el domicilio del general Olbricht se celebró una importante reunión, que el doctor Goerdeler designó posteriormente como «parto» del golpe del 20 de julio del siguiente año. Participaron en ella el antiguo jefe de Estado Mayor, Ludwig Beck, como cabeza de los conjurados y futuro «regente»; el doctor Carl Goerdeler, ex primer alcalde de Leipzig y comisario de Precios, en calidad de jefe de la facción civil oposicionista y futuro canciller; el anfitrión, general de infantería Friedrich Olbricht, y el mariscal Hans-Günther von Kluge, al mando de la más poderosa e importante agrupación de fuerzas alemanas: el Grupo del Ejército Centro, desplegado en el frente oriental.

Se logró convencer a Kluge de que la guerra estaba perdida si Hitler continuaba empeñado en dirigir las operaciones. La última gran ofensiva alemana, la denominada Operación Ciudadela, realizada en el sector Kursk-Orel, había fracasado en su fase inicial, con lo que hubo de emprenderse la retirada desde Crimea a Esmolensko, perfilándose ya el riesgo de un empujón soviético hasta las fronteras del Reich.

Los aliados habían puesto el pie en Italia; Mussolini había caído y el nuevo jefe del Gobierno italiano, Badoglio, negociaba con los aliados la entrada de su país en la guerra contra los alemanes. En el territorio metropolitano, los ataques aéreos anglo-norteamericanos se endurecían considerablemente día a día.

Kluge informó que se les unirían dos altos jefes de las SS, subordinados suyos: Sepp Dietrich y Paul Hausser.

Lo desesperado de la situación aparecía obvio, incluso entre los más ardientes partidarios de Hitler.

Pero a Kluge le preocupaba que, una vez alejado Hitler del escenario político, los aliados no desearan una paz negociada con Alemania, persistiendo en la fórmula de la capitulación incondicional. Pidió a Goerdeler que le explicase lo que pensaba acerca de tan importante cuestión. El, Kluge, opinaba que tanto ingleses como americanos no luchaban contra el «nazismo», sino que perseguían lo mismo que en la Primera Guerra Mundial: la destrucción de Alemania como gran potencia europea.

Goerdeler discrepaba de tal parecer. A su juicio, los ingleses y norteamericanos llegarían a un acuerdo con otro Gobierno opuesto al régimen hitleriano, porque sabían que Alemania constituía el último gran baluarte contra la penetración bolchevique. Goerdeler informó acerca de sus recientes conversaciones en el extranjero, de sus contactos con el banquero y político sueco Wallenberg, dando a Kluge toda suerte de garantías de que los aliados concluirían la paz con un nuevo régimen alemán.

Aseguró al mariscal que conocía perfectamente la historia, la política, los intereses y métodos de los ingleses, y que últimamente se había entrevistado con diversas personalidades británicas de tendencia dispar. No; Kluge podía desechar sus temores en tal sentido, ya que estaba fuera de duda la celebración de un acuerdo razonable entre las potencias occidentales y un nuevo gabinete alemán.

Kluge acabó por ceder, aceptando la conveniencia de eliminar a Hitler. Pero el atentado habría de disimularse bajo la apariencia de un accidente, a fin de que el pueblo y la Wehrmacht no se volviesen contra los conjurados. Goerdeler no se mostraba conforme con el procedimiento; prefería tratar de convencer a Hitler de que sería deseable su retirada. Había comprobado en muchas ocasiones que se podía discutir con el Führer, siempre que se esgrimiesen sólidos argumentos.

Kluge meneó levemente la cabeza ante la ingenuidad de Goerdeler. Abogó por el atentado y, al mismo tiempo, por la eliminación de Himmler y Goering, los cuales estaban en situación de oponerse seriamente a la Wehrmacht con sus SS y Luftwaffe, respectivamente, en cuyo caso apuntaba el fantasma de una guerra civil mientras el país se veía circundado de enemigos, y eso sería el final para Alemania.

Goerdeler aceptó este punto de vista, pero no sin expresar la necesidad de que fuesen los jefes militares, que hasta entonces habían carecido de valor y sinceridad frente a Hitler, quienes obrasen como les pareciera justo. Los militares, por lo tanto, serían los responsables de buscar el camino más apropiado para la salvación de Alemania.

Olbricht explicó que los preparativos para el golpe de Estado habían quedado un tanto paralizados desde que Oster fue retirado de su cargo. No obstante, dijo que todo consistía en que, una vez perpetrado el atentado, uno de los altos jefes militares con mando de tropa diera la señal de apoyar al nuevo Gobierno; luego entrarían en acción las reservas. En el frente occidental se contaba con los generales Falkenhausen y Stülpnagel. El mariscal Von Kluge sería nombrado seguidamente jefe del Alto Mando de la Wehrmacht; los más destacados jefes de ésta con mando de tropa le obedecerían.

Kluge mostró su conformidad con todo lo dispuesto, solicitó que se efectuaran rápidamente los preparativos y se pasase a la acción sin demora. Luego se reintegró a su puesto en el frente de combate.

Poco después, el coronel Stauffenberg pasó al servicio de Olbricht como su jefe de Estado Mayor; días después, el 12 de octubre de 1943, el mariscal Von Kluge sufrió un grave percance en una de sus visitas a la línea de fuego. Los conjurados se quedaron nuevamente sin tropas en activo, y sin un jefe que, en el momento dado, se hiciera cargo de la situación al frente de sus hombres. Otra vez se recurrió al jubilado mariscal Von Witzleben, quien, si no disponía de tropas, poseía suficiente autoridad y prestigio para convencer a otros colegas con mando de tropa.

Mientras tanto, el nuevo jefe de Estado Mayor de la Reserva desencadenó un verdadero tifón en las tranquilas aguas de la conjura. Le constaba que desde hacía muchos años existía un importante núcleo oposicionista, siempre en espera del momento oportuno para actuar. Pues bien, ahora que él tenía las riendas en la mano, que se había convertido en el verdadero núcleo de la conspiración, era llegada la ocasión de poner manos a la obra.

Al principio, Stauffenberg se encontraba solo. No pertenecía a ninguno de los numerosos grupos y círculos, aunque se inclinaba por el del conde Moltke. Empero, repudiaba de igual modo las ideas reaccionarias de los elementos conservadores y monárquicos, como el liberalismo burgués con ribetes fascistas de Goerdeler. También sentíase poco solidarizado con el círculo de Kreisau, ya que lo separaba una diferencia fundamental: lo importante eran los hechos, y no las meras palabras. Si nadie se atrevía a actuar, él, Stauffenberg, estaba dispuesto a hacerlo solo.

Esta idea dominante en Stauffenberg no sólo obedecía a su decepción por los fracasos anteriores, sino a una rebeldía ante la «revolución de los ancianos», según calificaba el proceder de Goerdeler, Beck, Popitz o Witzleben.

Stauffenberg estableció contactos con Julius Leber, Wilhelm Leuschner y otros destacados elementos socialdemócratas y sindicalistas.

Mientras tanto, se discutía en torno a la distribución de los puestos ministeriales como en los buenos tiempos de Weimar. Si un ministro, por ejemplo, pertenecía a la facción nacionalista, tendría que haber otro del centro y un tercero liberal. Si uno era católico, habría que poner a sus órdenes a un director general protestante. Los católicos Jakob Kaiser y Joseph Wirmer exigían un ministro del Interior católico.

Stauffenberg intervino en la porfía y recabó el puesto de ministro del Interior para el socialdemócrata Julius Leber, porque opinaba que dicho cargo no debía estar en manos de un «reaccionario». Desde luego que Stauffenberg se hallaba en inmejorable posición para imponer condiciones, puesto que sin él no había organización y sin ésta no era posible el atentado, el cual era el punto de arranque del golpe de Estado. Sin Stauffenberg tampoco habría la conexión necesaria con los jefes con mando de tropa de ambos frentes, dispuestos a sumarse a la acción.

Al ser nombrado jefe de Estado Mayor de la Reserva, Stauffenberg pasó a ocupar una posición ideal dentro de Alemania; desde Berlín podía estar alerta sobre todo cuanto aconteciese. Como jefe de Estado Mayor de la Reserva —cuyo jefe supremo era el capitán general Fritz Fromm—, podía actuar en nombre de su superior, o en el suyo propio llegado el caso, aunque sólo fuera por unas horas, para dirigir a su antojo al ejército de reserva, la verdadera fuerza militar en el país.

Con ello, el coronel conde Von Stauffenberg, de oscuro elemento de la oposición se convirtió en pocas semanas en el hombre más importante de la resistencia alemana, sin cuyo concurso parecía imposible seguir adelante con el plan.

Además de llevar la dirección general del golpe de Estado, Stauffenberg deseaba hacer algo más: ejecutar personalmente el atentado contra Hitler. Tras varios intentos fallidos, no confiaba en nadie más que en sí mismo para llevar a cabo tan arriesgada misión. El general Stieff había planeado un nuevo atentado que debía llevarse a cabo durante una conferencia del Führer, pero desistió al fin porque le pareció que estaba siendo atentamente vigilado.

Stauffenberg, a fin de tener en sus manos las máximas garantías de éxito humanamente posibles, quiso hacerlo solo. Gracias a su nuevo puesto de mando, tendría la oportunidad de participar en las conferencias que Hitler organizaba en su cuartel general, cosa que le permitiría tener acceso directo al Führer.

Para él sólo existía el inconveniente de que le resultaba algo difícil la ejecución material de un atentado. Había perdido un ojo, con lo que su visión estereoscópica quedaba limitada; además, no tenía más que un brazo, el izquierdo, y tres dedos en la mano. En estas condiciones le sería dificultoso disparar una pistola con acierto. Y lo que era más importante: si se encargaba personalmente del atentado, ¿quién dirigiría el golpe de Estado? Porque hasta entonces nadie había demostrado poseer la suficiente audacia para obrar, y Stauffenberg pensaba que en esta ocasión bien pudiera suceder lo propio.

Por añadidura, la marcha de la guerra aconsejaba tomar una rápida decisión. Con la mayor concentración naval que registra la historia, los aliados desembarcaron en la costa de Normandía el 6 de junio. La tan temida invasión se había convertido en realidad. Teniendo en cuenta la enorme desproporción existente entre los efectivos de uno y otro bando, no se precisaba un gran esfuerzo mental para deducir cómo se desarrollarían las cosas en Normandía. En particular, la Luftwaffe ya no se hallaba en condiciones de hacer frente a sus enemigos en el aire. Si los conjurados no resolvían inmediatamente pasar a la acción, tal vez fuese demasiado tarde.

Stauffenberg había preparado los planes para el día X con los elementos clave, entre los que se contaban: el general de División Stieff, el «más

joven y menudo de los generales de la Wehrmacht», jefe del departamento de organización del Ejército; el general Paul von Hase, comandante militar de Berlín, encargado de ocupar los lugares estratégicos de la capital y de la detención de los más destacados jefes nazis; el general Erich Fellgiebel, jefe del servicio general de transmisiones de la Wehrmacht, que una vez perpetrado el atentado impediría toda comunicación con el exterior, cuidando de las comunicaciones entre los participantes en la conjura; el general Eduard Wagner, intendente general del Ejército, cuya función era tan importante como la del general Ludendorff en la Primera Guerra Mundial; el coronel barón Von Roenne, jefe de la sección Fremde Heere West del Estado Mayor, el primero que estaría informado de la reacción de las potencias occidentales acerca del golpe de Estado, así como del movimiento de tropas enemigas en el frente occidental; y una serie de jefes de la región militar, oficiales con mando de tropa y otros ostentando cargos importantes en la administración militar. Por último se unió a los conspiradores alguien que el coronel Stauffenberg no se hubiera atrevido a imaginar: el más joven y popular de los mariscales alemanes, Un hombre temido y respetado a la vez por el enemigo: Erwin Rommel, el Zorro del Desierto, como le habían bautizado los británicos por su brillante actuación en el teatro de operaciones norteafricano.

Rommel no fue «captado» por el núcleo principal de conspiradores en Berlín. Nadie le había

El ultimátum de Rommel

(Texto del radiograma urgente que el mariscal Rommel envió a Hitler el 15 de julio de 1944 desde el frente occidental)

«La situación se hace cada día más difícil en el sector normando, acercándose al punto crítico.

»La dureza de los combates, la abundancia de material de que hace gala el enemigo, sobre todo en artillería y carros de combate, añadido a su dominio absoluto del espacio aéreo, determina que nuestras pérdidas en hombres sean muy elevadas; con ello disminuye considerablemente la capacidad de lucha de nuestras divisiones. La llegada de refuerzos se produce con gran lentitud a causa del entorpecimiento que provoca el ataque continuo de los bombarderos enemigos. Hasta la fecha hemos sufrido 97.000 bajas, de ellas 2.360 oficiales, entre los que se cuentan 28 generales y 854 jefes de unidad; es decir, un promedio de 2.500 a 3.000 hombres por día, frente a una reserva total de 6.000 individuos. Las pérdidas materiales son asimismo cuantiosas: de 225 carros de combate quedan 17.

»Las nuevas divisiones de apoyo carecen de experiencia en el combate y además carecen de suficiente artillería y medios para hacer frente a los carros enemigos. Como se ha observado en los combates librados, el extraordinario valor de nuestras tropas no impide que el adversario vaya ganando terreno, escudado en su enorme superioridad material. La aviación enemiga pulveriza materialmente las líneas férreas y carreteras en un radio de 150 kilómetros a retaguardia del frente, de modo que nuestras fuerzas carecen de lo más esencial en primera línea, sobre todo de munición de artillería y mortero.

»En el frente de Normandía no se pueden efectuar operaciones de refuerzo de gran importancia. El enemigo, por el contrario, recibe hombres y material en grandes cantidades. El abastecimiento del enemigo no se ve obstaculizado por nuestra aviación.

»Bajo estas circunstancias, ha de contarse con que en un plazo de dos a tres semanas el enemigo rompa el frente por el sector guarnecido por nuestro 7.° Ejército, y se abra paso hacia el interior del territorio francés. Las consecuencias de esta maniobra serían imprevisibles.

»Las tropas combaten con un heroísmo digno de todo encomio, pero una lucha tan desigual no puede prolongarse durante mucho tiempo. Le ruego que saque sus propias conclusiones acerca de la situación. En calidad de jefe supremo del Grupo de Ejércitos, me siento obligado a informarle con toda claridad...

»Mariscal Rommel.»

Sabotaje humanitario

El cargo de ayudar al enemigo y de traicionar a la patria recaía también sobre quienes saboteaban las órdenes del régimen, aun cuando éstas rebasaran el límite de la conducta normal entre combatientes y constituyeran verdaderos delitos de lesa humanidad.

Uno de los ejemplos más patentes de este tipo de órdenes del Führer, que repugnaba a la conciencia militar y cristiana de los conjurados castrenses, fue la denominada «orden de los comisarios». En 1941, Hitler ordenó que todos los comisarios políticos del Ejército Rojo capturados fuesen entregados al SD para su exterminio, o bien que se los liquidara donde se encontraran.

«...Orden de los comisarios:
Normas para el trato a los comisarios políticos.
6 de junio de 1941.
Asunto muy confidencial.
Jefatura.
Sólo para oficiales.

hablado de la cuestión ni una sola vez, como sucedió en el caso del mariscal Kluge. Fue el doctor Karl Strölin, amigo de Rommel, quien le convenció de la necesidad de la oposición y de proceder contra Hitler lo antes posible.

Strölin, que, al igual que muchos otros conspiradores había sido un decidido partidario de Hitler y nacionalsocialista convencido, ejercía las funciones de primer alcalde en la capital de Suabia, Stuttgart. El doctor Strölin habló con su amigo durante uno de sus permisos, en la vivienda del mariscal en Herrlingen, cerca de Ulm. Goerdeler, el «jefe civil de los conjurados», fue el único en ser informado de la entrevista.

De regreso a Francia, donde Rommel mandaba el Grupo de Ejércitos B, que guarnecía la «muralla del Atlántico», el mariscal solicitó del general doctor Hans Speidel, suavo como él, que asumiese el puesto de jefe de su Estado Mayor. Terminada la contienda, Speidel ocuparía un alto cargo en la OTAN. También se contaba entre los adversarios de Hitler, aunque sin tener relación directa con los jefes de la conspiración en Berlín.

Speidel fue el encargado de relacionar a Rommel con el comandante militar en Francia, general Heinrich von Stülpnagel, quien desde hacía mucho tiempo pertenecía al grupo conspirador. De esta suerte, la Europa occidental estaba segura para los confabulados; por si algo «fallaba» en Alemania a raíz del golpe de Estado, las tropas que combatían en el frente occidental podrían ser utilizadas como medio para presionar a Hitler.

En la lucha contra el bolchevismo no hay que contar con que el enemigo se comporte de acuerdo con los principios básicos de humanidad o conforme a las prácticas del derecho de gentes. Los comisarios políticos, verdaderos artífices de la resistencia enemiga, han dado siempre un trato cruel e inhumano a los hombres que han caído en sus manos.

Debe inculcarse a la tropa que:

1. *En esta lucha no hay que guardar la menor consideración hacia dichos elementos. Son un peligro para nuestra propia seguridad y un obstáculo para la rápida pacificación del territorio conquistado.*
2. *Los iniciadores de los bárbaros métodos asiáticos de lucha son los comisarios políticos. Contra ellos precisamente se empleará la máxima dureza, y serán eliminados de inmediato, tan pronto como sean capturados.»*

Hitler degradaba automáticamente a todo oficial que no cumpliera con rigor la «orden de los comisarios», o que no instruyese a la tropa acerca de la misma. Se criticó, se ignoró y se saboteó infinidad de veces, pero nadie se atrevía a desobedecerla abiertamente. Von Tresckow, jefe de Estado Mayor del Grupo de Ejército Centro, puso en un aprieto a su superior:

«—He hablado ya con Rundstedt y Leeb. Los tres deberían manifestar a Hitler que dejaremos de obedecerle si pretende convertirnos en criminales...

»—Nos pondrá de patitas en la calle —le atajó Von Kluge.

»—Por lo menos sería una salida airosa —concluyó Von Tresckow.»

Von Kluge envió al coronel Von Gersdorff para que hiciera llegar un mensaje de protesta a Brauchitsch, en Berlín, a través del general Müller (inmediato subordinado de aquél).

«—No crean que nos hemos dormido —explicó Müller—. Brauchitsch ha estado con Hitler más de una vez hablando de este mismo asunto. La última, creo que le arrojó un tintero a la cabeza. No sé si querrá insistir.»

Los altos jefes del Ejército se encolerizaron. Hasta entonces siempre habían respetado la Convención de Ginebra. La matanza de judíos en territorio metropolitano alemán, llevada a cabo por los comandos especiales de las SS, se veía rodeada del más riguroso secreto, poniendo el máximo cuidado en mantenerla oculta a los ojos de los altos jefes de la Wehrmacht. Si por casualidad se enteraban de algo, o bien se resistían a admitirlo, o se escudaban en su ignorancia de lo que sucedía o en su no participación.

La «orden de los comisarios», impartida al Ejército, constituyó sólo un primer paso. Un año más tarde siguió la denominada «orden de los comandos» (en la que se disponía la ejecución de los comandos aliados hechos prisioneros) y una orden para «combatir a las bandas de partisanos», que permitía a la tropa disparar sobre mujeres y niños, y utilizar cualquier medio, con tal de que condujera al éxito. Al promulgar estos mandatos, Hitler alegaba que no hacía sino imitar a los eslavos, a los asiáticos y, más tarde, a los aliados occidentales. Exigía de sus hombres la máxima dureza, ausencia de toda caballerosidad y obediencia ciega a sus órdenes, lo mismo si las aprobaban o no. Siempre decía que la lucha entre dos ideologías requería nuevos métodos respecto al modo de conducir la guerra.

Los conjurados nunca tuvieron en consideración el alegato de Hitler «de que no hacía más que imitar los métodos del enemigo». Su humanitaria resistencia dejó sin efecto las crueles órdenes de Hitler.

(Dieter Ehlers, *Moral y técnica de una conspiración*)

En el Oeste, e independientemente de Berlín, se intentó por dos veces asestar el golpe de Estado, aunque no por medio de un atentado, sino por el arresto de Hitler. Rommel era un decidido adversario de eliminar a Hitler, por las consecuencias psicológicas que el acto pudiera acarrear: el pueblo y los soldados harían responsables de la derrota a los conspiradores; Hitler se vería convertido en héroe nacional, y la leyenda de la «puñalada por la espalda» cobraría nuevo vigor. No; Hitler debería ser apresado y juzgado ante un tribunal, para que todo el pueblo supiese quién era en realidad, y lo considerara el único responsable de lo que pudiera suceder.

Pese a las dos visitas que el Führer efectuó al frente occidental, no sucedió en ellas nada fuera de lo normal. En la primera, el propio Rommel trató de convencer a Hitler de que convenía poner fin a la guerra, al menos en el frente occidental; en la segunda, Hitler desapareció súbitamente, sin terminar la conferencia, porque una «V-1» se había desviado de su trayectoria, yendo a caer cerca de su cuartel general.

La sede del mariscal Rommel en La Roche-Guyon se convirtió en centro de intensa actividad. El general doctor Speidel se refirió a aquellas jornadas al término de las hostilidades:

«Acudían casi a diario personalidades del Reich, puesto que el oasis que significaba el cuartel general de Rommel, lejos de las garras de la Gestapo, era un refugio seguro para hablar con toda tranquilidad y discutir el camino que debía emprenderse para salvar la situación, que empeoraba por momentos. Entre los visitantes figuraban el ministro doctor Dorpmüller y el *gauleiter* de Hamburgo, Kauffmann...»

El mariscal Gerd von Rundstedt, superior de Rommel, acababa de ser relevado del mando, y lo sustituyó el mariscal Hans-Günther von Kluge, ya restablecido de sus heridas. Ahora, se decían los conspiradores, había en el Oeste personas de toda confianza; además de los comandantes militares Falkenhausen y Stülpnagel, podía añadirse al jefe militar de París, barón Von Boineburg-Lengsfeld, unido a la oposición desde hacía mucho tiempo, a Rommel y, desde finales de 1943, a Kluge.

En las altas esferas sonó el nombre de Rommel como jefe supremo de la Wehrmacht. Sin lugar a dudas, era mucho más competente que el jubilado mariscal Von Witzleben. No obstante, Rommel tenía muchas voces en contra. Entre los círculos conservadores distanciados del pueblo, el mariscal era considerado como protegido de Hitler y ferviente nacionalsocialista. Rommel había servido en calidad de oficial de enlace del mando de las Juventudes Hitlerianas y la Wehrmacht, y como jefe del batallón de escolta de Hitler; su carrera había sido verdaderamente meteórica, hasta convertirse en el mariscal más joven, no de Alemania, sino del mundo entero.

Pero muchos conocían el verdadero carácter de Rommel, su honradez a prueba, su genio militar y lo que opinaba de la situación, habiendo sostenido por este motivo serios altercados con el Führer. Todos coincidían en que Rommel, gracias a su popularidad entre los militares jóvenes, arrastraría consigo a éstos sin ningún esfuerzo.

La invasión estaba en curso, y Rommel, herido de gravedad, quedó apartado de sus actividades por algún tiempo. Sus subordinados, el capitán general Salmuth, jefe del 15.º Ejército; el capitán general Dollman, jefe del 7.º Ejército; el general de las tropas acorazadas, Gyer von Schweppenburg, comandante en jefe de dichas tropas en el Oeste, le aseguraron que obedecerían sus órdenes, aunque éstas discrepasen de las de Hitler.

No se podía, pues, contar con Rommel durante algún tiempo. Las esperanzas se centraban ahora en Von Kluge, que llevaba más tiempo que Rommel entre los conjurados, y estaba más convencido que nunca de la necesidad de obrar.

Entretanto, el grupo de Berlín se había puesto de acuerdo en la constitución del nuevo Gobierno. Algunos nombramientos eran sólo de carácter provisional, a confirmar después de la fecha del atentado, 20 de julio. A continuación se detalla la última relación de carteras y sus titulares que regirían los destinos de Alemania una vez desaparecidos Hitler y el Tercer Reich:

Presidente del Reich o regente: capitán general Ludwig Beck (estaban asimismo propuestos para el cargo el mariscal Von Witzleben y el también mariscal Rommel).

Canciller: doctor Carl Goerdeler (o el doctor Julius Leber, a propuesta de Stauffenberg).

Vicecanciller: Wilhelm Leuschner (igualmente propuesto por Stauffenberg).

Ministro-secretario de la Cancillería: conde Peter Yorck von Wartenburg (del círculo de Kreisau).

Jefe supremo de la Wehrmacht: Mariscal Erwin Rommel (herido de gravedad, como se ha indicado más arriba, pasaría a ocupar su puesto el mariscal Von Witzleben; el general Olbricht era asimismo candidato al puesto).

Ministro del Interior: doctor Julius Leber (a propuesta de Stauffenberg).

Ministro de Justicia: doctor Joseph Wirmer, del Centro católico.

Ministro de Economía: doctor Paul Lejeune-Jung.

Ministro de Finanzas: doctor Ewald Löser.

Ministro de Trabajo: Bernhard Letterhaus.

Ministro de Asuntos Eclesiásticos: doctor Kurt Edler von Schuschnigg (antiguo canciller de Austria; también propuestos el ministro de Finanzas prusiano y el ex presidente de Württemburgo, doctor Eugen Bolz).

Ministro de Asuntos Exteriores: Embajador retirado Ulrich von Hassell (o el ex embajador en Moscú, conde Werner von Schulenburg).

Ministro de Transportes y Comunicaciones: Mathäus Herrmann (o el doctor Rabe).

Educación Popular y Propaganda: doctor Theo Haubach.

La tarea de Stauffenberg había tocado a su fin, en lo que a la organización del golpe de Estado concierne. El coronel continuó y amplió considerablemente los preparativos de Oster. Todo estaba dispuesto para cuando se diera la señal: el atentado que pondría fin a la vida de Hitler.

Tras el fracaso del golpe intentado por el general Stieff, el coronel conde Von Stauffenberg decidió realizar personalmente ambas cosas: el atentado y la dirección del golpe de Estado. Hacía ya mucho tiempo que tenía dispuesto el plan para las dos fases de la operación. La primera parte la ejecutaría sin peligro para él, de manera que pudiera regresar a Berlín y realizar los preparativos necesarios para el *putsch*. Por desdicha, en el corto lapso entre el atentado y su regreso a Berlín tenía que confiar a otras personas la puesta en marcha de la primera fase del golpe de Estado.

El día 8 de junio, dos días después del comienzo de la invasión aliada en Normandía, Stauffenberg participó en una conferencia del Führer, en calidad de jefe de Estado Mayor de la Reserva. Durante su permanencia cerca de Hitler, el coronel comprobó con satisfacción que no se sentía dominado por la personalidad de Hitler, contrariamente a lo que les había ocurrido a otros atacantes en potencia, y a algunos políticos, jefes de Estado extranjeros o militares de alto rango; el jefe supremo de la Marina de Guerra, el gran almirante Karl Doenitz, sobre este particular afirmó: «Siempre que estoy en presencia del Führer, me siento como un gusano», e igualmente Lloyd George, el primer ministro británico de la Primera Guerra Mundial había dicho: «Sí; en su presencia yo también exclamo: "¡Viva Hitler!" En realidad, es un hombre extraordinario.» Stauffenberg no experimentó nada parecido, ni quedó cohibido ante la famosa «mirada fascinante» que había hecho temblar de tal modo a dos presuntos autores de sendos atentados, que ya no se atrevieron a probar suerte en otra ocasión.

Tres días después, en la siguiente conferencia a celebrar en el Berghof, Berchtesgaden, el jefe de Estado Mayor de la Reserva colocó en su cartera las cargas explosivas de fabricación británica. En Berlín, el resto de los conjurados esperaba la noticia de que el atentado por fin había sido consumado, con objeto de lanzarse a la acción.

A la hora establecida, Stauffenberg llamó a Olbricht a Berlín, y con gran precaución le hizo saber que Himmler no había asistido a la conferencia, y que, por esta causa, no había activado el detonador.

Pero Himmler tenía que haber asistido. Pese a los intentos de Popitz y Langbehn de establecer contacto con Himmler, éste continuaba siendo para la mayoría de los conjurados el enemigo número dos, pues veían en él al más temible rival una vez muerto Hitler. Los altos jefes militares de la Reichswehr ya se habían equivocado en junio de 1934, cuando exigieron a Hitler que liquidara al jefe revolucionario de las SA, para así eliminar la competencia del Ejército Popular que trataba de fundar Roehm.

Lo que sucedió en realidad el 30 de junio de 1934 fue que Himmler y Heydrich remplazaron las SA por las SS, pero con mucha mayor fuerza si cabe. Esto lo comprobaron los jefes de la Wehrmacht con ocasión del caso Fritsch. De ahí los primeros brotes de oposición, aun cuando a nada condujeran.

Mientras tanto, Himmler había convertido a sus tropas de asalto SS en una cuarta arma de la Wehrmacht, el arma SS, en su origen compuesta únicamente de voluntarios. Empero, en 1944 el arma SS incluía gran número de elementos no voluntarios y contingentes extranjeros, aunque siguió siendo una agrupación con gran mayoría de voluntarios.

Entre los extranjeros se contaban la división francesa Carlomagno, la brigada belga Valonia, la división noruego-danesa Vikingo y otras unidades bálticas, ucranianas, rutenas, polacas, servias y croatas, e incluso una legión india.

En 1944 las fuerzas bajo el control de Himmler sumaban casi un millón de hombres, de ellos más de la cuarta parte voluntarios extranjeros que «luchaban por la unidad de Europa». Los conjurados debían tener en cuenta a esos elementos al mando de Himmler; era de esperar que el arma SS no contemplaría impasible un atentado contra Hitler, ni tampoco un intento de derrocar al régimen nacionalsocialista, por lo menos mientras que su jefe supremo, Heinrich Himmler, continuase con vida. «Nuestro honor es la lealtad», rezaba el lema grabado en la chapa del cinturón del uniforme de todos los componentes del arma SS, del mismo modo que en la de los soldados de la Wehrmacht figuraba el de «Dios con nosotros».

La cuestión era saber contra quién o contra qué harían efectivo dicho lema. La fidelidad podía referirse a Hitler o a Himmler, pero asimismo a Alemania o a Europa, puesto que la propaganda de aquellos días sembraba en las mentes de todos el odio hacia el «bolchevismo asiático».

La noticia divulgada por el mariscal Kluge, en el sentido de que los generales de las SS, Dietrich y Hausser, subordinados suyos en el frente oriental, se opondrían a según qué órdenes de Hitler, parecía entonces un tanto optimista. Pero ahora ambos eran capitanes generales de las SS, y asimismo estaban bajo el mando de Kluge en el frente occidental. Seguían pensando lo mismo que el año anterior; sus críticas sobre Hitler eran más acerbas cada día.

El 15 de julio de 1944, Stauffenberg participó en otra conferencia de Hitler, y también llenó la cartera con explosivos. El organizador del golpe de Estado esperó que esta vez tendría más suerte: el *reichsführer* de las SS, jefe de la policía y ministro del Interior estaría presente.

El coronel Stauffenberg, o su ayudante, el primer teniente Werner von Haeften —no ha podido ser aclarado este detalle por haber muerto ambos—, llamó urgentemente al general Olbricht en

Berlín comunicándole que se había realizado el atentado.

Olbricht, jefe de la Oficina General del Ejército y, como Stauffenberg, subordinado del capitán general Fromm, puso en marcha el *putsch* al recibir la llamada. El golpe de Estado había sido preparado bajo la denominación clave de Valkiria. Hitler había autorizado con su firma una operación con el mismo nombre. El almirante Canaris, en calidad de jefe del Abwehr, había sido el autor del plan, con el que aparentemente se pretendía prevenir un posible alzamiento de los millones de trabajadores extranjeros ocupados en Alemania. En el fondo, sin embargo, el plan fue ideado para preparar un golpe contra el régimen de Hitler. Bajo la apariencia de una operación autorizada por el Führer, el ejército de reserva —cuyo jefe de Estado Mayor era Stauffenberg— podía ocupar los lugares estratégicos, detener funcionarios y hacerse cargo de las emisoras de radio y redacciones de periódicos; en una palabra, estaba capacitado para hacerse dueño de la situación. Pero el 15 de julio de 1944, no obstante la llamada de Stauffenberg y la rápida actuación de Olbricht ordenando la puesta en marcha del Plan Valkiria, no era llegado aún el gran día de tomar la suprema decisión.

Cuando el general de infantería Olbricht acababa de dar la noticia a los interesados a fin de que procedieran conforme al minucioso plan elaborado por Stauffenberg, se recibió una segunda llamada del cuartel general del Führer.

Stauffenberg, en cuanto hubo efectuado la llamada que pondría en marcha la primera fase del Plan Valkiria, volvió a la sala de conferencias, y vio algo que no acertaba a comprender: en aquel preciso momento todos abandonaban la sala. La conferencia, al parecer, había terminado. Durante el corto intervalo que Stauffenberg había empleado para efectuar su llamada telefónica, Hitler había terminado la conferencia. No se ha llegado a saber si se debió a su instinto especial para husmear el peligro, o simplemente porque se le habían acabado las ganas de hablar.

El coronel conde Von Stauffenberg, de cuya voluntad dependía el destino de Alemania y probablemente el de Europa, no se dejó dominar por los nervios, pero sentíase inquieto como nunca lo había estado. ¡En Berlín estaría en marcha el Plan Valkiria, de acuerdo con su llamada! Se tomarían las primeras medidas para llevar a cabo el plan... y todo resultaría en vano.

Hitler vivía, Himmler también, y el cuartel general del Führer seguía intacto. Las comunicaciones no habrían sido interrumpidas, puesto que el general Fellgiebel esperaba la detonación de las cargas explosivas colocadas por Stauffenberg.

El coronel Stauffenberg sólo deseaba una cosa: dirigirse al primer teléfono. Intentaría hablar de nuevo con el general Olbricht en Berlín y le diría que todo estaba igual que antes. Tenía la seguridad de poder localizar a Olbricht, pues sin duda estaría llevando a cabo las instrucciones convenidas. Si no lograba ponerse en contacto con él, todo habría sido inútil, puesto que no podrían repetir otra Operación Valkiria.

(Sigue en la página 524)

Condiciones de Stauffenberg para negociar con el enemigo. Mayo de 1944

Informe de la Gestapo sobre supuestas relaciones con la Gran Bretaña a comienzos del verano de 1944

Informe del 2 de agosto de 1944

Contactos con el extranjero:

En los interrogatorios a que ha sido sometido el capitán Kaiser, se ha llegado a la conclusión, por una serie de indicios, de que Stauffenberg había establecido contacto por dos veces con los ingleses, por medio de un emisario. El 25 de mayo, Kaiser preparó unas notas para Stauffenberg, en las que figuraban las condiciones que imponía éste para negociar con el enemigo:

1. *Cese inmediato de los bombardeos aéreos.*
2. *Renuncia a los planes de invasión.*
3. *Interrupción de todo tipo de hostilidades.*
4. *Militarización permanente en el Este; evacuación de los territorios ocupados en el Norte, Oeste y Sur.*
5. *Fin de la política de ocupación.*
6. *Gobierno libre, y establecimiento de una Constitución respaldada por el pueblo.*
7. *Plena cooperación en las tareas del armisticio y en la estructuración de la paz.*
8. *Fronteras del Reich lo mismo que en 1914, por lo que concierne al Este; conservación de Austria y los Sudetes; autonomía del Tirol hasta Bozen, Meran.*
9. *Máxima entrega a las tareas de reconstrucción, colaborando asimismo en la de Europa.*
10. *El enjuiciamiento de los delitos políticos será privativo del pueblo alemán.*
11. *Garantías de que las conversaciones discurrirán por los cauces del honor, el respeto y el decoro.*

(Gerhard Ritter, *Carl Goerdeler y el Movimiento de Resistencia alemán*)



Dos telegramas escritos por Von Stauffenberg desde la Bendlerstrasse, en los que se toman las primeras medidas para el golpe de Estado. Arriba: Caricatura hecha por Ernst von Harnach en la celda. «Al contemplar el rostro de los prisioneros —escribió el obispo Hanns Lilje—, muchos de ellos personas que habían asumido muchas responsabilidades en la vida, y que estaban acostumbradas a ser tratadas con dignidad y respeto, no puedo alejar de mi mente la sensación de que ha sucedido algo demoniaco, como si los prisioneros y los guardianes hubiesen permutado sus puestos.»

„Fernschreiben FRR HOKW 02150/20.7.44/16.45 Uhr
eingeg. 20.7.44/18.30 Uhr.
Ia 126/44 G.Kdos.

I. Der Führer Adolf Hitler ist tot.
Eine gewissenlose Clique frontfremder Parteiführer hat es unter Ausnutzung dieser Lage versucht, der schwerringenden Front in den Rücken zu fallen und die Macht zu eigennützigen Zwecken an sich zu reißen.

II. In dieser Stunde höchster Gefahr hat die Reichsregierung zur Aufrechterhaltung von Ruhe und Ordnung den militärischen Ausnahmezustand verhängt und mir zugleich mit dem Oberbefehl über die Wehrmacht die vollziehende Gewalt übertragen.

III. Hierzu befehle ich:
1. Ich übertrage die vollziehende Gewalt mit dem Recht der Delegation auf die territorialen Befehlshaber — in dem Heimatkriegsgebiet auf den Befehlshaber des Ersatzheeres unter gleichzeitiger Ernennung zum Oberbefehlshaber im Heimatkriegsgebiet; in den besetzten Westgebieten auf den Oberbefehlshaber West (Oberbefehlshaber der Heeresgruppe D); in Italien auf den Oberbefehlshaber Südwest (Oberbefehlshaber der Heeresgruppe C); in dem Südostraum auf den Oberbefehlshaber der Heeresgruppe F.
In den besetzten Ostgebieten huf die Oberbefehlshaber der Heeresgruppe Südukraine, Nordukraine, Mitte, Nord und den Wehrmachtsbefehlshaber Ostland für ihren jeweiligen Befehlsbereich.
In Dänemark und Norwegen auf die Wehrmachtsbefehlshaber.
2. Den Inhabern der vollziehenden Gewalt sind unterstellt:
a) Sämtliche in ihrem Befehlsbereich befindlichen Dienststellen und Einheiten der Wehrmacht einschließlich der Waffen-SS, des RAD und der OT.
b) Alle öffentlichen Behörden (des Reiches, der Länder und der Gemeinden), insbesondere die gesamte Ordnungs-, Sicherheits- und Verwaltungspolizei.
c) Alle Amtsträger und Gliederungen der NSDAP und der ihr angeschlossenen Verbände.
d) Die Verkehrs- und Versorgungsbetriebe.
3. Die gesamte Waffen-SS ist mit sofortiger Wirkung in das Heer eingegliedert.
4. Die Inhaber der vollziehenden Gewalt sind für die Aufrechterhaltung der Ordnung und öffentlichen Sicherheit verantwortlich. Sie haben insbesondere zu sorgen für:
a) die Sicherung der Nachrichtenanlagen,
b) die Ausschaltung des SD
Jeder Widerstand gegen die militärische Vollzugsgewalt ist rücksichtslos zu brechen.
5. In dieser Stunde höchster Gefahr für das Vaterland ist Geschlossenheit der Wehrmacht und Aufrechterhaltung voller Dieziplin oberstes Gesetz.
Ich mache deshalb allen Befehlshabern des Heeres, der Kriegsmarine und der Luftwaffe zur Pflicht, die Inhaber der vollziehenden Gewalt bei der Durchführung ihrer schwierigen Aufgabe zu unterstützen mit allen zu Gebote stehenden Mitteln und die Befolgung ihrer Weisungen durch die untergeordneten Dienststellen sicherzustellen. Der deutsche Soldat steht vor einer geschichtlichen Aufgabe. Von seiner Tatkraft und Haltung wird es abhängen, ob Deutschland gerettet wird.
Gleiches haben alle territorialen Befehlshaber, die Oberkommandos der Wehrmachtsteile und die den Oberkommandos unmittelbar unterstehenden Kommandobehörden des Heeres, der Kriegsmarine und der Luftwaffe (...)

Der Oberbefehlshaber der Wehrmacht
gez. von Witzleben, Generalfeldmarschall
Graf Steuffenberg"

„Aha/Stab 111/44 G.Kdos.Chefs. vom 20.7.44
FRR HOKW 02155 MILKOWICH HUPG —
FRR HOKW 02155 20.7. 18.00 Uhr
eingegangen 20.7.44
20.10 Uhr Ia 416/44 G.Kdos.

I. Auf Grund der mir vom Oberbefehlshaber der Wehrmacht erteilten Ermächtigung, übertrage ich die vollziehende Gewalt in den Wehrkreisen den Stellv. Komm. Generalen und Wehrkreisbefehlshabern. Mit der vollziehenden Gewalt gehen auf die Wehrkreisbefehlshaber die Befugnisse der Reichsverteidigungskommissare über.

II. Folgende Sofortmaßnahmen sind zu treffen:
a) Nachrichtenanlagen: Die wichtigsten Gebäude und Anlagen des Post-Wehrmacht-Nachrichtennetzes (einschl. Funkanlagen) sind planmäßig militärisch zu sichern.
Die hierzu eingesetzten Kräfte sind so stark zu bemessen, daß unbefugte Eingriffe und gewaltsame Zerstörungen verhindert werden. Wichtige nachrichtentechnische Anlagen sind mit Offizieren zu besetzen. Insbesondere sind zu sichern: Verstärkerämter, Durchgangsvermittlung des Heeres-Führungsnetzes sowie Großfunkstellen (Rundfunksender), Fernsprech- und Telegraphenämter, soweit wichtige Fernsprechleitungen durchlaufen, Verstärker- und Batterieräume, Antennen, Sender- und Nostro-Anlagen sowie Betriebsräume. Das Fernmeldenetz der Reichsbahn ist im Einvernehmen mit den Transportdienststellen zu schützen. Funknetz ist aus eigenen Mitteln zu schaffen.
b) Verhaftungen: Ohne Verzug ihres Amtes zu entheben und in besonders gesicherte Einzelhaft zu nehmen sind: sämtliche Gauleiter, Reichsstatthalter, Minister, Oberpräsidenten, Höhere SS- und Polizeiführer, Gestapoleiter und Leiter der SS-Dienststellen, Leiter der Propagandaämter und Kreisleiter;
Ausnahmen befehle ich.
c) Konzentrationslager: Die Konzentrationslager sind beschleunigt zu besetzen, die Lagerkommandanten zu verhaften, die Wachmannschaften zu entwaffnen und zu kasernieren. Den politischen Häftlingen ist zu eröffnen, daß sie sich bis zu ihrer Entlassung aller Kundgebungen und Einzelaktionen zu enthalten haben.
d) Waffen-SS: Bestehen Zweifel am Gehorsam von Führern der Verbände der Waffen-SS oder der Standortältesten der Waffen-SS, oder erscheinen sie ungeeignet, sind sie in Schutzhaft zu nehmen und durch Offiziere des Heeres zu ersetzen. Verbände der Waffen-SS, deren uneingeschränkte Unterordnung zweifelhaft ist, sind rücksichtslos zu entwaffnen. Dabei energisches Zugreifen mit überlegenen Kräften, damit stärkeres Blutvergießen vermieden wird.
e) Polizei: Die Dienststellen der Gestapo und des SD sind zu besetzen. Im übrigen ist die Ordnungspolizei zur Entlastung der Wehrmacht weitgehend einzusetzen. Befehl ergeht durch den Chef der deutschen Polizei auf den polizeilichen Kommandowegen.
f) Kriegsmarine und Luftwaffe: Mit den Befehlshabern der Kriegsmarine und Luftwaffe ist Verbindung aufzunehmen. Gemeinsames Handeln ist sicherzustellen.

III. Für die Bearbeitung aller politischen Fragen, die sich aus dem militärischen Ausnahmezustand ergeben, bestelle ich bei jedem Wehrkreisbefehlshaber einen politischen Beauftragten. Dieser übernimmt bis auf weiteres die Aufgaben des Verwaltungschefs. Er berät die Wehrkreis-Befehlshaber in allen politischen Fragen.

IV. Bearbeitende Stelle des Oberbefehlshabers im Heimatkriegsgebiet ist der Heimat-Führungsstab. Er entsendet zu den Wehrkreisbefehlshabern zur wechselseitigen Unterrichtung über Lage und Absichten einen Verbindungsoffizier. (VO OKH)

V. Bei Ausübung der vollziehenden Gewalt dürfen keine Willkür- und Racheakte geduldet werden. Die Bevölkerung muß sich des Abstandes zu den willkürlichen Methoden der bisherigen Machthaber bewußt werden.

Der Oberbefehlshaber im Heimatkriegsgebiet
gez. Fromm, Generaloberst.
Graf Stauffenberg

Nr. 32 160/44 geh."

Los grupos «Maier-Messner» y «Caldonazzi»

El grupo Maier-Messner se distinguía de manera bastante acusada, tanto en su estructura como en su modo de operar, del resto de los grupos de la resistencia. Su objetivo no consistía en captar el mayor número posible de patriotas austríacos para organizar la resistencia armada, sino que trataba de una manera sistemática de organizar grupos relativamente reducidos para determinadas misiones especiales. Los hombres y mujeres del grupo, cuyo número nunca rebasaba la docena, eran seleccionados cuidadosamente, según su capacidad intelectual, y luego se les encomendaba la misión para la que resultaban más idóneos.

La cabeza político-ideológica de este grupo era el joven religioso católico, y vicario de la parroquia de Gersthof (Viena), doctor Heinrich Maier. De un modo parecido a como lo había hecho Roman Scholz en Europa, durante los años anteriores a la guerra —en Francia y Suiza sobre todo—, Maier demostró siempre su aversión hacia cualquier sistema totalitario. Sus viajes le habían convencido de que en la mayor parte de los pueblos europeos reinaba un profundo desprecio por las doctrinas nacionalsocialistas. Convencido de la misión de los intelectuales, y principalmente de los religiosos, de figurar en primera línea en los tiempos difíciles, Maier desoyó los consejos de sus amigos suizos y regresó a Viena.

Contra la primacía que, según el doctor Maier tenían los principios fundamentales de la civilización cristiana occidental, claramente amenazados por el nacionalsocialismo, se levantaba ahora la política estatal. No obstante, el doctor Maier se había trazado un esquema bien claro de sus ideas y objetivos. En unión de sus colaboradores luchaba por la reconstrucción de Austria, según él una de las condiciones previas para una futura integración europea, que redundaría en un auge común de todos los pueblos del Continente. Esta integración del Continente europeo le parecía urgente y vital; en este aspecto seguía las huellas del pensamiento geopolítico de Haukhofer. En 1938 manifestó a su amigo y más tarde estrecho colaborador, el doctor K. Schaden, que existían tres grandes centros de poder: Berlín, Washington y Moscú. Si bien en ciertos aspectos iniciales de signo positivo suscribió la actuación del nacionalsocialismo, la brutal ocupación de Austria le hizo mudar de opinión. En este caso no se trataba de la conquista de grandes espacios, sino de un acto de opresión por parte de un grupo ideológico, que se intitulaba «el pueblo señero», ansioso de forjar un nuevo rumbo para la historia a fuerza de someter a los demás bajo su férula. Por eso consideraba la liberación de Austria, el primer país sojuzgado por Hitler, como el paso inicial en el camino hacia la comunidad europea.

Desde 1940, Heinrich Maier analizó sistemáticamente las posibilidades existentes para provocar un cambio en la situación. En mayo y junio de 1940 intentó varias veces ponerse en contacto con los grupos de resistencia en Alemania, sobre todo con los sindicatos católicos. Algún tiempo después recibió en Viena la visita de Jakob Kaiser, con quien mantuvo frecuentes entrevistas, que prosiguieron en Berlín durante el verano de 1941 y en octubre de 1942.

Al grupo que en torno suyo se formó en Viena, manifestó que «con el fin de pasar a la lucha activa para acelerar la caída del régimen nacionalsocialista, había que tener en cuenta los siguientes hechos»:

1. *Realidad de los fracasos que comporta toda agresión violenta a un régimen totalitario.*
2. *Por consiguiente, la lucha armada sólo puede intentarse con posibilidades de éxito contando con el apoyo de las tropas aliadas.*
3. *De ahí la necesidad de consolidar las fuerzas aliadas mediante:*
   - *a) Sabotaje del armamento enemigo.*
   - *b) Establecimiento de un eficaz servicio de información.*

Desde 1942, y por medio del doctor Franz Josef Messner, director general de las fábricas Semperit, de Viena, se mantenían contactos con los servicios de información americanos, vía Ankara y Suiza. Los aliados estaban al corriente de los planes de producción de la «V-2» y carros de combate alemanes. Por eso, los ataques de los bombarderos británicos y norteamericanos se concentraban en las industrias de guerra, respetándose en lo posible las zonas residenciales (efectivamente, hasta la detención de Maier y Messner, en marzo de 1944, las destrucciones fueron mínimas en los barrios habitados de Viena). Tenían asimismo previsto establecer contacto en Berlín con los hombres del 20 de julio, a fin de prestarles cuanta ayuda pudieran necesitar.

El plan informativo se desarrolló merced a la formidable capacidad de trabajo del doctor Maier. Respecto a los datos sobre producción industrial, el director general Messner se encargaba de facilitarlos. Los contactos establecidos llegaron incluso a penetrar en la propia Gestapo.

A fin de mejorar las comunicaciones, se pidió a los aliados una emisora y un plan de enlace con los servicios de información americanos. Sin embargo, la idea no llegó a ponerse en práctica; en su lugar, se daba la información en clave a través de la radio londinense.

Gracias a la buena amistad del doctor Maier con el general de brigada Stümpfl, con quien se entrevistaba a menudo, poseía gran profusión de datos militares y sobre la industria del armamento, que eran transmitidos al exterior por mediación de Messner en 1942, y a través de la emisora londinense al año siguiente.

Desde principios de 1943 se hizo más estrecha la colaboración entre los grupos Maier-Messner y el

capitaneado por Walter Caldonazzi, de veintiséis años de edad, ingeniero de Montes. Caldonazzi reunió a unos doscientos individuos, en su mayoría católico-monárquicos, cuyo círculo dirigente, formado por unas cuarenta personas, mantenía relaciones con el grupo Maier-Messner con mucha frecuencia.

El ingeniero Hermann Klepell, miembro del grupo Maier-Messner, servía de enlace con los grupos socialistas, en tanto que la señora Pawlin, comunista, lo hacía con el partido comunista austríaco.

El 28 de marzo de 1944 fue detenido el doctor Heinrich Maier, y al día siguiente el director general Messner y varios componentes del grupo. No han podido ser aclaradas las circunstancias que condujeron a su detención. Poco antes había sido descubierta la actividad del grupo de Caldonazzi, resultando arrestado éste con sus principales colaboradores.

Asunto: Ejecución de las sentencias de muerte dictadas contra Ulbin Kaifer, Johann Jandl y Karl Kilzer

Disposición del fiscal general del Reich, de 23 de setiembre de 1942 — 7 J 93/42.

Anexos: Texto original del decreto del Ministerio de Justicia, de 17 de setiembre de 1942, orden de ejecución del Ministerio de Justicia, de 19 de setiembre de 1942, un ejemplar de la sentencia, seis ejemplares de la notificación, y una copia del acta para el fiscal general del tribunal popular.

Las sentencias de muerte se ejecutarán el 30 de setiembre de 1942, de acuerdo con el siguiente horario: Karl Kilzer a las 18,42, Ulbin Kaifer a las 18,50 y Johann Jandl a las 18,54.

Desde la entrega de los reos al verdugo hasta la consumación de la sentencia, habrán de transcurrir de 8 a 10 segundos.

Las ejecuciones se cumplirán de acuerdo con el procedimiento habitual.

La policía local de Boitsberg, Tregift y Graz dará publicidad a las sentencias en sus poblaciones respectivas.

Fdo.: Fiscal doctor Jaager.
Visto: Viene, 7 de octubre de 1942.
Fiscal supremo
Fdo. doctor Stich
Doy fe:
Metka,
juez.

(Herbert Steiner, *Condenados a muerte*)

Kundmachung.

Die am 31. Juli 1942 vom Volksgerichtshof wegen Vorbereitung zum Hochverrat zum Tode und zum dauernden Verlust der bürgerlichen Ehrenrechte verurteilten

Albin Kaiser,
47 Jahre alt, aus Voitsberg,

Johann Jandl,
39 Jahre alt, aus Tregist,

Karl Kilzer,
56 Jahre alt, aus Graz,

sind heute hingerichtet worden.

Berlin, den 30. September 1942.

Der Oberreichsanwalt beim Volksgerichtshof.

Proclama de tres condenas a muerte contra combatientes de la resistencia austriaca.

En la sala 5.ª del tribunal de Berlín existen datos sobre el proceso seguido a los grupos Maier-Messner y Caldonazzi. He aquí un extracto de los documentos:

«5 H 96/44 — 5 H 100/44
6 J 158/44 g — 6 J 165/44 g.

En nombre del pueblo alemán. En la causa seguida contra:

1. *Doctor en Filosofía y Teología, Heinrich Maier, vicario, de Viena, XVIII, nacido el 16 de febrero de 1908 en Gross-Weikersdorf.*
2. *Director de empresa, doctor Theodor Legrade, de Viena, XXI, nacido en la misma el 1.º de abril de 1880.*
3. *Sargento de policía, Andreas Hofer, de Viena, XIX, nacido el 24 de agosto de 1915 en Innsbruck.*

Stauffenberg se dirigió al teléfono, pero antes quiso coger el capote que había dejado en el guardarropa. Comoquiera que sólo tenía un brazo, en cuya mano le faltaban dos dedos, tuvo que depositar la cartera en el suelo para coger el capote y ponérselo.

En aquel momento, alguien, al ver los esfuerzos que realizaba el mutilado coronel para ponerse el capote, se aproximó diciendo:

«¿Permite usted que le ayude, coronel?»

Tan amistoso ofrecimiento hizo que por poco se crisparan los nervios del aguerrido coronel, porque el solícito ayudante no era otro que el mismísimo *reichsführer* de las SS, Heinrich Himmler. Himmler tomó del suelo la pesada cartera del jefe de Estado Mayor, en la que se ocultaban las cargas explosivas que unos minutos más tarde le hubieran hecho volar en pedazos, y la llevó hasta el automóvil de Stauffenberg, mientras departía amigablemente con él. El coronel, al explicar la situación a sus amigos, apenas recordaba las palabras de Himmler. En aquellos críticos momentos le preocupaban dos cosas: primera, ¿se habría percatado Himmler del peso excesivo de la cartera?, y segunda, ¿de qué modo se pondría en comunicación urgente con el general Olbricht para comunicarle que cancelara la Operación Valkiria? A Stauffenberg esta última cuestión era la que más le inquietaba.

El coronel no sintió el menor sobresalto al ver que Himmler depositaba la cartera en el suelo con alguna violencia, antes de que su ayudante acudiera a recogerlo; por fortuna, el mecanismo de las cargas no había sido puesto en marcha.

Por fin consiguió telefonear a Olbricht y detener el plan. Al día siguiente, los conjurados explicarían que «se trataba de un ejercicio de alerta para comprobar el correcto funcionamiento del plan». Tal excusa era posible por una sola vez, pues de intentarse una segunda edición muchos llegarían a sospechar que algo extraño se ocultaba detrás de todo eso. No habría una segunda vez, pues no se actuaría a menos que se tuviera la certeza de que Hitler estuviese muerto.

La «próxima vez» sería el 20 de julio, y no en el Berghof de Berchtesgaden, sino en el cuartel general del Führer, en la «guarida del lobo», situada en Rastenburg, Prusia Oriental. En esta ocasión, Himmler y Goering no estaban presentes, pero Stauffenberg había manifestado a los conspiradores de Berlín que esa vez seguiría adelante con el plan, tanto si Himmler y Goering acudían o no.

---

4. *Ingeniero de Montes, Walter Caldonazzi, de Viena, XVIII, nacido en dicha ciudad el 22 de febrero de 1903.*
5. *Cabo de Sanidad, ex estudiante de Medicina, Josef Wyhnal, de Viena, I, nacido en dicha capital el 19 de junio de 1918.*
6. *Soldado de primera, ingeniero, Hermann Klepell, de Viena, XVIII, nacido en dicha capital el 19 de junio de 1918.*
7. *Cabo primero, ex estudiante de Filosofía, Wilhelm Ritsch, de Viena, VII, nacido en Brenz (Trieste) el 15 de febrero de 1915.*
8. *Doctor en Derecho, Karl F., de Viena, IV, nacido en Dornbirn el 18 de setiembre de 1912.*
9. *Director general, doctor Franz Josef Messner, de Viena, XVIII, nacido el 8 de diciembre de 1896 en Brixlegg. No aparece clara su nacionalidad.*
10. *Procurador de los tribunales, doctor Cl. von P., de Viena, XII, nacido el 5 de julio de 1908 en Esternogat, Bretaña.*

Los acusados han sido arrestados en prisión preventiva. La sala 5.ª del tribunal popular entenderá en la vista de la causa que se les seguirá, la cual dará comienzo el 27 de octubre de 1944, y en la que participarán:

Magistrado de sala: doctor Albrecht; presidente: doctor Zmeck; magistrados: Heinlein, Mühlberger, Lettner, y como delegado del Colegio de Abogados del Reich, Bischoff.

I. Desde 1942 a 1944 los acusados han facilitado gran número de datos al enemigo, incurriendo en delito de traición. Ritsch y Pausinger han distribuido octavillas de propaganda subversiva; Maier y Messner han establecido contactos con el extranjero, facilitando información relativa a las industrias de guerra alemanas al enemigo, quien ha hecho uso de ella atacando las industrias bélicas con sus bombarderos. El acusado Wyhnal ha conseguido obtener datos de varios altos miembros de la Wehrmacht, por medio de inyecciones que sumían a los soldados en un estado delirante, facilitando así los datos que de ellos se requerían.

II. Wyhnal, Klepell, Hofer y Ritsch han facilitado la huida al extranjero a multitud de elementos perseguidos por la justicia, reos de delitos de traición. L. ha colaborado con el acusado Maier en tan execrables menesteres...

III. Los acusados Maier, Hofer, Caldonazzi, Wyhnal, Klepell, Ritsch, Messner y Pausinger son condenados a cadena perpetua, con privación de todos sus derechos ciudadanos a perpetuidad. Al acusado L. se le condena a diez años de prisión, y a la pérdida de sus derechos por el mismo período...

Firmado: Dr. Albrecht *Firmado: Dr. Zmeck*

(Otto Molden, *La voz de la conciencia*)

Ya no quedaba tiempo para más vacilaciones. La gran ofensiva soviética, iniciada el 22 de junio pasado, amenazaba con desmoronar todo el frente oriental. Si Hitler no era eliminado ahora, sería ya demasiado tarde.

El intendente general, coronel Eberhard Finckh, responsable del suministro de armas, municiones y alimentos al frente de Normandía, recibió en París, aquel soleado jueves, una llamada telefónica procedente de Zossen. La central informó al coronel de que le llamaban de la oficina del general Wagner, intendente supremo del Ejército.

La llamada no dejaba de ser normal; Finckh efectuaba muchas al cabo del día, recibiendo otras tantas. Lo que ya no resultaba tan corriente era el motivo de la misma.

El coronel desconocía la voz del otro extremo de la línea; tampoco el interlocutor se dio a conocer. Hablaba con rapidez —el coronel no logró recordar lo que había dicho el anónimo comunicante—, y entre sus frases destacaba la palabra «ejercicio». Finckh tuvo más que suficiente; el resto no era sino la envoltura de lo que en realidad importaba. «Ejercicio» quería significar que aquel día iba a ser el gran golpe, el fin de Hitler y del Tercer Reich. Con toda probabilidad tendría lugar hacia el mediodía, pues a esa hora solía Hitler iniciar sus conferencias. El coronel Stauffenberg realizaría el atentado, e inmediatamente se desencadenaría el golpe de Estado, para el que todos estaban preparados. El coronel Finckh se puso al habla con los más importantes elementos en París:

«Hoy es el día. ¡Alerta!»

Reinaba enorme tensión entre los conspiradores de Berlín. El coronel conde Von Stauffenberg partió por la mañana temprano a bordo del avión correo del general Eduard Wagner, desde el aeródromo de Rangsdorf, cerca de Berlín, en dirección a Prusia Oriental. Con él viajaban su ayudante, el primer teniente Werner von Haeften, y como tercer pasajero el general de división Helmuth Stieff, jefe de la oficina de organización del Ejército. Este general había llevado a cabo dos intentos para acabar con la vida de Hitler.

A su llegada al campo de aterrizaje de Rastenburg los aguardaba un automóvil del cuartel general del Führer, en el que los tres conspiradores recorrieron los catorce kilómetros que los separaban de la «guarida del lobo», del cuartel general hitleriano en Prusia Oriental. Antes de penetrar en él, había que pasar por tres zonas acotadas, señaladas con las cifras romanas III, II y I. La cuarta zona, enclavada en el perímetro de la I, se designaba con la letra A. En ella vivía Hitler, y se alzaban el «barracón de las conferencias» y la «central de comunicaciones». Esta zona interior era la más estrechamente vigilada. El acceso a ella requería permiso especial, en tanto que en las otras tres, por estar destinadas a los servicios generales, bastaba con el pase normal de servicio.

Stauffenberg se apeó en la zona I, mientras que su ayudante, Haeften, y el general Stieff se dirigían al cuartel general del Alto Mando del Ejército, situado a dieciocho kilómetros de allí. El automóvil regresaría inmediatamente al cuartel general del Führer, donde aguardaría hasta que el coronel hubiese consumado el atentado, para conducirlo hasta el aeródromo donde tenía dispuesto el avión que le trasladaría a Berlín.

El coronel desayunó en el casino de oficiales de la zona I, en el que encontró, entre otros, al ayudante del jefe del cuartel general, el capitán de caballería Von Möllendorf.

Hacia las once tendría lugar una conferencia a cargo del general Buhle, jefe de Estado Mayor del Alto Mando de la Wehrmacht, seguida de otra a cargo del mariscal Keitel, jefe del Alto Mando de la Wehrmacht. El edificio en que se celebrarían ambas se alzaba en la zona interior A.

Stauffenberg se enteró con la natural alarma de que la conferencia de Keitel —después hablaría Hitler basándose en los informes del mariscal— daría comienzo algo más temprano. De acuerdo con el horario, debía empezar a las 13,30 horas, pero Hitler dispuso que se anticipara a las 12,30; deseaba tener tiempo sobrado para prepararse a recibir aquella misma tarde la visita de Benito Mussolini, quien hacía exactamente un año había sido depuesto y arrestado por su rey, y más tarde liberado por un grupo de paracaidistas alemanes.

Resulta muy comprensible la inquietud de Stauffenberg, ya que el cambio de horario ponía en peligro el éxito del atentado. En primer lugar, no tenía a mano las dos cargas explosivas —una susceptible de ser graduada para estallar a los diez minutos, y la segunda al cabo de media hora— que las guardaba su ayudante, Haeften, en la cartera; y además Haeften, junto con el general Stieff, se hallaba camino del cuartel general del Alto Mando del Ejército, denominado «Mauerwald». ¿Qué sucedería si Haeften no llegaba a tiempo? Temor razonable, pues ignoraba que se hubiese anticipado la hora de la conferencia.

Pero el primer teniente Von Haeften regresó a tiempo, justo después de que el mariscal Keitel terminara su intervención. Von Haeften aguardaba a su jefe en una sala del *bunker* del Alto Mando de la Wehrmacht. Llevaba consigo la peligrosa cartera, y Stauffenberg respiró aliviado. Ahora quedaba por resolver el problema de trasladar el explosivo a su propia cartera, que hasta aquel momento no contenía más que los documentos necesarios para participar en la conferencia.

Inmediatamente después de haber asistido a la conferencia de Keitel, Stauffenberg preguntó si existía la posibilidad de tomar un baño y mudarse de camisa. El comandante Freyend indicó a Stauffenberg el lugar donde estaban los cuartos de baño, y le brindó su dormitorio para cambiarse de ropa. Stauffenberg le dio las gracias por su amable ofrecimiento, tomó un baño y luego, acompañado de su ayudante Von Haeften, entró en el cuarto de Freyend.

Faltaban ya pocos minutos para las 12,30 horas, y la conferencia del Führer podía comenzar de un

momento a otro. El ayudante de Keitel, Freyend, ocupaba ya su puesto, controlando las idas y venidas de la vagoneta que enlazaba la «guarida del lobo» con Mauerwald, el cuartel general del Führer y la sede del Alto Mando del Ejército respectivamente, distantes unos dieciocho kilómetros. De dicho vehículo bajó en aquel momento el teniente general Adolf Heusinger, luego inspector general de la Bundeswehr.

Freyend consultó su reloj. En efecto, la conferencia no tardaría en empezar. Informó al mariscal Keitel de la llegada de Heusinger y ordenó seguidamente a un sargento mayor que fuera a rogar al coronel Stauffenberg que se diera prisa.

El sargento mayor se apresuró a cumplir la orden, y penetró rápidamente en el cuarto de Freyend. Al abrir la puerta, ésta chocó con el coronel Stauffenberg, que se encontraba detrás. El sargento mayor se disculpó, rogándole que se apresurase, pues no convenía hacer esperar al Führer.

Al echar una rápida ojeada por la puerta entreabierta, el sargento mayor vio dos carteras sobre la cama, un rimero de papeles y un paquete, según refirió a los agentes de policía encargados de la investigación. Al parecer, habían vaciado sobre el lecho el contenido de ambas carteras.

Stauffenberg cerró la puerta de la habitación. Su ayudante salió para acompañar al sargento, con objeto de asegurarse de que no se había fijado en las dos cargas explosivas.

Mientras tanto, el coronel puso en marcha el mecanismo de la primera bomba, valiéndose de unas tenazas especiales que se habían mandado construir, adaptadas a su mano mutilada. A partir de aquel instante, un ácido penetraría lentamente en una ampolla de vidrio, en cuyo interior había un alambre; una vez consumido el alambre por el ácido, saltaría un muelle que dejaría libre el fulminante, provocando la explosión.

El ácido tardaría unos diez minutos en corroer el alambre. Una vez iniciado el proceso, ya no era posible volverse atrás. La bomba estallaría a los diez minutos, no importa dónde estuviere.

Stauffenberg salió del cuarto y se encontró con el general Buhle y el comandante John von Freyend, y juntos se dirigieron hacia la sala de conferencias. Buhle y Freyend se ofrecieron a llevar la cartera del mutilado coronel, pero éste rechazó la ayuda, diciendo que prefería transportarla personalmente.

Poco antes de entrar en el barracón, Stauffenberg mudó de parecer, haciendo entrega de la cartera a Freyend y rogándole que, como ayudante del mariscal Keitel, le buscara un asiento lo más cerca posible del Führer; de este modo podría seguir de cerca las explicaciones sobre los mapas.

Llegaron con retraso. Mientras caminaban por el largo corredor, oyeron la voz amortiguada de Heusinger desde el extremo del barracón donde estaba la sala de conferencias, que informaba a los presentes acerca de la situación en el frente del Este. El general Buhle abrió la puerta, y tras él entraron Stauffenberg y Freyend.

Hitler se hallaba de pie ante la gran mesa con los mapas, cerca de la puerta y de espaldas a ella. Tenía a Heusinger a su derecha; en el lado opuesto estaba Keitel, y junto a éste el capitán general Alfred Jodl, jefe del Estado Mayor de la Wehrmacht.

Keitel miró a los recién llegados con expresión indignada, y seguidamente presentó al coronel conde Von Stauffenberg al Führer. Mientras tanto, Freyend se aproximó al almirante Voss y le rogó que hiciera sitio al coronel. El almirante asintió y se fue al lado opuesto de la mesa, exactamente frente a Hitler, en tanto que el coronel Stauffenberg le daba las gracias y cogía de nuevo la cartera.

Heusinger prosiguió con sus explicaciones. Stauffenberg estaba ahora a su lado; depositó la cartera en el suelo, junto a uno de los recios soportes de madera que sostenían la mesa con los mapas. Estaba apoyada en la cara interior de una de las patas; el ácido realizaba su trabajo y dentro de pocos minutos habría corroído el alambre. Cuando hiciera explosición la bomba, los primeros en recibir los efectos serían Heusinger y el Führer.

Pero también el autor del atentado resultaría alcanzado si no se apresuraba a salir de la sala. Con mucho sigilo, a fin de no estorbar el parlamento de Heusinger, el coronel Stauffenberg se acercó a su vecino y murmuró a su oído que tenía que salir a hacer una llamada telefónica urgente. Se había dirigido al coronel Heinz Brandt, lugarteniente de Heusinger, el mismo Brandt que el año anterior había llevado consigo, a bordo del avión en que viajaba el Führer, las dos bombas simuladas en sendas botellas de coñac; esta vez, Brandt no viviría para contarlo. Como pretexto, el coronel Stauffenberg había alegado que necesitaba un dato para su intervención, que le facilitarían telefónicamente; Brandt cuidaría mientras de su cartera. Este se mostró amable con el autor del atentado, como hiciera anteriormente con Fabian von Schlabrendorff.

Stauffenberg abandonó la sala de conferencias, a espaldas de Hitler, ganando el exterior por el largo pasillo... sin hacer ninguna llamada telefónica. Pero eso no preocupó a nadie, pues ignoraban el motivo que había impulsado a Stauffenberg a abandonar la conferencia.

El coronel se dirigió a la central, sita en la zona A, donde le esperaba el general Erich Fellgiebel, jefe de Transmisiones de la Wehrmacht, perteneciente desde hacía tiempo al círculo de los conspiradores. Su misión consistía en transmitir la noticia del atentado a la central de Berlín en la Bandlerstrasse, antigua sede del Ministerio de Guerra y centro actual del mando de la Reserva.

Entretanto, se produjo un incidente en la sala de conferencias. Durante la intervención de Heusinger, el Führer formuló una pregunta; el general Buhle apuntó que la índole de la misma entraba en el terreno de la especialidad de Stauffenberg. Entonces se percataron de que el coronel no se hallaba presente en la sala.

El coronel Brandt dijo que Stauffenberg había salido a telefonear. El mariscal Keitel, encolerizado, salió para dirigirse a la centralita, en tanto que Korten, general de la Luftwaffe, informaba acerca de la situación de las fuerzas aéreas. El sargento primero Adam informó al mariscal que el coronel manco y con un ojo tapado no había comparecido por la centralita. Keitel regresó a la sala y ordenó al general Buhle que indagara el paradero del coronel Stauffenberg.

Buhle volvió sin haber conseguido su propósito. El coronel Brandt quiso acercarse hasta donde estaba su jefe, Heusinger, a fin de poder ver mejor el gran mapa desplegado, y tropezó con la cartera de Stauffenberg. Contrariado, Brandt la quitó de allí y la puso en el lado opuesto; es decir, en la parte exterior del soporte de la mesa, donde no pudiera estorbar.

Hitler buscaba un punto situado muy al norte, arriba en el mapa. En esta posición estaba el Führer, con toda la parte superior del cuerpo sobre la mesa, apoyado sobre los codos, cuando el ácido terminaba de consumir el alambre que daría suelta al resorte previsto para el accionamiento del detonador. Una fracción de segundo que podría hacer mudar el destino del mundo entero. Los relojes señalaban las 12,42 horas.

La carga explosiva oculta en la cartera hizo explosión, pero su máximo efecto no se produjo como Stauffenberg había planeado, sino en dirección opuesta, hacia la derecha, lejos de Hitler, a causa de la intervención del coronel Brandt que había cambiado la cartera de lugar. La detonación arrancó una pierna al coronel, y su cuerpo quedó acribillado por la madera astillada; falleció a consecuencia de las gravísimas heridas recibidas. También murieron el general Korten, el general Schmundt, ayudante de Hitler, así como el taquígrafo Berger.

Casi todos salieron del trance con lesiones de mayor o menor consideración. Las más comunes fueron conmoción cerebral y tímpanos destrozados; el único que salió ileso fue el mariscal Keitel, a quien, por estar junto al Führer en el momento de estallar la bomba, el cuerpo de Hitler le sirvió de muro ante la onda expansiva.

Hitler sufrió conmoción, rotura de tímpanos, una fuerte contusión en el codo derecho, erosiones y quemaduras en ambas piernas. En resumen, nada de importancia.

El estampido se dejó oír en todos los sectores; desde el más lejano se oyó el lamento de los heridos. Comenzaban a salir del destrozado salón las primeras figuras tambaleantes; algunos habían logrado escapar utilizando las ventanas, abiertas de par en par a causa del calor veraniego.



HÖRT DIE RUNDFUNKSENDUNGEN DES NATIONALKOMITEES 'Freies Deutschland

Wellen-länge	Kilo-herz	ZEIT (MEZ) 10.30–10.50	11.30–11.50	18.30–18.50	19.40–20.00	21.15–21.40	22.00–22.15
25,86	11830	•					
28,72	10445	•	•				
31,12	9640	•					
31,65	9480		•				
37,27	8050			•	•	•	•
40,92	7332,5				•		•
41,1	7300					•	•
42,98	6980				•	•	
43,00	6977			•			
43,23	6940			•	•	•	•
49,58	6050			•			
50,68	5920				•		
309	970			•	•	•	•
483,9	620			•	•	•	•

Arriba: Una octavilla del Comité «Freies Deutschland» publica los horarios y las longitudes de onda de sus emisiones musicales. Derecha: El mariscal de campo Paulus (izquierda), quien por orden de Hitler había luchado en Stalingrado «hasta el último cartucho», se puso a disposición de «Freies Deutschland».



Quienes tuvieron fuerzas para hacerlo abandonaron la sala, temerosos de una segunda explosión. Hitler lo hizo ayudado por Keitel, dejando a sus espaldas el montón de ruinas y a los heridos; fue hacia su *bunker* para recibir la primera cura.

Keitel regresó inmediatamente al lugar de la explosión. Su estado de ánimo era más bien optimista.

—¡El Führer! —exclamaba—. ¡La providencia! ¡Nuestro Führer vive! ¡El Führer vive! ¡Ahora caminaremos derechos a la victoria final! ¡El Führer vive!

Por el momento, nadie acertaba a explicarse lo sucedido. ¿Una bomba de aviación? ¿La explosión de una mina en el cinturón protector? El único que podía responder a las preguntas sentíase dominado por un miedo tan atenazador como nunca hubiera sospechado.

En la ayudantía le preguntaron a Stauffenberg si tenía necesidad de un automóvil; agradeció el ofrecimiento, pero manifestó que ya disponía de uno. A la hora crítica de emprender la huida del cuartel general del Führer, el coronel se encontró con que no tenía el vehículo a punto. En la ayudantía le habían ofrecido un coche porque sabían que el suyo se lo había llevado el comandante del lugar.

Stauffenberg, ante lo peligroso de la situación, mandó a su ayudante en busca del automóvil, logrando por fin dar con él en el último minuto.

Haeften llevó el coche hasta la central de comunicaciones, donde Stauffenberg conversaba con el general Fellgiebel. Y en aquel momento se produjo la explosión; desde donde estaban no pudieron ver sino una nubecilla de humo y algunos cascotes por el aire.

El coronel Stauffenberg reaccionó al oír la explosión. El comandante Sander —que había ayudado a Haefter a localizar el automóvil— diría después:

«¡Jamás he visto a nadie más sobresaltarse de aquel modo!»

El general Fellgiebel preguntó, aparentando sorpresa —no podía expresarse abiertamente, puesto que Sander no pertenecía al círculo de los conspiradores—, qué había sucedido, a lo que Sander respondió que de vez en cuando solía estallar alguna mina, hollada por un corzo u otro animal de los bosques.

Stauffenberg tenía prisa por marcharse, pero allí estaba el importuno de Sander, sabedor de que el coronel tenía que regresar a la sala de conferencias. Por eso dijo Stauffenberg intencionadamente:

«Vuelvo para allá, pero antes he de hablar con el comandante, así que tomaré el coche para ir más de prisa.»

El coronel Stauffenberg y Haefter partieron de inmediato. Los puestos de vigilancia de las zonas I y II los dejaron pasar sin dificultad. El pase de que iba provisto Stauffenberg era más que suficiente y, por otra parte, no se había dado aún la alarma. Al llegar a la zona III, las cosas se complicaron; el oficial de guardia había ordenado echar la barrera, por propia iniciativa, al oír la explosión. Stauffenberg recurrió a un ardid.

«Encargo especial del Führer. Debo partir en seguida para el aeródromo, donde me aguarda el capitán general Fromm.»

El teniente vaciló; Stauffenberg se dirigió al teléfono y habló con alguien, volviéndose seguidamente al oficial. «Puedo salir», le dijo, a fin de disipar sus titubeos.

El teniente conocía a Stauffenberg, sus papeles estaban en regla, como siempre, así que ordenó se levantara la barrera.

Pero la vigilancia exterior resultó más difícil de salvar; se había dado la alarma y el puesto Sur había bloqueado la carretera, estando sus hombres con las armas a punto. El comandante del puesto, sargento Kolbe, del batallón de escolta del Führer, no se dejó convencer con tanta facilidad como el teniente de la zona III.

Ni siquiera permitió a Stauffenberg utilizar el teléfono, sino que le preguntó con quién deseaba hablar, y él lo haría con quien fuere. Stauffenberg nombró al capitán de caballería Von Möllendorf, el ayudante del comandante, quien no sabía si el coronel debía realmente abandonar el recinto.

Möllendorf se identificó por teléfono, y el sargento cedió el auricular a Stauffenberg, el cual preguntó disimuladamente qué había ocurrido; no podía permanecer allí más tiempo, puesto que le esperaba un avión que despegaría a las 13,15 horas. Tenía que regresar a Berlín con la mayor urgencia posible.

El capitán de caballería Möllendorf conocía bien a Stauffenberg, e ignoraba el motivo que había provocado la alarma, por lo que no vaciló en conceder permiso a Stauffenberg para que dejara el cuartel general. El sargento Kolbe solicitó del coronel el teléfono para asegurarse de si en realidad el capitán Von Möllendorf autorizaba la salida. Al recibir confirmación, el sargento dejó paso libre a Stauffenberg y a su ayudante Haeften.

El coronel instó al chófer a que pisara a fondo el acelerador; a las 13,15 horas partiría el «Heinkel» en dirección a Berlín. Estaba ansioso por llegar al campo de Rangsdorf y telefonear a la Bendlerstrasse, a fin de enterarse de lo que se había hecho y dar las instrucciones pertinentes.

Stauffenberg estaba satisfecho de su enorme suerte hasta el último momento; a los pocos minutos de haber despegado el «Heinkel», se recibió en el aeródromo de Rastenburg la orden de no dejar salir a ningún avión. Si el conductor del vehículo se hubiese retrasado esos minutos en el recorrido, Stauffenberg se habría quedado en Rastenburg... hasta que lo hubiesen atrapado.

Tampoco se imaginaba Stauffenberg que el avión que se cruzó con el suyo en pleno vuelo transportaba una comisión especial de agentes de policía, encargados de efectuar las diligencias del caso, naturalmente en el propio cuartel general del Führer. Pero había algo más de lo que no tenía la menor idea el coronel Stauffenberg: que los

conjurados de Berlín no habían dado un paso, indecisos como siempre.

En la Bendlerstrasse estaban sobre ascuas desde las primeras horas de la mañana. La incertidumbre resultaba sumamente angustiosa. No podía emprenderse acción alguna mientras no se recibiera la llamada del general Fellgiebel desde la «guarida del lobo». Eso sucedería al comenzar la tarde. En Berlín ignoraban que la conferencia había sido anticipada a causa de la visita de Mussolini. En la jefatura de policía reinaba idéntico nerviosismo; en ella, el conde Helldorf, jefe de la policía, y el conde Bismarck, gobernador civil de Potsdam, junto con el doctor Gisevius esperaban la señal para actuar. El doctor Gisevius había venido ex profeso desde Suiza, a fin de estar presente en la histórica jornada.

Al mediodía acudió un comandante a la jefatura de policía, para entrevistarse con el conde Helldorf; lo había enviado el general Olbricht. El comandante era portador de un plano general de la ciudad de Berlín, en el que se indicaban los edificios que deberían ocuparse tan pronto como se diera la señal para iniciar el golpe de Estado.

Helldorf se estremeció al examinar detenidamente el plano. Muchos de los edificios ya no albergaban a los organismos señalados en el plano, pues habían sido trasladados a otros lugares.

Por último, existían ciertas dudas sobre qué fuerzas debían ocupar las distintas sedes del partido nacionalsocialista, los ministerios y otros lugares importantes, si la Wehrmacht o la policía. Helldorf solicitó de pronto que fuese la Wehrmacht la encargada de ocuparlos; la policía se encargaría de efectuar las correspondientes detenciones. Helldorf aseguró al desconcertado comandante que sus hombres permanecerían a la expectativa, hasta que la Wehrmacht hubiese cumplido su cometido.

Con todo, en el Bendlerstrasse imperaba una «calma» relativa. Alrededor del mediodía compareció el capitán general Hoepner, degradado por Hitler a simple soldado, el cual debería hacerse cargo del Ejército de Reserva, toda vez que los conspiradores no se fiaban del actual jefe Fromm. Hoepner y Olbricht serían quienes firmarían las órdenes para iniciar la operación en seguida que el general Fellgiebel confirmara la noticia de la muerte de Hitler.

Seguidamente, el capitán general Beck y el mariscal Von Witzleben serían llamados a la Bendlerstrasse, a fin de que apoyasen moralmente la acción con su prestigio.

El nombre de la misma era, irónicamente, Valkiria; como ya se ha explicado, el propio Hitler la había autorizado con su firma: estaba destinada a sofocar un posible motín de los millones de obreros extranjeros ocupados en Alemania.

Los movimientos de tropas estaban previstos con matemática exactitud: se ocuparían los puntos neurálgicos de las grandes ciudades, las grandes industrias y los edificios oficiales, con el fin de protegerlos según rezaba el plan original de la Operación Valkiria. Los conspiradores añadieron algunas modificaciones por su cuenta, siempre en secreto, naturalmente.

La Operación Valkiria había realizado un «ensayo» una semana antes, con ocasión de la llamada de Stauffenberg desde Berchtesgaden, comunicando haber puesto en marcha el mecanismo de la bomba. Todo quedó reducido a una falsa alarma. A los desconfiados se les manifestó que se trataba de un simple ejercicio para sondear el estado de preparación de las fuerzas encargadas de ejecutarla. Ya no podían permitirse el lujo de fracasar por segunda vez; ahora sólo se haría en el caso de que se conociera con certeza la muerte de Hitler.

Mientras tanto, el capitán general Beck se había presentado en la Bendlerstrasse, sede del comandante del Ejército de Reserva. Lo hizo vestido de paisano, en tanto que el capitán general Hoepner seguía luciendo el uniforme.

Eran las 13 horas, y nadie en Berlín sabía que la bomba que Stauffenberg había colocado en la cartera había hecho explosión en la sala de conferencias del cuartel general del Führer en Rastenburg. El general Fellgiebel llamó inmediatamente al teniente general Thiele, jefe del Servicio de Transmisiones de la Wehrmacht, recién ingresado en las filas de los conspiradores. Thiele había salido a almorzar, pero Fellgiebel apremió a la secretaria para que lo buscara, puesto que se había cometido un atentado contra el Führer, y éste había resultado ileso. La noticia no fue transmitida a los conjurados, bien porque la secretaria no se comunicara con su jefe para hacérsela saber, cosa improbable dado el carácter sensacional de la misma, o porque Thiele, al enterarse de que el «Führer vivía», no quisiera ponerse en contacto con quienes preparaban un golpe de Estado ya condenado al fracaso.

Thiele telefonea a Olbricht cerca de las tres y cuarto; es decir, dos horas después de la llamada de Fellgiebel. A las preguntas que le formularon, con la inquietud que es de suponer, respondió con laconismo que no sabía más.

Poco después Thiele manifestó que el Führer había sufrido un atentado en su «guarida del lobo». Añadió que no sabía exactamente lo ocurrido, porque el general Fellgiebel había recibido la orden de interrumpir las comunicaciones. Pero lograron comunicar con el cuartel general del Führer.

El general Fellgiebel se puso personalmente al aparato. Pronunció una sola frase, poco académica por cierto, pero fiel indicadora de su estado de ánimo:

«¡Esto es una porquería! ¡El Führer vive!»

Era más que suficiente. No había que contar con un golpe de Estado, cuya premisa más importante consistía en la muerte de Hitler. De seguir adelante con el plan, se corría el riesgo de provocar una guerra civil, de la que nadie quería responsabilizarse por los males que sin duda infligiría a Alemania.

La inquietud iba en aumento. Por los corredores del edificio de la Bendlerstrasse aparecieron multitud de rostros nuevos, y nadie dejó de notar una intensa actividad ajena al servicio normal.

En la jefatura de policía se tenían al fin noticias concretas. El doctor Gisevius había llamado por teléfono a su amigo Arthur Nebe, jefe de la policía criminal, que desde hacía algún tiempo formaba parte de la Gestapo. Nebe no ignoraba la ebullición que imperaba en las alturas, y manifestó que «en Prusia Oriental acababan de ocurrir cosas muy extrañas». Hacía poco que había salido un grupo de agentes que él mismo había recibido orden de reunir. Al frente de dicho grupo iba el doctor Ernst Kaltenbrunner, jefe de la Oficina Central de Seguridad del Reich y sucesor de Heydrich.

Gisevius no comprendió bien el significado de las palabras de Nebe. ¿Qué había ido a hacer allí Kaltenbrunner? ¿Habrían querido hacerle salir de Berlín para detenerle? Eso era imposible, puesto que Helldorf tenía reunidos en un salón adjunto a los jefes nazis del distrito de Berlín; con el pretexto de una reunión periódica normal abrigaba el propósito de arrestarlos a todos a la vez, en vez de hacerlo uno a uno en sus oficinas respectivas.

Había que esperar, pues, que llegaran noticias fidedignas del cuartel general del Führer. Nadie podía decidirse a tomar las medidas encaminadas a poner en marcha la Operación Valkiria, ni se podía suspender el *putsch* por segunda vez. Una cosa quedaba bien clara: no habría otra oportunidad de atentado ni tampoco de golpe de Estado. Esta cuestión, o se resolvía hoy o nunca.

Aproximadamente a las tres menos cuarto, Stauffenberg, acompañado de su ayudante Haefter, tomaba tierra en el aeropuerto de Rangsdorf, Berlín. Quiso utilizar el automóvil que le conduciría a Berlín, a la Bendlerstrasse, en el distrito del Parque Zoológico. Pero allí no había ningún vehículo esperándole.

Stauffenberg comisionó a Haefter para que le enviaran rápidamente el coche solicitado. Se puso al teléfono el coronel Mertz von Quirnheim, sucesor de Stauffenberg en la jefatura del Estado Mayor de Olbricht, quien informó a Haefter de que no sabía nada del vehículo, pero sí le notificó que en Berlín no se había iniciado aún el golpe de Estado, y que ni siquiera se habían cursado las órdenes para poner en marcha la Operación Valkiria.

El coronel Stauffenberg, irritado, se puso al teléfono y ordenó que se iniciara el plan sin dilación.

—¡Hitler ha muerto! —gritó—. ¡Yo mismo lo he visto! ¡Cualquier vacilación es un suicidio! ¡La acción Valkiria debe comenzar en seguida, o todo se habrá perdido!

Por fin, a las cuatro de la tarde, se despacharon las órdenes que pondrían en marcha el citado plan. El general Olbricht, junto con el coronel Mertz von Quirnheim, firmaron los primeros telegramas; ambos hacían constar que obraban en nombre del «capitán general Fromm, jefe supremo del Ejército de Reserva».

El general Olbricht debía enfrentarse con la misión más delicada: conseguir que Fromm se uniera a la acción. Ese alto jefe militar, al igual que muchos de sus colegas —entre ellos el mariscal Von Manstein y el capitán general Guderian—, estaba al corriente de lo que se tramaba, pero nunca se pronunció con claridad, aunque en ninguna ocasión había delatado a sus compañeros de armas.

El capitán general Fritz Fromm celebraba entonces una conferencia. Al parecer, era el único que no se había percatado de la inusitada actividad desplegada en el edificio de su jurisdicción.

El general Olbricht compareció sin hacerse anunciar. Era un burócrata, un estupendo organizador cuyo talento nadie negaba, pero no un verdadero soldado, de modo que no se atenía a las reglas disciplinarias, sino sólo a las puramente administrativas. Por eso, el jefe supremo del Ejército de Reserva se sorprendió al verle aparecer sin hacerse anunciar y en un estado de evidente sobresalto.

Fromm se levantó de su asiento. Olbricht miró primero al capitán general, y luego al oficial que estaba conversando con él, tan sorprendido como su superior.

—¿Podría hablarle a solas unos minutos, mi capitán general? —preguntó Olbricht.

El oficial abandonó la habitación a una señal de Fromm.

—Mi capitán general —dijo entonces Olbricht cuadrándose—, pongo en su conocimiento que el Führer ha sido víctima de un atentado. ¡El Führer ha muerto! Por lo visto se trata de un *putsch* organizado por las SS.

Fromm acogió con reservas las palabras de Olbricht. Sin duda se trataba de un falso rumor, puesto que, de otro modo, el mariscal Keitel ya se lo habría comunicado desde el cuartel general.

—Esto es absurdo —dijo de modo espontáneo—. ¿Quién se lo ha dicho? ¿De dónde lo ha sabido?

—La noticia se la ha dado el general Fellgiebel personalmente, desde el cuartel general del Führer, al general Thiele.

—Le repito que todo esto me parece absurdo.

—En tal caso, debo comunicar al capitán general que yo mismo he hablado con el general Fellgiebel, y me ha dicho que...

—¿Fellgiebel en persona...?

—Sí, mi capitán general —respondió el general Olbricht.

Había mentido deliberadamente, puesto que no estaba muy seguro de Fromm, a quien no había informado sobre la puesta en marcha de la Operación Valkiria. Quiso cogerle desprevenido, diciendo sin rodeos:

—Por eso le propongo, mi capitán general —prosiguió Olbricht— que, a tenor de las circunstancias, se inicie la Operación Valkiria. Con la muerte del Führer, el mando militar ha de procurar que reine

la calma en el país. Nosotros, el Ejército de Reserva, debemos velar por la seguridad de todos. ¡Quién sabe lo que podría ocurrir!

El capitán general Fromm titubeó. Si el Führer había caído, víctima de un atentado, había llegado el momento de tomar las medidas pertinentes a fin de evitar disturbios, en tanto que se ponían las cosas en claro.

El general Olbricht hubiera deseado en aquellos momentos la presencia de Beck, el hombre respetado por toda una generación de militares, futuro presidente del Reich, y persona muy considerada por Fromm, antiguo discípulo suyo. Sin embargo, Beck no estaba lejos de allí —en un despacho casi contiguo—, dejando que su antiguo subordinado, Fromm, se enfrentase solo con el dilema.

Beck, el «hombre de gabinete», con más inteligencia que voluntad, había despachado a Olbricht con estas palabras:

«Será mejor que vaya usted, Olbricht. De otro modo, Fromm podría pensar que se lo ordeno en calidad de antiguo superior suyo. Usted ya encontrará los argumentos precisos. No tenemos necesidad de obligar a nadie.»

Fromm sacudió la cabeza ante la propuesta de Olbricht.

—¿Qué se ha creído, Olbricht? Así como así, no se puede dar la orden de comenzar la Operación Valkiria. En primer lugar porque no sé positivamente si el Führer ha muerto, y en segundo lugar porque no veo la necesidad de actuar. —Fromm vaciló unos instantes y añadió—: Lo mejor será que me ponga al habla con Keitel.

Pidió comunicación con el cuartel general del Führer, no tardando en establecerse ésta. Olbricht miraba como hipnotizado la puerta que se abría a la izquierda —el despacho de Stauffenberg—. Si el coronel estuviera presente, podría hacerse cargo de la situación.

El capitán general Fromm hizo señas a Olbricht para que tomara otro auricular. Estaban al habla con el cuartel general del Führer, y el mariscal Keitel aguardaba al aparato.

—Por favor, hablen.

—Aquí Fromm. Mariscal, por Berlín circulan unos rumores muy extraños. ¿Qué ha ocurrido en el cuartel general?

—¿Qué quiere que haya sucedido? —contestó el mariscal Keitel—. No hay novedad por aquí.

—Me han dicho que el Führer ha sido víctima de un atentado.

—¿Conque se trata de eso? Desde luego que se ha producido un atentado, pero él ha salido indemne, por fortuna. El Führer vive; sólo ha sufrido unas heridas sin importancia. ¿Dónde está su jefe de Estado Mayor, el coronel conde Von Stauffenberg?

A Fromm le extrañó mucho la pregunta. ¿Dónde podría estar sino en el cuartel general?

—¿El coronel Stauffenberg? No se ha presentado ante mí.

Fromm y Keitel cortaron la comunicación al mismo tiempo.

Olbricht sentíase perplejo. ¿Habría mentido el mariscal Keitel al manifestar que Hitler no había muerto? ¿O lo había hecho Stauffenberg al llamar desde Rangsdorf? Sea como fuere, Olbricht no osó informar a Fromm de que la Operación Valkiria se hallaba ya en marcha.

—Usted mismo acaba de oírlo. Todo es falso. No hay motivo para iniciar el plan. Creo que está bien claro.

—Por supuesto —dijo Olbricht. Se despidió y abandonó la oficina del capitán general.

¿Qué se podía hacer? De seguro que los primeros contingentes estarían ya en movimiento hacia Berlín. ¿Habría que dar contraorden? ¿Cómo reaccionaría Fromm al enterarse de que la Operación Valkiria se había iniciado ya? Porque no tardaría en saberlo, toda vez que de un lugar u otro alguien le llamaría preguntando detalles...

¡Si al menos apareciera Stauffenberg!

Olbricht ignoraba que la Operación Valkiria aún podía ser suspendida. Las órdenes previstas seguían sin cursar. El coronel de caballería Albert Mertz von Quirnheim, jefe de Estado Mayor de Olbricht, y el ayudante de Stauffenberg, capitán Friedrich Karl Klausing, tenían ya dispuestas dichas órdenes, pero Klausing cometió un error que sería fundamental en el malogro del *putsch*.

El oficial de servicio en la central expedidora de telegramas oficiales, teniente Wolfram Röhrig, se extrañó por el contenido de los mensajes.

«Detener a los principales elementos de la Gestapo, ocupar los ministerios, detener a los funcionarios del Servicio de Seguridad, levantamiento de las SS contra el Führer, atentado...»

De todos modos, eso no habría impedido que el teniente diera curso a los mensajes, puesto que una orden es una orden y, a fin de cuentas, no era él quien debía responder del texto.

Pero había algo que no entraba dentro de sus poderes, y por ello recurrió a su inmediato superior, el capitán Klausing.

—Capitán —dijo—, si me permite la observación, los últimos mensajes no se ajustan a las formalidades de rigor. Según el contenido, deberían llevar una nota indicando que se trata de asuntos confidenciales. Creo que tales órdenes no pueden mandarse por conducto normal.

—¡De ninguna manera! —aseguró el capitán—. Sin duda se trata de una omisión.

—En tal caso, ¿qué le parece si los envío bajo el epígrafe de «alto secreto»? —propuso el teniente.

Y aquí fue donde el capitán Klausing cometió la equivocación fatal, porque los mensajes y otras órdenes con la observación de «alto secreto» sólo podían ser manipulados por determinadas personas. Respecto a los otros, aquellos catalogados como «confidenciales» o «muy confidenciales», podían ser preparados por un número mucho mayor de colaboradores. De los pocos autorizados a tratar los de «alto secreto» sólo había una empleada de servicio.

Ninguno de los conspiradores había tenido en cuenta esas nimiedades burocráticas; tampoco el capitán Klausing lo habría hecho, de no ser por la advertencia del teniente Röhrig, el cual no vio ninguna razón para dejar de consultar a su capitán. Por lo tanto, tan importantes mensajes se despacharon con gran retraso, sólo porque una sola persona disponible debía ocuparse en hacer todo el trabajo.

Al mismo tiempo, otro peligro se cernía sobre los conspiradores. Una de las secretarias que habían mecanografiado los mensajes para Klausing, había hecho una breve pausa para tomar café. Durante la misma, comentó con un sargento amigo suyo lo que acababa de escribir.

Dicho sargento lo comunicó a su vez al teniente coronel Franz Herber, de la sección Ib, a las órdenes del general Olbricht. Herber se puso al habla con otros colegas, que no tenían la menor idea del asunto. Herber, alarmado por la actividad que reinaba en el edificio, la aparición de caras nuevas y de gente vestida de paisano, solicitó armas y municiones al arsenal de Spandau.

Pero esto es precipitar los acontecimientos. Volvamos a los movimientos de Stauffenberg.

Entretanto, el coronel conde Claus Schenk von Stauffenberg y su ayudante, el primer teniente Werner von Haeften, habían llegado a la Bendlerstrasse. El coronel entró en el despacho de Olbricht, con paso rápido y el rostro congestionado por la excitación. Sin parar mientes en el rango, dirigió una seria repulsa a su superior. ¿Por qué no se había iniciado ya la Operación Valkiria y por qué se perdían unas horas tan preciosas?

—¡Hitler ha muerto! —afirmó—. Lo he visto con mis propios ojos. La bomba produjo el efecto de una granada de 15 cm, y nadie puede haber salido con vida.

No atendió a las explicaciones de Olbricht, quien trató de persuadirle de los informes de Thiele, de las palabras de Fellgiebel: «...el Führer vive», de lo que había escuchado, junto con Fromm, cuando el mariscal Keitel manifestó telefónicamente que Hitler no había muerto y que sólo había recibido unas heridas sin importancia.

Stauffenberg solicitó comunicación con París. En esa capital no se sabía nada del atentado, que sería la señal para iniciar el golpe de Estado. Allí era más necesario que en Berlín tomar una determinación, puesto que del comandante militar de París y, sobre todo, del jefe supremo en el frente occidental, mariscal Von Kluge, dependía casi todo el plan, ya que ellos disponían de la mayor fuerza militar y esperaban el momento de dar principio a la acción.

Stauffenberg se puso al habla con su primo, el teniente coronel Caesar von Hofacker, jefe de los conspiradores en París, junto con el coronel Finckh. Hofacker, «el Stauffenberg de París», prestaba servicio en el Estado Mayor del comandante militar en Francia, general Von Stülpnagel. Hacía poco que el mariscal Kluge le había enviado a Berlín con un mensaje para el capitán general Beck, en el que notificaba a su antiguo superior que podía contar con él en cuanto llegara la ocasión. Hofacker era, en consecuencia, el enlace más importante entre los conspiradores de Berlín y el alto mando de la Wehrmacht en el Oeste.

Stauffenberg le hizo saber que el atentado había tenido éxito; Hitler había muerto.

—El golpe de Estado debe dar comienzo. Aquí, en Berlín, no tardarán en ser ocupados los puntos de mayor importancia estratégica.

El teniente coronel Von Hofacker respiró aliviado. Por fin había terminado el tenso período de espera; había llegado la hora de iniciar la acción en París. Hofacker avisó inmediatamente a su superior, el general Von Stülpnagel, comandante militar en Francia.

La siguiente llamada telefónica de importancia corrió a cargo de Olbricht. El general comunicó una orden —aunque en tono de ruego— de su subordinado el coronel Stauffenberg; iba dirigida al conde Selldorf, jefe de la policía berlinesa y *gruppenführer* de las SS, al mismo tiempo que le informaba del atentado. A su vez, Helldorf dio la noticia al *oberführer* conde Bismark, gobernador civil de Potsdam, y al doctor Gisevius.

—Señores, la cosa está en marcha —dijo, mientras se ponía el cinto con la pistola—. Olbricht me ha comunicado oficialmente desde la Bendlerstrasse que Hitler ha muerto y que ha sido declarado el estado de excepción; me ha encargado que imparta las órdenes oportunas en nombre del capitán general Fromm.

Helldorf informó asimismo a sus hombres de mayor confianza, absolutamente seguro de cuanto decía.

Pero cedamos la palabra a Gisevius, quien ha sabido describir mejor que nadie las tensas horas de aquella tarde memorable, vividas por los que se encontraban en el centro de la conspiración, la Bendlerstrasse berlinesa:

«Descendimos los peldaños de dos en dos y penetramos en la oficina de Olbricht sin previo aviso. Apenas anduvimos unos pasos, ya percibimos la densa atmósfera del lugar. No solamente en el despacho de Olbricht, sino también en el de Stauffenberg. De allí partirían las órdenes y las llamadas telefónicas confidenciales. Nos sentíamos los protagonistas del momento.

»Olbricht vino a nuestro encuentro...

»Yo no quería dar crédito a lo que veían mis ojos. Los dos militares de pie junto a la mesa eran Stauffenberg y su ayudante Haefter. Bullía en mi mente gran confusión acerca de cómo era posible su presencia. No podían haber viajado en un cohete desde Prusia Oriental; si habían efectuado el viaje en avión, esto significaba que el atentado había sido ejecutado hacía varias horas.

»Barajaba mentalmente estas reflexiones con las palabras de Nebe. ¿Qué había sucedido? ¿Había fracasado de nuevo el atentado? ¿Por qué esa pérdida de tiempo? Pese a mis esfuerzos, no llegué a ninguna conclusión. Mejor dicho; al cabo de infinitas cavilaciones, un pensamiento dominaba

en mi cerebro: "Ahora estrecharás la mano que ha puesto fin a la vida del tirano."

»El aspecto de Stauffenberg era imponente. De elevada estatura, corpulento pero esbelto, aparecía bañado en sudor. No llevaba puesta la guerrera del uniforme, sino una sahariana, que daba mayor volumen a su cuerpo. Aparecía más macizo y robusto que nunca, muy seguro de sí mismo, iluminado el rostro por una sonrisa triunfal. Viéndole, no se podía dudar de que había conseguido su propósito.

»Al ladearme un poco vi a Beck en el umbral de la puerta que daba a una pieza contigua, la sala de cartografía. Las presentaciones fueron breves. ¿Qué necesidad había de hablar mucho en tales circunstancias?

»Olbricht inició la conversación. No lo hizo en el tono confidencial de un conspirador dirigiéndose a otro, sino que habló de forma un tanto teatral, como hiciera Helldorf al informar a sus amigos. Con aire solemne expuso en pocas palabras que el Führer había sido víctima de un atentado, que la Wehrmacht se había hecho cargo de la situación y que el jefe de la policía pasaba a depender de los militares, debiendo tomar las medidas oportunas.»

Gisevius describe la situación con las siguientes frases:

«Olbricht temblaba de emoción, pero no parecía darse cuenta de la trascendencia del momento. Me pareció que declamaba algo estudiado, y no me daba la impresión de estar a tono con la realidad. Sin embargo, esa teatralidad en un momento tan intensamente dramático tenía la virtud de serenar los ánimos...»

Helldorf saludó a todos y se dispuso a marchar para cumplir con su obligación. Cuando estaba a punto de salir de la estancia sonó la voz de Beck, reposada, pero más elevada que de ordinario:

—Un momento. A fuer de sinceros, hemos de informar al jefe de la policía de que circulan ciertos rumores, procedentes del cuartel general, en el sentido de que Hitler no ha muerto. Hemos de tomar, pues, una decisión clara y terminante...

Olbricht replicó que Keitel había mentido; no era posible que Hitler sólo hubiera recibido ligeras heridas, cuando Stauffenberg afirmaba categóricamente que había visto al Führer sin vida.

Beck expuso sin rodeos su opinión sobre el asunto.

—Para mí, ese hombre está muerto... No hemos de rehuir esta realidad, so pena de crear la confusión en nuestras filas. No existe ninguna prueba de que Hitler esté con vida; el cuartel general tardará varias horas en comunicar oficialmente su muerte, y para entonces la balanza se habrá inclinado a nuestro favor. Y aunque siguiese con vida, ello no debe modificar nuestros planes.

Nadie se opuso a que el plan siguiera adelante, tanto si Hitler vivía como si no. Helldorf regresó rápidamente a la jefatura: el *oberführer* conde Bismarck permaneció inmóvil durante unos minutos, hasta que Gisevius le indicó la conveniencia

---

El pueblo fue traicionado

«Hacia el 20 de julio de 1944, la guerra estaba ya definitivamente perdida. El experto militar profesor doctor Schramm lo ha confirmado. El 20 de julio, el pueblo alemán había sido absolutamente traicionado por su Gobierno, y un pueblo traicionado no es reo de lesa patria. De igual manera que no se puede llamar criminal a quien asesta una puñalada a un hombre que ya está muerto; es vano intento.

»Hacía bastante tiempo que la guerra estaba perdida, y los combatientes de la resistencia lo sabían. Desde antes de 1933 veíanse carteles por toda Alemania que decían: «Hitler perderá la guerra». Y resultó verdad; proseguir la guerra significaba perderla sin remedio, y esto acarrearía el dolor y la ruina de Alemania. Este era el punto de partida de Beck y Goerdeler en su lucha contra el régimen nacionalsocialista. Sabían que Alemania no podía ganar la guerra porque resultaba impotente para enfrentarse con el mundo entero. La guerra estaba perdida desde antes de lanzar el primer disparo, y ellos querían evitar a Alemania lo peor. Los esfuerzos para evitar la contienda, y posteriormente para detenerla, tendían a ahorrar vidas y pérdidas materiales a Alemania, y a devolverle ante el mundo su prestigio lastimado.

»Señores del tribunal, si el atentado del 20 de julio hubiese tenido éxito, es muy probable que se hubiera tenido que aceptar una paz en condiciones duras, pero creo que podemos suponer que, de todos modos, habrían sido algo más favorables que las de 1945.

»En julio de 1944, Casablanca quedaba atrás; fue ahí donde se habló de rendición incondicional. Tampoco había sucedido nada en Yalta, ni en Potsdam, y nos quedaba la posibilidad de constituir un régimen democrático que evitase la escisión del país. Esa fue la oportunidad perdida el 20 de julio.

»Es imposible profetizar en el terreno histórico, pero he de señalar un ejemplo en que la oposición victoriosa puede conducir a una paz mejor; me refiero a Italia. Los combatientes de la resistencia significaron el mejor activo con que Alemania se enfrentaba a los aliados al terminar la contienda, tal vez el único con el que contábamos para enjugar la culpa colectiva de nuestro agobiante pasivo. Y eso lo hemos de agradecer al movimiento de la oposición.»

(Palabras del doctor Bauer en el juicio seguido contra Remer)

de regresar a Potsdam, para desde allí cumplir la misión que le había sido encomendada.

Quedaba la parte más delicada de la cuestión: convencer al capitán general Fromm, jefe supremo de la Reserva, de que se uniese a la acción, o apartarle de sus funciones. Ya era hora de que las órdenes cursadas en nombre de Fromm para iniciar la Operación Valkiria hubiesen comenzado a surtir efecto.

Lo que ignoraban los conspiradores era el retraso con que se habían impartido las órdenes, motivado por la decisión del capitán Klausing de enviar los mensajes bajo la denominación de «alto secreto». Tampoco se les ocurrió comprobar qué tal marchaban las cosas, proceder muy característico de la rutina militar: las órdenes han sido dadas, luego habrán sido cumplidas. Beck se abstuvo nuevamente de hablar con Fromm; no quería «presionar» al capitán general, como si en tales momentos no fuera indispensable hacerlo. Sin embargo, manifestó que Fromm tenía noticias de la conspiración, aun cuando nunca hubiese mostrado interés por tomar parte activa en ella.

Y otra vez tuvo que hacerlo Olbricht en su lugar, si bien, en esta ocasión, acompañado de Stauffenberg.

El capitán general mostróse sorprendido al ver a Stauffenberg. ¿No debía encontrarse éste en el cuartel general del Führer? Por supuesto que sí; el mariscal Keitel había preguntado por él. ¿Qué había ocurrido? Fromm no iba a tardar en saberlo.

—Capitán general —comenzó Olbricht—, el coronel Stauffenberg acaba de venir del cuartel general, y puede confirmar la muerte del Führer.

—¡Esto es absurdo! —exclamó Fromm con mal talante—. He hablado con el mariscal Keitel y me ha dicho que el Führer sólo recibió lesiones de poca importancia. Usted lo oyó también, Olbricht.

Stauffenberg apartó ligeramente a Olbricht y miró a su jefe de hito en hito.

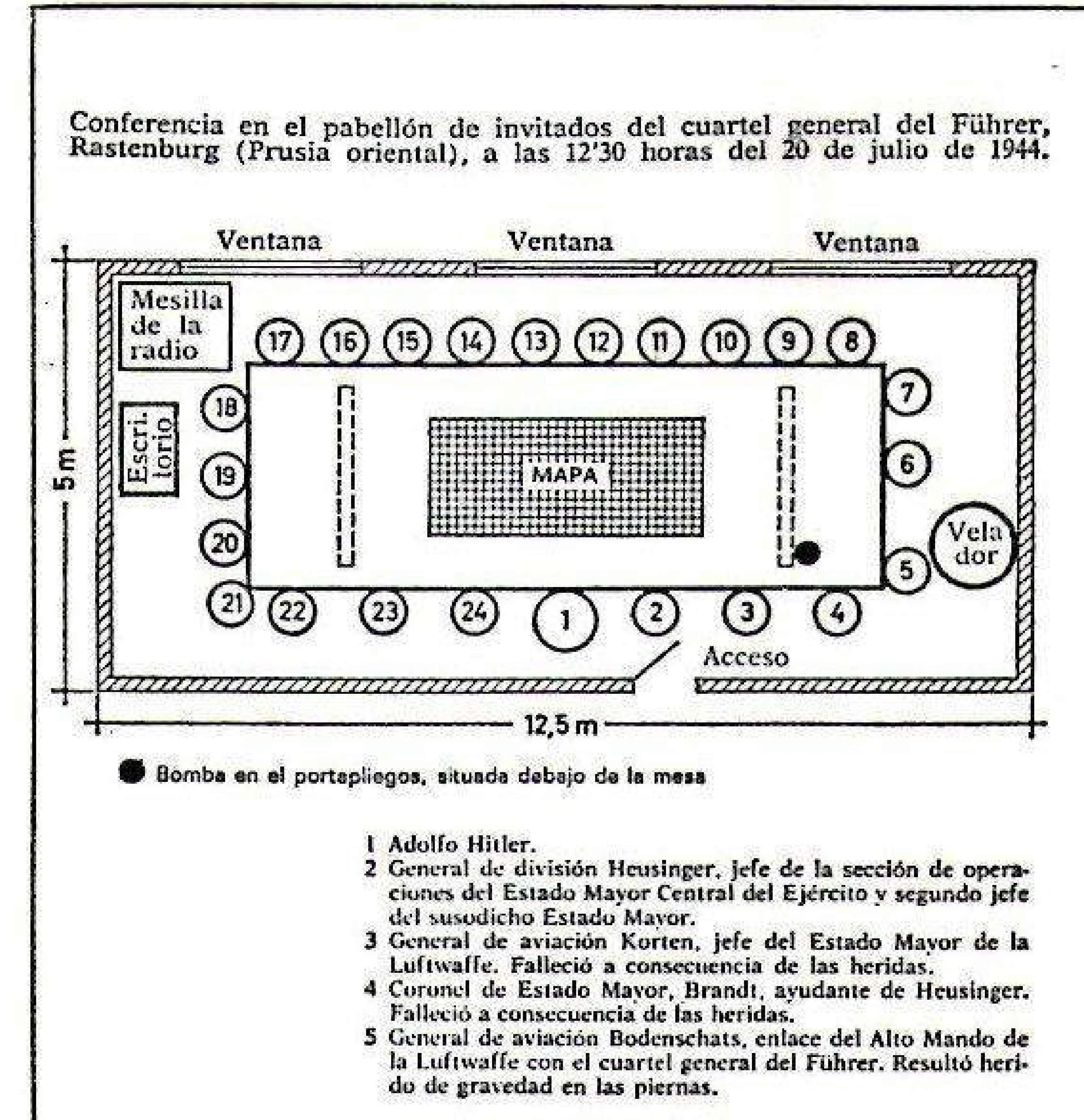
—Mi capitán general, el mariscal Keitel ha mentido, como de costumbre. Yo vi cómo sacaban al Führer de la sala de conferencias.

El jefe supremo de la Reserva contempló perplejo a su jefe de Estado Mayor.

—¿Que el mariscal Keitel ha mentido, como de costumbre? ¿Se puede saber qué modo de hablar es éste?

Olbricht intervino de nuevo:

—En vista de la gravedad de la situación, hemos dado orden de iniciar la Operación Valkiria.



6 General de división Schmundt, ayudante jefe de la Wehrmacht cerca del Führer y jefe de la oficina personal del Ejército. Murió a causa de las heridas recibidas.
7 Teniente coronel de Estado Mayor, Borgmann, ayudante del Führer. Herido de gravedad.
8 Contraalmirante Von Puttkamer, ayudante de Marina del Führer. Sufrió heridas leves.
9 Berger, taquimecanógrafo; murió en el acto.
10 Assman, capitán de navío, oficial del Estado Mayor de la Marina en el Alto Mando de la Wehrmacht.
11 Scherff, general de brigada, comisionado especial del Führer en la sección de Historia Militar del Alto mando de la Wehrmacht. Resultó con heridas leves.
12 General Buhle del Estado Mayor, adjunto al Alto Mando de la Wehrmacht. Herida de escasa consideración.
13 Contraalmirante Voss, adjunto del Alto Mando de la flota en el cuartel general del Führer.
14 Fegelein, gruppenführer de las SS, adjunto de esta arma en el cuartel general del Führer.
15 Teniente coronel de Estado Mayor, Von Below, ayudante del Führer para la Luftwaffe.
16 Günsche hauptsturmführer de la SS, ayudante del Führer.
17 Hagen, taquígrafo.
18 Teniente coronel de Estado Mayor, Von John, ayudante de Keitel.
19 Büchs, comandante de Estado Mayor, ayudante de Jodl.
20 Waizenegger, teniente coronel del Estado Mayor, ayudante de Keitel.
21 Von Sonnleithner, adjunto del Ministerio de Asuntos Exteriores en el cuartel general del Führer.
22 General Warlimont, segundo jefe del Estado Mayor de la Wehrmacht.
23 Capitán general Jodl, jefe del Estado Mayor de la Wehrmacht; levemente herido.
24 Mariscal Keitel, jefe del Alto Mando de la Wehrmacht.

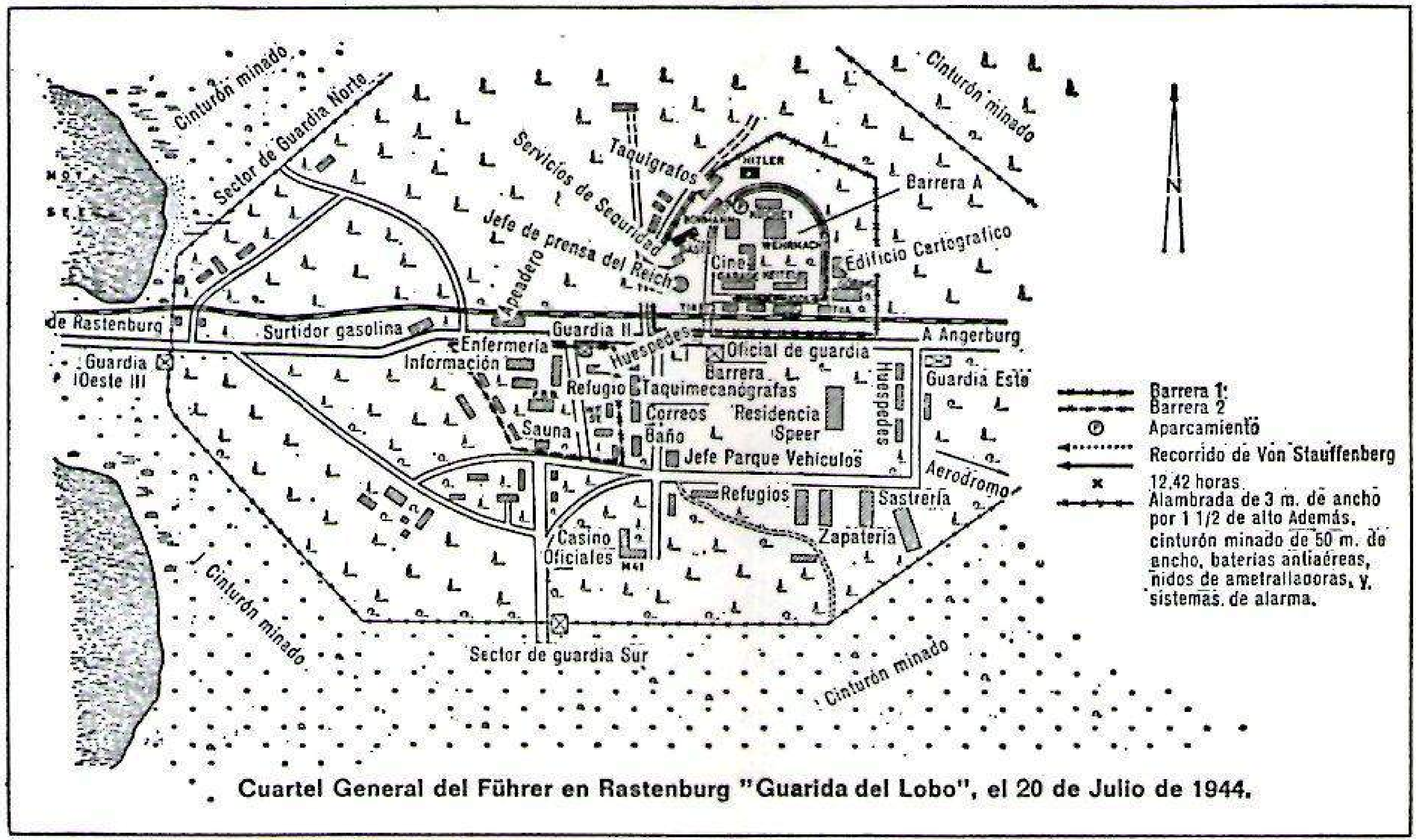
Después de que Hitler no hubiese resultado muerto por la bomba de Stauffenberg en el cuartel general del Führer (arriba: distribución de los participantes; derecha abajo: plano general), los conjurados no consiguieron hacerse con el poder en Berlín (derecha arriba).

BERLIN, 20 de Julio de 1944.

1. Sede del Jefe Superior de las SS, y Oficina de Personal de las SS.
2. Central SS.
3. Servicios de Seguridad SS.
4. Editora Alemana (V.B.)
5. Cancillería
6. Lugarteniente del Führer
7. Ministerio de Educación Popular y Propaganda
8. Ministerio del interior
9. Jefatura SA (OSAF)
10. Gobierno Civil de Berlín
11. Ministerio de Asuntos Exteriores
12. Comandante Militar de Berlín. (General de División, Von Hase)
13. Jefatura de Policía
14. Alto Mando del Ejército, Bendlerstrasse
15. Batallón de la Guardia "Grossdeutschland"
16. Edificio del Reichstag
17. Puerta de Brandeburgo

Distrito Gubernamental

Alt-Moabit, Invalidenstr., Lehrter Bhf., Königs-Pl., Bhf. Friedrichstr., Bhf. Alex.-Pl., Alexander-Pl., Alexanderstr., Königstr., Unter den Linden, Friedrichstr., Wilhelmstr., Leipziger Str., Ost-West-Achse, Nord-Süd-Achse, Hermann-Göring-Str., Tiergarten, Tiergartenstr., Gr. Stern, Potsd. Pl., Potsd. Bhf., Potsdamer Str., Saarlandstr., Anhalter Bhf., Bendlerstr., Lützow-Pl., Nollendorf-Pl., Belle Alliance-Pl.



Cuartel General del Führer en Rastenburg "Guarida del Lobo", el 20 de Julio de 1944.

Fromm montó en cólera. El propio Olbricht le había manifestado que no era necesario poner en marcha el plan. El capitán general descargó un formidable puñetazo sobre la mesa.

—¡Esto es insubordinación! ¿Qué significa eso de «nosotros»? ¿De quiénes se trata? ¿Quiénes han dado la orden?

A Olbricht le faltó valor para hablar claro.

—Mi jefe de Estado Mayor, el coronel Mertz von Quirnheim...

—¡Que se presente a mí de inmediato! —tronó Fromm. Comenzó a pasear a grandes zancadas, mirando a Stauffenberg de vez en cuando, quien no perdía la compostura. En ese momento apareció Olbricht trayendo al coronel Mertz von Quirnheim, el cual se cuadró en presencia del capitán general.

—¿Usted ha dado orden, sin consultarme, de iniciar el Plan Valkiria?

—Sí.

Fromm dio un respingo.

—Pues queda arrestado, Mertz. Ya se le informará el motivo.

Al parecer, Fromm no se había dado cuenta de que no se trataba de una falta de disciplina, sino de un golpe de Estado, aun cuando estaba enterado de los preparativos desde hacía tiempo.

Stauffenberg se aclaró la garganta antes de hablar y poner fin al dramático forcejeo:

—Mi capitán general, Hitler ha muerto. Yo fui quien colocó la bomba en la sala de conferencias.

Las palabras del coronel causaron tremendo efecto. Fromm miró a su jefe de Estado Mayor con una expresión mezcla de pasmo e incredulidad. Nadie despegó los labios durante unos minutos que parecieron interminables. Por fin, el capitán general Fromm quebró el silencio.

—Conde Stauffenberg, su atentado no ha tenido éxito. Será mejor que se pegue un tiro.

Stauffenberg esbozó una sonrisa despreciativa.

—Eso no lo haría jamás...

—Capitán general —terció Olbricht—, ha llegado el momento de obrar. Si no lo hacemos, Alemania se hundirá para siempre.

—¿También está involucrado en esto, Olbricht?

—Sí —exclamó el interpelado. Y añadió:— Pero sólo estoy al borde del círculo que se hará cargo del poder.

Fromm se irguió.

—Entonces dense los tres por presos.

Olbricht sorprendió a los presentes al intervenir de un modo tajante:

—Usted no puede hacer eso. Se ha equivocado de términos: Somos nosotros quienes lo arrestamos a usted, capitán general.

Hubo un leve conato de pelea, pero los conspiradores, ayudados por dos jóvenes oficiales que acudieron al oír el estrépito, acabaron por salir victoriosos.

Fromm fue conducido a la pieza contigua, hasta que al fin se le autorizó a trasladarse a su apartamento, sito en el mismo edificio. Dio palabra de honor de que no intentaría fugarse.

Mientras tanto, Stauffenberg estaba en todas partes y en ninguna. Iba de una a otra oficina dando órdenes y haciendo llamadas telefónicas. Beck y Gisevius también iban de un lado para otro. Beck todavía se mostraba vacilante acerca de si su decisión había sido acertada. Por fin dijo algo que valía la pena:

—Por cierto, ¿dónde está el mariscal von Witzleben?

En realidad, era Witzleben quien había de dirigirlo todo, en calidad de nuevo jefe supremo de la Wehrmacht. Se le llamó a su domicilio, pero allí los informaron de que el mariscal había salido hacia Zossen, sede del Alto Mando de la Wehrmacht.

Beck, el estudioso, sereno y circunspecto, perdió los estribos en esta ocasión.

—¿Qué ha ido a hacer en Zossen? ¡Aquí en la Bendlerstrasse es donde está su puesto! ¡Traigan en seguida al mariscal!

Todos intervinieron en actitud conciliadora, y Beck recobró la calma en poco tiempo. Volvía a actuar cual corresponde a un jefe de Estado, a quien los mariscales le están subordinados. Beck llamó por teléfono a otro mariscal, mucho más importante que Witzleben: al comandante en jefe del Frente Occidental, mariscal Hans-Günther von Kluge.

En París, el teniente coronel Von Hofacker informó a todos los conspiradores de la llamada de su primo Stauffenberg. Aparte esto, el coronel Finckh, jefe de Intendencia en el Frente Occidental, recibió una llamada de la oficina del intendente general en Zossen, general Wagner: «El ejercicio está en marcha. Repito: El ejercicio está en marcha.» Con ello, Finckh tomó asimismo las medidas oportunas.

La central de los conspiradores en París era el hotel Majestic, residencia del comandante en Francia, general Heinrich von Stülpnagel. En París las cosas marchaban bastante mejor que en Berlín. Stülpnagel convocó urgentemente a su jefe de Estado Mayor, coronel Von Linstow; al jefe de los Servicios de Transmisiones en Francia, general Oberhäuser; al jefe de la administración militar; al director general, doctor Michel; al comandante de París, general Von Boineburg-Lengsfeld, a su jefe de Estado Mayor, coronel Von Unger, y al jefe del regimiento de seguridad, teniente coronel Kräwel.

Stülpnagel había tomado la decisión de intervenir, y sabía además que podía confiar en sus subordinados. En la conferencia pasó por alto los detalles, de sobra conocidos por todos los presentes.

—En Berlín, la Gestapo ha iniciado un alzamiento —comenzó el general—. El Führer ha sufrido un atentado, y la Wehrmacht se ha hecho cargo de la situación en el Reich.

Stülpnagel hizo una leve pausa. Los reunidos guardaban silencio; todos conocían la verdad de lo sucedido. Stülpnagel prosiguió:

—Hay que arrestar inmediatamente a los funcionarios del Servicio de Seguridad y al mando de las SS. Hagan uso de las armas en caso de resistencia.

Sobre un plano de la capital francesa, el general señaló todos los centros del Servicio de Seguridad, de la Gestapo y de las SS, con indicación de personal y armamento.

—¿Entendido? —preguntó el general.

—Sí —contestaron todos a coro.

La revolución alemana en París no resultó difícil; era una «revolución desde arriba», y la maquinaria se había puesto en funcionamiento.

Eran las seis en punto. El general Von Stülpnagel recibió una llamada de Berlín, de parte del capitán general Fromm, según se le informó. Al ponerse al oído el auricular, Stülpnagel oyó la voz de Beck, quien había sido el inmediato superior de Stülpnagel durante varios años.

—¿Ya sabe los últimos acontecimientos? —inquirió Beck.

—Naturalmente.

—Bien. En tal caso debo preguntarle si está conmigo.

—Mi capitán general —dijo Stülpnagel—, he estado aguardando este momento desde hace mucho tiempo. He dado orden de prender a los elementos del Servicio de Seguridad. A no tardar, habrán sido puestos todos a buen recaudo. Aquí, las tropas y sus mandos son de entera confianza.

Beck se mostró tan franco con Stülpnagel como lo fuera con Helldorf. Manifestó que no existía la certeza de que Hitler hubiese muerto; en realidad, todavía no estaba bien claro lo ocurrido en el cuartel general. Había que esperar algunas dificultades. Y concluyó con estas palabras:

—Venga lo que viniere, Stülpnagel, la suerte está echada. No nos queda otra solución que seguir adelante.

—Para eso estoy aquí —replicó Stülpnagel con entusiasmo. Todavía Beck formuló otra cuestión:

—¿Qué opina usted que hará Kluge?

Stülpnagel no estaba en condiciones de responder.

—Lo mejor será que hable usted con él, mi capitán general. Voy a cortar y haré que le pongan con el cuartel general de Kluge...

Stülpnagel se encargó de que Beck obtuviera la comunicación con el cuartel de Kluge en St. Germain, y de allí al puesto de mando en La Roche-Guyon, el mismo lugar en que Rommel y Kluge debían arrestar a Hitler.

Seguidamente, Stülpnagel recibió una llamada del cuartel general de Kluge. El general doctor Speidel estaba al aparato.

—El mariscal ruega al general que asista con su jefe de Estado Mayor a una importante conferencia que tendrá lugar en el puesto de mando, a las 20 horas.

La reunión convocada por el mariscal Kluge era consecuencia directa de la comunicación Beck-Kluge, establecida poco antes por Stülpnagel.

El mariscal Kluge sabía ya que se había realizado el atentado contra Hitler; ésa era la condición previa para un golpe de Estado. El doctor Speidel le había comunicado no hacía mucho que los británicos se disponían a lanzar una ofensiva de gran estilo en el sector de Caen, donde habían concentrado cuatro nuevas divisiones de infantería, tres divisiones blindadas y tres brigadas de carros de combate. No cabía duda de que los aliados preparaban una operación de envergadura.

Y ahora recibía Kluge una llamada de París, «de parte del capitán general Fromm», pero reconoció inmediatamente la voz de Beck, aunque éste no citó su nombre.

Beck le informó de las medidas tomadas en Berlín —ignoraba que todo marchaba con bastante retraso—; ya sólo faltaba pasar a la acción.

—Kluge, dé usted la señal en el Oeste para el levantamiento general, con objeto de coordinarlo con el de Berlín.

Kluge no se pronunció en ningún sentido; quería saber más detalles. Justamente en aquel momento, un oficial de servicio le llevó un parte: era la noticia oficial, difundida por la radio a las 18,28 horas, del atentado de que había sido objeto el Führer, el cual salió prácticamente ileso. La noticia constituía una excelente coartada para Kluge, afirmándose en su postura de no decidirse.

—¿No cree que esto no tiene importancia —prosiguió Beck, aludiendo al atentado frustrado—, si estamos decididos a actuar?

—Sí, pero...

—Kluge, respóndame con sinceridad: ¿Aprueba la acción y está de mi parte?

Kluge titubeó. Como jefe responsable en el Oeste estaba impuesto de la situación. Beck intentó pulsar el resorte del honor:

—Para que no haya ninguna duda, Kluge, le recuerdo nuestras últimas conversaciones y acuerdos. Yo le pregunto: ¿Me apoya sin ninguna reserva?

El mariscal Kluge sintióse incómodo ante la insistencia de Beck.

—Por supuesto, mas la situación actual me obliga a consultar con mis colaboradores. Ya le llamaré dentro de media hora...

Pero el mariscal nunca efectuaría la llamada.

El antiguo jefe de Estado Mayor Beck, que ni siquiera por unas horas intentó ejercer las funciones de primer magistrado, continuaba confiando en la palabra de Kluge. Seguidamente pidió comunicación con el comandante en jefe de Bélgica y norte de Francia, general Von Falkenhausen. Debido a los ruidos parásitos, creyó que le hablaba el capitán general Fromm. Lo único que pudo percibir con claridad fue esto:

—El Führer ha muerto. Todo lo que se diga en contra es falso.

Falkenhausen había escuchado la noticia por la radio, de modo que alzó la voz para superar los ruidos:

—Pues yo he oído decir lo contrario.

—¡Eso no es cierto! —gritó el supuesto capitán general Fromm.
—¿Lo sabe Kluge? —preguntó Falkenhausen.
—Sí. Acabo de hablar con él. ¿Alguna otra cuestión?

Falkenhausen no pudo preguntar nada más, porque se cortó la comunicación. De todos modos, pensaba llamar al mariscal Kluge, quien pocos días antes, concretamente el 9 de julio, le había indicado la conveniencia de hacer algo contra Hitler. Incluso había rechazado la insinuación de Falkenhausen de que tal vez fuese demasiado tarde. Falkenhausen se había referido también a Beck como posible colaborador, manifestándole Kluge que debía saber más detalles, y que ya diría algo lo antes posible. Falkenhausen esperó en vano nuevas noticias del mariscal Von Kluge.

Mientras tanto, el general Von Stülpnagel y el teniente coronel Von Hofacker se dirigieron hacia el cuartel general de Kluge. En París se había iniciado la ocupación de los centros del Servicio de Seguridad y de las SS.

En Berlín, los conspiradores habían arrestado al capitán general Fromm y a unos cuantos militares más. Entre ellos se contaba al general Kortzfleisch, jefe del distrito militar de Berlín, y uno de los hombres más importantes para el proyectado golpe de Estado. Beck le había mandado llamar y él había obedecido, a sabiendas de que Beck no estaba ya en activo.

Beck no logró convencer a Kortzfleisch de la necesidad de un pronunciamiento; al contrario, el jefe del distrito militar berlinés montó en cólera al enterarse de la «traición» fraguada. «¿Ha olvidado el juramento que todos hemos prestado?»

Skozoll: El 20 de julio en Viena

«Pasé los últimos días revisando el estado de los preparativos. Desde hacía meses íbamos de una guarnición a otra, para ver qué tal andaban los trabajos relativos a la Operación Valkiria; oficialmente se encubrían estas actividades bajo el nombre de «movilización del ejército patrio contra la agitación y fuerzas paracaidistas», plan concebido por Stauffenberg que, en pocas horas, habría de arrebatar a Hitler el control de la situación. Los que participaron en la magna tarea pueden soportar con toda calma las críticas que, incluso en la actualidad, al cabo de tantos años, se les dirigen. Preguntado acerca de su plan, Stauffenberg manifestó en Berlín: «Funcionará con todo orden.»

»...Se cerraron con estrépito las grandes puertas metálicas del antiguo edificio del Ministerio de la Guerra en Stubenring. El jefe de la guardia mandó distribuir abundante munición y granadas de mano. Tenía ante mí la copia de un telegrama que apenas hacía media hora se acababa de recibir, procedente de la Bendlerstrasse de Berlín, sede de la rebelión, dirigido al jefe de la 17.ª región. Este telegrama y otro que se recibió posteriormente decían poco más o menos lo mismo: El Führer Adolf Hitler ha muerto. Una camarilla de jerarcas del partido había decidido hacerse cargo del poder, aprovechando la situación en el frente. En esta hora decisiva, el Gobierno declaró el estado de sitio y me encargó el mando de la Wehrmacht con plenos poderes. Se dictaron inmediatamente las siguientes órdenes: «Los funcionarios políticos, hasta jefe de distrito, serán desposeídos de sus cargos y arrestados; los restantes continuarán desempeñando sus respectivos cometidos. El arma de las SS será separada del Ejército. Se ocuparán los campos de concentración y se procederá a la inmediata liberación de los internados políticos. Las medidas anteriormente indicadas se llevarán a efecto sin derramamiento de sangre, siempre que ello sea posible. No se tolerarán actos de venganza; la población debe evitar caer en los mismos métodos utilizados por el régimen nacionalsocialista.» Estas órdenes venían firmadas por el comandante supremo de la Wehrmacht, mariscal Witzleben.

»En menos de una hora alerté a las guarniciones de las zonas norte y sur del país; no tardaron en llegar las respuestas de que todo estaba en orden. Por el momento, la hidra policéfala del partido y los centros de las SS ignoraban lo que se estaba tramando. En las oficinas del general en jefe y del jefe del Estado Mayor se iniciaron los preparativos para detener a los principales funcionarios del partido, a quienes se convocaría a una reunión con cualquier pretexto. A fin de evitar posibles recelos, volvieron a abrirse las grandes puertas de hierro, y no tardó en aparecer el primero de los lujosos automóviles del partido, llevando al gauleiter *Frauenfeld, experto en propaganda. Se había dado a la guardia las instrucciones siguientes: «No se permitirá la salida del edificio a aquellas personas que no vistan el uniforme de la Wehrmacht. Caso de que se nieguen, deberá procederse a su detención, y se hará uso de las armas en caso de resistencia.»*

»A la llegada del siguiente vehículo, que conducía al gauleiter *Scharitzer y a dos ayudantes, armados con pistolas, ya se notó que la hidra había salido de su letargo. El chófer del automóvil se negó a entrar en el patio, y en los semblantes de los recién llegados se reflejaba cierta tensión. La radio había dado la noticia de que se había cometido un atentado contra la vida de Hitler, aunque sin éxito. Poco después se recibía un nuevo telegrama confidencial de Berlín: «Es falsa la noticia difundida por la radio de que Hitler está*

Beck ordenó que lo encerraran en una de las oficinas, apostando un par de hombres a la puerta.

Olbricht se puso al habla con el inspector general de enseñanza militar en Döberitz, de quien dependían las academias para oficiales y suboficiales. También éste era un elemento importante para el golpe de Estado. Se trataba del general Specht, antiguo amigo de Olbricht. Cuando lo emplazó a presentarse inmediatamente en la Bendlerstrasse, Specht al principio se negó.

—¿Para qué? —preguntó—. ¿Qué sucede ahí? ¿Acaso se quema algo? Evítame la molestia, pues sabes que le tengo un poco de manía a ese antro de la Bendlerstrasse.

El tono de Olbricht tornóse serio:

—General, hay que tomar decisiones de extrema trascendencia. Le ruego que se traslade a Berlín sin demora y se presente al capitán general Fromm.

Specht se quedó como si le hubiesen hablado en chino. Al salir de su despacho tropezó casualmente con el general Kunze, jefe de instrucción general de la Wehrmacht, a quien rogó que le acompañara a Berlín.

Ambos generales se presentaron en el antedespacho del capitán general Fromm. Un ordenanza les rogó que tuvieran la bondad de esperar. Nadie parecía hacerles el menor caso. Observaron una febril actividad en torno suyo, signo evidente de que algo se preparaba. La espera se les estaba haciendo interminable; a través de la puerta cerrada del despacho de Fromm les llegaban las voces de una acalorada discusión.

Specht y Kunze se levantaron. El primero dio unos golpes en la puerta, que abrió sin que le invitaran a pasar. Había varios militares en torno a la mesa, que ocultaban a otro sentado frente a

---

vivo. Hitler ha muerto víctima de un atentado. Firmado, Stauffenberg.» Mientras tanto, seguían llegando los automóviles, uno detrás de otro. Compareció asimismo el general de las SS, Querner, jefe del sector Danubio, acompañado de Gotzmann, jefe de la policía. Todos fueron conducidos a un salón privado, donde se los vigilaba atentamente. A una llamada de Berlín, se les quitaron las armas. Querner y Gotzmann se mostraron dispuestos a colaborar con los que asumieran el poder. En Wiener-Neustadt, St. Pölten y otros puntos se ocuparon las oficinas de Correos y las estaciones ferroviarias. Nada sabíamos aún de Remer, ni de si el atentado había tenido éxito, ni tampoco de las llamadas telefónicas al cuartel general del Führer. Todos nos sentíamos inquietos, puesto que, de acuerdo con el plan trazado, no había tiempo que perder.

»Nos sentíamos seguros ante la posibilidad de asestar el primer golpe, sacando el máximo partido del factor sorpresa. De Berlín llegó un nuevo telegrama: «Como delegados políticos en ese distrito han sido nombrados Reither, Seitz y Marogna-Redtwitz.»

»Dispuse la disolución de las SS y de las unidades de las mismas incorporadas a la Wehrmacht, y que se hicieran cargo de la administración los elementos designados al efecto, todos antinazis, entre ellos Reither, Seitz, ex alcalde, y el conde Marogna, jefe del servicio de información militar en el distrito, y pariente de Stauffenberg. Para poner esta orden a la firma, me trasladé al despacho contiguo, donde Scharitzer estuvo detenido. La puerta se hallaba abierta y la pieza vacía. De la sala de juntas del Estado Mayor llegaba un fuerte rumor de voces. Allí estaban frente a frente vigilantes y detenidos, con el ánimo que es de suponer, cada uno según el cambio tan súbitamente operado en la situación.

»—Todo sigue como antes —dijo un teniente coronel, que había custodiado a Scharitzer—. Keitel ha llamado personalmente desde el cuartel general del Führer. Hitler sigue con vida; los de Berlín querían llevar a cabo un pronunciamiento y adueñarse de la situación.

»Me quedé como si me hubieran golpeado la cabeza. ¿Cómo era posible que Keitel hubiese reaccionado con tanta rapidez? Todavía no consideré que todo se había perdido. Muchas veces, en plena confusión, se tienen momentos de lucidez. Me dirigí al aparato y pedí comunicación con Berlín.

»—Con el coronel Stauffenberg, por favor... ¿Es usted? —El sonido de su voz me pareció muy extraño—. Ha habido una llamada de Keitel, y la acción en Viena se ha paralizado. Esebeck —el general que sustituyó al también general Schubert— ha mudado de opinión. De todas maneras, la Operación Valkiria está a punto de ponerse en marcha. La situación es confusa. Ruego envíen instrucciones...

Hubo unos instantes de silencio, y luego volví a escuchar la voz de Stauffenberg, que me pareció fatigosa.

»—No creo que por eso se vayan a desmayar.

»Dicho esto se cortó la comunicación. Al regresar a mi despacho, pensando todavía en lo que convendría hacer, uno de los jefes de la Gestapo detenido recibió permiso de uno de sus «guardianes» para hacer uso del teléfono.

»—¿Morzinplatz? ¿Sí? ¡Vamos, hay que actuar con rapidez!

»La hidra había despertado con toda su tremenda energía. Aquella misma noche fueron detenidos cientos de miembros de la resistencia, a los que siguieron otros muchos.»

(Karl Skozoll. Resumen de varios artículos publicados en "Die Presse", entre el 31 de enero y 7 de febrero de 1948)

ella. Specht reconoció a su amigo Olbricht, a su jefe de Estado Mayor, coronel Mertz von Quirnheim, y al jefe del Estado Mayor de Fromm, coronel Von Stauffenberg. Los demás le eran desconocidos.

Specht anunció que el general Olbricht le había citado para una entrevista con el capitán general Fromm.

Todos los presentes se volvieron para mirar a los recién llegados, y fue entonces cuando Specht pudo ver a la persona que ocupaba el escritorio de Fromm. Vestía de paisano: chaqueta de paño con botones de hueso y camisa verde.

El hombre, a quien Specht y Kunze desconocían, se levantó y fue al encuentro de ambos. Primeramente tendió la mano a Specht.

—Me alegro mucho de verlos, caballeros. Por desdicha, el capitán general Fromm no ha podido venir a la reunión, pero yo me he hecho cargo del asunto y los orientaré sobre el particular a fin de contar con su cooperación.

El general Specht no estrechó la mano del desconocido. «Ciertamente, aquí parece que sucede algo muy raro —pensó—. ¿Un individuo de paisano ocupando la mesa del jefe supremo de la Reserva? Y por si fuera poco, lo que había dicho: "...pero yo me he hecho cargo del asunto."»

—¿Se puede saber quién es usted? No le conozco en absoluto —dijo Specht en actitud reservada.

—Soy el capitán general Hoepner —manifestó el hombre en traje civil, sin retirar la mano tendida en ademán de saludar.

El general Specht comenzó a entender. Ahora reconoció a Hoepner... y sospechó lo que sucedía. Vaciló unos instantes y dijo en tono brusco:

—No conozco a ningún capitán general con ese nombre. Había uno, pero ha quedado reducido a simple soldado.

Hoepner dejó caer la mano. Su rostro adquirió una expresión sombría. El general Specht continuó antes de darle tiempo para intervenir:

—¿Se puede saber qué hace usted aquí? Si no recuerdo mal, fue expulsado de la Wehrmacht. ¿Qué busca en este lugar?

El silencio era terrible, denso, sofocante. Nadie osaba moverse. Hoepner estaba como petrificado, con el rostro descolorido y los labios apretados. La referencia a su separación de la Wehrmacht parecía haberlo inmovilizado.

La tensión fue al fin rota por el general Specht, quien se dirigió al colega que le había acompañado:

—Vámonos, Kunze; aquí no se nos ha perdido nada.

Nadie hizo ademán de detenerlos; Olbricht vio marchar a su amigo junto con su colega sin pronunciar palabra. Parecieron olvidar que ambos podían revelar que allí se tramaba un golpe de Estado; porque en el edificio de la Bendlerstrasse nadie sabía que un grupo de hombres se aprestaba al asalto del poder.

El próximo visitante aportó una prueba de que en el bando contrario reinaba todavía la indecisión. Un hombre apareció en la antesala del despacho de Stauffenberg sin hacerse anunciar. Mientras, el coronel se hallaba ocupadísimo con el teléfono, a veces con varios aparatos a la vez.

Stauffenberg rogaba a uno de sus antiguos camaradas que le ayudase; en otro teléfono hablaba con un jefe de Estado Mayor; en un tercero pedía a su interlocutor que se definiera.

«¿Puedo entonces contar con usted...? Naturalmente que lo sé... No, escuche; el Führer ha muerto... Tonterías: el mariscal Kluge miente... Sí, un levantamiento de la Gestapo... Sí, han atentado contra la vida del Führer... La Gestapo intenta tomar las riendas del poder... Hay que detener sin tardanza a los miembros del SD y a los jefes del partido...» A un viejo amigo le habló en estos términos: «¡Pero si he visto con mis propios ojos volar en pedazos la sala de conferencias! ¡Te digo que Hitler ha muerto!» A un general le manifestó con voz firme: «Le invito a cumplir con lo ordenado por el capitán general Fromm. La Wehrmacht debe asumir el poder...»

Al terminar esta conversación, se abrió la puerta del despacho de Stauffenberg, enmarcando a un alto jefe de las SS, de elevada talla y poderosos hombros, acompañado de un ayudante y dos individuos de paisano, agentes de policía, según se averiguó posteriormente.

—*Heil Hitler!* —saludó el hombre—. Busco al coronel conde Von Stauffenberg...

Las miradas un tanto asustadas de los presentes convergieron en el coronel. ¿Sería aquello el fin? ¿Irían a arrestar al ejecutor del atentado?

Stauffenberg respondió con voz serena:

—Soy yo. Usted dirá...

—*Oberführer* Piffrader —se presentó el individuo de uniforme gris—. Vengo de la Oficina Central de Seguridad... He de hacerle algunas preguntas, coronel.

—Estoy a su disposición —dijo Stauffenberg.

Salió con el jefe de las SS y le hizo pasar a una estancia donde había un par de jóvenes oficiales armados de metralleta.

Stauffenberg regresó al instante. Mandó desarmar a Piffrader y a sus acompañantes y los mandó retener bajo custodia. Piffrader tenía la misión de exigir a Stauffenberg que justificara el motivo de su repentina salida del cuartel general del Führer. No estaban seguros, pues, en las altas esferas de que Stauffenberg fuese el autor del atentado, y mucho menos de que estuviese tan comprometido en un golpe de Estado planeado desde hacía mucho tiempo. Eso infundió nuevos ánimos a los conspiradores, reportándoles además una ventaja de la que no sacarían partido, toda vez que se titubeó demasiado en poner en acción la Operación Valkiria.

Hoepner se había puesto, entretanto, un uniforme con galones de oro y grana, tres estrellas doradas y hombreras con las insignias de capitán general. Era el uniforme de Beck, el cual vestiría de paisano, a fin de no dar la impresión de que se trataba de una conspiración puramente militar. Un

joven oficial, el capitán Hans Fritzsche, le ayudó a ponerse el uniforme. En la actualidad, el doctor Fritzsche es jefe de sección a las órdenes directas del presidente del Bundestag, Eugen Gerstenmaier, presente en la Bendlerstrasse el 20 de julio. Había pertenecido asimismo al círculo Kreisau del conde Moltke.

Poco después, los conspiradores practicaban otra detención: la del coronel Glaesemer, comandante de la escuela de tropas blindadas Krampnitz. Sus tanques debían constituir la espina dorsal de la rebelión armada. Pero se mostraba reacio a colaborar. Antes de ser detenido, logró avisar a su ayudante para que diera en su nombre la orden de regreso a los carros que avanzaban sobre Berlín. Resulta un tanto extraño que arrestaran a Glaesemer dejando salir tranquilamente al ayudante. Los generales Specht y Kunze tampoco abandonaron en seguida la Bendlerstrasse; también, sin que nadie los molestara, se dirigieron al apartamento del capitán general Fromm para recabar sus órdenes. No recibieron ninguna; Fromm sentíase completamente anonadado por los acontecimientos.

Specht y Kunze ya estaban al corriente de la situación. No obstante haberse entrevistado con Fromm, salieron del edificio sin ninguna clase de impedimento; una vez fuera, se pusieron al habla con el mariscal Keitel, presente todavía en la «guarida del lobo».

La gran decisión vino por fin a través de dos militares que no se conocían. Uno del escalafón inferior: teniente; el otro, en el más elevado: mariscal. El primero, era el teniente Hagen; el segundo, el mariscal Von Kluge.

El doctor Hagen había sido colaborador de Goebbels en el Ministerio de Propaganda. Desde hacía algún tiempo estaba dispensado de sus deberes de oficial, por hallarse al servicio del *reichsleiter* Martin Bormann, jefe de la cancillería de Hitler y considerado como la «eminencia gris» del Tercer Reich, quien escribía una historia de la literatura de orientación nazi.

Una vez al mes el teniente se trasladaba de Bayreuth a Berlín, donde pronunciaba unas conferencias sobre temas políticos ante los miembros del batallón de escolta Grossdeutschland. Ostentaba un cargo denominado «oficial de enlace del batallón de escolta Grossdeutschland con el Ministerio de Educación Popular y Propaganda», con su correspondiente remuneración. Precisamente ese jueves el doctor Hagen se trasladaba a Berlín-Döberitz, donde le esperaba el batallón. Es difícil imaginar lo que habría sucedido si este insignificante funcionario nazi no hubiese acudido a Berlín, como hacía regularmente una vez al mes, a dar su acostumbrada conferencia.

Y el motivo de la intervención del doctor Hagen fue harto singular: se basaba nada menos que en una alucinación. Camino de Berlín creyó ver al mariscal Von Brauchitsch, retirado ya del servicio activo, con uniforme de gala y montado en un coche oficial.

El doctor Hagen habló en primer término a los oficiales y suboficiales del batallón de escolta —en realidad disponía de efectivos a escala regional—, entre las tres y las cuatro de la tarde. Se refirió a la situación del momento y a temas del mando nacionalsocialista.

Después, el doctor Hagen aceptó la invitación del jefe del batallón y se trasladó a la residencia oficial de éste, donde departieron en amigable camaradería.

Al poco rato compareció el teniente Siebert, ayudante del jefe del batallón, y anunció que se había dado la orden de iniciar la Operación Valkiria. El comandante del batallón encargó a su ayudante que dispusiera lo necesario a fin de que la unidad estuviese lista para la acción. Según el plan de dicha operación, lo primero que debía hacerse era alertar al teniente general Von Hase, comandante militar de la plaza.

El jefe del batallón regresó al cabo de media hora, pálido como la cera. Eran las 16,45.

—Se ha perpetrado un atentado contra el Führer —explicó al doctor Hagen, su huésped habitual de todos los meses—. Y la Wehrmacht se dispone a tomar en sus manos las riendas del poder.

El jefe del batallón, su ayudante y el huésped se encaminaron al local donde el primero debía pronunciar la conferencia de ritual. Durante la misma, el teniente Hagen volvió a cavilar sobre lo que creía haber visto. El mariscal en uniforme de gala y luego la frase: «...la Wehrmacht se dispone a tomar en sus manos las riendas del poder.» ¿No tendría esto alguna relación?

Expuso sus presentimientos a algunos de los circunstantes, manifestando que con toda seguridad se trataba de un pronunciamiento.

Cuando terminó la conferencia y las distintas compañías partieron a sus respectivos alojamientos en el centro de la capital, el teniente Hagen llamó aparte al comandante y le hizo partícipe de sus recelos.

Posteriormente, ambos declararían lo mismo ante la llamada «Comisión extraordinaria 20 de julio», organizada por la Oficina Central de Seguridad del Reich: El comandante, gracias a que el teniente Hagen le había llamado la atención sobre lo que sucedía, pudo desenmascarar a la «camarilla de traidores» y con ello impedir que consumaran sus propósitos.

Resulta que dicho comandante era, sin saberlo, una pieza indispensable para el buen éxito de la sublevación. Era un hombre que había mostrado sobradamente su valía en el frente de combate, y los conspiradores confiaban en él.

En la Bendlerstrasse se preguntaban inquietos dónde estaría el comandante.

El comandante, al mando de su batallón —que de hecho era un regimiento completo dotado de abundantísimo material—, pondría sitio a los ministerios y arrestaría a los jefes nazis. Pero ¿dónde se encontraban el batallón y su comandante?

Muchas cosas se le han reprochado al coronel Stauffenberg, si bien disculpables en su mayoría.

Una sola censura queda en pie: En sus planes no tuvo en cuenta la personalidad del comandante del batallón de la guardia berlinesa, aunque por su rango pareciera poco importante en realidad.

Poco antes de la jornada decisiva se le había dicho a Stauffenberg: «¿De manera que todo depende del batallón de la guardia? ¿Seguro que se pondrá de nuestra parte?» A lo que respondió el coronel: «Son verdaderos soldados que no dejan una orden sin cumplir. Todos los jefes de compañía ostentan la Cruz de Hierro, y el comandante las hojas de roble.»

Stauffenberg tenía razón en parte, pero se le había pasado por alto un detalle. Este comandante había recibido las hojas de roble de la Cruz de Hierro de propia mano del Führer, quien en el momento de la imposición le había dirigido palabras laudatorias, y por tal motivo sentíase doblemente adicto. Por añadidura, el comandante portaba asimismo el emblema de oro de las Juventudes Hitlerianas... y se encontraba con él Hagen, fanático nacionalsocialista. En realidad, lo eran todos los componentes del batallón. El comandante había recibido del jefe de la plaza, teniente general Von Hase, la orden de acordonar el distrito donde estaban ubicados los más importantes edificios oficiales, sin permitir que nadie entrara o saliera de ellos, a menos que se hallase en posesión de un permiso especial emitido por el comandante de la plaza o por la Bendlerstrasse.

Por eso nada de lo que le dijera el teniente Hagen podía incomodar al comandante. Lo único que le preocupaba era lo que Hagen dijo haber visto en la ciudad. Al presentarse por segunda vez a recibir órdenes del comandante de la plaza, experimentó la leve sombra de una duda.

Sin embargo, había un hombre mucho más importante que el jefe del batallón de la guardia, que hacía tiempo estaba de parte de los conspiradores: el coronel Friedrich Wilhelm Heinz, el cual declaró una vez terminada la contienda:

Formación del grupo «05»

Hans Becker, destacado combatiente de la resistencia, escribe sobre el particular:

«Los primeros meses de 1944 fueron de enorme agitación. Nos encontrábamos en plena fiebre organizadora. Los actos de sabotaje seguían a un ritmo tal, que ya no podían pasar inadvertidos a la opinión general. A la explosión de Enzensfeld siguieron varias voladuras de puentes, y en distintas zonas las comunicaciones por carretera quedaron seriamente obstaculizadas. Muchas veces, a falta de cargas explosivas, se provocaban incendios, que producían asimismo un efecto devastador. Los contactos con los aliados continuaban siendo precarios. En casi todos los grupos más activos figuraban especialistas en provocar averías en los conductores de energía eléctrica y en los cables telefónicos.

»La formación de los grupos civiles se simultaneó con el trabajo de infiltración en las filas de la Wehrmacht.

Durante el invierno de 1943-44 se consolidó en Viena una organización que comprendía patrullas militares, la 17.ª Agrupación de Sanidad, 896.° Batallón de fusileros, 134.° Batallón de infantería, 109.ª Sección de Reserva de artillería, 80.ª Sección de Reserva de zapadores y II Batallón de la guarnición. También funcionaba una imprenta clandestina para la falsificación de toda clase de documentos y pases militares. Un grupo de médicos militares cooperaba extendiendo licencias por enfermedad a los miembros de los diversos grupos de resistencia, a fin de que no fuesen enviados al frente. Los desertores recibían pasaportes falsos que les permitían viajar hasta encontrar un refugio seguro.

»Un segundo grupo, que posteriormente se convirtió en civil y tomó la denominación de "Comité nacional austríaco", llevó a cabo sus propias actividades en la zona de la VII Región Aérea. Los austríacos, que en modo alguno eran nacionalsocialistas, reemplazaron a los alemanes en diversas misiones concretas.

»La organización se completó en pocas semanas, y pronto muchos de sus elementos lograron infiltrarse en puestos de mando, de forma que cabía la posibilidad de una resistencia activa.

»Ahora solamente faltaba pasar a la acción. Había que buscar una clave, que no tardó en ser encontrada: 05, 0 de Osterrich (Austria), y el 5, equivalente a la letra e, quinta del alfabeto. A la noche siguiente, este símbolo campeaba en muchas paredes de tres distritos de la capital. Poco después veíase por toda Viena, incluso en la fachada de la sede principal de la Gestapo.»

Fritz Molden, otro destacado combatiente de la resistencia, informa sobre la «oficina de enlace en Suiza», uno de los más importantes centros de la oposición austríaca fuera del país:

«El plan esbozado por mí, seguido luego en sus líneas generales, surgió de las siguientes consideraciones: A fin de activar la actuación de los distintos grupos de resistencia en el interior del país, es necesaria una estrecha colaboración, por lo menos entre los grupos más destacados, además de la existente con los aliados. Mas para que las actividades de nuestros grupos se vean coronadas por el éxito, es preciso que reciban ayuda material (armas, equipos de radio, etcétera) y psicológica (robustecimiento de la propaganda aliada con destino a Austria, etcétera). Por el momento, los aliados no han valorado como se merece el esfuerzo de los grupos de oposición austríacos.

«El 20 de julio era yo jefe de los servicios de patrulla del distrito militar III, que comprendía todo Berlín y sus alrededores. Muchos conocían mis sentimientos y los deseos de hacer algo práctico. Ocupaba, pues, un puesto clave para contribuir a un golpe de Estado, pero nadie me pidió consejo. Cuando el 18 de julio, sospechando lo que se avecinaba, sugerí al general Von Hase que me permitiera disponer del batallón Brandeburgo y del regimiento de la guardia berlinesa, el general miróme con la perplejidad reflejada en el semblante...»

Ahora, el comandante recibió del general Von Hase la orden de ocupar la emisora sita en la Masurenallee, de poner vigilancia en la Bendlerstrasse, de aislar el edificio de la Gestapo y la Oficina Central de Seguridad en la Prinz-Albrecht-Strasse, y de ocupar el Ministerio de Propaganda, arrestando al ministro, doctor Goebbels.

El comandante estableció su puesto de mando en la comandancia de la Puerta de Brandeburgo, Unter den Linden, 1. De allí partieron sus hombres a los puntos señalados. Mientras el jefe del batallón de la guardia hablaba con el comandante de la plaza, el teniente Hagen conversaba con sus colegas Buck y Siebert, del batallón de la guardia.

El visionario Hagen no había permanecido ocioso. Estuvo hablando con Goebbels. El teniente intentó encontrarle primero en el Ministerio de la Wilhelmplatz, donde hoy reside el jefe de Propaganda de Ulbricht, Norden. Hagen se trasladó seguidamente a la residencia de Goebbels, situada en la Hermann-Goering-Strasse, a pocos metros del Ministerio. Esta calle se denomina en la actualidad Stresemannstrasse, y en su parte derecha mandó Ulbricht construir el primer tramo de su muro el 13 de agosto de 1961, que cruza por donde el 20 de julio de 1944 se levantaba la casa de Goebbels, inexistente en nuestros días.

Goebbels recibió al teniente Hagen a las 17,45. Este explicó al ministro de Propaganda que el batallón de la guardia había recibido la orden de

---

»Por lo que hace referencia a mi sector, he aquí los puntos que considero de mayor importancia para lograr los objetivos señalados:

»1. Establecimiento de un buen servicio de información y enlace entre Austria o la zona norte de Italia ocupada por los alemanes, de un lado, y nuestros contactos que ya operan con los aliados en Suiza.

»2. Centralización acelerada de los más importantes grupos de resistencia, bajo un mando común y unas directrices políticas aprobadas por el comité de Viena, una vez refundidas las de los distintos partidos que integran la resistencia, con el propósito de dotar a los combatientes de una cohesión espiritual uniforme...»

El 18 de diciembre de 1944 se constituyó el POEN (Comité Nacional Provisional Austríaco), que reunía a todos los grupos de resistencia austríacos. Tras varias conversaciones entre los principales jefes de la oposición, se llegó al siguiente acuerdo el 3 de marzo de 1945:

«La organización "05" ha decidido integrar los grupos de resistencia austríacos en la entidad denominada POEN. La organización "05" comprende:

»Los grupos activos de la resistencia del partido socialdemócrata austríaco. Los grupos activos de la resistencia de los partidos cristianosocial y cristianodemócrata. Los grupos activos de la resistencia del partido comunista en Viena. Los grupos activos de la resistencia legitimista. Los grupos de resistencia dentro de la policía austríaca. Los grupos de resistencia de las unidades austríacas encuadradas en la Wehrmacht.

»El mando del "05" está directamente subordinado al Comité Nacional Provisional Austríaco. La FFO (Frente de Libertad Austríaco), se ha incorporado al "05".»



Una octavilla de la organización de resistencia austríaca «05», impresas primero en Suiza y después en Austria, especialmente en Viena e Innsbruck.

alerta; que el Führer había sido víctima de un atentado; que él había visto al mariscal Brauchitsch, en uniforme de gala, por las calles de Berlín; que la Wehrmacht intentaba hacerse cargo del poder y que el batallón de la guardia había recibido orden de custodiar los centros oficiales.

Al principio, Goebbels escuchaba al teniente con cierto escepticismo, pero de pronto retumbó en la estancia un fuerte estrépito de motores. El ministro se acercó a la ventana y vio una columna de camiones abarrotados de hombres fuertemente armados, procedentes de la Puerta de Brandeburgo. Uno de los camiones se detuvo y los soldados se dirigieron al otro lado de la calle, donde comenzaban el matorral y la arboleda del Parque Zoológico, para tomar posiciones.

—Increíble, increíble —murmuró Goebbels, escrutando al teniente—. Parece que tiene usted razón. El Führer ha sufrido un atentado, pero ha escapado con heridas de poca consideración. Bueno, ¿qué vamos a hacer ahora?

—Llamar al comandante del batallón —propuso el teniente.

—¿Es persona de confianza? —preguntó Goebbels, receloso.

—En absoluto, señor ministro. ¡Me jugaría el cuello! Lleva las hojas de roble, y es un soldado experto.

Hagen había utilizado las mismas palabras que el general Von Hase y el coronel Stauffenberg al referirse al comandante. Todos coincidían en que era persona de fiar. En realidad, la suerte del golpe de Estado dependía de este comandante. ¿Para quiénes resultaría «persona de fiar»?

Mientras que Hagen se dirigía a la comandancia y hablaba con los tenientes Buck y Siebers, Goebbels solicitaba comunicación con el cuartel general del Führer por la «línea directa». Era el primer jefe nazi sabedor de que no sólo se había producido un atentado, sino de que se preparaba un pronunciamiento. ¡Y eso a las cinco horas de haber explotado la bomba colocada por Stauffenberg!

En el cuartel general del Führer se mostraron sorprendidos. ¿Un golpe de Estado? ¿Asalto al poder por el Ejército?

Pronto llegó la misma noticia por otro conducto. Los generales Specht y Kunze, a quienes los conspiradores no habían tenido la precaución de poner a buen recaudo, establecieron comunicación con el cuartel general del Führer desde el campo de maniobras de Döberitz. Se puso al aparato el mariscal Keitel, y le informaron de lo que habían visto en la Bendlerstrasse.

Keitel acababa de ser informado de la llamada de Goebbels. «¡Magnífico —pensó el mariscal—, así tengo al menos gentes en quien confiar.» Ordenó a los dos generales que se dirigieran inmediatamente a la compañía de escolta SS Adolf Hitler, en Berlín Linchterfelde, y que conjuntamente con los jefes de las SS comenzaran los preparativos para aplastar a los conspiradores.

El jefe del batallón de la guardia había abandonado el despacho del general Von Hase. El teniente Buck le informó de las palabras de Hagen. El comandante podía ir a ver al ministro; el teniente ya estaba con él.

El comandante vaciló. ¿Por qué tenía que ir a hablar con Goebbels? El era soldado, y debía obedecer las órdenes recibidas de sus superiores.

—El Führer no ha muerto, comandante —dijo el teniente Buck—. El teniente Hagen le ruega que vaya a ver al ministro, antes de tomar otras medidas.

El comandante decidió al fin entrevistarse con Goebbels. Pero antes mandó a Buck que tuviera dispuesta una fuerza de choque, y que si en veinte minutos no regresaba de la visita, dicha fuerza fuera enviada a rescatarle y aprehender a Goebbels. A las 18,55, el comandante llegaba al Ministerio de Propaganda.

—*Heil Hitler!* —saludó Goebbels—. ¿Es usted un buen nacionalsocialista, comandante?

¿Cuál es la respuesta lógica de un oficial a un ministro nazi?

—Naturalmente que sí.

—Entonces debo decirle que se está tramando algo horrible en nuestras propias barbas. ¡El Führer no ha muerto! Esta noticia es una patraña ideada por los traidores para tener la posibilidad de hacerse con el poder!

Goebbels se percató de la incertidumbre del militar.

—Señor ministro —contestó el comandante—, debo cumplir las órdenes que he recibido. La noticia de la muerte del Führer es oficial. No puedo desobedecer a mis superiores.

Entonces Goebbels tuvo una excelente idea; se dirigió al teléfono y solicitó la «línea directa» con el cuartel general del Führer, añadiendo que deseaba hablar con el canciller en persona.

El comandante se sentía realmente perplejo. ¿Con el Führer en persona? ¿Con un muerto? Y seguidamente oyó decir a Goebbels:

—*Heil, Führer!* Tengo aquí al jefe del batallón de la guardia Grossdeutschland. Me dice que los conspiradores le han dado la orden de cercar los centros oficiales... Sí, Führer.

Goebbels tendió el auricular al comandante.

—El Führer desea hablar personalmente con usted.

En ese momento, el comandante Otto Ernst Remer hizo su entrada en la Historia. Esta conferencia telefónica significó un giro importante en los turbulentos sucesos de aquellas dramáticas jornadas.

—Aquí el comandante Remer, jefe del batallón de la guardia Grossdeutschland.

—¿Reconoce mi voz, comandante Remer? —preguntó la persona que le hablaba desde el otro extremo de la línea.

¿Quién no recordaba aquel tono inconfundible? Remer se cuadró instintivamente.

—Sí, Führer.

—Comandante Remer, le hablo como jefe supremo de la Wehrmacht y como su Führer. Le ordeno lo siguiente: aplaste sin contemplaciones

todo intento de resistencia. Comandante Remer: queda usted a mis órdenes directas hasta que el *reichsführer* de las SS, Himmler, se traslade a Berlín. Oiga usted, Remer: desde este mismo instante queda ascendido a coronel. Proceda con la mayor energía, coronel Remer. Le concedo plenos poderes para acabar con los conspiradores.

A continuación, Remer y Goebbels bajaron a la calle. El comandante se dirigió a sus soldados:

—¡El Führer vive! ¡Traición, traición! ¡Hemos de salvar a Alemania!

Luego hizo uso de la palabra Goebbels, maestro como siempre de la demagogia:

—La confianza del Führer... El coronel Remer queda directamente subordinado al Führer... El mundo entero está pendiente de vosotros... Sois responsables de la salvación de Alemania y de Europa...

Para terminar, Goebbels levantó el brazo.

—¡Un triple viva para nuestro amado Führer, Adolfo Hitler! *Sieg Heil! Sieg Heil! Sieg Heil!*

Los soldados del batallón de la guardia contestaron con voz estentórea.

Desde aquel momento las fuerzas militares que debían dar el golpe de Estado se volvieron contra los promotores del mismo, convirtiendo el edificio de los conspiradores en la Bendlerstrasse en una fortaleza sitiada.

Media hora antes de que el comandante Remer hablase con Hitler, las emisoras del país difundieron la noticia del atentado. El parte extraordinario fue precedido de *Los preludios*, de Liszt. El consejero ministerial doctor Hans Fritzsche, comentarista jefe de la radiodifusión, leyó personalmente la noticia:

«Se ha atentado contra la vida del Führer con una carga explosiva. A consecuencia del estallido han resultado gravemente lesionados el teniente general Schmundt, el coronel Brandt y el taquígrafo Berger. Con heridas leves el capitán general Jodl, los generales Korten, Buhle, Bodenschatz, Heusinger y Scherff, los almirantes Voss y Puttkamer; el capitán de navío Assman y el teniente coronel Borgmann. El Führer ha sufrido ligeras quemaduras y contusiones. Acto seguido ha reemprendido sus tareas, celebrando una larga entrevista con el Duce. Dentro de pocos minutos, el Führer se dirigirá al pueblo...»

En la Bendlerstrasse no podían disimular su extrañeza. ¿Cómo había podido Fritzsche hablar por radio? ¿No habían sido ocupadas las emisoras? Además, era increíble que Hitler pudiera hablar... Sólo era posible el éxito bajo la creencia de que Hitler había muerto; si en realidad hablaba por radio, nadie se atrevería a apoyar un levantamiento contra el Führer.

Los conspiradores no sabían que el destino les deparaba una nueva oportunidad. Hitler no se acercó a los micrófonos hasta casi la medianoche. El vehículo-transmisor tuvo que trasladarse desde Koenigsberg a la «guarida del lobo» y regresar al punto de partida, desde donde se establecería la conexión con la red general. Por eso hubieron de transcurrir varias horas antes de que la voz de Hitler se difundiera a través de las ondas.

Pero la emisora de la Masurenallee debía estar ocupada por el batallón de la guardia. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Dónde demonios se encontrarían el comandante Remer y sus soldados? También estaba a su cargo la protección de la Bendlerstrasse, y la ocupación de la sede de la Gestapo en la Prinz-Albrecht-Strasse; en sus celdas hallábanse el doctor Julius Leber y Wilhelm Leuschner, a quienes había que liberar con urgencia.

El comandante Remer seguía siendo comandante, por el momento. Habló por última vez con el jefe de la plaza, Von Hase, y recibió la orden de ocupar la emisora, el Ministerio de Propaganda y la sede de la Gestapo... Nadie sospechaba la existencia de aquel teniente Hagen, cuya intervención había dado al traste en pocos minutos con todos los esfuerzos realizados.

Tampoco el mariscal Von Witzleben aparecía por ninguna parte. Beck mandó preguntar en Zossen, donde le informaron de que el mariscal había estado allí, pero que había vuelto a ausentarse. Dijo que regresaba a la Bendlerstrasse.

El capitán general Hoepner se mostraba resignado. Ocupaba el escritorio de Fromm y tenía un aspecto cansino, la mirada perdida en el vacío. Sólo abrigaba una esperanza: que el batallón de la guardia cumpliera con su cometido. Pero ¿y la policía? ¿Qué hacía el conde Helldorf? ¿Había enviado ya a sus hombres a detener a los jefes nazis? ¿Dónde estaba y qué hacía el *obergruppenführer* de las SS, Arthur Nebe, jefe de la policía de lo criminal y de la Interpol? ¿Habría alertado a sus hombres?

Hoepner, inquieto, paseó unos minutos por la estancia, volviendo seguidamente a ocupar su sitio ante la mesa de Fromm. Helldorf y Nebe aguardaban instrucciones; ignoraban que en la Bendlerstrasse se preguntaban por su paradero. Empero, nadie intentó ponerse al habla con ellos.

El capitán general Beck, el «jefe de Estado», sentíase optimista. Estaba convencido de que la máquina militar se había puesto en funcionamiento, una vez cursadas las órdenes. Beck tampoco estaba enterado del retraso habido en el envío de los correspondientes telegramas, por causa de la indecisión del capitán Klausing. Además, las instrucciones más importantes ya habían sido dadas por Stauffenberg telefónicamente.

Los elementos de la escuela de tropas blindadas Krampnitz se encontraban ya en marcha hacia el casco urbano de Berlín, con sus carros pesados y superpesados «Panther» y «Tiger»; asimismo, los hombres de la escuela de bomberos del Ejército avanzaban en la misma dirección, provistos de minas, lanzagranadas y lanzallamas. A ellos se unieron varios destacamentos de zapadores.

Todo hubiera podido salir bien, de no ser que en el bando contrario sabían lo que ocurría en Berlín, por mediación de Goebbels y de los generales Specht y Kunze. Pero ellos también perdieron mucho tiempo antes de tomar las contramedidas

pertinentes; la sorpresa les hizo obrar con cierta precipitación.

En realidad, la cosa se hubiera podido resolver sin la intervención del teniente Hagen. El ahora coronel Ernst Remer, el hombre en quien los conspiradores tenían puestas las esperanzas, fue al encuentro de las tropas blindadas conduciendo una motocicleta. Remer los informó de que no debían seguir adelante.

—¡Orden directa del Führer! —gritó.

Las tropas hicieron alto. Algunos carros habían rebasado ya la Ost-West-Achse —hoy llamada calle 17 de junio, perteneciente al sector británico, donde se alza un tanque ruso «T-34», como monumento al victorioso Ejército Rojo—, y avanzaban hacia la Puerta de Brandeburgo.

El otro grupo de fuerzas, compuesto por bomberos y zapadores, se detuvo en la Heerstrasse. Tanto como había costado poner en marcha el engranaje militar, y de pronto quedaba inmóvil. Cierto que los jefes que mandaban dichas tropas no se fiaron demasiado de las palabras del comandante, al que, según él, el Führer había ascendido a coronel y otorgado plenos poderes.

No se lanzaron de momento contra los de la Bendlerstrasse..., pero tampoco siguieron las instrucciones recibidas de avanzar hacia el centro de la capital. Entretanto, la radio había difundido la noticia de que el Führer vivía, y cavilaron que mejor sería esperar, según el antiguo adagio del soldado prusiano: «El soldado pasa media vida en vano». Otros habría para tomar decisiones.

En la sede de la Reserva apareció al fin el tan esperado nuevo jefe supremo de la Wehrmacht, mariscal Erwin von Witzleben, que llegó, en un «Mercedes» abierto, al patio de la Bendlerstrasse. Los centinelas presentaron armas, aunque no sabían quién era aquel mariscal, ni tampoco lo que sucedía en el edificio. Nadie los había informado. Lo único que sabían era que nadie podía abandonar el edificio, a menos que fuera portador de un pase firmado por el coronel Stauffenberg. El mariscal no se molestó en mirar a los centinelas ni en devolver el saludo. Con paso rápido subió la escalinata hasta la entrada; no hizo el menor caso a varios oficiales con quienes se cruzó en el pasillo. El mariscal iba sumido en sus propios pensamientos.

Unicamente al llegar al despacho de Olbricht respondió al saludo de los presentes. Witzleben había recibido el bastón de mariscal de manos de Hitler el 19 de julio de 1940, una vez consumada la victoria sobre Francia. Miró a Stauffenberg y sus primeras palabras no fueron de saludo, sino de crítica, dirigida precisamente a Stauffenberg, sobre quien recaía casi toda la responsabilidad del pronunciamiento y del atentado:

«¡Valiente porquería!»

Luego, el hombre elevado por Hitler al mariscalato se presentó al capitán general Beck, a quien respetaba como jefe de Estado.

El oficial de servicio tenía ya dispuesta una orden para que la firmara el recién llegado.

A las 19,28 salía el mensaje en el que se aseguraba la muerte del Führer y se hacía constar además que el firmante tomaba a su cargo la jefatura de la Wehrmacht.

El telegrama fue enviado como «asunto confidencial», y no tardó en llegar a los distintos puestos de mando, incluyendo el cuartel general de Kluge en St. Germain. Lo recibió el coronel Zimmermann, quien lo transmitió inmediatamente por teléfono a La Roche-Guyon.

El mariscal Kluge se inclinó finalmente del lado de los conspiradores. Si el telegrama había sido enviado por conducto oficial, ello significaba que sus camaradas de Berlín dominaban la situación. Y si Witzleben decía que Hitler había muerto, antes había de creerle a él que la noticia radiada por el ministro de Propaganda, Goebbels.

Kluge estuvo a punto de ponerse al habla con Beck para decirle que podía contar con él. Ya había tratado previamente con su jefe de Estado Mayor, general Blumentritt, acerca de las medidas a tomar.

La primera consistiría en interrumpir el lanzamiento de bombas volantes sobre Inglaterra, operación que había sido directamente encomendada al comandante supremo en el Oeste. Luego se iniciarían negociaciones de paz con el enemigo; si éste se mostraba dispuesto a parlamentar, la Wehrmacht cesaría unilateralmente las hostilidades. De todo ello se había tratado con el mariscal Rommel, quien poco antes de tan decisiva hora había sufrido un grave accidente.

De nuevo se recibió una llamada del coronel Zimmermann, desde St. Germain. Había recibido otro telegrama, pero no de Witzleben, sino del cuartel general del Führer; lo firmaba el mariscal Keitel. En él se comunicaba que Hitler no había muerto; eso ya lo habían transmitido por radio, pero la noticia iba firmada por Keitel.

Kluge volvió a titubear; si Keitel todavía daba órdenes, como lo demostraba el hecho de haber enviado el telegrama desde la «guarida del lobo», entonces es que las cosas no habían cambiado.

Kluge intentó ponerse al habla con el cuartel general del Führer. Al obtener la comunicación, ninguno de los responsables acudió al aparato. Keitel no podía ponerse; Kluge preguntó entonces por el general Warlimont, que tampoco estaba disponible. El mariscal dirigió una mirada interrogadora a su jefe de Estado Mayor. ¡Qué cosas tan extrañas sucedían! ¡Tampoco parecía reinar la normalidad en el cuartel general del Führer!

Kluge y Blumentritt no podían sospechar que el motivo por el que ningún elemento responsable en el cuartel general atendía a su llamada no podía ser más sencillo: los elementos más destacados cumplían entonces con sus obligaciones protocolarias. El Duce y su séquito habían acudido al cuartel del Führer en visita oficial, y todos los personajes de mayor rango hacían los honores a sus huéspedes italianos. En resumen, otra oportunidad que se les brindaba a los conspiradores, de haber sabido aprovecharla.

Blumentritt, el jefe de Estado Mayor de Kluge, trató entonces de obtener información por otro conducto. Se le ocurrió que el jefe de la policía en Francia, *gruppenführer* de las SS, Karl Albrecht Oberg, podría haber recibido instrucciones directas de Himmler o Hitler, si es que éste vivía en realidad.

Pero Oberg estaba tan desorientado como él. Su única fuente de información era la radio. Blumentritt se dijo que era muy extraño que en el cuartel no se pudiera hablar con alguien responsable. Y si resultaba cierto que el *reichsführer* de las SS, Himmler, no podía comunicarse con los suyos, ¿cómo podría saberse la verdad? El general Blumentritt tuvo otra idea: ponerse en contacto con el cuartel general Mauerwald, del Alto Mando del Ejército. Allí se encontraba el general Stieff, jefe de Estado Mayor del 4.º Ejército, que junto con Kluge y Blumentritt había vivido las trágicas jornadas del invierno 1941-1942 en el sector de Moscú. En la actualidad ostentaba la jefatura del departamento de organización del Ejército.

Blumentritt se puso al habla con Stieff, y Kluge escuchó la conversación por otro auricular. En efecto: Stieff estaba enterado de lo ocurrido en el cuartel general del Führer; hacía tiempo que se hallaba en contacto con los conspiradores, y hoy al mediodía había hablado con Stauffenberg. Por su parte, él no quería saber nada del atentado frustrado ni del golpe de Estado.

Y otro de los imponderables: Stieff estuvo todo el día en el cuartel general, y por eso pudieron localizarlo por teléfono. No tenía la menor intención de dar falsos informes, de modo que dijo exactamente lo que no deseaba oír Kluge: ¡El Führer vivía!

Si Stieff hubiese confirmado el informe de Witzleben, si no hubiera sabido nada concreto, o no hubiera podido comunicarse con él, el mariscal Kluge se habría inclinado definitivamente en favor de los conspiradores.

Llegó entonces el general Stülpnagel y su séquito, en dos automóviles, a la puerta del palacio La Roche-Guyon. Eran las 20,30 horas.

El mariscal Kluge hizo pasar al comandante en jefe en Francia y a sus tres acompañantes. Stülpnagel hizo señas a su ayudante, doctor Baumgart, de que permaneciese fuera, ya que no compartía el secreto.

Sentáronse en torno a la mesa el mariscal Von Kluge, los generales Blumentritt y Von Stülpnagel, el teniente coronel Von Hofacker y el consejero del Cuerpo Jurídico, doctor Horst. Stülpnagel rogó al mariscal que permitiese al teniente coronel Von Hofacker hacer un resumen de la situación. Kluge asintió con un movimiento de cabeza.

Hofacker se explicó sin ambages. Habló de la formación del oposicionista, de la necesidad de un golpe de Estado y de la catastrófica situación en los frentes. A continuación refirió los detalles concernientes al atentado y a su ejecución por Stauffenberg:

—Mariscal —concluyó—, lo que ahora ocurra en Berlín no va a ser lo decisivo; mucho más vital puede resultar lo que acontezca aquí en Francia. En nombre del futuro de nuestra patria, le ruego que proceda como hubiera hecho el mariscal Rommel, con quien me entrevisté a solas en este mismo despacho el 9 de julio. Deje a Hitler de lado e inicie la acción liberadora en el Oeste. En Berlín, el capitán general Beck ha tomado el mando supremo del Estado; apóyelo usted desde su puesto aquí. Los soldados y el pueblo se lo agradecerán. Ponga fin a la guerra e impida la catástrofe más enorme de la historia alemana...

El mariscal le escuchó en silencio. Se levantó y dio unos pasos por la pieza. Luego se volvió para enfrentarse a los presentes, que esperaban su respuesta con la tensión que es de suponer:

—Sí, caballeros..., pero el atentado ha quedado frustrado.

Eso fue cuanto dijo el mariscal Hans-Günther von Kluge. ¿Cuál hubiera sido su respuesta al apremio de Hofacker, de no haber mediado las poco afortunadas palabras del general Stieff?

Stülpnagel se quedó asombrado ante la contestación nada consecuente del mariscal. Kluge estaba de parte de los conspiradores desde hacía años; incluso había exigido el atentado en numerosas ocasiones. Además, hacía un par de horas que Stülpnagel le había puesto en comunicación con Beck.

—¡Mariscal! —exclamó Stülpnagel con estupefacción—. ¡Usted ya estaba al corriente de todo!

Kluge se levantó colérico.

—¡No! ¡No tenía la menor idea!

Luego, como si nada hubiese ocurrido, invitó a sus huéspedes a cenar. No se volvió a hablar del asunto. Después, cuando ya había anochecido, el general Stülpnagel rogó al mariscal que le permitiera entrevistarse a solas con él.

Kluge se avino, aunque no de buen grado, y ambos se dirigieron a una estancia contigua. Al cabo de un rato, Kluge apareció en la puerta y llamó a Blumentritt. El mariscal había perdido la calma, por lo que se echaba de ver. Stülpnagel aparecía sereno y dueño de sí mismo.

—¿Se imagina, Blumentritt, al general Oberg y al Servicio de Seguridad en peso detenidos? Pues eso es lo que ha ordenado el general Stülpnagel; lo ha hecho antes de su partida, sin informar siquiera a su superior. Esto es una arbitrariedad sin precedentes.

El mariscal iba de un lado para otro, intentando calmar sus nervios. Volvió a dirigirse a su jefe de Estado Mayor.

—Llame usted en seguida a París. Esta orden debe ser revocada, o no respondo de nada.

Blumentritt se puso al habla con el coronel Von Linstow, aunque demasiado tarde. Las tropas de París se habían puesto ya en movimiento.

Eran las once de la noche cuando Kluge despidió a sus visitantes, una vez terminada la cena. No se mostraron nada locuaces, sumido cada cual en sus pensamientos.

—Regrese en seguida a París —dijo el mariscal a Stülpnagel—, y ponga en libertad a los detenidos. Suya es la responsabilidad.

Stülpnagel y Hofacker intentaron convencer a Kluge. Hofacker no pudo contenerse y recordó al mariscal que él mismo había recomendado el atentado y el pronunciamiento.

—Usted juega con su palabra y con su honor, mariscal.

—Sí —respondió Kluge, desdeñoso—. Sí..., si el cerdo hubiera muerto.

Una vez Stülpnagel acomodado en el coche, el mariscal exclamó:

—¡Considérese relevado de su puesto!

El general no contestó. Blumentritt susurró al oído del mariscal:

—Deberíamos ayudarle al menos, mariscal.

Y éstas fueron las últimas palabras del mariscal Hans-Günther von Kluge al general Heinrich von Stülpnagel:

—Póngase ropa de paisano y escóndase en cualquier parte.

Una vez en París, Stülpnagel no dio inmediatamente la orden de liberar a los prisioneros. Sus tropas habían ocupado los puntos estratégicos de la capital de Francia, entre ellos las emisoras de radio y la oficina central de correos y telégrafos.

París estaba, pues, en manos de los conspiradores. Todo había salido conforme al plan previsto, sin ninguna clase de impedimento. ¿Por qué —pensaba Stülpnagel—, no ha sucedido lo mismo en Berlín? El golpe ha sido dado a las 22,30, y nada ha fallado. ¿Por qué no en Berlín?

Stülpnagel ignoraba que las cosas habían funcionado bien en otros lugares, además de París. Por ejemplo, en Viena se habían adueñado de la situación, al igual que en Praga; en Bruselas, la acción estaba en marcha, y todo hacía confiar en el éxito.

¿No se podría seguir adelante? ¿Por qué no se podía convencer al mariscal Kluge de la necesidad de poner manos a la obra?

Stülpnagel no tardó en comprobar que tal cosa no sería posible, debido principalmente a la inestable situación de Berlín. Las unidades de la Marina de Guerra en Francia, al mando del almirante Krancke, estaban dispuestas a lanzarse sobre el Ejército, porque en Berlín no habían sido capaces de cumplir la orden de ocupar la emisora. También la Luftwaffe adoptaba una actitud poco tranquilizadora.

Stülpnagel se percató de que se llegaría a una abierta hostilidad entre las distintas armas de la Werhmacht si no revocaba de inmediato sus órdenes. El cuartel general del Führer conservaba el mando sobre la Luftwaffe y la Marina, tanto en París como en el resto de Francia; las órdenes de Von Witzleben y Beck fueron desobedecidas, de modo que todo había sido en vano.

Y lo peor fue que el coronel Von Linstow, enfermo del corazón, manifestó a sus colegas que en Berlín la causa estaba perdida. Stauffenberg había llamado nuevamente para decir:

—Todo, absolutamente todo está perdido.

Se oyó ruido de voces y disparos, y de nuevo la voz de Stauffenberg:

—¿Lo ha oído? Mis asesinos se acercan por el pasillo.

Luego el silencio.

En París, el general Heinrich von Stülpnagel tuvo que poner fin a la operación sintiéndolo enormemente, procurando salvar lo que pudiera. Los demás podían decir que se habían limitado a cumplir sus órdenes. El podía y debía sacrificarse, porque sobre sus espaldas recaía toda la responsabilidad de lo ocurrido.

Las cosas sucedieron tal como Stülpnagel se había imaginado. Los presos fueron puestos en libertad; se les pidió toda clase de disculpas, explicándoles que se había cometido un lamentable error. Los centros ocupados fueron abandonados. Los soldados creerían que todo había sido un simple ejercicio, y si alguno no quedaba convencido, pues peor para él.

En la Bendlerstrasse habían sucedido muchas cosas más desde la llegada del mariscal Witzleben, pero todas desfavorables para los conspiradores.

Poco después de que el mariscal Witzleben abandonase la sede de los conjurados, sin haber hecho otra cosa que criticar a la única persona que se había mostrado activa de verdad, llegó un destacamento del batallón de la guardia. Los conspiradores respiraron con alivio. «Tarde, pero han venido», pensaron.

Nadie se dio cuenta al principio que los hombres del batallón Grossdeutschland venían mandados por los antiguos poderes. Sólo vieron que los soldados tomaban posiciones, pero ignoraban por cuenta de quién actuaban. Eran las nueve de la noche, la hora en que el mariscal Kluge negaba definitivamente su colaboración, no obstante haberle recordado Hofacker sus repetidas manifestaciones en tal sentido. Pero una hora y media más tarde, los conspiradores eran dueños de la situación en París; aún quedaba una posibilidad de salir «airosos».

Desde el cuartel general del Führer salió la noticia de que el coronel Stauffenberg había confesado ser el autor del atentado. El general Reinecke, jefe de la Oficina General de la Wehrmacht, informó de que las órdenes emanadas del jefe del Alto Mando de la Wehrmacht, mariscal Keitel, habían sido cumplimentadas por los principales jefes militares, y que ninguno de ellos se había sumado a los conspiradores. El general Von Herfuth, jefe de Estado Mayor del comandante del distrito militar berlinés, Kortzfleisch, detenido por los amotinados, informó al cuartel general del Führer, valiéndose de los medios normales de comunicación en el servicio, de que en el aspecto militar tenía las riendas en sus manos. Naturalmente, también los conspiradores se enteraron de la noticia. Entonces, el teniente coronel Von Herber, que por la secretaria y el sargento fue el primero, aparte los conspiradores, en saber que estaba por iniciarse un golpe de Estado, decidió asaltar desde

dentro la fortaleza de los amotinados. Le ayudaron el teniente coronel Von der Heyde y unos cuantos oficiales jóvenes.

Estos continuaban siendo fieles al Führer, y estaban en contra de los traidores. Pero ¿lo eran en realidad el capitán general Beck, el general Olbricht, el coronel Stauffenberg, el coronel Mertz y sus buenos camaradas Klausing, Fritzsche, Haeften y otros? Todavía no se tenía certeza de lo ocurrido; tal vez habían obrado de buena fe. Lo mejor sería hablar antes con ellos; de manera que se dirigieron todos al encuentro del general Olbricht.

Mientras, el doctor Gisevius estaba con el jefe de la policía en su puesto de mando de la Karlsplatz, entre el Teatro Alemán y el Friedrichstadt Palast. Había sido portador de la optimista nueva de que, por fin, el batallón de la guardia se había puesto en movimiento, y que en el camino había visto otros contingentes de tropas.

Pero entretanto, el conde Helldorf se había enterado de la verdad: Remer y el batallón de la guardia militaban en el lado opuesto. ¡Todo estaba perdido! Sólo le quedaba una cosa por hacer: salir del trance lo mejor librado posible. Helldorf quería presentarse al jefe de la Gestapo, Müller (se supone que en la actualidad dirige los Servicios de Seguridad de la Albania comunista), para preguntarle con toda inocencia lo que había sucedido, facilitándose así una coartada.

—Ante semejante situación, sólo puede salvarnos el cinismo —le dijo a Gisevius—. Habremos de actuar como si no hubiésemos estado metidos en el asunto.

El *gruppenführer* de las SS, Nebe, también jefe de la Interpol, era de la misma opinión. Regresaría a su puesto y se «haría el tonto».

Gisevius pensaba de otro modo. Quería volver a la Bendlerstrasse de todos modos, y solicitó a Hellsdorf que pusiera a su disposición un coche oficial.

—¿Se ha vuelto usted loco? —exclamó Helldorf—. ¿A la Bendlerstrasse?

—Helldorf —dijo impaciente Gisevius—. ¿No le parece razonable que vaya a hablar con Beck?

Helldorf meneó la cabeza. Murmuró algo entre dientes, como si se refiriera a acabar con los generales, mostrándose defraudado por lo sucedido.

Había otros muchos que pensaban como Helldorf. Ahí estaba, por ejemplo, el coronel Hassell, de Transmisiones, quien durante todo el día estuvo en la Bendlerstrasse, y ni siquiera se le hizo la menor insinuación de que se sumara al golpe, con todo y ser la cuestión de las comunicaciones de trascendental importancia en nuestros días. Se ha comentado sobre el abortado pronunciamiento:

«No hubo en dicha empresa un grupo férreo y resuelto, dispuesto a aceptar lo que viniere. En ella palpitaba la indecisión, fácilmente aprehensible en la atmósfera de la central de los conspiradores. Las órdenes no eran claras y terminantes; reinaba la confusión, el abandono. Había demasiada estrategia de salón, excesivas conversaciones telefónicas y escasa efectividad en la acción.»

El coronel Hassell dijo a un joven oficial, con quien se encontró a la puerta de la Bendlerstrasse:

—¿Ha visto alguna vez personas más inútiles?

Se alejó en dirección a su domicilio, sacudiendo la cabeza como si no acertara a explicarse la confusión reinante en un asunto en el que se imponían el orden y la decisión.

Entretanto, la comisión de militares encabezada por Herbert y Von der Heyden, leales a Hitler, se había presentado en la oficina de Olbricht a «pedir explicaciones»; el general los informó sin rodeos de cuanto sucedía, y seguidamente les dirigió una pequeña arenga respecto a la necesidad del golpe de Estado, único medio de salvar a Alemania. Al terminar, Olbricht levantó el brazo derecho y exclamó:

—*Heil!*

Los oficiales, armados de pistolas y granadas de mano, procedieron al arresto de Olbricht, al que siguió el del coronel Mertz von Quirnheim, quien acababa de entrar en el despacho del general. Abrumado por el número de los atacantes, acabó por entregar su arma.

En el corredor sonaron unos disparos. El blanco de ellos era Stauffenberg, que acudía a ver al general Olbricht. Stauffenberg marchaba hacia la planta superior, donde estaban Beck y Olbricht en el despacho de Fromm. El coronel Stauffenberg había sido alcanzado en el brazo, e iba dejando un reguero de sangre tras él. Desde el despacho de Fromm hizo una llamada a París, aquélla que el coronel Linstow, en París, refiriera alarmado a sus amigos:

«Mis asesinos se acercan por el pasillo...»

El capitán general Fromm había sido puesto en libertad —se encontraba en sus habitaciones privadas del tercer piso—, y apareció en su despacho pistola en mano.

—Caballeros, ahora voy a hacer con ustedes lo que han hecho conmigo esta tarde. Entréguense inmediatamente.

Todos lo hicieron; Stauffenberg también. Sólo Beck rehusó.

—Usted no puede ordenarme esto a mí, su antiguo superior. Yo sabré sacar las consecuencias de esta situación...

Fromm le interrumpió, inconmovible:

—Le ruego que lo haga. Pero, por favor, que sea lo antes posible.

Beck levantó la pistola. La boca del arma señalaba a Fromm.

—En este momento —dijo Beck—, pienso en el pasado...

Fromm le atajó de nuevo en tono seco:

—No vamos a hablar de eso ahora. Le ruego que actúe.

—Pero como antiguo superior suyo...

Fromm volvió a la carga, impaciente:

—¡Dese prisa!

Beck lanzó una mirada llena de desesperación y aplicó el arma a su sien derecha. Sonó un disparo, pero el capitán general Beck sólo se tambaleó.

—¿He fallado? —preguntó con voz temblorosa.

Fromm se volvió hacia el capitán Fritzsche, de quien ignoraba que perteneciera al grupo de conjurados.

—Ayude al anciano caballero.

Fritzsche, hoy jefe de sección del presidente del Bundestag, Gerstenmaier, colocó a Beck en un sillón.

Luego, los conspiradores fueron juzgados por un consejo de guerra sumarísimo. Fromm anunció el veredicto:

«El consejo de guerra ha dictado cinco sentencias de muerte. He aquí los nombres: ex capitán general Hoepner, separado de la Wehrmacht; coronel Mertz von Quirnheim; general de Infantería, Olbricht; un coronel, cuyo nombre no recuerdo (se refería a su jefe de Estado Mayor, Von Stauffenberg), y ese primer teniente (aludía a Bernd von Haeften).»

Hoepner había sido amigo de Fromm, y le pidió que no lo mandara fusilar, puesto que él podía justificarse. Fromm miró a su antiguo amigo y accedió a su ruego. Los otros fueron sacados del

---

Los procesos ante el tribunal popular. Freisler dirige el juicio

El tristemente célebre presidente del tribunal popular, doctor Roland Freisler, antiguo comunista designado por Hitler como «nuestro Vychinski», actuó de una manera muy poco ajustada a sus funciones durante los juicios celebrados contra diversos elementos de la oposición. A la vista de los sumarios, se deduce que en el curso de las vistas era incapaz de escuchar con calma a los acusados, y ni siquiera les dejaba concluir sus alegatos. Sus movimientos extemporáneos desorientaban a los cámaras de los noticiarios, y con sus gritos obstaculizaba la toma de sonidos.

Ofrecemos seguidamente unos ejemplos de la forma en que se desarrollaban las sesiones en el tribunal que presidía Freisler:

a) Interrogatorio al mariscal von Witzleben:
Freisler: Usted ha dicho que en febrero de 1943 visitó en su domicilio al ex capitán general Beck, y hablaron sobre la situación general, que consideraron muy seria. También se refirieron a los nombramientos hechos por el Führer, y llegaron a la conclusión de que había dejado en la sombra a quienes mejor podían hacerse cargo de puestos de responsabilidad en el Ejército. ¿Tenía entonces una idea formada acerca de quiénes podían haberlo hecho mejor?

VON WITZLEBEN: *Sí.*

FREISLER: *De modo que ya se había formado una idea acerca de quiénes podían hacerlo mejor. ¿Quiénes eran éstos?*

VON WITZLEBEN: *Nosotros dos.*

FREISLER: *¡Ustedes dos! ¡Ustedes! O sea que dijeron: Nosotros lo haríamos mejor. Repítalo en voz alta, para que se enteren todos.*

VON WITZLEBEN: *Sí.*

FREISLER: *Eso constituye una arrogancia sin paliativos. Un mariscal y un capitán general manifiestan que ellos harían mejor papel que nuestro Führer, quien ha ampliado nuestras fronteras y ha conferido al Reich una solidez como jamás había poseído. ¿Admite haber expresado tal cosa?*

VON WITZLEBEN: *Sí.*

FREISLER: *Comprenderá que a un acto así puede aplicársele el calificativo de «ambición». ¿Se encoge de hombros...? Bien, no deja de ser una respuesta...*

b) Interrogatorio al conde Yorck von Wartemburg:

YORCK: *Señor presidente, ya he dicho anteriormente que ante el cariz que tomaba el nacionalsocialismo, yo...*

FREISLER *(interrumpiendo): «...no estaba conforme. Para expresarlo de un modo más concreto, en lo que concierne a la cuestión judía usted no admite la solución que da el nacionalsocialismo, ni tampoco el concepto que éste tiene del Derecho.*

YORCK: *Lo importante es saber lo que en realidad encubren dichas cuestiones. El Estado, en su afán de reducir al individuo, trata de quitarle lo que tiene de religioso y le impide cumplir con sus deberes hacia Dios.*

FREISLER: *Dígame, ¿desde cuándo el nacionalsocialismo ha impedido a algún ciudadano alemán cumplir con sus deberes morales? Muy al contrario: el nacionalsocialismo ha despertado en el hombre y en la mujer alemanes una conciencia más profunda acerca de sus deberes morales. Nunca he oído decir a nadie que no sea así. En cuanto a la religión, el nacionalsocialismo se muestra muy razonable. Dice: Por favor, arréglate como quieras, Iglesia, pero no te apartes de lo ultraterreno, de la dirección de las almas, y deja las cosas de la tierra para los que dirigimos al país. La Iglesia no debe meterse en política. Por eso, lo que usted ha expresado carece en absoluto de sentido.*

YORCK: *Sólo deseaba hacer una aclaración.*

FREISLER: *En cuanto al concepto nacionalsocialista sobre el Derecho, he de insistir en que, tanto desde el punto de vista teórico como en el campo de la práctica, se ha robustecido y saneado la administración de justicia en beneficio de nuestro pueblo... Sus manifestaciones siguen siendo incomprensibles. Usted ha declarado simplemente: No estoy conforme. Ahora le pregunto: Si alguien quebrantara un juramento, ¿qué pensaría usted de él? ¿Cree que puede dejarse de cumplir, sin más, la palabra empeñada?*

despacho por unos soldados del batallón de la guardia, al mando de un primer teniente, cuya presencia había constituido poco antes motivo de satisfacción para los conspiradores.

Stauffenberg, Haeften, Olbricht y Mertz fueron fusilados en el patio de la Bendlerstrasse, a la luz de los faros de los camiones del batallón de la guardia. Arriba, en el despacho de Fromm, el capitán general Beck intentó quitarse la vida con un segundo disparo. Tampoco esta vez acertó a herirse mortalmente. Un sargento acabó con los tormentos del anciano mediante un certero disparo.

Fromm, el hombre que desde hacía tiempo estaba de parte de los conspiradores, había resultado vencedor. Mas no por mucho tiempo, puesto que no tardaría en presentarse una unidad de las SS, al mando de Otto Skorzeny, el hombre que había liberado a Mussolini, enviado ahora contra los conspiradores. Prohibió que prosiguieran las ejecuciones, sin antes celebrar un juicio en toda regla. Al día siguiente, el doble traidor Fromm era detenido. ¿Por qué había tenido tanta prisa en deshacerse de cuatro de los principales inculpados, induciendo a Beck a suicidarse, y permitiendo que

---

YORCK: *Me siento ligado a ella, señor presidente.*

FREISLER: *Esto es señal de que su ideología es un tanto anárquica.*

YORCK: *No comprendo por qué.*

FREISLER: *Pues yo lo veo muy claro. Se es anárquico cuando uno hace sus propias leyes para convivir con sus semejantes, y eso significa traicionar al pueblo, al Führer y al Reich, y merece ser castigado con la máxima severidad. Si usted convierte sus juramentos en ley, esto significa que su ideología es anárquica. No se me ocurre una denominación más adecuada...*

c) Durante el interrogatorio al conde Schwerin von Schwanenfeld, ante el tribunal popular, en agosto de 1944, Freisler formuló la siguiente pregunta:

La campaña de Polonia le habrá brindado interesantes experiencias. ¿Está lo bastante impuesto sobre las condiciones de vida en la Prusia occidental?

CONDE SCHWERIN: *Sí.*

FREISLER: *Así ha participado en la liberación de su patria como soldado a las órdenes del Führer.*

CONDE SCHWERIN: *Señor presidente, mi experiencia política me ha ocasionado serias dificultades, pues he trabajado mucho en pro del germanismo en Polonia. Pero de un tiempo a esta parte se han producido ciertos hechos que contradicen las promesas formuladas. Por ejemplo...*

FREISLER: *Esos hechos a los que se refiere, ¿son exclusivamente culpa del nacionalsocialismo?*

CONDE SCHWERIN: *Yo pienso en los muchos crímenes cometidos...*

FREISLER: *¿Crímenes?*

CONDE SCHWERIN: *Tanto en el país como en el extranjero...*

FREISLER *(interrumpiéndole): Es usted un miserable. ¿Se deja dominar por la bajeza, sí o no?*

CONDE SCHWERIN: *¡Señor presidente!*

FREISLER: *Responda claramente sí o no.*

CONDE SCHWERIN: *No.*

FREISLER: *Pues yo opino que sí, porque es usted un ser inmundo sin ninguna consideración.*



Münchener Ausgabe

"Freiheit und Brot!"

Münchener Ausgabe

München, Mittwoch, 9. August 1944

VÖLKISCHER BEOBACHTER

Kampfblatt der nationalsozialistischen Bewegung Großdeutschlands

Die Verräter sind gerichtet

Die Verhandlung vor dem Volksgerichtshof enthüllt das feige Verbrechertum der Verschwörer

Los «procesos» ante el tribunal popular seguían, gracias a su presidente Roland Freisler, una trayectoria tan poco objetiva e indigna, que incluso el ministro de justicia nacionalsocialista Thierack protestó contra ello.

se le rematara? Sólo podía haber una razón: deseaba acallarlos lo antes posible, porque él tenía algo que ocultar.

También Fromm cayó, pues, víctima del «ajuste de cuentas» de Hitler, «el Führer protegido de la providencia», que anunció en su discurso de medianoche:

«Ahora haremos tabla rasa, como los nacionalsocialistas acostumbramos hacer... Eliminaremos a esa pandilla de elementos indeseables.»

Y la implacable Gestapo himmleriana se consagró a su tarea «exterminadora».

Los victoriosos conjurados de París (al igual que los de Viena y Praga) salieron relativamente bien del trance. Ya habían pagado por todos los principales elementos. Entre las víctimas de Himmler en París se cuentan el primo de Stauffenberg, Caesar von Hofacker, y el coronel Linstow.

El general Von Stülpnagel fue conducido a Berlín para declarar. Durante el camino, y precisamente en el campo de batalla de Verdún, donde combatiera en la Primera Guerra Mundial, intentó poner fin a su vida disparándose un tiro, con tan mala fortuna que perdió ambos ojos. Las heridas, casi mortales, le fueron curadas por los médicos, pudiendo comparecer ante el tribunal, que le condenó a morir en la horca.

Freisler, el antiguo comisario bolchevique, fue el encargado de presidir el tribunal. En realidad, los militares debían haber sido juzgados por su propia jurisdicción, pero, con objeto de «legalizar» las cosas, fueron previamente expulsados de la Wehrmacht. Esta misión la cumplió una «corte de honor de la Wehrmacht», presidida por el mariscal Gerd von Rundstedt.

El número de los comparecientes aumentaba por momentos. Los conjurados berlineses facilitaron mucho el trabajo a sus enemigos, puesto que no tuvieron la precaución de destruir los documentos comprometedores. La Gestapo se cuidó de hacer buen uso de ellos. Incluso personas que nada tuvieron que ver con la conspiración —futuros ministros y alcaldes que los amotinados pensaban nombrar—, cayeron entre las ruedas de la implacable máquina de la justicia nazi. Un caso típico es el del general Hans Oster, retenido en su domicilio de Leipzig, y que no tenía la menor idea del atentado perpetrado por Stauffenberg ni del consiguiente golpe de Estado que se fraguaba. Oster y algunos más es probable que hubiesen salvado la vida de no haberse producido un significativo incidente: el 21 de julio por la mañana, el comandante del distrito militar de Leipzig recibió un telegrama en el que se le comunicaba su relevo por el general Oster. Naturalmente, éste lo ignoraba, y no tardó en ser detenido.

Casos como éste se repitieron en numerosas ocasiones. Muchos datos comprometedores se encontraron en las anotaciones de Goerdeler y otros en los archivos de Zossen. En un armario blindado de la sede del Alto Mando del Ejército en Zossen, Beck había reunido con burocrática meticulosidad numerosos detalles que sirvieron de mucho a la Gestapo; en su ingenuidad, los conspiradores facilitaron así grandemente el trabajo de la policía secreta.

A la mayoría de los acusados se los condenó a la última pena. Las primeras víctimas de Freisler fueron el mariscal Von Witzleben, el capitán general Hoepner, el general Stieff, el también general Von Hase, Bernardis, Klausing, Von Hagen, el conde Yorck von Wartenburg, y jóvenes oficiales colaboradores de Stauffenberg. El juicio contra ellos se celebró el 7 de agosto; al día siguiente, Freisler anunció el veredicto fatal. En el mismo día, los sentenciados fueron ejecutados en la prisión de Berlín-Plötzensee. Estos ocho iniciaron la larga cadena de penas de muerte que habrían de seguir.

Algunos de los conspiradores optaron por el suicidio. Tal fue el caso del general de división Von Tresckow, el cual salió de su puesto de mando en dirección a la línea de fuego, provisto de un par de pistolas —para simular un intercambio de disparos con el enemigo—, y puso fin a su vida haciendo explotar una granada de mano. Los esbirros supondrían que había caído en combate, y de esta manera no importunarían a sus familiares. De modo parecido murió el comandante Von Oertzen. También eligieron el camino del suicidio el teniente coronel Gerd von Tresckow, el barón Kurt von Plettenberg, Hans Alexander von Voss, el coronel Siegfried Wagner, el coronel Von Freytag-Loringhoven y el general Eduard Wagner, intendente general.

Entre los que se dieron muerte de propia mano se contaban también dos mariscales: Hans-Günther von Kluge y Erwin Rommel.

Tras el derrumbamiento del frente francés en Normandía, Hitler destituyó a Kluge y lo remplazó por Model. En la noche del 20 de julio, después que se hubieron marchado Stülpnagel y Hofacker, Kluge envió al Führer el siguiente telegrama:

«La mano asesina que ha intentado poner fin a su vida, mi Führer, ha fracasado gracias a la intervención de la providencia. En nombre de todas las fuerzas a mi mando, le reitero la más leal adhesión, venga lo que viniere. *Heil,* mi Führer. Suyo, Kluge, mariscal.»

Este mensaje no le sirvió de gran cosa. En el escrito en que se le comunicaba su relevo se decía además que «...el mariscal Von Kluge debía informar acerca de sus intenciones», lo que le hizo suponer que se había descubierto su parte en la conspiración y además su continua exigencia de acabar con la vida de Hitler. El mariscal se suicidó ingiriendo una cápsula con veneno, no sin antes dirigir una carta a Hitler en la que solicitaba «se pusiera término a la guerra para evitar sufrimientos inútiles al valeroso pueblo alemán», asegurando al Führer que siempre le había profesado gran admiración.

El mariscal Rommel también utilizó el veneno para terminar sus días. Tras la detención del general Speidel, su jefe de Estado Mayor, el 14 de octubre de 1944 acudieron a visitarle los generales

Burgdorff y Maisel, de la Oficina de Personal del Ejército; ambos cumplían órdenes de Keitel.

El teniente coronel Caesar von Hofacker, alma de los conspiradores de París, no había podido soportar los métodos de la Gestapo, y acabó por incriminar a Rommel. Los citados generales presentaron al mariscal una copia de las declaraciones de Hofacker, manifestando además, de parte de Keitel, que si eran ciertas, ya podía ir «sacando consecuencias». De otro modo, tendría que comparecer ante un tribunal.

Al mariscal Rommel no le quedaba otra solución que recurrir al suicidio. Los generales Burgdorff y Maisel le facilitaron el veneno. Aseguraron a Rommel que nadie se enteraría de su participación en la conjura y que sería enterrado con los honores correspondientes. Su familia no quedaría desamparada. De otro modo, tendría que comparecer ante el tribunal popular y moriría ignominiosamente en la horca. Por añadidura, su familia no lo pasaría muy bien. Rommel habló por última vez con su esposa e hijo, y se dirigió en automóvil a Ulm, de donde llegó la noticia de su repentina muerte a causa de una embolia cerebral, producida por las graves heridas recibidas.

El mariscal recibió los honores de su rango, e incluso su muerte se utilizó con fines propagandísticos. El mariscal Von Rundstedt se encargó de pronunciar el discurso necrológico en honor de Rommel. Rundstedt presidió el «tribunal de honor» que había entregado al verdugo a los camaradas de Rommel. Ante el féretro cubierto con el emblema de la cruz gamada, Rundstedt dijo del más célebre jefe militar de la Segunda Guerra Mundial:

«Su corazón había pertenecido siempre al Führer.»

El «ajuste de cuentas» de Hitler ocasionó unas doscientas víctimas entre los conspiradores. Entre los civiles se contaban el doctor Goerdeler, que, tras haber permanecido oculto varias semanas, fue detenido y ejecutado. Asimismo fueron víctimas del verdugo, Ulrich von Hassell, el conde Yorck von Wartenburg, el doctor Julius Leber, Wilhelm Leuschner, Fritz y Werner, conde Von Schulenburg, el doctor Popitz, ministro de Finanzas prusiano, el doctor Langbehn, abogado de Ernst Thaelmann y Heinrich Himmler, Elisabeth von Thadden, del Círculo Solf, y muchos otros.

Con el 20 de julio acabó la historia de la resistencia organizada en Alemania. Pero la oposición iba en aumento a medida que se perfilaba el final, hasta que el propio Himmler se pasó a las filas de la «resistencia», siendo separado de sus cargos por el Führer y expulsado del partido.

Pasando el tiempo, otros habrían de oponer resistencia a las insensatas órdenes de Hitler, como es el caso del general Von Choltitz, que salvó a París de la destrucción, ejemplo patente de rebeldía contra un sistema inhumano.

Uno de los que igualmente se opusieron a Hitler, para evitar destrucciones inútiles a Alemania, fue el ministro de Armamento, Albert Speer.

Ejecución de las sentencias de muerte

Los reporteros gráficos de los noticiarios alemanes recibieron orden de Hans Hinkel, entonces director general de cinematografía, de filmar el proceso seguido a los inculpados con motivo del 20 de julio de 1944, así como las ejecuciones subsiguientes. Uno de los cámaras, Sasse, nos ha dejado esta información sobre la ejecución de las sentencias en la prisión de Plötzensee:

«El edificio, que había resultado dañado a consecuencia de los ataques aéreos enemigos, fue reparado en parte. Había una pieza de unos cuatro metros de ancho por ocho de largo. Una cortina negra dividía el lugar en dos mitades. Ante las dos ventanas del fondo había una viga de hierro, con ocho ganchos de los que penderían los condenados. También había una horca. El primer reo fue el ex general..., conducido por dos verdugos hasta el otro lado de la cortina. Antes de pasar, el fiscal leyó la fórmula de rigor: Acusado..., el tribunal popular le ha condenado a morir en la horca. Verdugo, cumpla con su deber.

»El sentenciado marchó con la cabeza erguida, entre los dos verdugos, hasta el fondo de la pieza. Una vez allí, dio media vuelta y le colocaron la soga alrededor del cuello. Luego colgaron del gancho el otro extremo de la cuerda, levantaron entre ambos al reo y lo dejaron caer con fuerza, para que el lazo se anudara bien en torno a la garganta. En mi opinión, la muerte se produjo instantáneamente.

»Una vez ejecutada la primera sentencia, se puso un lienzo negro sobre el recién ajusticiado, a fin de que no lo viera el siguiente, que no tardó en ser conducido a su último viaje. Y se repitió la operación, dejando también al ejecutado oculto a la vista del siguiente, mediante otro lienzo negro. Las sentencias se ejecutaban en rápida sucesión, y los condenados iban al encuentro de la muerte sin proferir la menor queja, erguidos y haciendo gala de sereno valor...

»De las siguientes ejecuciones, las cámaras sólo reflejaron lo más destacado. Las agencias de noticias también fueron obligadas a enviar a sus reporteros gráficos, en total nueve. Por cierto que entre ellos reinaba gran descontento por la orden recibida. Manifesté que mis colegas no querían tomar las escenas de la ejecución, puesto que no estaban habituados a tal espectáculo. Contaba para ello con el apoyo de todos los compañeros.»

Speer protestó ante Hitler porque en la última fase de la guerra aplicaba la misma política de tierra quemada que Stalin ordenara en Rusia. El Führer escuchó las críticas de Speer, y no lo mandó encarcelar, pero siguió dando órdenes de destruir. Nada de importancia debía caer intacto en manos del enemigo que se adentraba en el país. Había que volar los puentes, arrasar las fábricas y dejarlo todo en ruinas, a fin de que el adversario no pudiese aprovechar nada.

Speer hizo todo cuando pudo para minimizar los efectos de dichos mandatos. Emprendió varios viajes a la línea de fuego, recomendando a los jefes de unidad que se abstuvieran de cumplir las órdenes. El 29 de marzo de 1945, un mes antes de la muerte del Führer, se dirigió nuevamente a él por escrito. En su carta, el valeroso ministro decía entre otras cosas:

«Usted mismo ha manifestado en diferentes ocasiones que uno de los deberes del Gobierno es preservar al pueblo de un final catastrófico, en el caso de una guerra perdida. Sin embargo, y si no le he comprendido mal, ha dicho luego que si la guerra se pierde, el pueblo debe hundirse irremisiblemente, que es necesario privarle de los medios más precisos para que reaccione y se rehaga, puesto que este pueblo se ha mostrado débil, y el futuro será de los pueblos fuertes. Los que han sobrevivido a la lucha son los menos valiosos; los mejores han caído en ella.

»Ante tales manifestaciones, me he sentido profundamente inquieto. Y cuando hace un par de días ha firmado la orden de destrucción, veo en ella la confirmación de mis temores...

»La destrucción sistemática del país redunda en perjuicio del pueblo, y es una tremenda injusticia que se le hace, sólo porque el destino no nos ha favorecido. No se puede destruir en poco tiempo el esfuerzo de tantas generaciones...»

Mientras Speer trataba de paliar las consecuencias de la política del Führer, la guerra proseguía implacable en territorio alemán. El enemigo avanzaba de modo incontenible por el Este y el Oeste. El Ejército Rojo se aproximaba a Berlín a marchas forzadas; el 16 de abril se había iniciado la gran ofensiva sobre el Oder. Rusos y americanos se dieron la mano en Torgau, a orillas del Elba..., y Alemania quedaba dividida en dos.

El 3 de abril, Hitler lanzó la llamada «orden de la bandera»:

«Serán pasados por las armas los varones de aquellas casas en que aparezca la bandera blanca. No se vacilará un instante en cumplir esta orden.»

Colapso del plan de rebelión vienés. Marzo a abril de 1945

Por consejo de los mandos civiles y militares de los grupos de resistencia, se sometió a un profundo examen la situación general y fue elaborado el plan del alzamiento vienés.

En su trabajo denominado «Informe sobre el plan militar para acelerar la caída del nacionalsocialismo en Austria», el comandante Skozoll escribió lo siguiente en relación con los preparativos de última hora para la fecha decisiva del 6 de abril de 1945:

«Entretanto, Viena había sido declarada plaza fuerte. Entonces decidí crear una nueva organización que incluyera a los más destacados mandos militares y civiles de la fortaleza. Al propio tiempo se ampliaban mis atribuciones en el terreno civil —en lo militar equivalían a las de oficial de Estado Mayor—, lo que me permitió ejercer el control del tráfico ferroviario, y estar alerta ante los transportes urgentes que se realizaban bajo las consignas Ambar y Diamante. Durante este tiempo, los grupos civiles realizaron importantes actos de sabotaje en las vías férreas, lo que dificultó el traslado de dos divisiones de las SS. También se había trazado un plan para destruir las más importantes instalaciones de la ciudad en el momento oportuno, cuidando, sin embargo de no alterar los suministros vitales para la urbe. El sector militar había tomado ya las medidas pertinentes para el caso.

»La situación llegaba a su punto culminante. Los rusos avanzaban por la zona boscosa de los alrededores de Viena y se disponían al asalto de la ciudad. Entonces me puse en contacto con los grupos civiles de la resistencia, que junto con el movimiento de oposición austríaco «05» llevarían a cabo el plan de acción que tenía previsto.

»Se dispuso lo siguiente:

«Día de la ofensiva: 6 de abril de 1945.

»20 horas: Disturbios en los barrios de Simmering, Meidling y Florisdorf, y preparativos de las tropas de enlace para salir al encuentro de los rusos en la zona de Hütteldorf.

»21 horas: Disturbios en el centro de la urbe y erección de barricadas en el Este de Viena para obstaculizar los movimientos de las tropas de las SS que acudieran a normalizar la situación.

»21,30 horas: Puesta en marcha de las tropas de asalto para apoderarse de los edificios públicos y arrestar a los más destacados nacionalsocialistas.

»22 horas: Paralización del tráfico y captura del jefe del Gobierno y comandante militar de la plaza. Firma del documento de capitulación. Control de los puntos estratégicos de la capital: puentes, edificios públicos, etcétera.

»22,30 horas: Entrega de la ciudad a los rusos, llamamiento por radio a los habitantes y entrada de los rusos en Viena...

Pero nada podía evitar la derrota que se acercaba por momentos. En la Alemania occidental empezaron a flamear innumerables banderas blancas a medida que se aproximaba el enemigo. Los alcaldes de muchas poblaciones exigieron a los soldados que se retiraran; en muchos lugares se opuso resistencia armada a las tropas propias, por miedo a la destrucción en el caso de un enfrentamiento con el enemigo.

En Munich, y bajo el mando del capitán Gerngross, se organizó una especie de rebelión, a medida que los tanques americanos avanzaban sobre la capital bávara. Los elementos adscritos a dicha acción eran en su mayoría oficiales y soldados de guarnición en la urbe, a quienes Gerngross había logrado convencer.

El 28 de abril, los aliados fueron informados por radio de lo que sucedía en Munich. Al propio tiempo, se les pidió que cesaran en sus bombardeos sobre la capital.

Como primera providencia, se ocupó la principal emisora de la ciudad. El capitán Gerngross hizo un llamamiento a la rebelión, dio a conocer el programa de diez puntos de su organización, llamada Liberación de Baviera, y lanzó la consigna de la caza «del faisán»; es decir, de todos los funcionarios nazis, incitando a la población de Munich

NACH SIEBENJÄHRIGER UNTERDRÜCKUNG
WURDE AN DIESEM HAUSE
DIE FAHNE ÖSTERREICHS GEHISST
AM 1.2.UND 3.MAI 1945 KÄMPFTEN HIER
MÄNNER DES ÖSTERREICHISCHEN
WIDERSTANDES FÜR DIE FREIHEIT
TIROLS
IM KAMPF UM DAS LANDHAUS FIEL
PROFESSOR DR.FRANZ MAIR
BT.F

El movimiento de resistencia de Innsbruck consiguió tomar en sus manos todos los puntos importantes de la ciudad aún antes de la llegada de los americanos. Incluso el gobierno civil, abandonado sin lucha por el gauleiter Hofer, estaba ocupado ya por los resistentes, cuando volvió a avanzar un destacamento blindado SS que inició el combate con aquéllos. Ante la sede del gobierno cayó como una de las últimas víctimas de la lucha por la libertad austríaca el jefe del grupo de resistencia Mair, profesor Dr. Franz Mair. Arriba: la lápida en el gobierno del Tirol en Innsbruck recuerda la liberación del Tirol y la muerte del profesor Mair.

»Sin despertar sospechas, conseguí que mis unidades se hicieran cargo de la vigilancia de los puentes, los cuales serían volados en el último momento al pasar a la fase activa. Aunque llegaron refuerzos de la Baja Austria, una batería de artillería de Wels no pudo llegar a tiempo.»

Los preparativos antes mencionados estaban ultimados el jueves 5 de abril, de manera que todo se hallaba a punto para la jornada siguiente, la del alzamiento, incluso los más nimios detalles...

En la noche del 5 al 6 de abril, la traición del teniente nazi Hanslik permitió el arresto del comandante Biedermann, combatiente de la resistencia austríaca, jefe del sector de Viena. Ello permitió la penetración de las fuerzas de las SS (que detuvieron a los colaboradores del comandante Skozoll), por haber conseguido del comandante Biedermann el santo y seña del movimiento de resistencia, que era la palabra Radetzky.

A pesar de ello, si el comando de las SS hubiese llegado sólo diez minutos más tarde, la situación habría sido muy distinta, no obstante el conocimiento que tenían de la consigna. Es probable que las SS no se hubiesen adueñado de los edificios públicos, ante las nuevas disposiciones que para su defensa había establecido el comandante Skozoll. El golpe de Viena habría tomado otros derroteros, y es posible que hubiera alcanzado la mayor parte de sus objetivos...

Si bien hay que admitir el fracaso del levantamiento en Viena, es indudable que logró una de sus principales ambiciones: reducir considerablemente la duración de los combates en la capital. El mando ruso aceptó la proposición del comandante Skozoll, es decir, simular un ataque frontal a las tropas de las SS para, con el grueso de las fuerzas, irrumpir en Viena por el sector Baden-Mödling y St. Pölten. Al llegar a la zona boscosa del norte de la capital, los rusos se desviaron ligeramente hacia el oeste, y desde ambos puntos se abrieron paso hasta la ciudad.

Este plan fue discutido con detalle durante las conversaciones celebradas por el sargento mayor Käs, enviado de Skozoll, en el cuartel general del mariscal Tolbujin.

El movimiento de resistencia austríaco llevaba casi siete años luchando para librar a su país del yugo nazi. Por fin iba a terminar el sangriento caos. La enorme hoguera que formaba la iglesia de San Esteban se reflejaba sobre las formaciones de las SS y los jefes políticos nacionalsocialistas; con ellos terminaba en la ciudad un ambiente de brutalidad y cínico desprecio a la condición humana. Miles de vieneses condenados y ejecutados por orden de los tribunales populares, y otros muchos asesinados sin previo juicio, habían sembrado el camino de ochenta y cinco meses de dominación nacionalsocialista, cuyas últimas boqueadas aún se dejaron sentir en muchos lugares de Austria.

(Otto Molden, *La voz de la conciencia*)

y de Baviera a alzarse contra los nacionalsocialistas.

La división de la Wehrmacht estacionada en Munich depuso las armas y se entregó sin lucha a los americanos. Toda la ciudad aparecía engalanada con banderas blancas. El enemigo pudo ocuparla sin inútiles destrozos ni derramamiento de sangre. Por fin llegó el día en que Hitler, en medio de su fanático delirio, comprendió que el Tercer Reich había dejado de existir. Los tanques del Ejército Rojo rondaban la Cancillería; el Estado del Führer se reducía a unos pocos kilómetros cuadrados, desde la Dönhoffplatz en el este hasta la hoy calle 17 de Junio en el oeste, desde la estación del ferrocarril metropolitano de la Friedrichstrasse en el norte hasta la Puerta de Halle en el sur. La zona no rebasaba los tres kilómetros de diámetro. En algunos puntos, los soviets se hallaban a unos cientos de metros de la Cancillería.

Hitler decidió poner término a su vida, pero antes desposeyó de todas sus funciones al «traidor» Himmler, lo mismo que al «más fiel de sus paladines», el hombre que había acumulado docenas de títulos y cargos, el mariscal Hermann Goering. Este, antes de huir a los Alpes austríacos, pidió al Führer que le transfiriese el poder, puesto que él, encerrado en Berlín, ya no podía ejercerlo. Hitler llegó incluso a dar la orden de fusilar a Goering.

En realidad, Goering fue detenido por una unidad de las SS, pero no tardó en ser rescatado por sus leales soldados de la Luftwaffe... hasta que poco después cayó en poder de los americanos.

Hitler nombró su sucesor al jefe supremo de la Marina, el gran almirante Doenitz, quien recibió el nombramiento de «presidente del Reich», el mismo que recibiera Hitler el 2 de agosto de 1934, tras la muerte de Hindenburg. El jefe del Gobierno y canciller sería el fiel Joseph Goebbels.

El 30 de abril termina la trágica existencia de Hitler. Poco antes de su muerte se casa con Eva Braun, antigua empleada de su fotógrafo oficial Heinrich Hoffmann, con la que sostenía relaciones desde hacía largo tiempo. Redactó asimismo dos testamentos, uno político y otro privado. En el primero vaticinó al pueblo alemán —en oposición a lo manifestado a Speer y a otros acerca de la justa decadencia de dicho pueblo—, «el brillante resurgimiento del nacionalsocialismo» y la vuelta

---

El campo de concentración de Buchenwald se libera a sí mismo

El planteamiento y ejecución, por parte de los detenidos, de actos subversivos, imponía un sistema efectivo de protección. Era indispensable asimismo lograr una mejor coordinación entre los grupos existentes. Las distintas organizaciones secretas estaban integradas por reclusos de una misma nacionalidad: checos, yugoslavos, polacos, rusos, franceses, belgas y holandeses. Recurriendo a los más variados pretextos, se iba formando una tropa para la vigilancia del campo y sus instalaciones. Estos elementos serían de inapreciable valor llegado el caso. Había equipos de bomberos, sanitarios, tropas de salvamento, etcétera, unos mil hombres en total, seleccionados y adiestrados por los propios reclusos. Las SS nunca sospecharon la verdadera importancia de estas organizaciones secretas que brotaban en el campo.

La posesión de armas confería a los internados una confortable sensación de seguridad. Si había que morir, por lo menos que fuese combatiendo, y no dejándose conducir al matadero sin ofrecer resistencia. Tal sensación de seguridad creó una atmósfera de mayor confianza entre los detenidos. Nadie dudaba de la extraordinaria gravedad de la situación, pues no sólo habría que luchar con los guardianes de las SS, llegado el momento, sino tratar de dominar el pánico que siempre se produce en casos semejantes. No hay que olvidar la existencia de los débiles y pusilánimes.

En la tarde del 4 de abril fueron convocados súbitamente todos los judíos internados en el campo, pero nadie acudió al patio central. Una cosa así jamás había sucedido en un campo de concentración. Resultaba inconcebible que las SS no se atrevieran a emplear la fuerza para hacer cumplir la orden.

La prueba decisiva surgió el 5 de abril... El sturmbannführer *de las SS, doctor Ding-Schuler, compareció en el campo y anunció que la Gestapo había dado la orden de evacuar 46 presos políticos a la mañana siguiente, antes de que amaneciera. Instantes después la noticia había cundido entre los detenidos. Se decidió impedir a toda costa la salida de los 46 presos, aun cuando hubiera que recurrir a la lucha abierta.*

Aquella misma noche, los internados que habían de partir al día siguiente se ocultaron en lugares seguros. El comandante del campo ordenó a los guardianes de las SS que procedieran a la busca y captura de los desaparecidos. La operación duró ocho horas, sin resultado positivo. Solamente existía la solución de una llamada general. El grupo dirigente de los prisioneros resolvió ordenar que nadie acudiera a dicha llamada, única manera de lograr que las SS no tuviesen el control absoluto de la situación. Esta llegó a adquirir enorme tensión. Era la guerra abierta. Al caer la noche, miembros de las SS penetraron en el recinto del campo fuertemente armados; vieron que los presos políticos estaban dispuestos a presentar batalla.

Los responsables del campo no ignoraban sus posibilidades en caso de un encuentro armado

a la «concepción racista del mundo», que tantas calamidades había acarreado:

«Recomiendo a la nación que prosiga en la observancia de las leyes supremas de la raza, por penosas que resulten, y que no ceje en la lucha contra el veneno de todos los pueblos: el judaísmo internacional.»

Seguidamente se retiró con su esposa a sus habitaciones privadas del *bunker*, a varios metros bajo el jardín de la Cancillería. Pronto sonó un disparo.

Los dos cadáveres fueron encontrados sobre un sofá. Por lo visto, la mujer le disparó el tiro mortal. La pistola quedó a los pies de Eva Hitler, de soltera Braun. Es probable que el Führer, debido a su enfermedad —sufría de parálisis progresiva—, y a las heridas recibidas en el atentado de Stauffenberg del 20 de julio, no pudiese hacer uso de la mano derecha. Eva Hitler se envenenó.

Esto sucedía hacia las cuatro de la tarde del 30 de abril de 1945. Adolf Hitler, Führer y canciller del Reich, jefe supremo de la Wehrmacht, y autócrata absoluto, dos años antes dueño de media Europa, había dejado de existir. Con el ídolo de un puñado de fanáticos, encarnación del mal para millones de seres, se hundió asimismo el Tercer Reich.

En los días que sucedieron a la agonía de un Estado, al que había combatido el mundo entero, tuvieron lugar algunos acontecimientos que arrojaron un poco de luz en el trasfondo oscuro del drama, no sólo de Alemania, sino de Europa y el mundo.

A la misma hora en que ambos cadáveres fueron rociados con gasolina, en el patio de la Cancillería, bullía a su alrededor el infierno de la guerra.

Los soviets se asomaban por la Wilhelmstrasse. Habían ocupado ya las ruinas de la sede de Himmler, en la Prinz-Albrecht-Strasse; la lucha arreciaba en el Ministerio del Aire de la Leipziger Strasse, que en la actualidad, con el nombre de Casa de los Ministerios, es la sede del Gobierno de Ulbricht. Las vanguardias rusas, que se acercaban a la esquina de Wilhemstrasse y Vosstrasse, distaban sólo unos metros de la Cancillería.

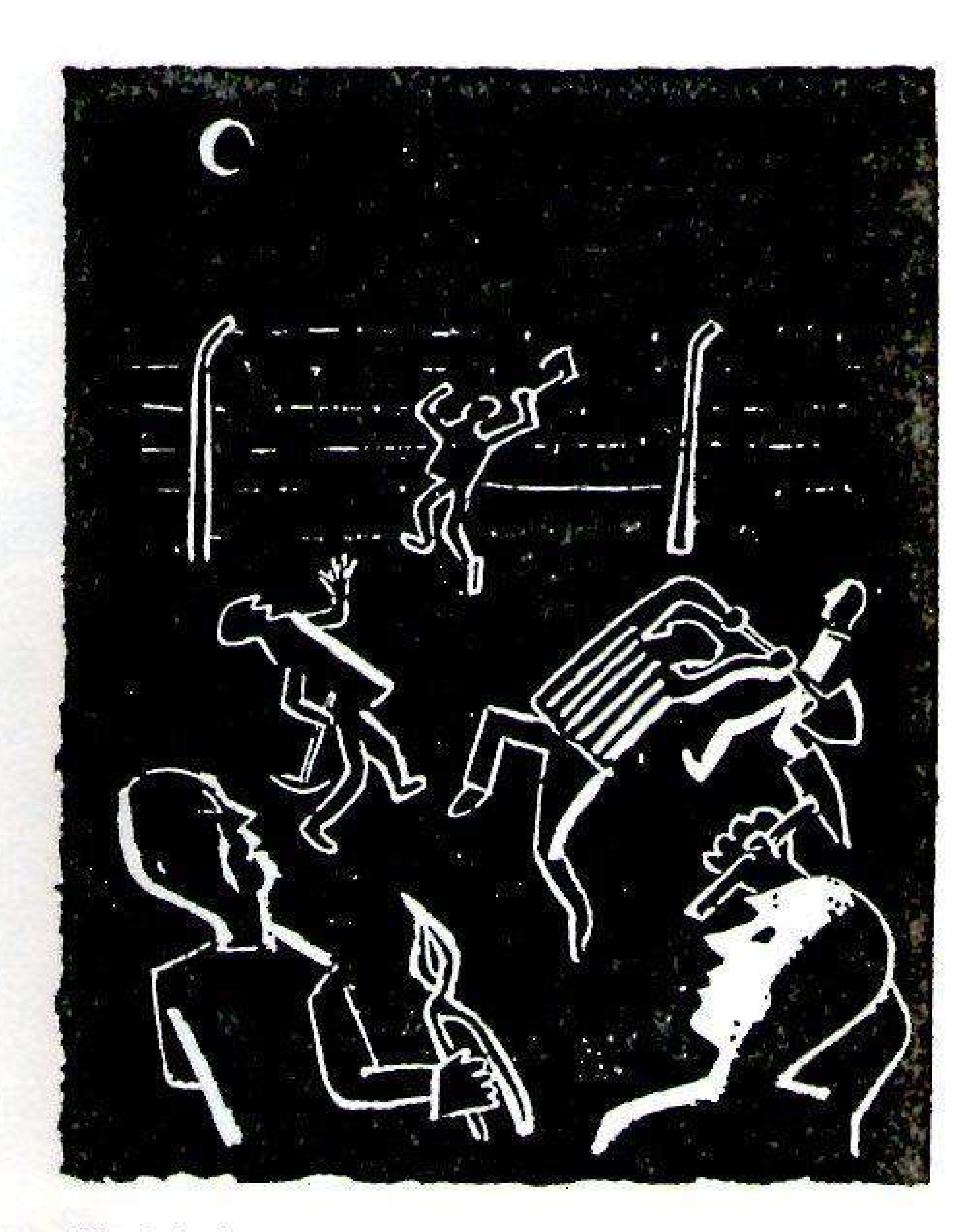
En ese instante salió al encuentro de los soldados rojos un fuerte grupo de combate con uni-

---

con las SS; debían vencer en los primeros momentos, pues se contaba con la llegada inmediata de tropas de refuerzo. A fin de asegurarse la huida una vez fuera del campo, se decidió enviar un mensajero para que estableciera contacto con los americanos, que se acercaban en dirección a Ettersberg. Asimismo se dirigió un escrito al comandante del campo. De momento no sucedió nada.

Al mediodía del miércoles 11 de abril quedaban 21.000 internados en el campo de concentración. Todos seguían alerta para el caso de que fuera necesaria la lucha armada. Sin embargo, las SS no atacaron. A las 10,30, el jefe de la sección LA 1 manifestó que el campo tenía que ser evacuado. Pero por otro conducto se sabía que las SS habían pedido al aeródromo Nora, emplazado no lejos del campo, que éste fuera bombardeado. Pronto cundió la alarma. Al cabo de hora y media, los altavoces comunicaban a los guardias de las SS que se reunieran en el perímetro exterior del campo. La suerte parecía echada, pero al poco tiempo los centinelas de las SS volvían a ocupar las torretas de vigilancia; hacia las tres de la tarde abandonaron de nuevo sus puestos, al percatarse de que se aproximaban fuerzas enemigas. Los internados iniciaron la tarea de cortar las alambradas, ocupar las torres e izar una bandera blanca en la torre principal. Los primeros carros blindados americanos que venían del noroeste se encontraron con que el campo de concentración de Buchenwald se había liberado a sí mismo...

(Eugen Kogon, *El Estado de las SS. El sistema de los campos de concentración alemanes)*



«Llegó la hora», un dibujo del detenido Herbert Sandberg del campo de concentración de Buchenwald.

forme del ejército alemán, mandado por un suboficial. Unicamente llevaban metralletas, granadas de mano y anticarro, pero consiguieron destruir siete tanques enemigos en la Friedrichstrasse y Wilhelmstrasse.

El suboficial puso fuera de combate tres carros blindados soviéticos, uno de ellos en la esquina de la Friedrichstrasse y Kochstrasse, en el mismo lugar en que, doce años antes, el albañil holandés Marinus van der Lubbe había incitado a los trabajadores de Berlín contra los nazis, y donde se encuentra el llamado Checkpoint Charlie, el único acceso al muro de Ulbricht para los extranjeros. Es también el sitio en que, el 13 de agosto de 1961, durante unas semanas, los tanques rusos y americanos estuvieron frente a frente. Pero en la fecha que relatamos, 30 de abril de 1945, sólo se hallaban los tanques rusos y unos soldados armados con metralleta, granadas de mano y contra carros, y no eran americanos, ni siquiera alemanes. El suboficial lucía varias condecoraciones alemanas, y el grito que lanzó mientras su grupo hacía retroceder a los tanques y soldados rusos no era usual en un combatiente alemán. Porque dicho grito fue: «*Vive la France!*»

En la cartilla militar del suboficial, en cuyas tapas figuraba la bandera tricolor francesa, constaba que era titular de la Cruz de Hierro de ambas clases, de la Cruz de Caballero y del Emblema de Asalto de Infantería. La cartilla iba a nombre de Eugène Vaulot.

Vaulot y sus hombres pertenecían al grupo de asalto de la división de voluntarios franceses Carlomagno. Desde hacía varios días, la citada unidad pertenecía a la división de las SS Nordland, compuesta de voluntarios letones, lituanos, estonianos, finlandeses y suecos, que combatían tesoneramente contra el bolchevismo. La última batalla de Hitler, la lucha por Berlín, era sostenida por elementos extranjeros. Los postreros defensores de la capital eran, en su mayoría, voluntarios extranjeros fanatizados por la consigna de «lucha contra el bolchevismo». Y en primera línea formaban los franceses de la división Carlomagno.

Despreciados por sus propios compatriotas, los franceses sostenían los últimos combates con los tanques y soldados del Ejército Rojo, desde las puertas de la Cancillería hasta la Belle-Aliance-Platz, donde en 1815 se erigió un monumento conmemorativo de la victoria sobre las armas napoleónicas. Otros voluntarios franceses celebraban en diversas ciudades alemanas su victoria sobre el enemigo.

Stuttgart, la capital de Suabia, caía el 20 de abril en poder de las fuerzas del general De Gaulle, que llevaban mucho tiempo de victoriosa campaña. Bajo las órdenes del general Leclerc habían combatido en el Congo contra las huestes de Rommel; también desembarcaron en su patria con los aliados, y el 25 de agosto de 1944 entraron en París. Ahora avanzaban por tierras del odiado enemigo.

A la misma hora en que Eugène Vaulot destruía en Berlín el cuarto tanque ruso, las fuerzas francesas del general Guillaume pegaban en los muros de Stuttgart unos bandos por los que se obligaba a los alemanes a poner bandera blanca, y a suministrar un atuendo civil completo a los franceses, tunecinos, marroquíes y argelinos. Asimismo, se establecía que todos debían saludar al paso de un coche oficial, los hombres quitándose el sombrero.

Casi a la misma hora arribaba a la pequeña localidad de Niederndorf una caravana de autobuses. Los viajeros eran presos importantes de los campos de concentración alemanes, acompañados de sus guardianes. Procedían en su mayor parte del campo de Flossenbürg, adonde habían sido trasladados desde diversos puntos de Alemania. Habían hecho un alto en el campo de Dachau y en otro de menor importancia, situado cerca de Innsbruck, y todos creyeron que Niederndorf sería la estación término.

O bien los guardianes acabarían con ellos —ésa era la orden—, o los pondrían en libertad en cualquier pueblecito de montaña. Entre tales prisioneros se contaban varios miembros de la resistencia y sus familiares. No esperaban otra solución que la libertad o la muerte, pero había otra: el encierro en campos de prisioneros aliados como «criminales de guerra». Entre los muchos que en Niederndorf esperaban resignados su destino se contaban:

Capitán general Franz Halder, ex jefe del Estado Mayor del Ejército alemán; doctor Hjalmar Schacht, ex presidente del Banco del Reich y ex ministro de Economía; general Georg Thomas, ex jefe de Economía y Armamento del Alto Mando de la Wehrmacht; general Alexander von Falkenhausen, ex comandante en jefe de Bélgica y norte de Francia; doctor Kurt Edler von Schuschnigg, ex canciller de Austria, con su esposa e hijo; León Blum, ex primer ministro francés y jefe del partido socialista galo, con su esposa; comandante Stevens y capitán Best, del Servicio Secreto británico, detenidos en Holanda por los alemanes, después del atentado contra Hitler el 8 de noviembre de 1939; Pastor Martin Niemöller; teniente coronel Fabian von Schlabrendorff; doctor Joseph Müller, representante de los adversarios de Hitler ante el Vaticano; Neuhäusler, obispo auxiliar de Munich; el industrial Fritz Thyssen y señora; el sobrino del ministro de Asuntos Exteriores soviético, Molotov; el ex comandante en jefe del Ejército griego; el ex primer ministro húngaro; los príncipes alemanes Philipp von Hessen y Federico de Prusia; Visentainer, el conocido payaso; la cantante Isa Vermehren y parientes de Stauffenberg, de Goerdeler y de otros conspiradores.

Los prisioneros tenían sobrados motivos para temer por sus vidas. Los que venían del campo de Flossenbürg, en el Alto Palatinado, sabían que muchos de sus compañeros habían sido ejecutados. El 9 de abril, poco antes de la llegada de los americanos, habían sido ajusticiados en Flossenbürg:

El almirante Canaris, ex jefe del Abwehr, detenido desde el 20 de julio; el general de división

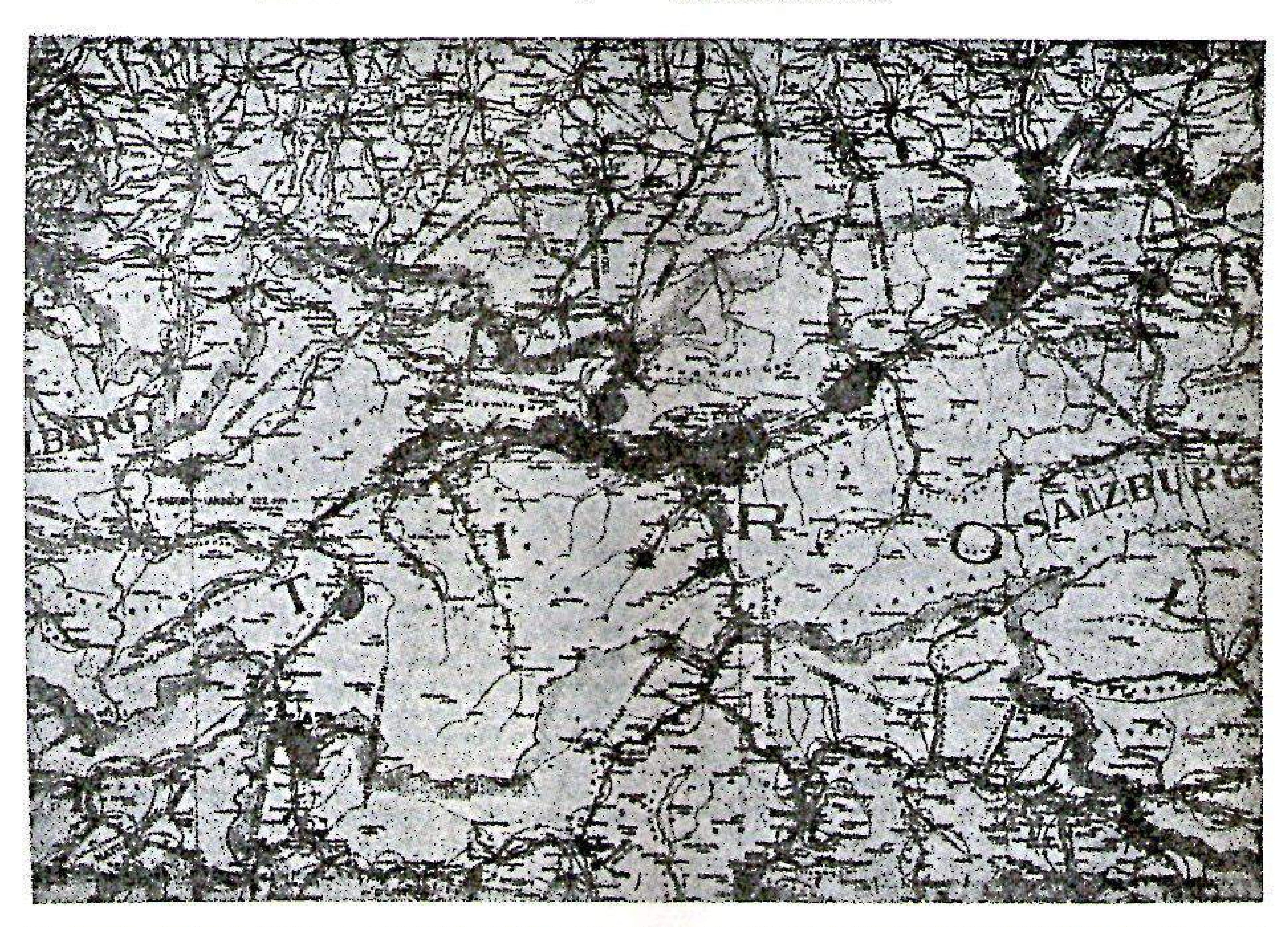
«Acción liberadora Baviera» 1945

De una conversación con el capitán Gerngross.

...El levantamiento de Munich demostró a la «otra Alemania» y al mundo entero que todavía quedaban personas amantes de la patria que osaban desobedecer las consignas del mando sobre la política de tierra quemada, tratando de salvar lo que se pudiera. El 20 de julio había puesto de relieve que bajo una dictadura absoluta no se podía emprender una vasta acción a escala nacional. A mis amigos y a mí se nos presentó la oportunidad de obrar en la zona sur del país... En primer lugar se pensó en organizar una tropa para combatir el caos, y proteger de la destrucción todo cuanto fuera posible, pero luego convinimos que lo más importante era preparar a los grupos de la resistencia para que asestaran el golpe definitivo al poder nazi. Al propio tiempo se debían cumplir los requisitos previos para el armisticio que deseaban los aliados. La capitulación sólo podían suscribirla los políticos y militares nazis responsables. Era necesario disponer de unidades destinadas a reducir a los mandos militares y a los jefes políticos, y tratar de que el gobernador de Baviera, general Ritter von Epp, declarase la rendición formal.

Las acciones comenzaron bajo la consigna «la caza del faisán». Mi compañía, la número VII, recibió la orden de ocupar los principales centros de comunicaciones y de abastecimiento. Otros grupos se encargarían del Ayuntamiento y del puesto de mando en Pullach. Grupos civiles ocuparían los puentes sobre el Isar, en Freising, y la emisora de Erding. Hicimos prisionero al gobernador de Baviera. En la mañana del 28 se ocupó la emisora de Freimann. Desde Erding se hizo un llamamiento a la población a fin de que se sumara a la acción liberadora de Baviera, informando de todo ello a Munich. Terminamos con éxito las operaciones en la tarde del 28 de abril de 1945. La relativa facilidad con que fue liberada Baviera demuestra claramente que muchas unidades de la Wehrmacht casi no ofrecieron resistencia, pues resultaba ya prácticamente inútil...

(Erich Kuby, *Fin del terror. Documentos sobre la catástrofe,* enero a mayo de 1945)



El plan de aterrizaje trazado por el estado mayor «05», que bajo el nombre de «Operación libertad» preveía el aterrizaje de paracaidistas norteamericanos e ingleses en conjunción con el movimiento de resistencia tirolés. Las zonas sombreadas señalan los lugares previstos para el aterrizaje.

Oster, ex jefe de la sección central del Abwehr y predecesor de Stauffenberg como cabeza principal de la conjura; el pastor Dietrich Bonhoeffer, que efectuó varios viajes al extranjero como emisario de los conspiradores, el cual difundió entre sus amigos de fuera del país noticias acerca del movimiento oposicionista en Alemania; el consejero del Tribunal del Reich, doctor Dohnanyi, que desde el principio estuvo al lado de los conspiradores, entendió en el caso Fritsch y salvó la vida de numerosas personas, sobre todo judíos, y que había contribuido asimismo a mitigar los efectos del inhumano plan eutanásico.

Con ellos, otros muchos perdieron la vida en Flossenbürg poco antes del final, y de ahí la incertidumbre reinante entre los prisioneros, que por cierto no habría de prolongarse por mucho tiempo. El pastor Niemöller, el «prisionero privado» de Hitler, puso en peligro su vida y la de sus compañeros al dirigirse a los guardianes en términos muy duros; la intervención del general Thomas resultó providencial.

Las tropas alemanas que se retiraban de Italia ante el avance incontenible de los aliados llegaron a Niederndorf. Un general, muy conocido de Thomas por haber sido subordinado suyo, puso rápidamente una compañía de sus soldados para vigilar a los prisioneros; los guardianes de las SS se habían esfumado en todas direcciones.

El 4 de mayo, con la llegada de las tropas americanas, sonó la hora de la libertad. Dicho día, en la Escuela Naval de Flensburg-Mürwik, el nuevo «presidente del Reich», el gran almirante Doenitz, establece su gabinete provisional, cuyo jefe es el ministro de Finanzas, conde Schwerin-Krosigk; el canciller nombrado por Hitler, doctor Goebbels, había envenenado a toda su familia, disparándose luego él un tiro, el 1.º de mayo.

El último Gobierno del Reich sólo mandaba sobre un montón de escombros, pero su labor tenía un objeto: arrancar el máximo número de personas de las garras del Ejército Rojo. Doenitz rechazó la petición del mariscal Montgomery de capitular en el norte de Alemania, Holanda y Dinamarca; Doenitz no deseaba en modo alguno continuar la guerra, pero el mariscal británico había impuesto como condición que se entregaran todas las unidades de la Marina alemana, y eso no podía consentirlo el gran almirante. Los barcos habían de ser utilizados para sacar del Este a cientos de miles de fugitivos y soldados que huían de las tropas rojas. Por último se llegó a un entendimiento mutuo entre el almirante alemán y el mariscal inglés. Las condiciones para la capitulación se-

---

Acción «No». Del diario de un testigo

Lunes, 16 de abril de 1945.

«¿Sabéis de qué se trata? —Georg Schulz me miró con expresión inquisitiva—. Se trata simplemente de decir "No" a la política de Hitler. En el último referéndum se nos pregunta: "¿Aceptáis, hombres y mujeres alemanes, la política de Adolf Hitler?" Nuestra respuesta ha de ser: "No, no aceptamos esa política, y queremos manifestarlo públicamente." Tenemos dispuesto un plan para Berlín, que será puesto en práctica el miércoles. La consigna es "No". Esta palabra habrá de figurar en todas las paredes de la capital. Con tiza, pintura o carbón. Cada uno lo realizará en su distrito...»

Cambiamos una rápida mirada. Nuestro grupo se compone de doce a catorce personas...

Miércoles, 18 de abril de 1945.

«Con andar vacilante avancé dos pasos hacia la derecha. Noté entre los dedos las frías esquinas del buzón. NO; ésta es la palabra que pinté debajo de la ranura... Luego seguí estampando la misma palabra, con pintura negra, en escaparates y paredes. NO; NO. Aparecía en todas partes: en los postes, en las puertas de los jardines y en las columnas anunciadoras. Dondequiera que hubiese un claro que llamara la atención, allí se pintaba la palabra "No"...

»En una pared descubrí un terrible cartel: "Los judíos son nuestra desgracia". Frank mojó el pincel y pintó un enorme No; gotas encarnadas cayeron sobre la acera. ¡NO! La palabra campeaba en todas partes...»

Jueves, 19 de abril de 1945.

«Georg Schulz nos llamó desde una esquina. "Aquí tengo unas octavillas. Distribuidlas como os parezca. Podrían estar mejor, pero no disponemos de prensas. Hemos trabajado toda la noche..."

»¡Berlineses! ¡Soldados! ¡Hombres y mujeres! ¡Ya conocéis la consigna de ese maniático de Hitler y su verdugo Himmler, de defender las ciudades hasta el último cartucho! Quien a estas alturas cumple las órdenes nazis es un idiota o un canalla. ¡Berlineses! Seguid el ejemplo de los habitantes de Viena. Los trabajadores y soldados austríacos han evitado inútiles destrucciones y efusión de sangre con su resistencia, salvando así su capital. ¿Queréis que Berlín sufra el destino de Aquisgrán, Colonia y Koenigsberg?

»¡NO!

»¡Escribid esta palabra por todas partes! ¡Formad núcleos de resistencia en los cuarteles, en las fábricas, en los refugios! ¡Arrojad a la calle los retratos del Führer y su camarilla! ¡Organizad la oposición armada!

Grupo de resistencia de Berlín.

(Ruth Andreas-Friedrich, *Escenario: Berlín. Diario*, 1939-1945)

guían siendo las mismas —el británico tenía que guardar las apariencias ante sus aliados—, pero nadie podía pretender la inmediata ejecución de una maniobra tan compleja. Además, los ingleses tampoco disponían de personal para efectuar la operación.

Las negociaciones con el jefe supremo americano, general Eisenhower, discurrieron de muy distinta manera. Mientras que de todos los puertos del Báltico salían hacia el Este toda clase de unidades disponibles, protegidas por aviones ingleses, el general Eisenhower se negó en principio a negociar. Como manifestó al terminar la guerra:

«Ordené al general Smith que comunicara a Jodl (negociador por parte alemana como jefe de Estado Mayor de la Wehrmacht) que impidiera por la fuerza el paso de fugitivos alemanes por nuestras líneas, si no cesaban inmediatamente en sus tácticas dilatorias...»

Eisenhower llegó incluso a amenazar con el bombardeo de ciudades alemanas si las tropas enemigas insistían en huir hacia el Oeste en lugar de entregarse al Ejército ruso. Doenitz era consciente de que no le quedaban muchos días para salvar a los fugitivos del Este.

El 7 de mayo, Jodl firmaba en Reims la capitulación alemana ante Estados Unidos, la Gran Bretaña y Francia. La Unión Soviética envió a un representante, aunque no investido de plenos poderes. Stalin y el mariscal Zukov exigieron que la firma de la rendición se efectuara en Berlín.

Al día siguiente se volvía a repetir la ceremonia en Berlín-Karlshorst, esta vez firmando el documento el mariscal Keitel.

El 9 de mayo, a la una, las armas callaron. La Segunda Guerra Mundial había terminado en el escenario europeo. El Tercer Reich había dejado de existir y el nacionalsocialismo había quedado aniquilado.

Los pueblos de Europa celebraron la victoria, tanto los soldados como los civiles que habían luchado en la clandestinidad, pese al terror desplegado por la Gestapo y el SD.

En Alemania nadie celebró nada, pero el pueblo alemán respiró tranquilo. Los horrores de la guerra quedaban atrás. También en Alemania se iniciaría la reconstrucción; de las ruinas surgiría de nuevo la vida. Había muchas ciudades en pie, y millones de seres seguían alentando; el país se habría ahorrado muchas penalidades si la guerra hubiese terminado en julio de 1944, en el caso de que el movimiento de resistencia contra Hitler hubiese podido realizar sus propósitos. Sin embargo, la oposición no había sido del todo inútil, y muchos de los que lucharon en la clandestinidad seguían con vida. Pocas horas antes de ir al encuentro de la eternidad, el general Von Tresckow pronunció las siguientes palabras al saber que Hitler había logrado escapar al atentado del 20 de julio de 1944:

«Siempre he abrigado el firme convencimiento de que hemos obrado con rectitud... A pocas horas de comparecer ante el Creador, hago balance de mis actos y mi conciencia está tranquila por todo cuando he hecho en contra de Hitler. Dios, que hubiera perdonado a Sodoma con sólo encontrar en ella diez justos, no permitirá que Alemania sea destruida.»

Apéndice

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 18

BOLETIN OFICIAL DEL REICH. — 1933.
Berlín, a 28 de febrero de 1933.

Decreto de la Presidencia del Reich sobre defensa del pueblo y el Estado.

De conformidad con el artículo 48, apartado 2) de la Constitución del Reich, se decreta lo siguiente como medida preventiva contra posibles actos de inspiración comunista que atenten contra la seguridad del Estado:
Artículo 1. — Los artículos 114, 115, 117, 118, 123, 124 y 153 de la Constitución del Reich alemán quedan derogados hasta nueva orden. Por lo tanto, existen limitaciones de la libertad personal; al derecho de expresarse libremente, incluyendo la libertad de prensa, de asociación y de reunión; a la inviolabilidad de la correspondencia, los telegramas y las comunicaciones telefónicas; a las disposiciones sobre registros domiciliarios y requisa de propiedades. A partir de la publicación del presente decreto quedan sin efecto las leyes que limitaban la acción estatal.
Artículo 2. — Si en alguna región no se han tomado las medidas necesarias para garantizar la seguridad y el orden públicos, el Gobierno del Reich se hará cargo temporalmente de los poderes inherentes a las autoridades superiores de la región.
Artículo 3. — Las autoridades regionales, provinciales y locales harán cumplir, dentro de los límites de su competencia, el presente decreto promulgado por el Gobierno del Reich.
Artículo 4. — La persona que contraviniere las disposiciones emitidas por las autoridades territoriales, o sus subordinadas, en cuanto se refiere al cumplimiento de lo ordenado en el presente Decreto, y siempre que la infracción no esté penada con mayor severidad por otra disposición, será condenada a un arresto no inferior a un mes o a multa de 150 a 15 000 marcos.
Si la infracción, según el art. 1, entraña peligro para la vida humana, será condenada a presidio, o a cárcel en casos menos graves, mínimo seis meses. Caso de que haya muerte, será condenada a la pena capital, o a dos años de prisión, por lo menos, si hubiere circunstancias atenuantes. También se procederá a la confiscación de los bienes, según los casos.
Quien cometiere una infracción (art. 2) que pusiera en peligro el orden público, sufrirá prisión; en circunstancias atenuantes, tres meses de cárcel por lo menos.
Artículo 5. — Sufrirán la pena máxima en los casos que el Código Penal en su artículo 81 (alta traición); 229 (envenenamiento); 307 (incendio); 311 (explosivos); 312 (inundación); 315, ap. 2 (daños a instalaciones ferroviarias); 324 (daños a la comunidad) señala como pena la reclusión perpetua.
Se les impondrá el castigo capital, o en circunstancias atenuantes cadena perpetua o quince años de prisión:
1. A quien intente acabar con la vida del presidente del Reich o la de un miembro del Gobierno, o de una autoridad regional. Quedan asimismo incursos en este apartado los que participaren en una conjura a tal efecto.
2. A los que incurran en el delito señalado en el art. 115, ap. 2 del Código Penal (sedición), en el art. 125, ap. 2 (atentado contra la seguridad del Estado), bien empuñando las armas o ayudando a quienes lo hagan.
3. A quienes practiquen el secuestro con fines políticos, de acuerdo con lo dispuesto en el art. 239.

Artículo 6. — Este decreto entrará en vigor el mismo día de su publicación.

Berlín, 28 de febrero de 1933.
El presidente del Reich, von Hindenburg.
El canciller, Adolf Hitler.
El ministro del Interior, Frick.
El ministro de Justicia, Dr. Gürtner.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 19

Resolución:
De conformidad con el art. 1 del Decreto de la Presidencia del Reich para la defensa del pueblo y el Estado, de 28 de febrero de 1933, Boletín Oficial núm. 17, pág. 83, al rector Erwin Münchow, Luckenwalde, Bussestrasse, 42, nacido el 29 de junio de 1888, se le arresta preventivamente para ser trasladado al campo de concentración de Oranienburg.

Motivos:
Münchow era miembro del partido socialdemócrata, ocupando en el mismo cargos importantes. En vista de ello, y como quiera que el mencionado partido ha sido declarado organización hostil al pueblo y Estado alemanes, y como existe el riesgo de que Münchow, no obstante la disolución del partido, intente seguir atentando contra la seguridad del Estado, es detenido a fin de que no pueda desarrollar actividades de carácter subversivo.

Jüterbog, a 21 de julio de 1933.
El jefe del distrito de Jüterbog-Luckonwalde.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 28

BOLETIN OFICIAL. — 1933.
Berlín, a 24 de marzo de 1933.

Ley para el desarrollo del pueblo y el Estado, de 24 de marzo de 1933.

El Reichstag promulga la siguiente ley, con aprobación del Consejo Nacional, que llena las exigencias de legislar en consonancia con la nueva Constitución.

Artículo 1. — Las leyes del Reich pueden ser promulgadas por el Gobierno, al margen de la Constitución del Reich. Esto se aplica también al artículo 85, apart. 2, y al art. 87 de la Constitución.
Artículo 2. — Las leyes promulgadas por el Gobierno pueden desviarse de la Constitución, en tanto que no afecten al Reichstag y al Consejo Nacional. Los derechos del presidente del Reich permanecen inalterables.
Artículo 3. — Las leyes promulgadas por el Gobierno vendrán firmadas por el Canciller, y serán publicadas en el Boletín Oficial. Entrarán en vigor al día siguiente de su promulgación. Los artículos 68 a 77 de la Constitución del Reich no son de aplicación en cuanto a las leyes promulgadas por el Gobierno.
Artículo 4. — Los tratados del Reich con potencias extranjeras que afecten a la legislación, no precisan de la aprobación de las corporaciones que intervienen en la estructuración de las leyes. El Gobierno del Reich se reserva el derecho de dictar en cada caso las instrucciones que convengan.
Artículo 5. — Esta ley entra en vigor el mismo día de su publicación. Quedará automáticamente derogada el 1.° de abril de 1937; también lo será en el caso de que el actual Gobierno sea reemplazado por otro.

Berlín, 24 de marzo de 1933.
El presidente del Reich, von Hindenburg.
El canciller del Reich, Adolf Hitler.
El ministro del Interior, Frick.
El ministro de Asuntos Exteriores, barón von Neurath.
El ministro de Finanzas, conde Schwerin von Krosigk.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 29, ARRIBA

Ley prohibiendo la formación de nuevos partidos, de 14 de julio de 1933.
El Gobierno del Reich promulga la siguiente ley:

Artículo 1. — En Alemania, el único partido legal es el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán.
Artículo 2. — Quien intente mantener la organización de otros partidos o fundar uno nuevo, será castigado a tres años de prisión, o a penas carcelarias que oscilarán entre seis meses y tres años.

Berlín, 14 de julio de 1933.
El canciller, Adolf Hitler.
El ministro del Interior, Frick.
El ministro de Justicia, doctor Gürtner.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 29, ABAJO

¡ACABEMOS CON LO QUE QUEDA DE LOS PARTIDOS!

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 32

Viernes, 23 de junio de 1933.
EL PARTIDO SOCIALDEMOCRATA PROHIBIDO EN EL REICH

Como enemigo del Estado y el pueblo. — Ya no podrá ejercer su mandato parlamentario. — Los bienes del partido, confiscados.
Berlín, 22 de junio.

El ministro del Interior ha declarado hoy fuera de la ley al partido socialdemócrata alemán. A tal efecto, el ministro ha cursado a los gobernadores civiles las instrucciones pertinentes a fin de que sea cumplimentada dicha orden.
Fundamento de la decisión oficial. — Berlín, 22 de junio. — La experiencia ha demostrado de manera terminante que la socialdemocracia alemana no ha retrocedido jamás ante cualquier procedimiento para atentar contra la seguridad del país. Destacadas personalidades del SPD, como Wels, Breitscheid, Stampfer, Vogel y otros, se encuentran en Praga desde hace varias semanas, para desde allí continuar la lucha contra el gobierno nacional alemán. Wels ha manifestado que su retirada de la Segunda Internacional es sólo fingida. Ha enviado un telegrama al presidente de las comisiones obreras de la Conferencia Internacional del Trabajo en Ginebra, en el que trata de incitar a las clases obreras de los demás países contra el gobierno nacional alemán.
Otros dirigentes del SPD, que hace unos días han celebrado una reunión en Berlín, se han distanciado de personas como Wels, Bretischeid, etc., al menos en apariencia, pero todos ellos son reos de traición al Estado. La policía irrumpió en una de sus reuniones clandestinas y encontró gran cantidad de propaganda subversiva. No cabe duda pues de que el SPD es enemigo declarado del pueblo y el Estado, y que por lo tanto no merece mejor trato que el partido comunista.
El ministro del Interior, de conformidad con el Decreto extraordinario de la Presidencia del Reich, de 28 de febrero, ha cursado instrucciones a los gobernadores civiles a fin de que se tomen las medidas adecuadas contra aquellos miembros que ostentan representación, en especial la de que sean desposeídos de la misma. Asimismo se les privará de las dietas de que gozan. La socialdemocracia no podrá tener la posibilidad de efectuar ningún género de propaganda. Las reuniones del SPD y las de sus instituciones serán prohibidas. Las publicaciones del SPD serán asimismo puestas fuera de circulación.
Los bienes del partido socialdemócrata y sus organizaciones serán confiscados, así como las pertenecientes a los sindicatos libres. Dado el carácter subversivo del partido, sus funcionarios y afiliados dejarán de percibir las cantidades que hasta ahora recibían de los organismos públicos.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 33, ARRIBA

Neuer Vorwärts. — Semanario socialdemócrata.

¡ROMPED LAS CADENAS! Los derrotados de hoy serán los triunfadores de mañana.
Hoy se alza una voz: la de las clases trabajadoras alemanas sojuzgadas. Y esa voz clama por una república de la clase obrera.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 35, ABAJO

PRECIOS DE SUSCRIPCION
a partir del 1.º de agosto de 1933

Número suelto — Trimestre
Checoslovaquia Kc. 1,40 — Kc 18,—
Número suelto — Trimestre
Extranjero Kc. 2,— Kc. 24
Precios para cada país
salvo fluctuaciones de cambio

	Número suelto		Trimestre	
Bélgica	frs.	2,—	frs.	24,—
Bulgaria	lev.	8,—	lev.	96,—
Dinamarca	cor.	0,40	cor.	4,80
Danzig	guld.	0,30	guld.	3,60
Alemania	marc.	0,25	marc.	3,—
Estonia	cor. est.	0,22	c. est.	2,64
Finlandia	mar. f.	4,—	m. fin.	48,—
Francia	F. fr.	1,50	F. fr.	18,—
Gran Bretaña	ch.	4,—	pen.	4,85
Holanda	guld.	0,15	guld.	1,80
Italia	lir.	1,10	lir.	13,20
Yugoslavia	din.	4,50	din.	54,—
Letonia	lat.	0,30	lat.	3,60
Lituania	lit.	0,55	lit.	6,60
Luxemburgo	frs. b.	2,—	frs. b.	24,—
Noruega	cor.	0,35	cor.	4,20
Austria	S.	0,40	S.	4,80
Palestina	mils.	18,—	mils.	216,—
Polonia	zloty	0,50	lotg.	6,—
Portugal	esc.	2,—	esc.	24
Rumanía	lei	120,—	lei	10,—
Sarre	F. f.	150,—	F. f.	18,—
Suecia	cor.	0,35	cor.	3,60
Suiza	F. s.	0,30	F. s.	3,60
España	pts.	0,70	pts.	8,40
Hungría	pengo	0,35	pengo	4,20
U. S. A.	dólares	0,08	dólares	0,96

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 39

Völkischer Beobachter.
La acción contra el partido popular bávaro. — Comunicación oficial sobre la detención de los principales dirigentes del partido popular bávaro.
Informe del ministro del Interior bávaro acerca de la perfidia del partido popular bávaro. — El doctor Goebbels habla de las relaciones franco-germanas. — En catorce años, los marxistas han gastado 50 millones de marcos en concepto de dietas, con cargo al tesoro nacional.
Los saboteadores negros en prisión.
50 millones en 14 años.
«Somos los instrumentos de la voluntad popular.»

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 33, ABAJO

Si tú
haces todo cuanto está en tu mano, y mencionas entre tus amigos, colegas y conocidos, tanto de palabra como por escrito,
el periódico Neuer Vorwärts
ayudarás con ello a la clase trabajadora alemana en su dura lucha contra la barbarie fascista.
¡Lucha contra Hitler!
a cada nuevo suscriptor aumentarán los medios para financiar la divulgación en Alemania del *Neuer Vorwärts*, tan azarosa en estos tiempos.
¡Actúa!

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 35, ARRIBA DERECHA

Actuar incluso con armas de fuego.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 35, ARRIBA IZQUIERDA

La prohibición allana el camino.
Mientras se imprime este semanario, nos llega la prohibición del partido socialdemócrata. Desde hacía algunos días no sabían que las dificultades económicas que atraviesa Alemania y las tensiones internas del movimiento nacionalsocialista han llegado a tal cúmulo, que la supresión de los partidos políticos puede considerarse como una maniobra diversiva. Así lo manifestó Hitler hace unas tres semanas, en una conversación con Brüning. Con la separación de los representantes socialdemócratas de los organismos públicos, queda destruido el último vestigio de la legalidad democrática en Alemania.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 43

Berliner Börsen-Courier. — Diario de ámbito nacional.
Detención preventiva de los dirigentes de los sindicatos libres.
Comienza la acción.
El contemplar a un millón y medio de personas felices y pletóricas de entusiasmo, que en la fiesta del trabajo se reunieron en la explanada de Tempelhof, resultaba evidente que esas personas no estaban allí simplemente porque tenían resueltas sus necesidades materiales, sino por una idea política. En ese 1.º de mayo no se trataba de cuestiones de salario...
La acción encaminada a proteger a los trabajadores alemanes, emprendida bajo la dirección del presidente del Consejo de Estado prusiano, doctor Ley, ha culminado hoy por la mañana en todo el Reich con la ocupación de los centros de los sindicatos libres y el arresto preventivo de los principales dirigentes. En Berlín, una sección de 90 miembros de las SA, ha ocupado la casa sindical en la Engelufer, una segunda en Inselbrücke y el banco de los trabajadores. El...

Wissel, dirigente sindical, ha sido encarcelado. Leipart y Grassmann, enfermos, han sido internados en un hospital.
Weimar, 2 de mayo.

El gauleiter de Turingia y ministro, Sauckel, manifestó recientemente en una conferencia de prensa que entre las diez y las once de la mañana han sido

ocupados por fuerzas de las SA y SS los centros de los sindicatos libres en todo el territorio nacional. Los funcionarios sindicales fueron invitados a continuar su labor en pro de los obreros alemanes. Los sindicatos deben garantizar el bienestar de la clase trabajadora dentro del espíritu del resurgimiento nacional. El promotor de la acción, Dr. Ley, informó esta mañana al canciller. Es probable que el canciller Hitler informe por radio al pueblo.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 94

No presentamos reivindicaciones territoriales. ¡Queremos el mundo entero!

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 95, IZQUIERDA

El Führer concedió subvenciones a la nupcialidad
De agosto de 1933 a fines de 1937 se otorgaron 878 000 préstamos de nupcialidad por más de quinientos mil millones de marcos.
Número de matrimonios celebrados en 1932 500 000
Número de matrimonios celebrados en 1937 620 000
El Führer concede subvenciones a la natalidad
En 1938 se concedieron premios a 2 millones de niños.
Número de nacimientos en 1932 .... 970 000
Número de nacimientos en 1937 .... 1 270 000
El Führer facilita el esparcimiento
Por medio de la organización «Fuerza por la Alegría» han viajado desde 1934 más de 22,5 millones de alemanes.
Todos los elementos productivos de Alemania expresan su adhesión al Führer y votan el 10 de abril con un ¡SI!

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 95, DERECHA

El campo de concentración Alemania de Hitler y su perro sicario.
En los ocho años de la brutal dominación hitleriana, fueron muertos o torturados más de 900 000 alemanes. Un millón sufrió pena en cárcel o campo de concentración. 135 000 se suicidaron. 500 000 tuvieron que huir al extranjero.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 108

Orden de Heydrich contra los comunistas, 1935.
El jefe de la policía política.
Berlín, 29 de julio de 1935.
Secreto.

A la policía política de fuera de Prusia. — En vista de la actividad mostrada en estos últimos tiempos por los funcionarios comunistas, se hace imprescindible vigilarles estrechamente, así como a sus más inmediatos colaboradores, y prepararse para combatirles con la máxima eficacia. Teniendo en cuenta que para acabar con este movimiento clandestino no basta con imponer penas carcelarias, vengo en disponer las siguientes medidas preventivas:

1. Aquellas personas que antes de nuestra revolución se han dedicado a actividades comunistas, serán detenidas preventivamente y enviadas a los campos de concentración.

2. Lo serán asimismo todas aquellas personas que se consideren enemigas declaradas del nuevo Estado, y de quienes se sospeche que llevan a cabo actos que atenten contra la seguridad del régimen nacionalsocialista.

3. Los funcionarios comunistas que hayan sido liberados por haber cumplido condena, volverán a ser detenidos preventivamente, pues es más que probable que actuarán ilegalmente para el partido comunista.

4. Quienes queden incursos en este caso, es decir, en una segunda detención, seguirán encerrados hasta nueva orden.
(Véase decreto del ministro prusiano del Interior, de 13.12.34, III P 3500/403). Se procederá de igual modo con los demás elementos marxistas, enemigos de nuestro Estado nacionalsocialista.

p. a. fdo. Heydrich

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 104

Fiete Schulze.
«Yo tenía la intención de acelerar el progreso del comunismo en Alemania, y no por haber recibido una misión en tal sentido, sino por propia iniciativa. Pero si hubiese recibido tal misión, me habría sentido muy orgulloso de ello... Ya sé que el fiscal quiere mi cabeza; pero le aconsejo que se apresure antes de que el comunismo llegue a hacerse dueño del poder... Si esto sucede más tarde, sabré mostrar cómo muere un comunista...
Uno menos... pero venceremos.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 105

A Frau Emmy Sonnemann.
El criado: Su Alteza el duque presenta sus respetos a milady y le envía estos brillantes para la boda...
Lady M.: ¡Lo que habrá pagado tu duque por estas piedras!
El criado (poniendo sombrío el rostro): No le han costado un ochavo.
(De Schiller: Cábalas y amor, acto II, escena 2.ª).
Frau Emmy Sonnemann:
Como en el día de sus esponsales 140 aviones trazaban círculos sobre la iglesia, el zumbido de los motores le impidió oír los golpes del hacha que decapitaba a nuestros amigos Sally Eppstein y Erwin Ziegler. Estos jóvenes eran inocentes, pero la sangrienta justicia de su esposo y de los altos personajes que asistieron a su boda los consideraron culpables.
Entre los miles de regalos que ha recibido con motivo de su matrimonio, figura un pobre canario encerrado en una jaula en forma de avión. Si aguza los oídos percibirá en sus trinos el llanto de aquellos jóvenes inocentes y de otras muchas víctimas.
¿Y qué me dice de la preciosa diadema de brillantes? Lady Milford no aceptó el regalo que tanta sangre

costó a sus súbditos. Pero el papel de Lady Milford no está hecho para usted.
Un día, señora del general de Aviación Goering, sabrá lo que significa haber concedido la mano a un verdugo.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 106

Sucedáneos alemanes.
Sucedáneo para la libertad.
Sucedáneo para la libertad de asociación y derecho a la huelga.
Sucedáneo para la libertad de opinión. Heil! Heil! Heil!

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 108

La canción de Hitler

Ernst Thälmann detenido. El Reichstag en llamas ¿Quién ha sido? Uno a quien todos conocen: Hitler.
Miles de obreros, hombres y mujeres, torturados y asesinados. ¿Quién ha sido? Decidlo: Hitler.
Los salarios bajan, los precios suben. Pero hay que cerrar el pico, pues de otro modo se enoja Hitler.
El lema es la guerra. Aviones, bombas. Contra el soviet. ¿Quién capitanea a los guerreros? Hitler.
Camaradas, trabajadores. A nosotros nos toca formar el frente rojo contra Hitler.
La hoz y el martillo triunfarán. ¡Arriba la Alemania soviética! ¡Arriba Marx y Lenin!
De «La hoz y el martillo», núm. 7, 26.4.1935, órgano del partido comunista del distrito berlinés.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 121

Ley de las Juventudes Hitlerianas, de 1.° de diciembre de 1936
El futuro del pueblo alemán depende de la juventud. Por lo tanto, ésta debe ser preparada para que cumpla con los deberes que le correspondan.
En virtud de ello, el Gobierno promulga la siguiente ley:

Artículo 1.
Toda la juventud alemana del territorio del Reich queda encuadrada en las Juventudes Hitlerianas.
Artículo 2.
La juventud alemana será educada corporal, espiritual y moralmente en el ideario nacionalsocialista, para servir al pueblo y al Estado.
Artículo 3. Al delegado nacional de juventudes del partido nacionalsocialista corresponde dirigir la tarea educadora de la juventud alemana. Pertenece a las altas jerarquías del Reich, tiene su sede en Berlín y está a las órdenes directas del Führer y canciller del Reich.
Artículo 4. El Führer y canciller dictará las instrucciones complementarias para el cumplimiento de lo dispuesto en la presente ley.
Berlín, 1.° de diciembre de 1936.
El Führer y canciller, Adolf Hitler.
El secretario de Estado y jefe de la Cancillería, Dr. Lammers.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 123, IZQUIERDA

Panorama alemán 1937.
La oficina de Prensa de las Juventudes Hitlerianas de la zona Ruhr-Bajo Rhin informa el 1.° de septiembre de 1937:

«Hay una juventud romántico-revolucionaria que pulula por las carreteras del país con camisas multicolores, cabellera larga y calzón corto. Este tipo de juventud no quiere tener nada que ver con nuestro movimiento... La jefatura de las Juventudes Hitlerianas ha organizado unas patrullas que limpian los campos y carreteras de dichos elementos.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 123, DERECHA

Camaradería.
Hitler, los burgueses y Occidente.
Educación nacionalsocialista.
Juventud y vocación en la Alemania de Hitler.
Abuso de la juventud por las Juventudes Hitlerianas.
La generación del silencio.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 141

Berlín, 5.5.38
Consideraciones sobre la actual situación político-militar.

I. 1) Inglaterra trata de llegar a un entendimiento con Italia, puesto que en caso de un enfrentamiento con éste último país, la Gran Bretaña vería seriamente amenazada su ruta marítima más corta hacia el Océano Indico y el Lejano Oriente.
2) Inglaterra trata con ello de asegurar no sólo su libertad de movimientos con respecto al Lejano Oriente, sino también hacia Europa. La guerra ruso-china ha evolucionado en un sentido que permite al Japón una postura favorable para combatir a la Gran Bretaña. Por ello, este país se apresura a tomar las medidas necesarias para defender sus intereses en el Lejano Oriente. Al propio tiempo, aliviaría su postura respecto a las arduas cuestiones europeas.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 149, IZQUIERDA

Decreto sobre la creación del Ministerio de Educación Popular y Propaganda, del 13 de marzo de 1933.

A fin de instruir al pueblo en la política del Gobierno, e informarle de las tareas de reconstrucción de la patria alemana, se crea un Ministerio de Educación Popular y Propaganda.
El titular del departamento se denominará «ministro de Instrucción Popular y Propaganda.»
El canciller del Reich determinará en cada caso los objetivos a cumplir por el Ministerio de Educación Popular y Propaganda. Señalará asimismo los asuntos de otros ministerios que pasan a depender del recién creado.

Berlín, 13 de marzo de 1933.
El presidente del Reich, von Hindenburg.
El canciller, Adolf Hitler.

TRADUCCION DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 146

23.7.1938
Ofensas al Führer. Los checos incitan al odio. — Los sudetes alemanes, provocados de continuo.

18.8.1938
Inaudito escarnio al pueblo alemán por los checos. Orgía de odio checa contra los alemanes.

19.9.1938
Esta es la respuesta de Benes. — Muerte, ley marcial, y vehículos blindados. — Numerosos alemanes muertos. — Niños heridos. — Los sudetes alemanes, víctimas de la brutalidad checa.

20.9.1938
Brutalidad de los esbirros checos. — Asesinato de una mujer en avanzado estado de gestación. — La sangre alemana derramada clama venganza.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 147

13.9.1938
Memorable discurso en el Congreso. El Führer exige la autodeterminación para los sudetes. — Adolf Hitler toma bajo su protección a los sudetes.

17.9.1938
Este Estado criminal debe ser aniquilado. — Crímenes horrendos de los bandidos checos. — Benes arma a la «defensa roja» y prohíbe el empleo de armas a los sudetes. — Advertencia a Praga.

26.9.1938
Praga tiene en sus manos la guerra o la paz. — Mussolini: Si las democracias siguen llamando a los reservistas, reforzando las guarniciones de sus fronteras y agrupando sus fuerzas navales, no es de extrañar que Italia haga lo propio.

27.9.1938
Estamos firmemente decididos. A Benes le toca elegir. — Adolf Hitler: Voy delante de mi pueblo como su primer soldado —que se entere el mundo de ello—, de un pueblo muy distinto al de 1918.

1.10.1938
Adolf Hitler-Neville Chamberlain. — No habrá conflicto entre Alemania y la Gran Bretaña. — La Gran Alemania da gracias al Führer. — Praga acepta el Tratado de Munich. — Palabras de despedida de Neville Chamberlain.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 201, IZQUIERDA

Comisario del Reich para los territorios ocupados de Holanda. La Haya, 19.7.1940
Orden
Asunto: Casa de Orange. Festividad.

El comisario del Reich ha manifestado lo siguiente en relación con la Casa de Orange:
La reina se mantiene obstinadamente en las filas de nuestros enemigos, y tolera sin protestar los ataques de la aviación inglesa a Holanda. Desde el punto de vista del Reich, es una enemiga. La Casa de Orange está solamente representada por la princesa Juliana, la esposa del incalificable Biesterfeld.
No puede celebrarse manifestación ninguna en honor de la soberana y de la Casa de Orange. Se prohíbe asimismo la bandera de la misma. Cualquier acto en honor de la casa real se considerará como manifestación, lo cual está penado con el arresto y envío a un campo de concentración, retirada del permiso para los vendedores de flores, contribuciones extraordinarias para las ciudades, cierres de escuelas, despido de funcionarios, etc.
Las autoridades holandesas difundirán esta orden, para su general conocimiento.

Comisario general Wimmer

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 201, DERECHA

El Führer
Berlín, 12 de diciembre de 1941
Ante mí, Führer del Gran Reich alemán, comparece el jefe del movimiento nacionalsocialista holandés, doctor ingeniero A. A. Mussert, el cual, en presencia del secretario general del partido, Bormann, el comisario del Reich para los territorios ocupados de Holanda, el ministro Dr. Seyss-Inquart, y el comisario general Schmidt, hace el siguiente juramento:
«Te juro, Adolf Hitler, como Führer germánico, fidelidad hasta la muerte. Así Dios me ayude.»
El compareciente confirma el juramento estampando su nombre al pie.

Mussert

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 205

Miércoles, 29 de junio de 1966
Süddeutsche Zeitung, núm. 154

Ellos colaboraron en Holanda con el asunto de la «solución final».
La fiscalía del Estado incrimina al Dr. Wilhelm Harster, Wilhelm Zoepf y Gertrud Slottke.

De nuestro colaborador Erwin Tochtermann.
En las pesquisas realizadas en el caso del antiguo consejero gubernamental, doctor Wilhelm Harster, que durante la guerra fue jefe de la Policía de Seguridad y del SD en la Holanda ocupada, así como en el de dos de sus más íntimos colaboradores, el juzgado II de primera instancia de Munich, ha presentado cargos contra ellos. En el auto de procesamiento se acusa a los encartados de haber contribuido al exterminio de personas: el doctor Harster, 82 856; el jurista Wilhelm Zoepf, de 58 años, 55 382, y la secretaria Gertrud Slottke, de 63 años, 54 982. Los hechos de que se les acusa ocurrieron hace más de veinte años, durante la Segunda Guerra Mundial y en la Holanda ocupada. Según la acusación, Harster, Zoepf y Slottke participaron en la «solución final» de la cuestión judía.

Todo comenzó en agosto de 1941.
El doctor Harster, entonces brigadeführer de las SS

y general de la Policía, es acusado de haber tomado parte, desde agosto de 1941, en «los preparativos para llevar a cabo la solución final del problema judío», antes de ser destinado a Italia en 1943. De Zoepf se dice: «Se le acusa de haberse ocupado de los asuntos judíos como colaborador del primero. Desde principios de 1942 hasta el otoño de 1944 estuvo al frente del llamado Departamento Judío. Resolvía asuntos de puro trámite, cuyas directrices recibía de Eichmann; el departamento superior se titulaba Sección IV-BA, con sede en Berlín, Oficina Central de Seguridad del Reich.
Estaba a cargo de la «evacuación planificada».
Harster estuvo al cuidado del transporte masivo iniciado el 15 de julio de 1942, con destino a determinados lugares del Reich. Después de que Harster fuera destinado a Italia, sus colaboradores siguieron en sus puestos bajo la jefatura de Naumann y el doctor Schöngarth, hasta septiembre de 1944. Esta acción de «desjudaización» se dirigió contra unas 140 000 personas que constituían la minoría judía de los Países Bajos. Oficialmente se decía que eran enviados a trabajar al Este, pero en realidad su destino era por lo general el campo de concentración de Auschwitz. Esta serie de transportes se efectuaron en 86 expediciones, con un total de 94 398 personas, entre hombres, mujeres y niños, de las cuales sólo se salvaron 1070.

Traducción del documento de la página 207

3.5.43. — 1) Telegrama urgente
A todos los puestos destacados
Asunto: Represión de las huelgas

En mi telegrama núm. 14 734 informé del estado de las huelgas entre las 9 y las 10 de la mañana de hoy. A pesar de las medidas dictadas por la policía hace ya tres días, el paro ha vuelto a declararse en varios lugares del país. Por este telegrama les comunico una orden de la jefatura nacional de las SS y la Policía, en la que se dispone se actúe con la mayor dureza en los lugares donde broten los movimientos huelguísticos, de manera que se acuerden y vivan presas del pánico. Dondequiera que estallen los disturbios, se formarán inmediatamente tribunales volantes, los cuales dictarán el mayor número de penas de muerte posibles. Ruego transmitan esta orden de la jefatura nacional de las SS y la Policía con la mayor rapidez posible.

(firmado) doctor Harster.

Traducción del documento de la página 221, derecha

Decreto
referente a la declaración de la ley marcial policial en el territorio holandés ocupado.
Con base en los artículos 62 y siguientes de la Reglamentación de Orden Público de 1943 declaro con efecto inmediato y para el territorio holandés ocupado en su totalidad la ley marcial policial.
Igualmente ordeno que nadie intente cualquier movimiento que pueda perturbar el orden público o poner en peligro la seguridad de la vida pública y todos obedezcan las normas especiales que promulgaré, teniendo en cuenta siempre la severidad de la ley marcial policial.
El que actúe en contra de estas órdenes será juzgado sumarísimamente.
El jefe superior de SS y policía tomará todas las medidas que considere necesarias para el mantenimiento o el restablecimiento del orden público o la seguridad de la vida pública.
En la ejecución de su cometido, el jefe superior de SS y policía no está sujeto a las normas legales vigentes.
's-Gravenhage, 1 de mayo de 1943

El comisario del Reich para el territorio holandés ocupado: Seyss-Inquart

Traducción del documento de la página 211, izquierda

Geuzenactie
Informe n.º 2

La acción de los geuzen ha sido iniciada el 15 de mayo de 1940 en Amsterdam. Nuestro primer informe ha alcanzado ya Nimega. Holanda no comulgará con la usurpación de su libertad. Sabemos lo que nos espera. Se nos llevarán todas nuestras reservas, alimentos, vestidos, zapatos. Pronto nos impondrán los vales de racionamiento, y al poco tiempo no conseguiremos nada ni con éstos. Nuestros hombres jóvenes serán obligados a trabajar en el extranjero para el opresor. Pronto tendremos un nuevo Alba con tribunal de la sangre e inquisición (o un Quisling). Pero la acción de los geuzen nos organizará, y una vez, al igual que en la guerra de los ochenta años, reconquistaremos nuestra libertad. Valor y confianza.
Nuestro país no se convertirá en una colonia de Alemania.
La acción de los geuzen consiste en lo siguiente: Copie dos o más veces, con letra cambiada, todos los informes. Haga llegar cada copia (incluso este ejemplar) a un holandés de confianza, que volverá a hacer lo mismo que usted. No interrumpa nunca esta acción, aunque alguna vez reciba un informe por segunda vez. Dispondremos agentes secretos en todas partes. Pronto recibirá nuevas noticias. Haga que todos cumplan con este deber ciudadano. Uno para todos, todos para uno.
Este informe ha sido enviado el 18 de mayo de 1940.

Traducción del documento de la página 213

La Haya, 11.6.43
Arma SS y jefatura de Policía

La Haya
Orden de procesamiento

Antecedentes y desarrollo del plan de ataque a la Oficina del Registro Civil, así como a la formación de grupos de sabotaje.
A fin de explicar cómo ha surgido el plan para asaltar la Oficina del Registro Civil y la formación de grupos de sabotaje, constituidos en su mayor parte por artistas y estudiantes, según se desprende de las investigaciones efectuadas, debe tenerse en cuenta lo que sigue: El presidente de la Mutua para artistas era el secretario del P. T. T., van Rooijen. Dicha Mutua socorría a los artistas necesitados. Esta Mutua fue declarada ilegal en febrero de 1942 por el co-

misario del Reich para los territorios ocupados de Holanda, y todos los artistas fueron requeridos para que hasta el 1.° de abril de 1942 se afiliasen a la Cámara Oficial de Cultura. Van Rooijen protestó en carta abierta, suscrita por numerosos artistas, lo que motivó la detención de gran número de ellos. Después, el conservador del Museo Municipal de Amsterdam, Willem J. H. B. Sandberg sucedió ilegalmente a van Rooijen. Resulta evidente que se hizo cargo de los fondos que manejaba van Rooijen. Se trataba por lo visto de una cantidad importante. Sandberg mantenía contacto con el artista y escritor J. G. Arondeus y con el escultor Gerrit van der Veen. Ellos tres decidían cuáles habían de ser los artistas receptores de fondos de socorro; se trataba sólo de artistas y escultores que no pertenecían a la Cámara Oficial de Cultura. Las cantidades venían siendo abonadas desde el 1.° de mayo de 1942. Arondeus y van der Veen eran los encargados de la distribución.
En el verano de 1942, ambos falsificaron documentos de identidad para los artistas que vivían en la clandestinidad, en especial artistas e intelectuales judíos; mediante dichos documentos se les hacía aparecer como arios. El número de los documentos falsificados es difícil de calcular, pero se estima en unos dos mil. Para las personas que carecían de medios eran gratuitos; quienes disponían de ellos, abonaban 500 florines. Sin embargo, los mediadores percibían hasta 1500 florines, según los casos. El dinero que rebasaba de los gastos de obtención del documento se ingresaba en la caja mutual. No ha podido averiguarse hasta el momento dónde se imprimen los falsos documentos de identidad.
Arondeus y van der Veen recibieron de Sandberg un sello del Ayuntamiento de Amsterdam y otro del de La Haya, así como documentos en blanco y papel timbrado falso. Disponían pues de los medios precisos para falsificar documentos de identidad. Las primeras remesas no resultaron demasiado convincentes, pero después llegaron a ser tan perfectas, que un especialista de la central investigadora del Reich tuvo serias dificultades en comprobar su falta de autenticidad.
Cuando de parte alemana se exigió la guerra total, y el esfuerzo bélico exigía el envío de mayor número de trabajadores a Alemania, Arondeus, Sandberg y van der Veen urdieron en febrero de 1943 el plan de
Van der Veen urdieron en febrero de 1943 el plan de
que comprendía la décima parte de la población holandesa; con ello, las autoridades de ocupación tropezarían con serias dificultades para reclutar la mano de obra necesaria al esfuerzo de guerra alemán. Arondeus era el instigador y organizador de dicho acto de sabotaje, y manifestó que era el pueblo quien deseaba que se llevara a cabo dicha acción.
Resulta evidente que ninguno de los autores pertenecen a determinado partido político, aun cuando son fieles partidarios a la Casa de Orange (de la reina Guillermina). Sólo algunos de ellos pertenecieron al «partido antirrevolucionario». Se trata pues de un grupo de saboteadores de tendencia derechista.
No obstante los registros efectuados en los domicilios de varios individuos que colaboraron en la confección de los periódicos clandestinos «De Vrije Kunstenaar», «De Vrije Katheder», «Vrij Nederland», se puso de manifiesto que ninguno pertenecía al grupo «Vrij Nederland». Se trata al parecer de una organización universitaria. Arondeus, Van der Veen y Bloemgarten estaban en contacto con funcionarios del C. P. N.

Traducción del documento de la página 214

Clausurado por la policía
Por haberse descubierto que los elementos terroristas ocultaban en este templo armas de procedencia británica, ordeno la clausura de esta iglesia por haber sido utilizada para otros fines que los propios.

Lemelerveld, 25.11.1944
El jefe de la Policía y de las SS, sector Noroeste

Traducción del documento de la página 215

Aviso
El jefe de las SS y la Policía del sector Noroeste notifica: A causa del alevoso crimen político perpetrado en la persona del doctor J. Feitsma, procurador general, han sido ejecutados el 7 de febrero de 1945, como medida de represalia, los siguientes individuos:

1) J. Smuling, masón de primer grado.
2) W. J. H. Dons, vicepresidente del tribunal del distrito.
3) H. J. Hülsmann, consejero del tribunal local.
4) J. Bak, jefe comunista y dirigente de un grupo de resistencia.
5) C. W. Ittmann, médico comunista.

Todos los ajusticiados eran vecinos de Amsterdam.

Queda prohibido arrancar o rasgar este cartel.

Traducción del documento de la página 217

Deutsche Zeitung in den Niederlanden
¡Holandeses! Desde hoy, 5 de mayo de 1945, a las 8.00 hora de verano alemana, impera la «tregua» ante las tropas del mariscal Montgomery en los Países Bajos.
Con tal motivo, las disposiciones que hasta hace unos días regían para determinadas zonas del país, en materia de abastecimiento, se hacen extensivas a todo el territorio nacional.
Mantened la calma. Se disolverán las manifestaciones o cualquier otra alteración del orden público, por las armas si es necesario.

El comisario del Reich para Holanda.

Traducción del documento de la página 222

Copia Secreto Tab/112/44g
Oppeln, 10. nov. 1944

El jefe de la policía de seguridad en Kattovice
Oficina principal de Oppeln 6d-Oi-446/ 44g (PA. 199)
A la comandancia del campo de concentración de Gross-Rosen.
Asunto: Muerte del internado Florimond Roger, nacido el 17.10.1887, fallecido el 7.11.1944
Antecedentes: Telegrama del 8.11.1944, núm. 2236.

Anexos: Ninguno. — Los prisioneros clandestinos son aquellos que en los territorios ocupados se han pronunciado contra el país ocupante. Son trasladados al Reich a fin de que no tengan nexo con la patria, los familiares, los cómplices, etc.
Los cadáveres de los prisioneros clandestinos son entregados a la sección correspondiente de la policía estatal, la cual cuidará de que sean enterrados secretamente. La tumba se cerrará con una losa en la que no figurarán más datos que el número que corresponda en el registro del cementerio. En éste constará el nombre del fallecido, a fin de que en todo momento pueda establecerse su identidad.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 225

Ministerio de Defensa Nacional belga
2.ª sección
Negociado de Operaciones
Alto secreto
Plan de sabotaje militar
1) Definiciones.

11. — Sabotaje militar. — El sabotaje militar consiste en poner todos los obstáculos posibles a la máquina bélica enemiga. Tiene por objeto hostilizar al ejército alemán, al de sus aliados y fuerzas auxiliares.
Este sabotaje se ejercerá sobre el material militar propiamente dicho, y sobre los medios de transporte y avituallamiento de las tropas.
12. — Sabotaje económico o industrial. — El sabotaje económico tiene por objeto reducir por todos los medios posibles el provecho que el esfuerzo de guerra obtiene del aparato económico belga.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 226

589 Comandancia
Sección II a de E. M.
17 de julio de 1944
Orden del día núm. 41
Asunto: Reconocimiento

Tras varias semanas de arduas investigaciones, realizadas por el grupo 648, ha sido descubierta una organización saboteadora, la cual, durante los últimos tiempos, venía realizando diversos sabotajes con explosivos.
Encontróse el escondite de los explosivos, 1500 cargas de «alsilita», 500 cargas huecas y demás material, unos 200 kg. en total. Prosiguen las pesquisas para detener al resto del grupo.
Por la presente expreso mi reconocimiento a los componentes del grupo 648, por la tenacidad y acierto con que han efectuado las investigaciones.

General de brigada y comandante de la policía militar.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 227

Asunto: Informe sobre el ambiente — Extracto de las cartas durante el mes de septiembre — Informe de revisión.

Al comandante de los prisioneros de guerra del distrito X, Hamburgo, 13

1) Generalidades. La disposición y comportamiento de los oficiales belgas prisioneros no se ha modificado en el curso del mes. Es marcadamente antialemana, como siempre.
2820/43
29.10.1943
... La disposición y el comportamiento sigue siendo marcadamente hostiles a Alemania.
3088/43
26.11.1943
... La disposición y el comportamiento siguen siendo marcadamente hostiles a Alemania.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 234

¡Fuera esa extraña jerga! Vuestra lengua ha de ser el alemán, y nada más que el alemán.

El jefe de la administración civil, Gustav Simon

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 236

Aviso a los recalcitrantes
En una de estas últimas noches, en Gravonmacher, unos secesionistas políticos se han comportado como auténticos cochinos estampando en escaparates y paredes frases ofensivas para el Führer y el Reich. También han sido ensuciados varios carteles oficiales. De resultas de ello, varios ciudadanos ricos de Gravenmacher, los cuales, por lo visto, no se ponen a tono con los tiempos que corren, han sido condenados por el jefe de la administración civil a pagar multas por valor de 270 000 marcos. Esta sanción es una mera advertencia a los recalcitrantes que se rebelan contra el orden natural de las cosas.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 237

Aviso
En el consejo de guerra contra los individuos abajo relacionados, por haber incitado a la huelga y practicado actos de sabotaje perjudiciales a la obra alemana en Luxemburgo, han sido condenados a la última pena con la supletoria de confiscación de bienes:

Dax, Michel, de Ettelbrück, ferroviario.
Smit, Alfons, de Echternach, profesor de Matemáticas.
Thull, Johann, de Ettelbrück, ferroviario.
Heiderscheid, Emil, de Diekirch, techador.

Otros once sospechosos han pasado a disposición de la Gestapo. Las sentencias han sido ejecutadas por fusilamiento a las seis de esta mañana.

Luxemburgo, 5 de septiembre de 1942
El presidente del tribunal

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 247

Aviso
Después de haber observado la actitud de la población francesa en la zona ocupada, he comprobado que la mayor parte de ella sigue trabajando con calma. Por lo general se desaprueban los atentados, los actos de sabotaje, etc., incitados por ingleses y rusos, y dirigidos contra el ejército de ocupación. Sin embargo, esta actitud afectará a la vida pacífica de la población civil francesa, que sufrirá las consecuencias.
Estoy dispuesto a garantizar de una manera absoluta a la población francesa la continuación de sus ocupaciones en plena calma y seguridad, incluso en plena guerra. He observado, sin embargo, que son los parientes más próximos de los saboteadores y agitadores quienes más les ayudan antes y después del hecho. Estoy decidido a aplicar el más severo castigo no sólo a los autores, sino a las familias de los criminales conocidos, si no se presentan a la policía francesa o alemana a los diez días del crimen. En consecuencia, anuncio los castigos siguientes:

1) Serán fusilados los parientes próximos masculinos, tanto en línea ascendente como descendente, así como los hermanos políticos y primos de más de 18 años,
2) Serán condenadas a trabajos forzados las mujeres incluidas en dicho grado de parentesco,
3) El resto será enviado a un establecimiento educador, bajo libertad vigilada.

Emplazo a todos para que pongan de su parte cuanto esté a su alcance a fin de impedir los sabotajes y demás hechos criminales, denunciando a los autores o sospechosos al puesto de policía más cercano.

París, 10 de julio de 1942
El jefe de las SS y la Policía de la zona ocupada de Francia.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 251

La patria en peligro
Alistamiento de voluntarios
1792-1943 Para salvar a Francia
Como nuestros abuelos, los voluntarios del levantamiento en masa
¡Parisienses, a las armas! Alistaos en las filas de los partisanos y franco-tiradores
Adelante, y muerte a los *boches*.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 279, IZQUIERDA

República Francesa, libertad, igualdad, fraternidad
A la nación francesa
Al pueblo francés
Las primeras tropas francesas han efectuado su entrada en la capital, liberada por la insurrección nacional. Este es el día por el cual decenas de millares de nuestros mejores compatriotas han ofrendado sus vidas en las barricadas. Francia y París dan las gracias a los héroes. Sin embargo, esta gran victoria no pone fin a la guerra. Tras muchos años de obstinada traición, aún quedan posiciones desde las que el enemigo se agazapa. La Alemania hitleriana no está todavía derrotada. Muchas zonas de nuestro territorio gimen bajo su férula, saqueadas y ensangrentadas. El esfuerzo común no debe remitir. La guerra prosigue en todos los frentes, y continuará hasta el triunfo definitivo. — De este modo, Francia se presentará como gran potencia en la Asamblea de los Pueblos que establecerá el país.

Seamos dignos de nuestros caídos. Francia entera está junto a los aliados, para vengarlos.

El consejo nacional de la resistencia
El Comité parisiense de liberación
El comisario de Estado, delegado del Gobierno de la República

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 279, DERECHA

París, 27 de agosto de 1944
Bando

El Gobierno de la República me ha concedido el honor de ser nombrado gobernador militar de París y comandante de la región parisiense. Saludo a la capital, mártir ayer, hoy liberada, pero siempre valerosa y altiva. Tomo bajo mi mando las fuerzas armadas de la capital y su región, en especial las magníficas tropas del interior. A partir de ahora, acatarán mis órdenes y las de los jefes designados al efecto. Estoy seguro de que sabrán mostrar tanta disciplina como antes valor. El adversario ha sido expulsado de París, mas la lucha sigue. Los ciudadanos deberán soportar imperiosas obligaciones de orden público y de trabajo. No dudo que la población de la capital y de la región parisiense cumplirán ambas cosas con nobleza y decisión, en aras del bien común.

General Pierre Koening
Gobernador militar de París y comandante de la región de París.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 293

Una vez completado el cerco, muchos comunistas intentarán deslizarse a través de la línea de fuego. Orden: Ningún hombre apto para el combate deberá abandonar vivo el cerco. Registrar a las mujeres, por si son hombres con atuendo femenil.

Copia autorizada
(firma ilegible), capitán.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 356

Las «Brigadas negras»

El partido republicano-fascista, instrumento militar
De nuestro corresponsal en Italia

Cuartel general italiano, 28 de julio

Pasado un año de la traición al Duce, a Italia y al aliado germano, se ha celebrado solemnemente en la Alta Italia la entrega de banderas a las reorganizadas «Brigadas negras». Estas unidades se presentan oficialmente por primera vez, aun cuando en ocasiones han sido citadas en comunicados por sus acciones de represión del bandidaje. En un mensaje radiado, el secretario del partido fascista italiano, Pavolini, ha dado cuenta de la presentación de las nuevas «Brigadas negras».
Ultimamente habían circulado rumores acerca de las medidas encaminadas a remozar las filas del partido. Sin embargo, eran tan confusos, que en el extranjero se ha hablado de disolución del partido. En su discurso, Pavolini ha manifestado que no hay necesidad de conceder demasiada importancia a la propaganda capciosa enemiga, pues el mando fascista juzga conveniente inducir a error al adversario por medio de noticias falsas. La reorganización del partido se ejecuta por orden del Duce, pues responde a las necesidades del momento que el partido adquiere una estructura netamente militar. En cumplimiento de la citada orden, los grupos de combate que veintidós años atrás lucharan con éxito por el poder, vuelven a la palestra bajo una forma nueva. Los grupos de combate llevarán la antigua denominación de «Squadre d'Azione». Tres escuadras forman una compañía, tres compañías un batallón, y tres de estas unidades una «Brigada Negra». Cada provincia contará con dos brigadas: una territorial, que cuidará de la defensa armada de la zona, y una brigada móvil, la cual podrá actuar también fuera de la provincia. Las brigadas serán mandadas por las jerarquías de la correspondiente demarcación, y formarán, en conjunto, el «Cuerpo Auxiliar de las Escuadras de Acción», a cuyo Estado Mayor pertenecerán los hasta ahora dirigentes del partido. El jefe de dicho Estado Mayor será el secretario del partido, Pavolini. Pertenecen a las escuadras todos los varones afiliados al partido, entre los 19 y los 60 años.
Su uniforme será la camisa negra, en la que ostentarán el emblema del partido. Ultimamente, Pavolini ha empleado las «Brigadas negras» en las provincias de Toscana amenazadas por la marcha de las tropas anglo-norteamericanas, mientras que el vicesecretario del partido, Pizzirani, se ha encargado de la reorganización en las provincias del norte de Italia.
Las «Brigadas negras» no sólo estarán con las unidades de la Guardia Nacional republicana y las del Ejército en su lucha con los bandidos, sino que también combatirán en primera línea o en la defensa aérea. Pavolini cuenta con las «Brigadas negras» para asegurar los trabajos de recolección en las provincias amenazadas por los bandoleros. En vista del creciente aumento del bandolerismo en los últimos meses, la Prensa fascista anuncia las más severas medidas para extirpar este cáncer. Desde las páginas de *Regime Fascista*, Roberto Farinacci solicita que la joven república fascista apele a la probada energía del partido. Tanto él como otros destacados elementos del partido han señalado los peligros del trato suave hacia los grupos de bandidaje organizados por anglo-norteamericanos y bolcheviques, y que se impone volver a los métodos utilizados en el pasado.
En un escrito dirigido al mariscal Graziani el 27 de junio, el Duce manifestó que la lucha contra los bandoleros debía hacerse con el espíritu de un movimiento popular, y ser «la lucha de la república social contra la Vendée».

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 365

Núm. 25 El soldado 15.XII.1941

Hacia una decisión

Alemania se encuentra en la cima de su poderío militar. El soldado alemán, que siempre ha demostrado su valía como nadie podía suponer, y menos los césares de la cruz gamada, ha realizado lo que parecía imposible, ganándose la estima del mundo entero. Por desgracia, los políticos, los criminales de la Gestapo y los ladrones con camisa parda siguen las huellas del soldado en los países vencidos. Nosotros los militares, que hemos marchado por casi todos los países, sabemos que vienen detrás una horda de canallas, bandidos y sujetos advenedizos que manchan el buen nombre alemán. No es de extrañar, pues, que el mundo esté en contra de Alemania. Nos hallamos en la cima, pero de ella al abismo sólo hay un paso. Cientos de millones de hombres trabajan febrilmente en todo el globo para la industria del armamento, y ese esfuerzo titánico va dirigido contra Alemania. Nosotros podremos seguir cosechando victorias, pero Europa se hundirá, y con ella Alemania. ¡Basta! Sabemos desde hace tiempo que esto no tiene sentido. Tan pronto como terminemos con Rusia, hemos de buscar la paz. Sí; queremos una Europa unida, al igual que todos los pueblos. Pero deseamos llevar la paz a los vencidos, y no la atmósfera carcelaria que desde hace años nos ahoga en Alemania. El honor del soldado germano y su buena fama lo merecen. «El soldado es quien lucha y muere, y a él toca decidir sobre la guerra y la paz.» Esto lo hemos dicho en otra ocasión, en 1918, cuando, pese al hundimiento moral de un pueblo entero, cuando el entonces «Führer», Guillermo II, desapareció clandestinamente, logró recuperarse nuestro país no obstante haber perdido la guerra. Ello permitió en el frente interior eliminar los grandes peligros del espartaquismo y el comunismo. Y por último, salió de las filas de la Wehrmacht el viejo soldado como emblema de la mejor Alemania: Hindenburg. Y al igual que entonces, la Wehrmacht ha de darnos también ese hombre. ¿Quién será? Tenemos el valor de nombrarlo abierta y sinceramente, pues desde hace meses es conocido del soldado alemán, así como de todo buen ciudadano. Tú también lo habrás oído; tal vez te lo haya susurrado un camarada, o acaso un superior que conoce tu modo de sentir. El nombre es Reichenau. En él confían millones de hombres para quienes el «Heil Hitler!», ese saludo absurdo, apenas les sale de los labios. Nosotros, que lo conocemos desde los días de Leipzig, cuando era general en jefe del IV Grupo de Ejércitos, sabemos que ha sido un verdadero padre para sus soldados, y no un politicastro. Luego, en la campaña de Polonia, el capitán general Walter von Reichenau, con su X Ejército, que ocupaba el centro del Grupo de Ejércitos Sur, tuvo una brillante actuación con el mínimo de pérdidas. También en Francia, al mando del VI Ejército, puso de manifiesto las excelsas virtudes que adornan al soldado alemán. Ahora, Reichenau libra duros combates en el frente del Este. Sus oficiales y soldados le han jurado adhesión sin límites. Nuestra opinión es que cualquiera que sea el camino que le depare el porvenir, ha de ser todo un buen soldado alemán. Con Reichenau, para una Alemania mejor. ¡Nos aproximamos a la derrota!

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 369

Bando
A la población del departamento de Bielsk

A pesar de las repetidas advertencias, los habitantes de Laski (comisariado de Shereshovo), han suministrado a los bandidos víveres y otros productos de uso cotidiano. Asimismo, los moradores de esta localidad han tenido informados a los terroristas, e incluso han confraternizado con ellos. Como medida de represalia, el 4 de mayo de 1943 ha sido arrasado el pueblo de Laski, y ejecutados sus habitantes. Todo aquel que participe en actos de terrorismo será castigado con la pena de muerte. Quien no obedezca las instrucciones emitidas por las autoridades germanas se expone a los más duros castigos. La población queda nuevamente advertida. Los que actúen de acuerdo con las órdenes dadas, cumplan con sus deberes y mantengan la calma y el orden, gozarán de la adecuada protección de las autoridades de ocupación. Si implacable es la actuación de las bandas de terroristas, más dura será la de las autoridades si se pierde una sola vida alemana o se desacatan las normas señaladas.

Bielsk, 7 de mayo de 1943
El subgobernador del distrito de Bielsk.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 398

Bando

En el período del 11 al 17 de mayo de 1944, se han producido alevosos ataques a individuos y puestos de mando germanos en la ciudad de Varsovia, así como a jefes políticos del distrito. A consecuencia de los mismos, han resultado muertos seis alemanes, y gravemente heridos un polaco y ocho germanos. En todos los casos, los autores han sido comunistas o simpatizantes. Por lo tanto, el 20.5.1944 150 comunistas han comparecido ante el tribunal de la policía militar, el cual ha dictado pena de muerte para los criminales políticos al servicio de Moscú. La sentencia ha sido cumplida. Se advierte nuevamente a la población de Varsovia y su distrito que evite incidentes de este género y que colabore a la detención de los autores.

Varsovia, 22 de mayo de 1944.
El jefe de la Policía de seguridad y SD del distrito de Varsovia.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 399, IZQUIERDA

Telegrama al *Gruppenführer* de las SS, Frank, Praga. Envío inmediato. Secreto.

1) Conforme con su publicación.

2) Entre los 10 000 rehenes figurarán en primer lugar toda la oposición intelectual checa.

3) De éstos últimos, se ejecutarán esta misma noche un centenar de los más destacados. Llamaré esta noche. Fimado, H. Himmler.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 399, DERECHA

En nombre del pueblo alemán en la causa contra

1) el escritor Julius Fucik, de Praga XIX, nacido el 23 de febrero de 1903, en Praga.
2) el hacendado Yaroslav Klenan.
3) el empleado Lidnilo Flache, de Praga XIII, nacido el 25 de febrero de 1921 en Königsttätte. Todos residentes en el Protectorado.

Juzgados por el delito de alta traición el 25 de agosto de 1943 ante el tribunal compuesto por: presidente, Dr. Freisler; juez de primera instancia, Dr. Schlemann; almirante retirado von Nordeck; juez comarcal Ahmels; consejero ministerial en la Wehrmacht, Dr. Herzlieb, como representante del Tribunal Supremo; primer fiscal, Koebel. La sentencia reza: Julius Fucik, como enlace del comité central del partido comunista checo, declarado ilegal, ha realizado importantes actividades de agitación y propaganda, y ha organizado células comunistas entre los intelectuales checos. Yaroslav Klenan, lo mismo que el anterior, han actuado de enlaces al servicio de los dirigentes intelectuales comunistas. En vista de su concomitancia con el enemigo, ambos son condenados a muerte.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 309

Mirad a esos hombres. ¿Qué os dicen sus rostros? Un odio implacable hacia el enemigo y una firme voluntad de triunfo. En su condición de patriotas, los guerrilleros soviéticos luchan por la misma causa que en su día los partisanos del Tirol:
Por el honor y la libertad de su patria.

Léelo y hazlo pasar a tus camaradas: Héroes del pueblo. Soldado alemán: En los años 1809 y 1810, cuando Napoleón sometió a más de media Europa, los alemanes amantes de la libertad lucharon contra los ejércitos galos. En Prusia, los guerrilleros del comandante Von Lützow y del de Dragones, Schill, pelearon heroicamente contra las fuerzas ocupantes de Napoleón. En el Tirol, grupos de partisanos labriegos al mando de Andreas Hoier y de Speckbacher lucharon contra las tropas regulares de Napoleón. El comandante Schill y diez de sus oficiales fueron ejecutados en Wesel como guerrilleros, y Andreas Hofer cayó en Mantua con varios de sus más fieles camaradas, bajo los proyectiles de la soldadesca napoleónica. Su memoria perdura en el corazón de los alemanes como verdaderos héroes del pueblo. ¿Quién de vosotros no conoce el himno de los guerrilleros de Lützow? ¿Qué brilla en el bosque a los rayos del sol? ¿Quién de vosotros no conoce el canto a la muerte de Andreas Hofer? ¿Los guerreros de Hofer van a Mantua?

Ni esclavo ni señor;
lucho por mi libertad.

Soldados alemanes: Los partisanos rusos, lo mismo que antaño los alemanes y austríacos, luchan contra los ejércitos hitlerianos que invaden su patria. Combaten por la libertad de su país. Su pelea es una auténtica guerra popular en defensa de los eternos derechos de un pueblo, dispuesto a sacrificarlo todo, in-

cluso la propia vida en aras de su libertad, honra y amor a la patria.
Soldados alemanes: Hitler ha arrastrado a una guerra deshonrosa y sin esperanzas, una guerra indigna de vosotros y de vuestros padres. Os enfrentáis con el poderoso Ejército Rojo, que dispone de miles de aviones, tanques y cañones. El pueblo de la Unión Soviética se ha levantado en armas contra las execrables hordas de Hitler. Y en vuestra retaguardia actúa un segundo ejército: los partisanos. Los guerrilleros rusos, hijos del pueblo ruso amante de la libertad, son los héroes y vengadores de su pueblo. ¡Temed sus iras, protegeos de sus balas! Los partisanos están en todas partes y son muy difíciles de capturar. ¡Nunca venceréis en esta guerra patriótica! ¡Nunca podréis esclavizar a un pueblo como el soviético, amante de su libertad! ¡Poned fin a esta guerra sin honor! ¡Pasaos al Ejército Rojo!

Permiso.
Yo, soldado alemán, me niego a luchar contra los campesinos y obreros rusos, y me paso voluntariamente al Ejército Rojo.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 422

Resultado general
Las pérdidas del enemigo no han podido ser determinadas con exactitud, pues en la mayoría de los casos ha logrado evacuar a sus muertos y heridos.
Botín: 2 ametralladoras; 10 fusiles; 2 metralletas; 1 pistola de señales, municiones, granadas de mano; 1 emisora; 1 aparato de radio. Además, grandes cantidades de víveres, cereales y ganado, todo ello entregado a Intendencia.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 423

Regimiento de Caballería SS número 2.
Informe sobre operación en los pantanos del Pripet.
Hoja 4, 12.8.41.

Llevar mujeres y niños al pantano no ha sido eficaz, puesto que no era lo bastante profundo como para que se hundiesen en él. En la mayor parte de las zonas se encuentra suelo firme (probablemente arena) a un metro de la superficie, de forma que no tiene lugar la inmersión completa. No se ha encontrado rastro de los comunistas. Muchas veces, los delatores son gente que trabaja para los guerrilleros. Los informes recibidos sobre grupos de ellos han sido a todas luces exagerados. Las pesquisas efectuadas en varias zonas han resultado infructuosas. Ha sido fusilado un sacerdote polaco por difundir propaganda antialemana e incitar a la sedición. En el distrito de Kamien-Koscvrsko circulan octavillas de propaganda subversiva. Los pastores ucranianos se muestran muy dispuestos a colaborar, y se ponen a nuestro servicio en todas las operaciones contra los partisanos. Asimismo, la población ha cooperado activamente en la búsqueda de elementos judíos. Los bandos publicados por los agentes polacos, casi todos ex soldados, han causado buena impresión entre la gente, que contribuye a la lucha contra los saqueadores. En muchos casos han sufrido numerosas bajas. Sin embargo, su armamento deja mucho que desear. En muchas localidades no disponen de armas. En esta zona no se han podido requisar armas al enemigo, de manera que no se ha podido efectuar ninguna distribución de ellas. Se dice que existen bandas de guerrilleros de 200 a 300 hombres en la zona limitada por: el Este, Slucz; al Sur, por el Pripet; al Oeste, por la línea Lachwar-Wielki Czuczewicze; al Norte, por la línea Morocz-Wielki Czuczewicze. Este informe se debe a Fürstenhaupt, guarda mayor de Sosnkowicze (Lenin), y ha sido ratificado por un capitán de la Wehrmacht. El número total de los partisanos muertos por el Regimiento es de 6.526. Sólo se han hecho 10 prisioneros. Un agente ruso sigue detenido en Luniniec. En resumen, puede decirse que la lucha contra los partisanos se desarrolla de modo satisfactorio. Sin embargo, considero necesaria una asidua vigilancia, para mostrar a la población que estamos aquí. Esto hará que la gente se retenga, con lo que se descubrirán fácilmente las actividades de los otros elementos.

Firmado, Magill.
Sturmbannführer de las SS.
F.d.R.d.A. Firma. Obersturmführer SS y ayudante.
F.d.R.d.A.v.A. Firma. Teniente.
Firmado, Hirthes.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 435, IZQUIERDA

Sólo para uso oficial.
Instrucciones para combatir a los partisanos del Este.
11.11.42.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 425, DERECHA

Secreto.
El Führer. C. G. del F., 30.7.1944.
Asunto:
Lucha contra los terroristas y saboteadores en los territorios ocupados: Judicatura.

El aumento constante de los actos de terror y de sabotaje en los territorios ocupados, que ejecutan bandas organizadas, obligan a tomar las más enérgicas medidas. No merecen consideración quienes hostilizan nuestra retaguardia en una fase decisiva para nuestra existencia. Por lo tanto vengo en disponer.

I. Los actos de violencia del personal civil no alemán, cometidos en zonas ocupadas por la Wehrmacht, las SS y la Policía, tanto a sus individuos como a sus instalaciones, entran en la categoría de actos de terror y sabotaje, y se combatirán como sigue:
1) Las tropas o individuos de la Wehrmacht, las SS y la Policía ejecutarán en el acto a los terroristas capturados en lucha.
2) Los que lo sean con posterioridad, serán entregados a la comandancia más próxima de la policía de seguridad y del SD.
3) Quienes cooperen con los guerrilleros, sobre todo las mujeres, que no hayan tenido intervención en la lucha, serán destinados a campos de trabajo. Los niños serán respetados.

II. El jefe superior de la Wehrmacht emitirá las instrucciones pertinentes, que modificará o ampliará de acuerdo con las necesidades del momento.
Firmado, Adolf Hitler.
F. d. R. fir, Moetz, juez castrense.

Traducción del documento de la página 428

Llamamiento a los habitantes del barrio judío.
De conformidad con la orden de 22 de julio de 1942, serán deportadas todas aquellas personas que no tengan ocupación fija. La deportación seguirá de manera ininterrumpida. Quienes se presenten voluntariamente en el punto de reunión en el plazo de tres días, es decir, el 2, 3 y 4 de agosto de 1942, recibirán un suministro extra de 3 kg. de pan y 1 kg de mermelada. Las familias que comparezcan de forma espontánea no serán separadas. Lugar de cita para los voluntarios: Dzika 3 -Stawki 27.

El jefe del servicio de ordenación.
Varsovia, 1 de agosto de 1942.

Traducción del documento de la página 441, derecha

Sermón del obispo de Münster y su correspondencia con un ministro del Reich.
Acusaciones a la Gestapo.

Traducción del documento de la página 441, izquierda

5 de noviembre de 1941.

Mi querida Fanny: Toma este alfiler como recuerdo de mi último adiós. Agradezco muchísimo tu fiel amistad. Deseo lo mejor para ti, y bien lo sabes. Un cariñoso saludo a los tuyos. Por favor, no estéis tristes; nosotros somos muy dichosos. Un abrazo para todos de vuestra. Meta.

Traducción del documento de la página 445

Resistencia.
A la guerra y a la dominación nazi.
La llamada de nuestros antepasados.

Ulrich von Rutten: Queremos estar unidos; no me dejéis pelear solo. Compadeceos de la Patria, bravos alemanes, y tendedle la mano.
Friedrich Schiller: Si el oprimido no halla justicia en parte alguna, si su carga le resulta insoportable, el Cielo le da valor para luchar en defensa de sus eternos derechos...

¡Abajo la guerra! ¡Por una Alemania libre e independiente! En todos los estamentos del pueblo alemán se impone esta certidumbre: Hitler ha perdido la guerra. Su prosecución exige sacrificios inútiles, y la continua destrucción de fábricas y ciudades. El pueblo entero ha de alzarse contra tamaña locura. Se trata del bienestar nacional. Deben aunarse las fuerzas para la salvación de la patria. Si al principio sólo los obreros se pronunciaban contra los planes bélicos de Hitler, ahora el sentimiento es general. La resistencia debe proseguir, no obstante la Gestapo y el terror nazi. Las víctimas habidas no se habrán sacrificado en vano. Desde el mismo frente se extiende una creciente marea de odio a los criminales de guerra. La base del Ejército la constituye la clase trabajadora; ella es la que sostiene el mayor peso de la lucha, y a ella deben unirse los antifascistas para el movimiento de resistencia por una Alemania libre. ¡Sólo los alemanes pueden salvar a la nación! El movimiento de resistencia no es ningún partido, y no aspira a obtener ventajas ni categoría; tampoco para mientes en la ideología de cada cual, pero aspira a derribar el régimen nazi porque sólo así se acabará la guerra. Ciudadanos: Olvidad vuestros intereses particulares y haced vuestro el siguiente programa:
1) Caída del régimen nazi.
2) Formación de un Gobierno popular.
3) Poner fin a la contienda y lograr para Alemania una paz honrosa.
4) Alianza con la Unión Soviética.
5) Restaurar la libertad de las naciones oprimidas.
6) Captura de los jerarcas nazis, tanto del interior como del extranjero. Punición de los criminales de guerra.
7) Disolución del NSDAP y sus instituciones, así como de la Gestapo.
8) Liberación de los presos políticos, incluso de los soldados condenados por tribunales militares.
9) Reinstauración de las libertades democráticas como la de opinión, Prensa, de asociación y de credo religioso.
10) Restablecimiento de la jornada de ocho horas. Abolición del servicio militar obligatorio y del trabajo forzado de la mano de obra extranjera.
11) Ayuda a los damnificados por los bombardeos, a las víctimas de la guerra y del movimiento revolucionario.
12) Revisión de las leyes sobre la propiedad y supresión de las trabas que impiden el normal desarrollo del comercio y la industria.

¡Contra la guerra y el pillaje! ¡Por la paz y la libertad! ¡Contra el asesinato y el incendio! ¡Por el derecho de gentes! ¡Por una Alemania libre e independiente!

Traducción del documento de la página 465

En nombre del pueblo alemán.
Secreto.

En la causa contra

1. El estudiante de ciencias sociales Helmuth Günthe Hübener, nacido en Hamburgo el 8 de enero de 1925, residente en dicha ciudad.
2. Rudolf Gustav Wobbe, aprendiz de cerrajero, nacido en Hamburgo el 11 de febrero de 1926, residente en dicha ciudad.
3. Karl Heinz Schnibbe, oficial pintor, nacido en Hamburgo el 5 de enero de 1924, residente en dicha ciudad.
4. Gerhard H. J. Düwer, nacido en Altona el 1 de noviembre de 1924, residente en Hamburgo-Altona.

Todos ellos acusados de alta traición, han comparecido ante el Tribunal compuesto por
Enger, presidente; Fikeis, juez de primera instancia; Heinsius, brigadeführer NSKK; Bodinus, juez municipal; Hartmann, representante del Tribunal Supremo; Dr. Drullmann, fiscal general; Wöhlke, secretario.
Acta de acusación: Por escuchar emisiones de radios extranjeras y difundir sus noticias, Hübener es condenado a la última pena por el delito de alta traición; Wobbe, por delito similar, aunque en grado menor, a diez años de cárcel; Schnibbe, a cinco años, y Düwer, a cuatro.

Traducción del documento de la página 468

Octavilla alemana.

En el texto de la octavilla que reproducimos, de la que cayó un ejemplar en Inglaterra, se manifiesta claramente la posición de los estudiantes muniqueses frente al nacionalsocialismo de Hitler. Los estudiantes de la Universidad de Munich la redactaron en febrero, distribuyéndola entre sus compañeros. Seis de ellos fueron condenados a muerte y ejecutados, otros tantos encarcelados y muchos enviados al frente como castigo. Desde entonces, en las restantes universidades alemanas, los estudiantes son vigilados con severidad. Esta octavilla, por lo tanto, indica claramente cuáles son las ideas de los estudiantes de una gran parte de Alemania. Pero no sólo pasa esto en los ambientes estudiantiles, sino que también en todas las esferas sociales existen alemanes que han reconocido la verdadera situación de su país. Goebbels se burla de estos «objetivistas». Si Alemania puede aún cambiar por sí misma su destino, depende únicamente de que las gentes actúen agrupadas. Esto es algo que Goebbels sabe perfectamente, y, por ello, recalca que «para que estos elementos no lleguen a pesar sobre la opinión pública, ésta no debe saber cuántos son.» «Vamos a ganar la guerra de todas formas, pero no vemos por qué las personas sensatas y decentes de Alemania no pueden hablar. Es justamente por eso que los aviadores de la R. A. F., junto con las bombas, lanzan estas octavillas que han sido causa de la muerte de seis jóvenes. Naturalmente, la Gestapo se ha apresurado a recogerlas.

Manifiesto de los estudiantes de Munich.

«Nuestro pueblo se siente conmovido por la hecatombe de Stalingrado. Son 330 000 alemanes los que han muerto o desaparecido, a causa de la genial estrategia del «cabo» de la Primera Guerra Mundial y su irresponsabilidad. ¡Führer, te damos las gracias! El pueblo alemán bulle de inquietud. ¿Seguiremos confiando el destino de nuestro ejército a un aficionado? ¿Sacrificaremos lo mejor de la juventud alemana a las ansias de poder de una camarilla? ¡Eso, jamás! Ha llegado el momento de acabar con esta situación, de salvar a nuestra juventud de la denigrante tiranía que soporta también nuestro pueblo. En nombre de toda la nación, solicitamos al Gobierno de Adolf Hitler que nos devuelva la libertad personal, ese bien valioso que siempre hemos poseído los alemanes y que nos quitaron de la forma más despiada. Las HJ, SA y SS nos han uniformado, «revolucionado» y narcotizado en los mejores años de nuestra vida. A este método reprobable se le llamó «educación universal», para impedir que progresaran nuestras propias ideas y hacer que nuestros valores quedaran ahogados en la niebla de una fraseología huera. Una demoníaca selección de mandos como jamás pudiera imaginarse, hace que los jerarcas del partido sean ateos, sinvergüenzas y gente sin piedad, que no piensa en otra cosa que en el botín y la muerte. Nosotros, «trabajadores del espíritu», estaríamos en lo justo si acabáramos con ese nuevo clan feudal. Los combatientes y los estudiantes son tratados como niños por los aspirantes a jefe de distrito. Estos prodigan chistes lujuriosos a las estudiantes, hiriéndolas en su honra. Las estudiantes de Munich dieron a esta insolencia una respuesta adecuada, y los estudiantes alemanes defendieron a sus compañeras manteniéndose firmes en su posición. Esto es el principio de la lucha por nuestra libertad individual, que no puede conseguirse sin los valores espirituales. Damos las más expresivas gracias a nuestros valientes compañeros y compañeras por el brillante ejemplo que nos han dado. Sólo existe una consigna: ¡Combatir al partido! ¡Dejar de pertenecer al mismo! En su seno se nos quiere cerrar la boca políticamente. ¡Se debe salir de los centros de las SS! ¡Nada de servilismos! Lo que importa es la verdadera ciencia, la auténtica libertad y nuestro ejemplar honor, todo dentro de una ideología responsable de tolerancia a las costumbres. «¡Libertad y honor!» Durante diez años, Hitler y sus colegas han hablado hasta la saciedad sobre estas dos bellas palabras, denigrando sus contenidos como sólo pueden hacerlo los aficionados que tiran a los cerdos los más valiosos tesoros de la nación. Lo que ellos entienden por libertad y honor es algo que ya nos han mostrado durante estos diez años de destrucción y avasallamiento de todas las libertades morales y materiales, de toda la sustancia tradicional del pueblo alemán. Incluso al más tonto de los alemanes han tenido que abrírsele los ojos ante el baño de sangre que ellos, en nombre de la libertad y el honor, han organizado en toda Europa, baño siniestro que diariamente va en aumento. El nombre alemán quedará para siempre manchado, si la juventud alemana no se levanta por fin purgando y destruyendo a los culpables, y organizando además una nueva Europa. ¡Estudiantes! El pueblo alemán tiene puesta la mirada en nosotros. De nosotros se espera, al igual que en 1813 se esperó la derrota del napoleonismo, que saquemos del poder ahora, en 1943, el terror del espíritu nacionalsocialista. Beresina y Stalingrado arden en el Este. Los seres inútilmente sacrificados allí nos conjuran. ¡Vamos, levántate, pueblo mío! ¡La antorcha de la redención está encendida! Nuestro pueblo se rebela contra la esclavización de Europa por el nacionalsocialismo, y confía en el triunfo de la libertad y el honor!»

Traducción del documento de la página 469

Prisiones de Munich.
Penal de Munich-Stadelheim.

Los reclusos sólo podrán sostener correspondencia y recibir visitas de padres, abuelos, hijos, hermanos y cónyuges, y de sus representantes legales. Según el reglamento, sólo podrán enviar y recibir una carta mensual, y visita cada dos meses. Escribirán las cartas con toda claridad, y con pluma. El sobre no contendrá sellos ni dinero. No se permite el envío de postales ilustradas. Visitas: los martes, de 14 a 18, ex-

cepto los festivos. Los visitantes deberán ir provistos del correspondiente pase autorizado, con fotografía. Queda prohibido traer comida u otros objetos de uso. Los presos pueden adquirir en la cárcel los artículos para la higiene personal. No se entregará a los presos tubos de ninguna clase, ni siquiera de pasta dentífrica. Se autoriza el envío de dinero a los detenidos.

Nombre: Willy Graf.
Carta núm. 159 Munich, 10.IX.1943.

Queridos padres, Mathilde y Annelise: Ya puedo escribiros otra carta, y os doy las gracias por la vuestra, que siempre me causa satisfacción y calma al saber que estáis bien, soportando las penas con paciencia y confianza en Dios. ¿No hemos de sentirnos contentos de llevar una cruz en este mundo? En cierto modo resulta una efectiva imitación a Cristo. Trataremos de no limitarnos a soportar esta cruz, sino amarla porque nos la envía el Señor. Entonces nuestra vida adquiere pleno sentido. Para nosotros, la muerte no es el fin, sino un tránsito, la puerta que nos conduce a la uténtica vida. Intento llenarme de esta realidad, y suplico a Dios que me dé fuerzas y bendiciones. Las cosas de la vida diaria ya no hieren tanto como parece. La plenitud de una vida no reside en ellas. Pero el amor a Alemania se intensifica de día en día, y me duelen sus padecimientos. Deseo y confío en que estéis todos bien en casa. Saludad a Ossy, y de nuevo os deseo lo mejor. Mi último pensamiento será para vosotros. Un abrazo de vuestro Willy.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 521

Telegrama FRR HOKW.

El Führer ha muerto. Una camarilla sin conciencia de jerarcas del partido, que nunca han luchado en el frente de batalla, ha intentado aprovecharse de la situación para conquistar el poder.
II. En esta hora de peligro, el Gobierno del Reich promulgará el estado de excepción, a fin de conservar la paz y el orden. Por ello, me hago cargo del Alto Mando de la Wehrmacht, con plenas facultades.
III. Vengo en disponer:
1. Delego mis poderes a las autoridades siguientes: en el país, a los comandantes de los ejércitos de la Reserva; en los territorios ocupados del Oeste, al comandante en jefe de dicha zona (comandante en jefe del Grupo de Ejércitos D); en Italia, al comandante en jefe del Sudoeste (comandante en jefe del Grupo de Ejércitos C); y en el Sudeste, al comandante en jefe del Grupo de Ejércitos F. En los territorios ocupados del Este, a los comandantes en jefe de los Grupos de Ejércitos de Ucrania del Sur, Ucrania del Norte, Centro, Norte. En Dinamarca y Noruega, a los correspondientes comandantes en jefe de la Wehrmacht.
2. Quedarán subordinados a dichas autoridades:
a) Los organismos y unidades de la Wehrmacht en la zona correspondiente, incluidas las SS, RAD y la OT.
b) las autoridades civiles, en especial la policía de seguridad.
c) Los jefes y afiliados del NSDAP y organismos afines.
d) Los transportes y el abastecimiento.
3. Las unidades de las SS serán incorporadas al Ejército, con efecto inmediato.
4. Los detentadores de plenos poderes serán responsables del mantenimiento del orden. Para ello cuidarán de manera especial:
a) la seguridad de las comunicaciones.
b) la supresión del SD. Las autoridades militares reprimirán con energía cualquier intento de oposición.
5. En estos momentos de peligro para la Patria, se impone la máxima adhesión de las fuerzas armadas y la observancia de una férrea disciplina. Apoyaré con todos los medios a los comandantes en jefe del Ejército, la Marina y la Aviación en el cumplimiento de sus difíciles tareas, y para que los mandos subordinados sigan fielmente las instrucciones emanadas de la superioridad. El soldado alemán tiene ante sí una misión histórica que llenar; de su comportamiento depende la salvación de Alemania. Lo mismo reza para los jefes de zona y sus organismos subordinados de las Fuerzas Armadas.
El jefe supremo de la Wehrmacht.
Firmado Von Witzleben Mariscal conde Stauffenberg.

I. En virtud de los plenos poderes que me han sido conferidos, hago saber a los organismos subordinados.
II. Se tomarán con efectos inmediatos las siguientes medidas:

a) Medios de comunicación: Se ocuparán militarmente los más importantes edificios e instalaciones de la red de comunicaciones de la Wehrmacht (incluidas las emisoras). Se asignarán para ello las fuerzas necesarias a fin de impedir cualquier perturbación. Los puestos clave serán ocupados por oficiales. Merecerán atención especial las instalaciones de carácter técnico, así como las comunicaciones inherentes a la red de transportes ferroviarios del Reich. También se atenderá a la custodia de la red telegráfica.

b) Se procederá a la detención de los gobernadores civiles y jefes provinciales, ministros, altos jefes de las SS y Policía, Gestapo y funcionarios del Ministerio de Propaganda. Oportunamente se darán a conocer las excepciones.

c) Se procederá a ocupar los campos de concentración, a detener a sus comandantes y al desarme e internamiento de los guardines. Se pondrá inmediatamente en libertad a los detenidos políticos.

d) Arma SS: Como sea que existen dudas acerca de la obediencia de sus jefes, se les reemplazará por oficiales del Ejército. En cuanto a las unidades, serán despojadas de su armamento, procediéndose con rapidez y energía, a fin de evitar inútiles derramamientos de sangre.

e) Policía: Se ocuparán las sedes de la Gestapo y del SD.

f) Marina de Guerra y Luftwaffe: Existe buena relación con sus altos mandos.

III. Los comandantes militares de zona tomarán provisionalmente a su cargo las funciones de carácter político y administrativo.

IV. El Alto Mando de la Wehrmacht se hace cargo del frente interior.

V. Cuantos ejerzan plenos poderes no tolerarán el menor acto de arbitrariedad o venganza. La población debe comprobar la diferencia con los antiguos métodos.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 523

Notificación

Albin Kaiser, 47 años, de Voitsberg
Johann Jandl, 38 años, de Tregist
Karl Kilzer, 56 años, de Graz

juzgados por el Tribunal popular por preparativos a la alta traición y condenados a la pena capital y pérdida duradera de los derechos civiles, han sido ajusticiados en el día de hoy.

Berlín, 30 de septiembre de 1942.
El fiscal del Reich ante el Tribunal Popular.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 559

Los traidores han sido ajusticiados.
En las sesiones del Tribunal se ha revelado la cobardía de los conjurados.

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO DE LA PÁGINA 563

Tras siete años de opresión, vuelve a ondear en esta casa la bandera austríaca.
En los días 1, 2 y 3 de mayo de 1945, los austríacos lucharon aquí por la independencia del Tirol.
Cayó en la pelea el profesor Dr. Franz Mair.

Siglas y abreviaturas

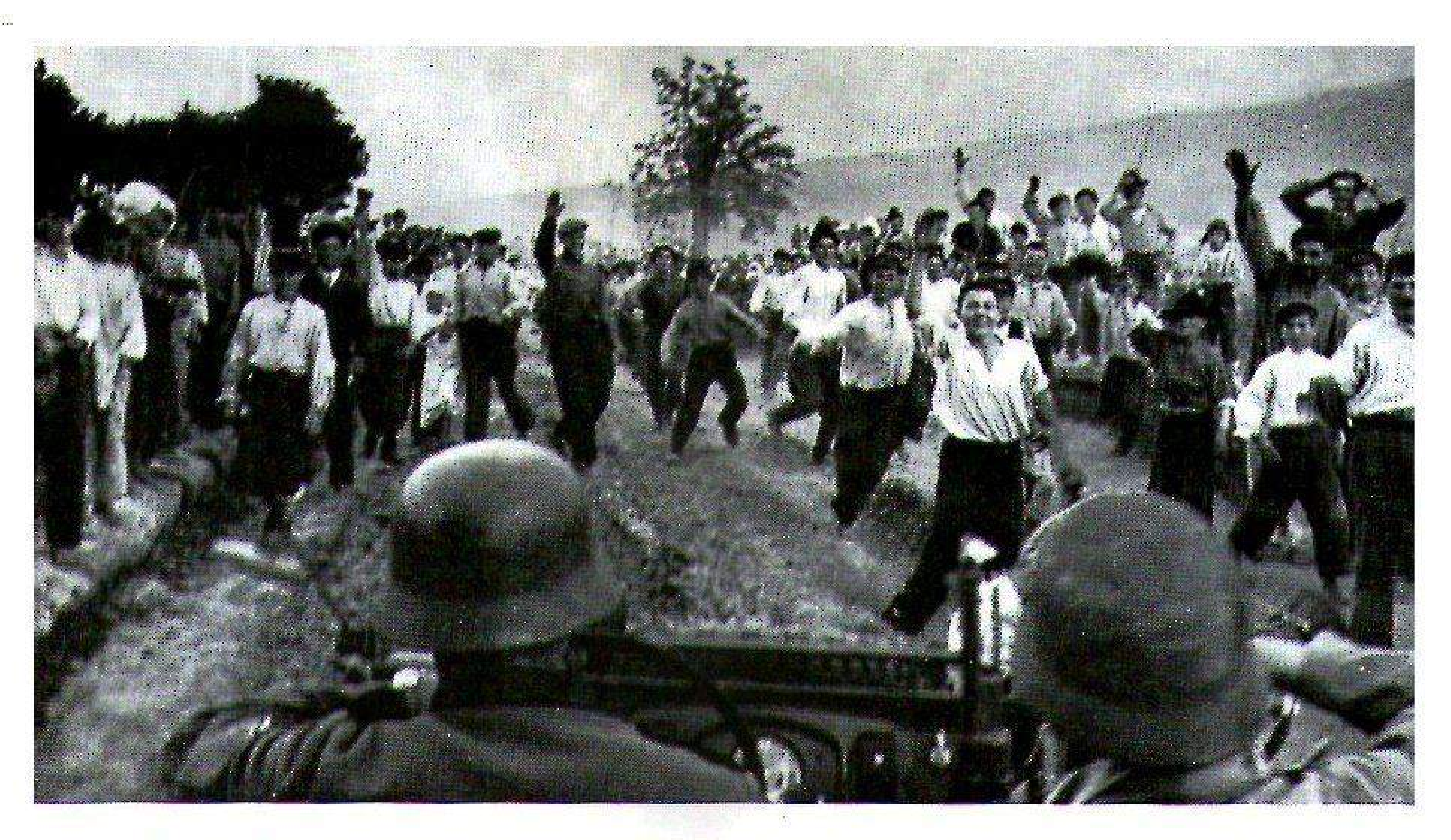
AB — Armée Belge (Ejército belga)
ACJF — Association Catholique des jeunes français (Asociación católica de jóvenes franceses)
ADGB — Allgemeiner Deutscher Gewerkschaftsbund (Asociación de sindicatos libres alemanes)
AK — Armija Krajova (Ejército patriota, Polonia)
AS — Armée secrète (Ejército secreto, Francia)
AVNOJ — Consejo antifascista de liberación de Yugoslavia
BBC — British Broadcasting Corporation (Radiodifusión británica)
BBO — Bureau Bijzondere Opdrachten (Oficina para operaciones especiales, Holanda)
BDM — Bund Deutscher Mädchen (Liga de jóvenes alemanas)
BOPA — Borgerlige Partisaner (Liga de partisanos burgueses, Dinamarca)
CAD — Comité d'Action contre la Déportation (Comité de acción contra la deportación, Francia)
CFLN — Comité Français de la Liberation Nationale (Comité francés de liberación nacional)
CFTC — Comité Français des Travailleurs Communistes (Comité francés de trabajadores comunistas)
CGT — Confédération Générale des Travailleurs (Confederación general de trabajadores, Francia)
CLN — Comitato Liberazione Nazionale (Comité para la liberación nacional, Italia)
CLNAI — Comitato Liberazione Nazionale Alta Italia (Comité para la liberación nacional del Norte de Italia)
CMAI — Comitato Militare Alta Italia (Comité militar del Norte de Italia)
CNF — Comité National Français (Comité nacional francés)
CNR — Comité National de la Résistance (Comité nacional de la resistencia, Francia)
COMAC — Comité d'Action Militaire (Comité de acción militar, Francia)
CVL — Corpo Volontari Libertá (Cuerpo de voluntarios, Italia)
DAF — Deutsche Arbeitsfront (Frente obrero alemán)
DDR — Deutsche Demokratische Republik (República Democrática Alemana)
EAM — Hellenikon Apalevterikon Metopon (Frente nacional griego)
ELAS — Hellenikon Apalevtericon Straton (Ejército de liberación del frente nacional griego)
EDES — Ejército nacional democrático griego
EKKA — Grupo de resistencia macedónica
FBI — Federal Bureau of Investigation (Oficina federal de investigación, Estados Unidos)
FFI — Forces Françaises de l'Intérieur (Fuerzas francesas del interior)
FFO — Freiheitsfront Oesterreich (Frente de liberación austríaco)
FIL — Front de l'Indépendance et la Libération (Frente para la independencia y la liberación, Bélgica)
FTP — Franc-Tireurs-Partisans (Francotiradores y partisanos, Francia)
GAP — Gruppi della Azione Patriottica (Grupos de Acción patriótica)
GPU — Gosudarstvennoje politischescoje upravlenie (Policía política soviética)
HJ — Hitler-Jugend (Juventudes hitlerianas)
JEC — Jeunesse d'Etudiants Catholiques (Juventudes estudiantiles católicas)
JOC — Jeunesse ouvrière catholique (Juventud obrera católica)
KdF — Kraft durch Freude (Fuerza por la Alegría)
KJVD — Kommunistischer Jugendverband (Liga alemana de juventudes comunistas)
KL, KZ — Konzentrationslager (Campos de concentración)
KKE — Kommunistikon Komma Hellenikon (Partido comunista griego)
KPD — Kommunistische Partei Deutschlands (Partido comunista alemán)
KPdSU — Partido comunista de la Unión Soviética
LB — Légion Belge (Legión Belga)
LKP — Landelijke Knokploegen (Resistencia holandesa)
LO — Landelijke Organisatie voor Hulp aan Onderduikers (Organización para la ayuda de refugiados, Holanda)
MNB — Mouvement National Belge (Movimiento nacional belga)
MNR — Mouvement National Royaliste (Movimiento nacional monárquico)
MUR — Mouvements Unis de Résistance (Movimientos unidos de resistencia)
NAP — Noyautage des Administrations Publiques (Central de administraciones públicas)
NS — Nasjonal Samling (Partido nacionalsocialista, Noruega)

NSBO Nationalsozialistische Beamtenorganisation (Organización nacionalsocialista de funcionarios públicos)
NSDAP Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei (Partido nacionalsocialista obrero alemán)
NSV Nationalsozialistische Volkswohlfahrt (Organización paraestatal de ayuda al necesitado)
OD Orde Dienst (Servicio de orden público, Holanda)
OKV Oberkommando der Wehrmacht (Alto Estado Mayor del Ejército alemán)
OMBR Organisation Militaire Belge de la Résistance (Organización militar belga de la resistencia)
ORA Organisation de Résistance de l'Armée (Organización de resistencia del ejército, Francia)
OSAF Oberster SA-Führer (General jefe de las SA)
OSS Office of Strategic Services (Departamento de servicios estratégicos)
PA Armée Belge des Partisans (Ejército belga de partisanos)
PCF Parti Communiste Français (Partido comunista francés)
PEEA Comité político de liberación nacional, Grecia
PO Parteiorganisation (Organización del partido)
RFB Rotfrontkämpferbund (Liga de combatientes del frente rojo)
RONA Russkaja Oswoboditjelnaja Nationalmy Armija (Ejército ruso de liberación nacional)
RSHA Reichssicherheitshauptamt (Departamento superior de seguridad)
SA Sturmabteilung (Fuerzas de asalto)
SAP Squadri di azione patriottica (Escuadras de acción patriótica, Italia)
SFHQ Special Forces Headquarters (Cuartel general de fuerzas especiales, Gran Bretaña)
SIS Special Intelligence Service (Servicio de inteligencia inglés)
SPD Sozialdemokratische Partei Deutschlands (Partido socialdemócrata alemán)
SS Schutz-Staffel (Policía política)
SZP Sluzba Zwyciestwu Polski (Servicio para la Polonia victoriosa)
UPA Ejército de liberación ucraniano.
VKA Vereinigte Kletterabteilung (Federación alemana de montañismo)
VNV Vlaamsch National Verbond (Liga nacional flamenca)
WA Weer-Afdeling (Equivalente holandés de las fuerzas de asalto alemanas)



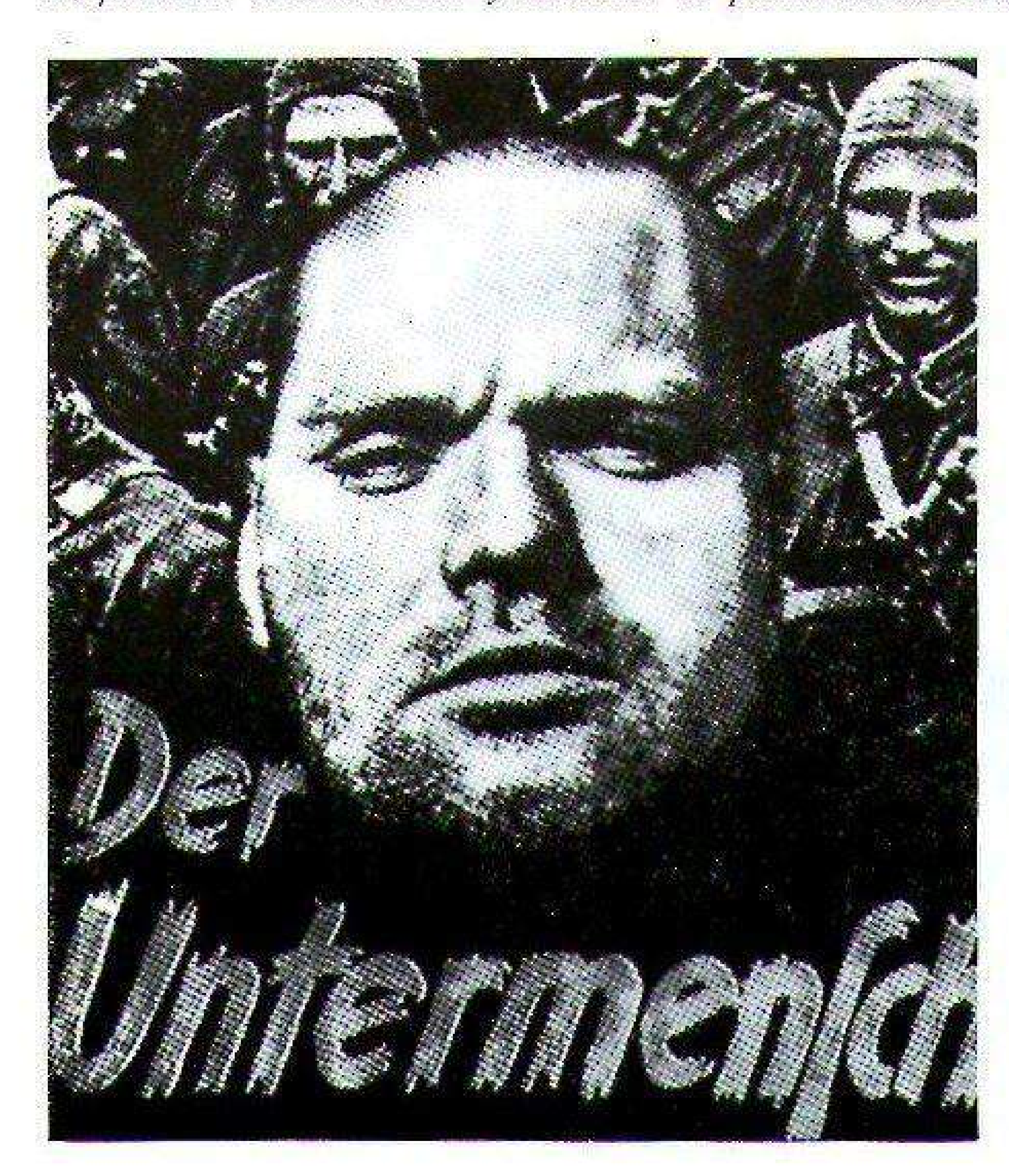
Rusia

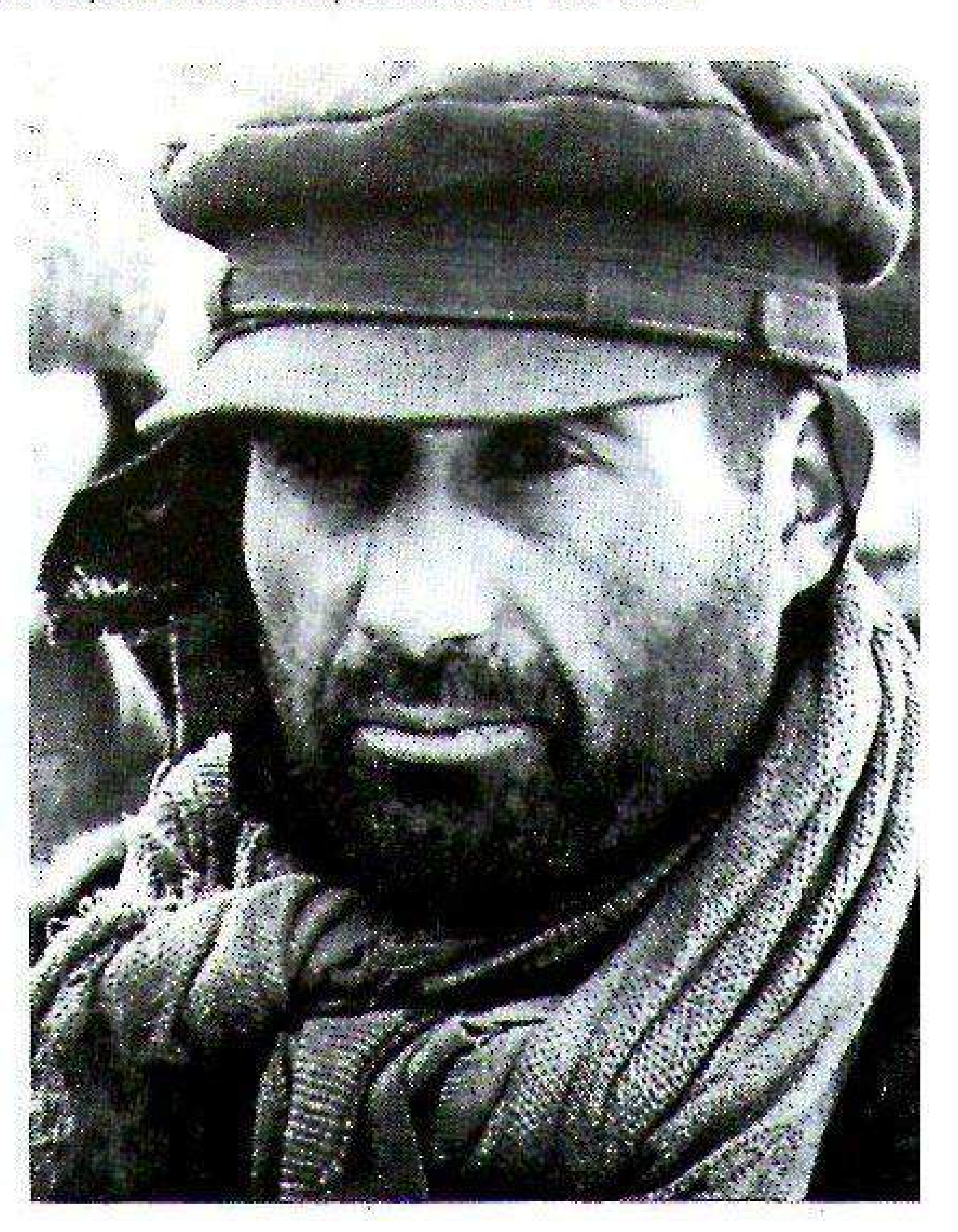
El undécimo día de la irrupción alemana en Rusia, Stalin dirigió la siguiente orden al pueblo soviético: "En las zonas ocupadas por el enemigo se constituirán grupos de partisanos, a pie y a caballo, que combatirán al invasor, volarán puentes y carreteras, cortarán los cables del tendido telefónico y eléctrico, e incendiarán bosques, almacenes y material ferroviario. En los territorios ocupados se hará la situación insostenible para el enemigo y sus colaboradores, a los que se perseguirá y aniquilará dondequiera que se encuentren, al mismo tiempo que se harán fracasar todas sus medidas". Goebbels anotó en su Diario, el 6 de marzo 1942, refiriéndose a los triunfos de los guerrilleros rusos: "Un informe de los servicios de seguridad me orientó sobre la verdadera situación en Rusia. La realidad parece mucho más precaria de lo que se admite. El peligro de los guerrilleros aumenta de día en día; dominan grandes extensiones de terreno y ejercen en ellas el terror a gran escala". Arriba: Las "fuerzas de tráfico", muy activas durante la campaña, colocan carteles de aviso en todas las rutas, a fin de que los convoyes de abastecimiento no olviden que corren peligro de ser atacados por los guerrilleros. Abajo: El armamento, la experiencia y el número de los partisanos agravaban de día en día la situación en la retaguardia germana.



Arriba: En general, las tropas alemanas fueron recibidas amistosamente por la población civil rusa; en algunas ocasiones como auténticos liberadores. "Por desdicha-escribió el general Heinz Guderian en sus Memorias-, esta actitud favorable de la población sólo duraba mientras la zona estaba bajo la benévola administración militar. Los llamados "comisarios del Reich" lograban en poco tiempo ahogar las simpatías hacia los alemanes, preparando el terreno a las guerrillas". Abajo, izquierda: "El cavernícola", una de las fotos hábilmente escogidas por el departamento de instrucción de la RSHA (Oficina Central de Seguridad del Reich), para "demostrar" la inferioridad étnica del pueblo ruso. Abajo, derecha: "La brutalidad de las gentes de esta raza se refleja en los trazos de su rostro. Este comisario político ha sido capturado en el curso de la batalla de Moscú".

Tan absurda propaganda, llevada a cabo en los territorios ocupados del Este, determinó que la población soviética se pasara abiertamente al bando de los guerrilleros. El propio doctor Goebbels admitió que semejantes medios no podían continuar: "En resumidas cuentas, opino que hemos de modificar radicalmente nuestra política en los países ocupados del Este. Podríamos eliminar en gran medida el peligro de los guerrilleros sólo con ganarnos la confianza de la población civil". Sin embargo, los fanáticos racistas Hitler y Himmler no prestaron atención a la feliz idea de enfrentar rusos con rusos.









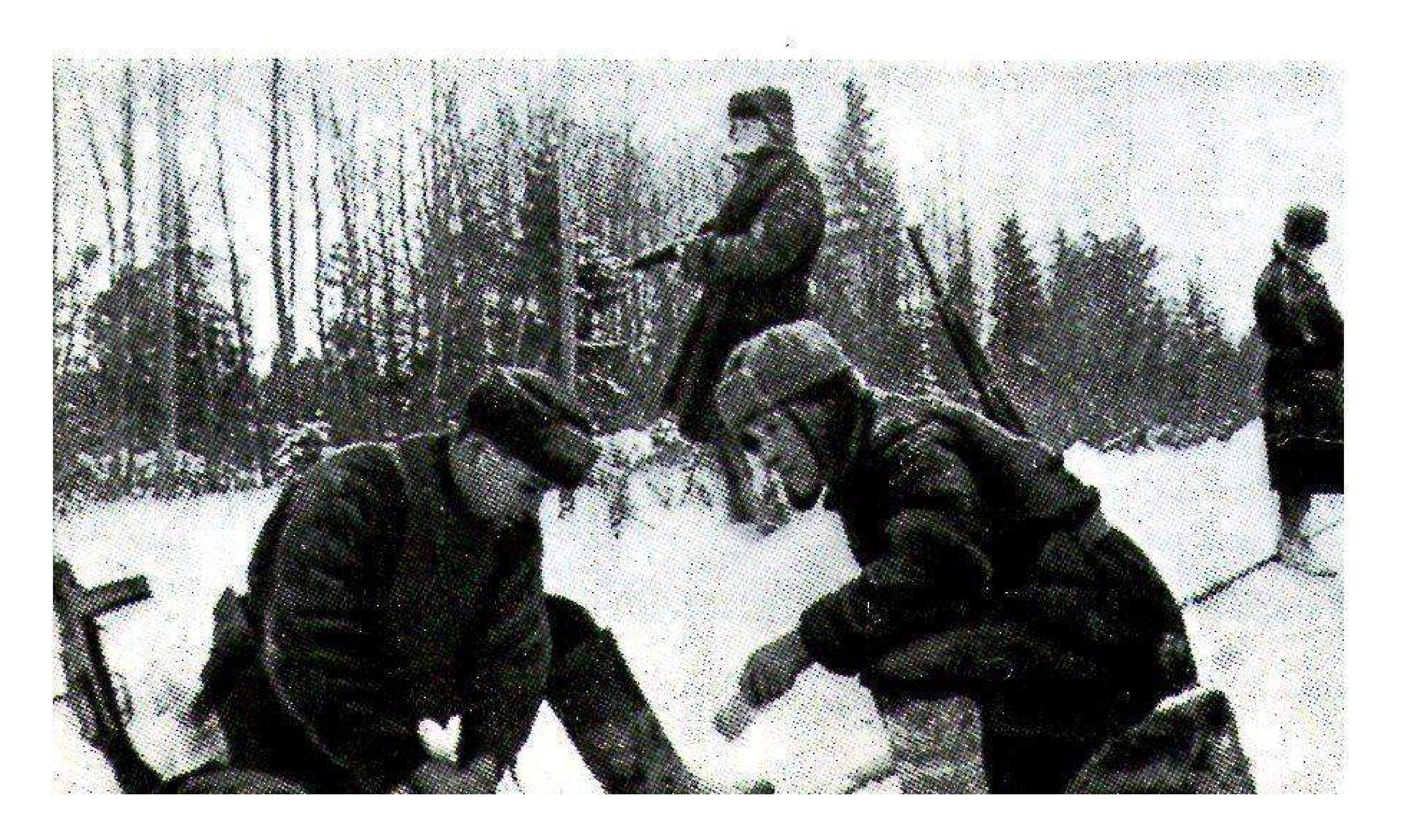


Arriba (de izquierda a derecha): Wilhelm Kube, comisario general para la Rutenia Blanca, muerto el 22 de septiembre de 1943 a consecuencia del estallido de una carga explosiva que una criada simpatizante con los partisanos colocó debajo de su lecho; Heinrich Lohse, comisario general para los países bálticos; Erich Koch, comisario del Reich para Ucrania, responsable de la explotación de la Rusia meridional. Abajo: Gran número de ciudadanos rusos son concentrados en la estación de Kovel con objeto de ser transportados a Alemania. Este reclutamiente forzoso de mano de obra también contribuyó a que miles de rusos pasaran a engrosar las filas de los partisanos.



El capitán general W. S. Popov escribe acerca de la esencia táctica guerrillera: "Movilidad y elasticidad de maniobra como consecuencia del perfecto conocimiento del terreno; constante información sobre el enemigo, facilitada por los servicios de espionaje propios y por la población. Es indispensable que los partisanos conozcan con anticipación los movimientos del enemigo, para sorprender a sus formaciones en el lugar más conveniente". Arriba: Los guerrilleros de Bielorusia minan un puente. Centro: Un instructor enseña a los partisanos el manejo de una metralleta capturada al enemigo. Abajo: Guerrilleros rusos preparando la voladura de un tramo de vía.









Arriba, izquierda: El general S. A. Kovpak, uno de los muchos jefes de partisanos, que por sus notables servicios fue distinguido por Moscú con el título de "héroe de la Unión Soviética". Arriba, derecha: "Lucha en los pantanos" por grupos de elementos nativos instruídos en la guerra contra los partisanos. Las dificultades del terreno han sido siempre uno de los mejores aliados de los guerrilleros. Abajo: Municiones para la artillería, arrojadas en paracaídas, son puestas a buen recaudo por mujeres instruídas al efecto.

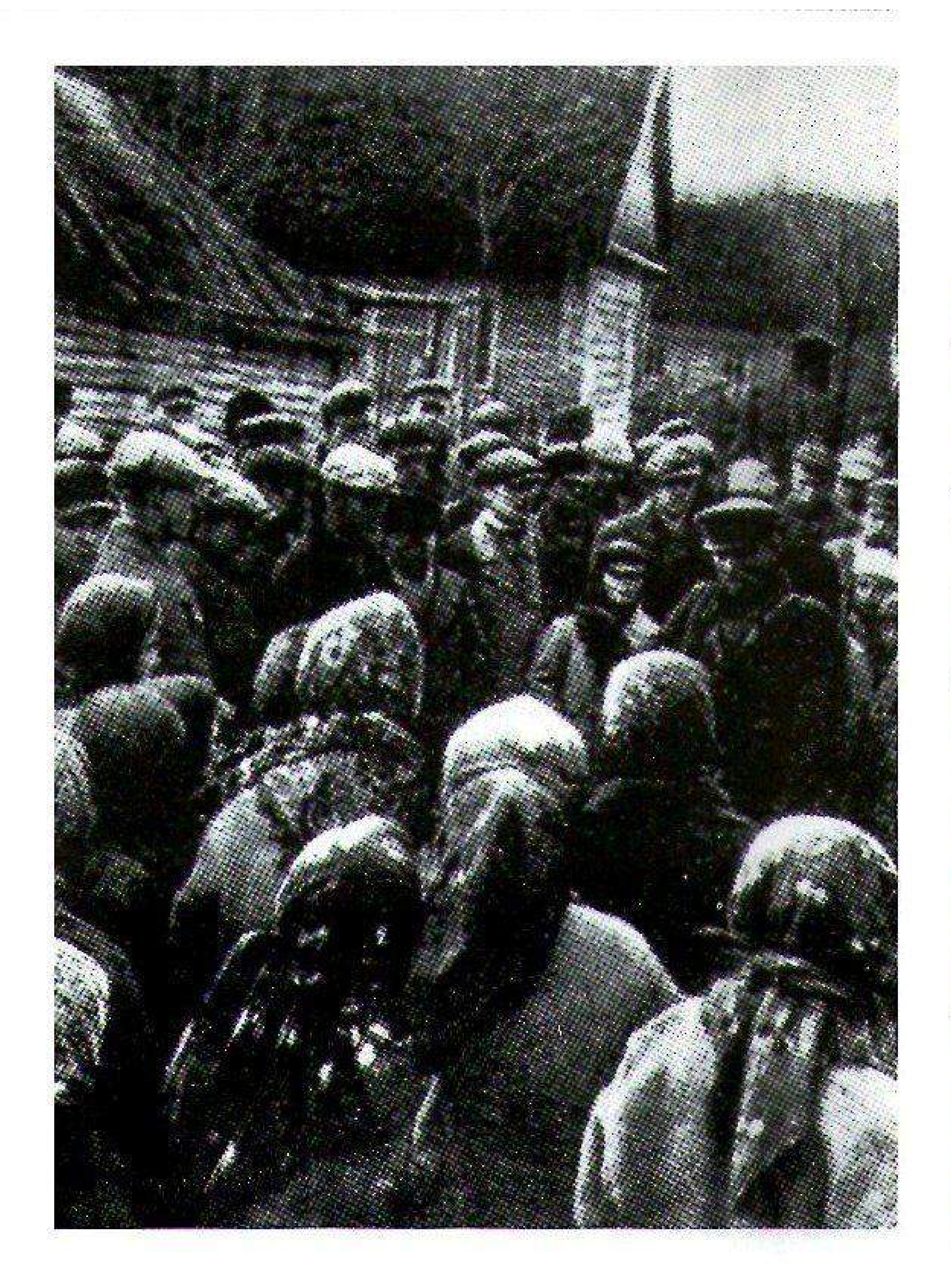


Foto de la izquierda: En un pueblo ruso los partisanos reúnen a la población. Stalin no cesaba de repetir a los jefes de las guerrillas: "Es de gran importancia buscar el pleno apoyo de la población civil". Los guerrilleros no escatimaron ningún medio para ganarse a la población, viéndose ayudados indirectamente por la dura política de los ocupantes. "Muerte al invasor y a los que le prestan ayuda. Muerte a todos aquellos que obedecen las órdenes del enemigo". Esta era la consigna que corría de una localidad a otra; Los guerrilleros obraban en consecuencia. Irrumpían en un pueblo, aniquilaban a los colaboradores y a sus familiares, confiscaban sus bienes e incendiaban sus casas. Hasta los rusos que simpatizaban con los alemanes dejaron de actuar para ellos, y no osaban negarse a prestar su concurso a los partisanos. Abajo: Los guerrilleros han evacuado una localidad al aproximarse a ella las tropas alemanas. Los habitantes que han permanecido en el pueblo son llamados uno a uno para que denuncien a los informadores y colaboradores de los partisanos. Como represalia y escarmiento general, se procede a la ejecución de rehenes y a menudo se incendian localidades enteras. La Wehrmacht criticaba tal proceder, que sólo conducía al "aumento de las filas de los guerrilleros y a la despoblación y asolamiento del país".

Arriba: En Minsk, las unidades letonas al servicio de las SS han ahorcado a varios partisanos en una de las vías principales de la ciudad. Se les ha colocado un cartel que reza: "Somos guerrilleros y hemos matado soldados alemanes". Abajo: Los partisanos se reúnen para recibir instrucción político-militar. Gran número de expertos y fanáticos jefes políticos y militares comunistas se lanzaron en paracaídas a retaguardia de las líneas alemanas, organizando y dirigiendo con gran éxito las operaciones de los guerrilleros.



Tras la denuncia hecha por una rusa a los alemanes de la existencia en el lugar y sus alrededores de varios centenares de partisanos, cuya misión consistía en atacar de noche a los germanos y aniquilarlos, se escudriñó cuidadosamente la zona y se procedió seguidamente a la ejecución de los guerrilleros apresados.
La persona que tomó esta impresionante fotografía describe el modo como lo hizo: "El oficial que mandaba el pelotón, muy excitado y nervioso me gritó, mientras los guerrilleros eran llevados junto a la fosa, lugar de la ejecución, que mandaría me fusilaran con ellos si veía que intentaba obtener una fotografía. Es posible que temiera salir en ella. No recuerdo exacta-



.mente la graduación del oficial. Me retiré prudentemente de su presencia, hasta que me situé en un sitio a propósito, donde pedí a unos camaradas que me ocultaran. Me coloqué detrás de ellos, y más por intuición que por cálculo oprimí al disparador al oir la descarga . . . La guerra es la guerra, pero no es frecuente presenciar un espectáculo como éste: un fusilamiento masivo, con los reos a corta distancia del pelotón que les dispara en la nuca. Unase a ello los gemidos de los moribundos y los gritos y el forcejeo de los que aguardan su turno para morir, y después de la ejecución el tenebroso silencio que flota sobre la zanja donde se han arrojado los cadáveres, y se comprenderá que semejante escena no se olvide jamás".

Arriba: Mujeres rusas aprendiendo el manejo de la ametralladora. Abajo: La partisana Soia Kosmodemianskaia es conducida al lugar de su ejecución. En la "Historia soviética de la gran guerra patriótica 1941—1945" figura este comentario: "La komsomolka moscovita Soia Kosmodemianskaia ingresó voluntaria en una unidad de partisanos, en noviembre de 1941. La intrépida combatiente estaba siempre dispuesta a cumplir cualquier misión que le fuese encomendada por el mando. A fines de noviembre recibió la orden de destruir un objetivo de vital importancia para el enemigo. Soia fue capturada por los soldados de Hitler durante el desempeño de su cometido". Luego de ser torturada, y con la soga en el cuello, se dirigió a los campesinos obligados a presenciar su ejecución, instándoles a que no desmayaran en la lucha contra el invasor. "Se enfrentó con la muerte haciendo gala de un gran estoicismo. Su ejemplo honra a nuestro pueblo. El Gobierno soviético ha concedido a Soia Kosmodemianskaia el título de 'Heroína de la Unión Soviética', a título póstumo".

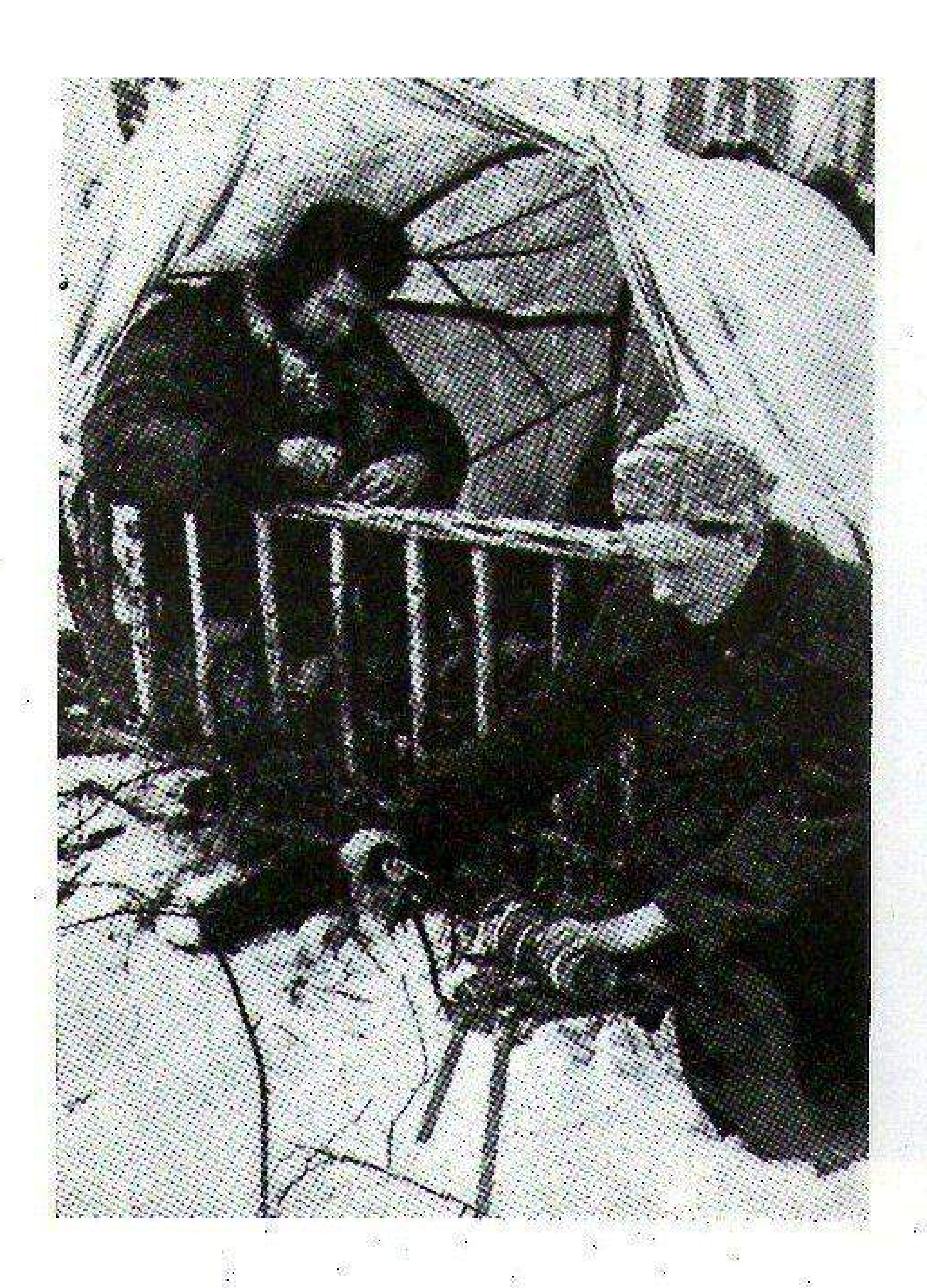




Arriba, izquierda: Un método práctico y frecuentemente empleado por los partisanos para eludir la persecución fue el incendio de bosques. Para seguir acosando a los guerrilleros, era preciso proceder previamente a la extinción del fuego. Arriba, derecha: "Estas son las cabañas que sirven de refugio a los bandidos. Todas ellas son cuidadosamente registradas, pero nunca se encuentra un alma viviente". Avisados a tiempo por un sistema de espionaje que funciona a la perfección, los partisanos logran casi siempre escapar a tiempo de las garras alemanas. Abajo, izquierda: Un destacamento de choque alemán ha descubierto un depósito de municiones en pleno bosque. Abajo, derecha: En la mochila de una partisana se ha encontrado el siguiente material, lanzado en paracaídas: granadas de mano, paquetes de dinamita, mecha, etcétera.

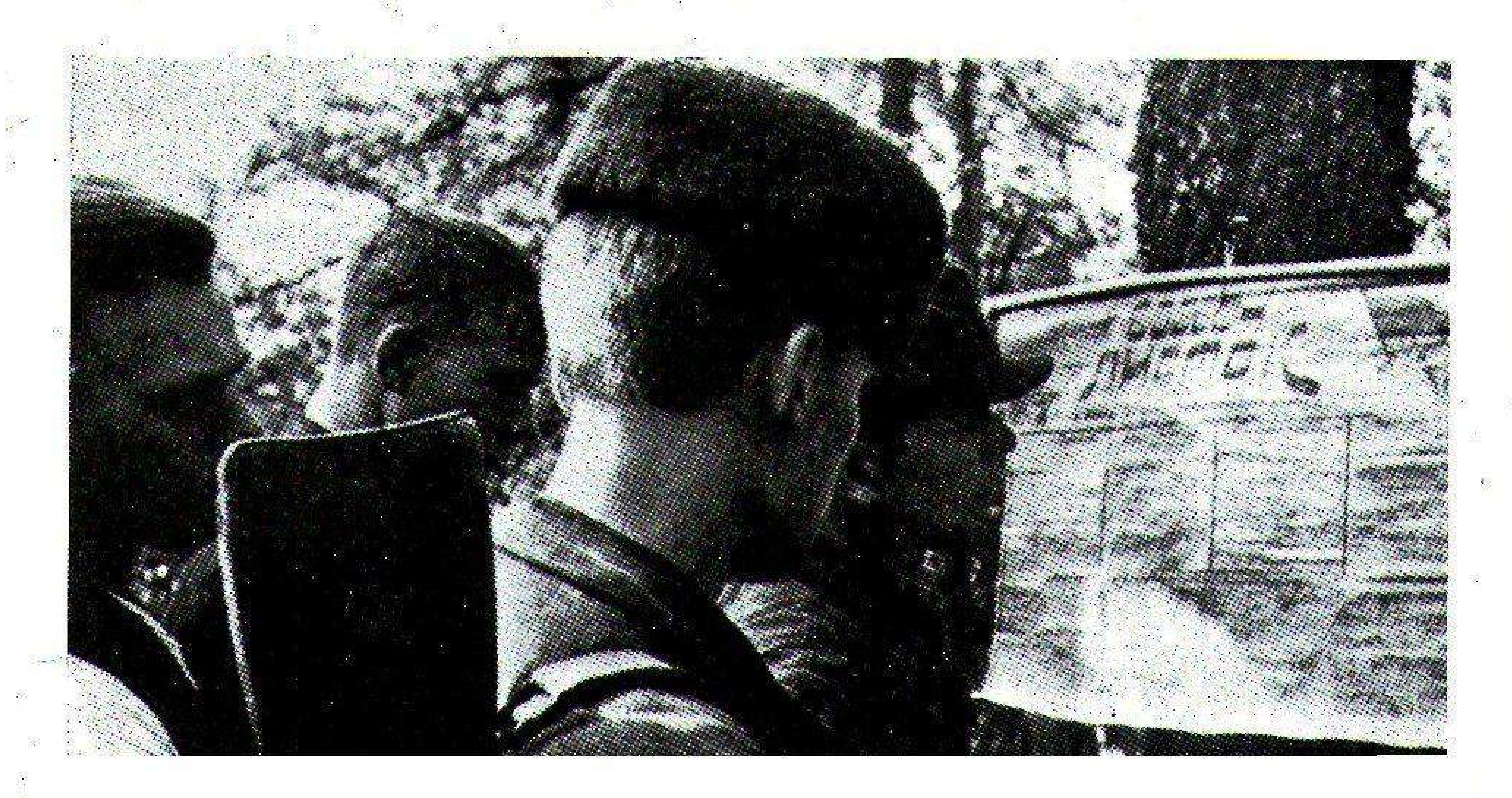








Arriba, izquierda: Radiotelegrafistas en plena tarea. Los puentes aéreos y la radiotelefonía constituyeron los dos factores decisivos del éxito de los guerrilleros rusos. La constante comunicación entre los grupos de la misma zona, con los de toda la región y finalmente con el mando central en Moscú aseguraron una perfecta coordinación de las operaciones. De acuerdo con las informaciones rusas, en enero de 1944 había 424 emisoras a retaguardia del enemigo, que ponían en contacto a 1.131 unidades con el mando central. De este modo, más de 250.000 hombres podían ser dirigidos desde Moscú. Al propio tiempo, la radio rusa lanzaba al viento dos emisiones especiales diarias, una por la mañana y otra por la noche, tituladas "Escuela de



partisanos". En ellas se instruía a los guerrilleros acerca de los mejores procedimientos para combatir a los alemanes, y asimismo hacían saber lo que les sucedía a quienes ayudaban al invasor en contra de los partisanos. Página anterior, arriba a la derecha: Una imprenta clandestina confecciona periódicos, octavillas y carteles, conteniendo una intensa propaganda contra los alemanes. Valdis Redelis escribe sobre los resultados de dicha propaganda: "A pesar de sus evidentes lagunas y exageraciones, surtía inmediato efecto en la mentalidad de los ucranianos, del mismo modo que la propaganda nacional-socialista prendía entre los alemanes. Por último, es interesante hacer resaltar que el pueblo colaboraba ampliamente con los partisanos suministrándoles armas, víveres y ropa". Página izquierda, abajo: Los guerrilleros y la población leen las octavillas fijadas en los árboles.

Abajo: Un grupo de comisarios políticos, entre ellos Nikita Kruschev (a la derecha), jefe de los guerrilleros ucranianos. El 12 de enero de 1942, el jefe de la zona de Chernigov envió el parte siguiente: "Después de cuatro meses de operaciones, la unidad a mi mando ha liquidado a 468 alemanes, a 105 policías y a otros enemigos del pueblo. Se ha capturado un inmenso botín. Han sido destruídos 29 vehículos, entre ellos dos automóviles con importantes documentos, dieciocho motocicletas y cinco depósitos de víveres. Capturados: 100 caballos y 120 sillas de montar. Volados: tres viaductos. Se han impreso 31 modelos de octavillas con distinto texto en número de 40.000 ejemplares". Los comisarios e instructores políticos, que al principio sólo figuraban en el ejército, constituían un sólido nexo entre el pártido y los guerrilleros. Dixon-Heilbrunn comenta su importancia: "El espíritu revolucionario, el valor en el combate, la astucia y la brutalidad de que hacían gala los partisanos les fueron inculcados por gran número de comisarios políticos, que predicaban con el ejemplo sacrificándose en aras de la ideología leninista-stalinista".



Conocido por su intervención en la victoriosa defensa de Moscú, Andrei Andreievitch Vlassov cayó en manos de los alemanes el 12 de julio de 1942. Entre los desertores y prisioneros rusos quería formar un "ejército de liberación" que al lado de los alemanes luchara para librar a Rusia de las garras del bolchevismo. Pero Vlassov no deseaba mandar dicho ejército como simple marioneta manipulada por los germanos, sino en calidad de jefe militar independiente. El asunto Vlassov mereció la aprobación de los altos círculos de la Wehrmacht, pero Hitler no quería saber nada del caso. "Si ellos (los colaboradores) van contra los intereses de su propio pueblo, es que no tienen sentido del honor; y si lo hacen para ayudar a sus conciudadanos, en tal caso son elementos peligrosos". En relación con el Movimiento Vlassov, el Führer se condujo de un modo que descartaba toda futura colaboración entre alemanes y rusos. Hitler no deseaba tratar como igual a una Rusia liberada del comunismo, sino dominar a un país habitado por gentes de raza inferior, sólo aptos para trabajar como esclavos. Conforme a este sentir, erróneo a todas luces desde cualquier punto de vista, Himmler aludió a Vlassov en octubre de 1943 como "tipo sanguinario y peligroso bolchevique". Pero se recurrió al "arma secreta" Vlassov cuando la situación militar se iba poniendo cada vez más difícil para Alemania, cuando las "V-1" y "V-2" no dieron el resultado decisivo que de ellas se esperaba. El 14 de noviembre de 1944 se constituyó en Praga el llamado "Comité para la liberación del pueblo ruso", al que Himmler deseó "un gran éxito en el logro de los objetivos comunes". En realidad, el interés mútuo ya había dejado de existir. La meta de Vlassov, "provocar una revolución nacional y social en Rusia", nunca fue tomada en serio por los jefes nazis, y la causa de Hitler estaba ya perdida.

Página izquierda, arriba: De los voluntarios rusos (Hiwis), los más eficientes fueron los cosacos enemigos del régimen comunista, los cuales se utilizaron con éxito en la lucha contra los partisanos rusos. Izquierda, abajo: El general Vlassov pasa revista a una unidad de voluntarios del ejército de liberación ruso. De los 700.000 hombres disponibles, con los cuales se podrían haber organizado 25 divisiones, sólo se formaron dos por falta de armamento y vestuario.

Abajo: Escena de la obra "El lobo", representada en una ciudad rusa. La pieza, escrita en colaboración por dos autores nativos, hacía hincapié en la "esencia negativa del partisanado". Mientras que en la escena el obstinado guerrillero era despreciado por la población, en la realidad sucedía todo lo contrario. Los colaboracionistas apenas recibían apoyo de la población, y eran exterminados sin piedad por los guerrilleros.





Un partisano es sacado del interior de una caseta de guardaagujas. Sus dos camaradas han muerto a consecuencia de la explosión de varias granadas de mano arrojadas por los soldados alemanes. Los guerrilleros no ignoraban que por combatir a retaguardia del enemigo no podían esperar sino la muerte en caso de ser apresados. Y una vez que se entraba a formar parte de las guerrillas, ya no había modo de volverse atrás. Al ingresar en ellas se firmaba el siguiente juramento: "Si por debilidad, cobardía o mala fe quebranto este juramento y traiciono los intereses de mi pueblo, reciba la muerte en manos de mis camaradas. Firmo este compromiso aceptando todas sus condiciones". Sorprendido por la efectiva y creciente actividad de los guerrilleros rusos, Hitler ordenó que "los partisanos fueran aniquilados sin compasión por las tropas combatientes". "La muerte no nos causa pavor", fue la respuesta de los guerrilleros soviéticos. Y ciertamente no fue ésta una frase huera, a juzgar por su actuación.

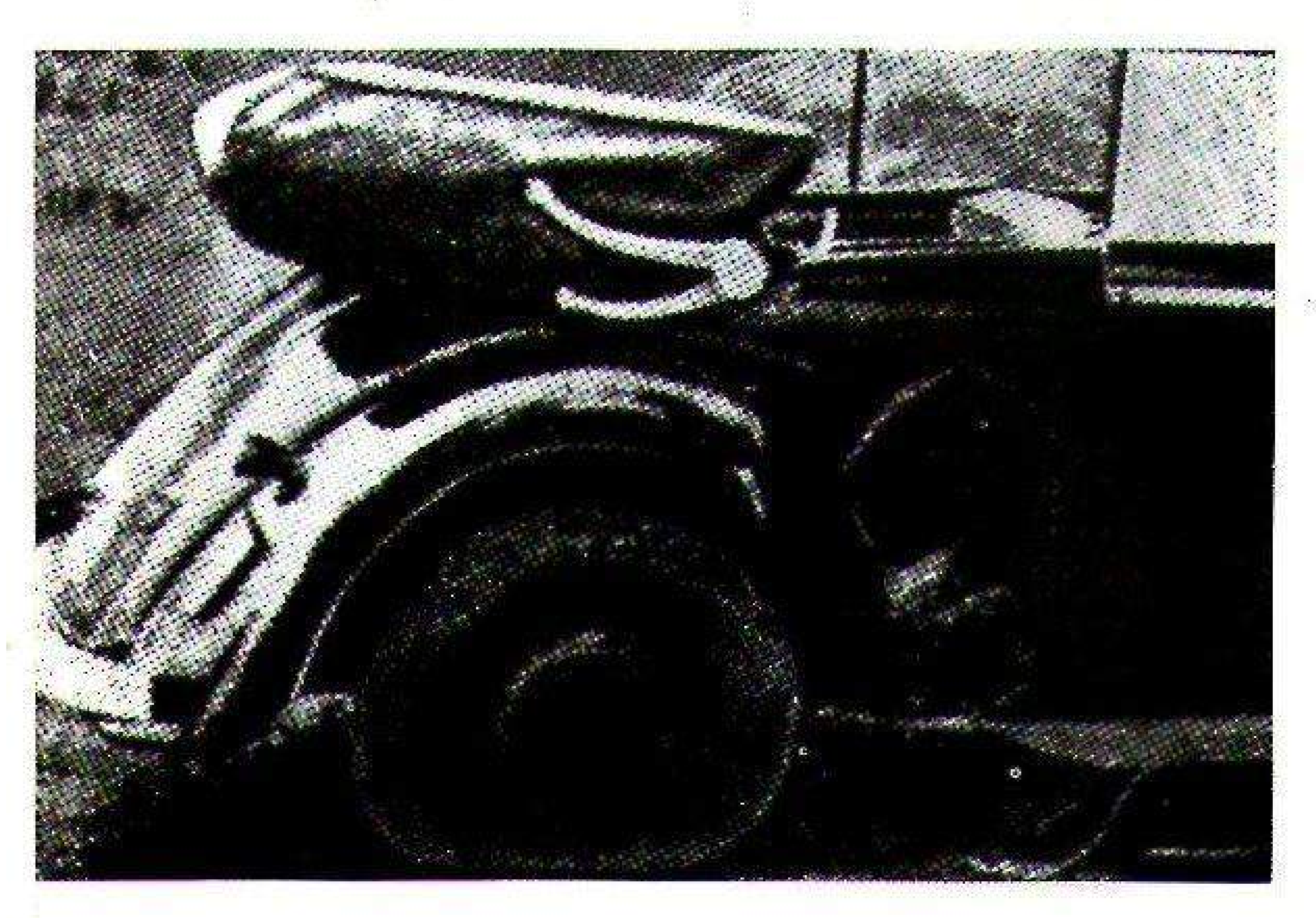


Checoslovaquia

Aunque en principio Inglaterra y Francia parecían dispuestas a respaldar militarmente las promesas hechas a Checoslovaquia, cedieron a las pretensiones de Hitler expuestas en la Conferencia de Munich, sellando con ello el destino de Checoslovaquia. El presidente Benes, partidario de existir por todos los medios, no tuvo otra alternativa que capitular. Primeramente, Hitler ocupó las zonas con mayoría de población alemana, y después manifestó su decisión "irrevocable" de "ocupar" el resto del país. Como palanca para el logro de sus fines, Hitler utilizó a los extremistas eslovacos, los cuales deseaban sustraerse al bloque nacional, empresa que, naturalmente, se ajustaba a los planes de Alemania. Cuando la tensión entre checos y eslovacos alcanzó su punto culminante, el Gobierno checo ordenó la disolución del Gabinete eslovaco presidido por Tiso; Hitler llamó a éste a Berlín y le hizo entrega de una "declaración de independencia" redactada en idioma eslovaco. Seguidamente, el Führer invitó al primer ministro Hacha, sucesor de Benes, a trasladarse a la capital alemana. "Poco después de la una de la madrugada-informa Schmidt, jefe de intérpretes-el doctor Hacha y Chvalkovsky fueron recibidos por Hitler en la Cancillería . . . Habían partido de Praga con la esperanza de que sería posible negociar con Hitler . . . La ocupación por las tropas alemanas es irrevocable-dijo Hitler —. Si desean evitar que se produzca derramamiento de sangre, telegrafíen inmediatamente a Praga y ordenen al ministro de Guerra que las tropas checas no ofrezcan la menor resistencia a los efectivos de la Wehrmacht".
Sin poder contar con la ayuda ajena, reducido a sus propias fuerzas, Hacha tuvo que doblegarse a las exigencias de Hitler-Abajo: La entrada de las fuerzas alemanas en Praga, que venían no como liberadoras, sino en calidad de opresoras, no produjo ninguna manifestación de júbilo. Al contrario, la ira, el odio y la desesperación se reflejan en los semblantes de los moradores de la capital. Arriba (de derecha a izquierda): Primer magistrado, doctor Tiso, primer ministro, doctor Tuka, y el ministro Medritzky, en el palco de honor durante el desfile celebrado en conmemoración del segundo aniversario de la "independencia de Eslovaquia".







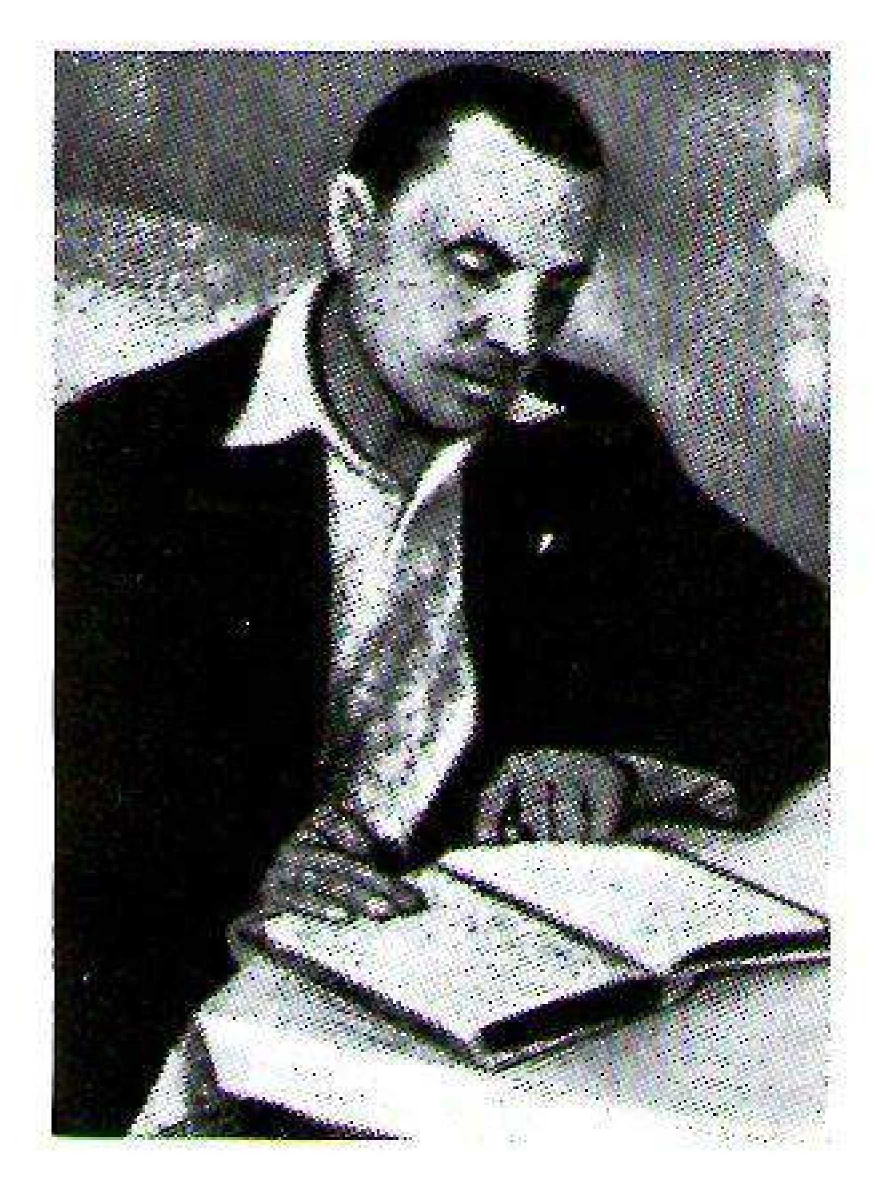
Arriba, sobre estas líneas: Reinhard Heydrich, obergruppenführer de las SS y general de la policía, protector del Reich en Bohemia y Moravia, y jefe de la RSHA (Oficina Central de Seguridad del Reich), uno de los más poderosos y temidos funcionarios nazis; falleció el 4 de junio de 1942 a consecuencia de un atentado sufrido el 27 de mayo anterior. Los autores del mismo fueron los partisanos checos Jan Kubis (arriba, izquierda), y Josef Gabchik (arriba, derecha), adiestrados en Inglaterra. El 29 de diciembre de 1941 fueron lanzados sobre Checoslovaquia en paracaídas, con la misión de suprimir a Heydrich. Según las investigaciones realizadas por Alan Burgess, el atentado tenía por objeto entorpecer la hábil política seguida por

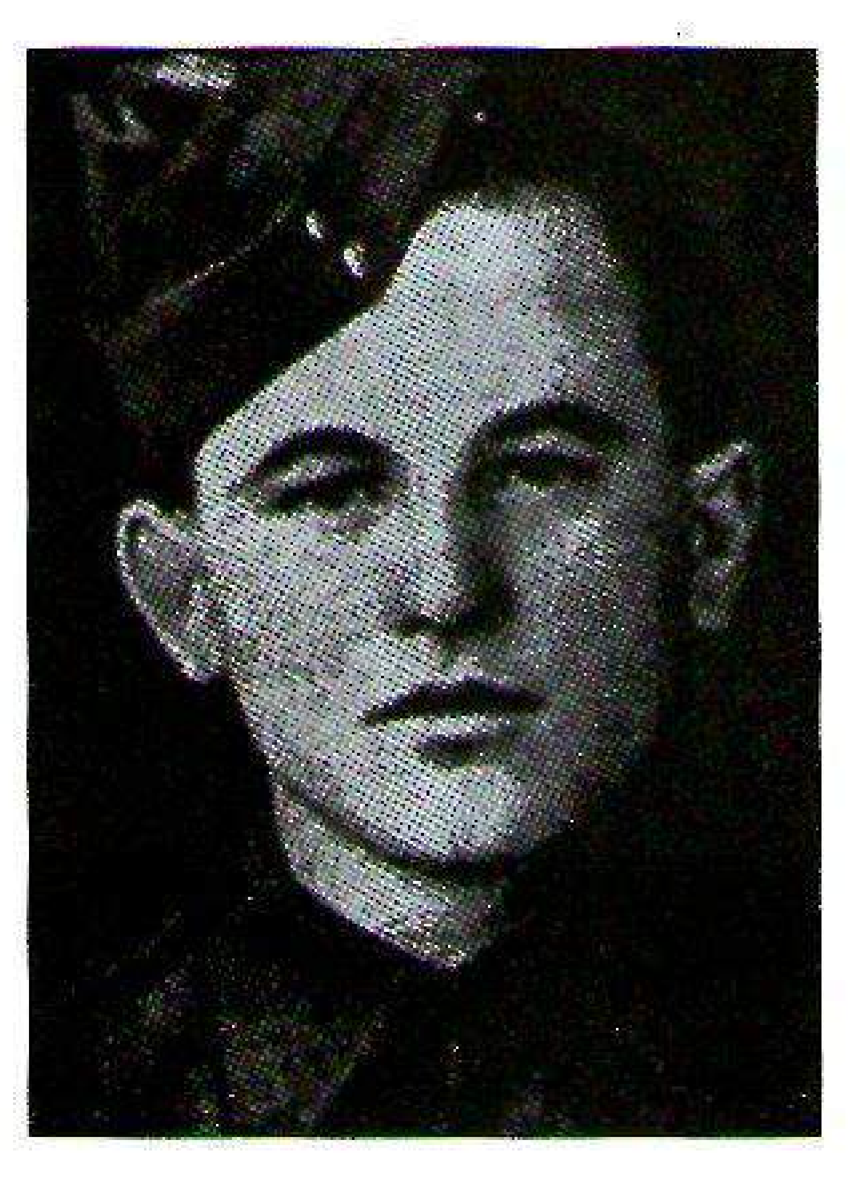
JOSEF VALCHIK
con espejo de señales

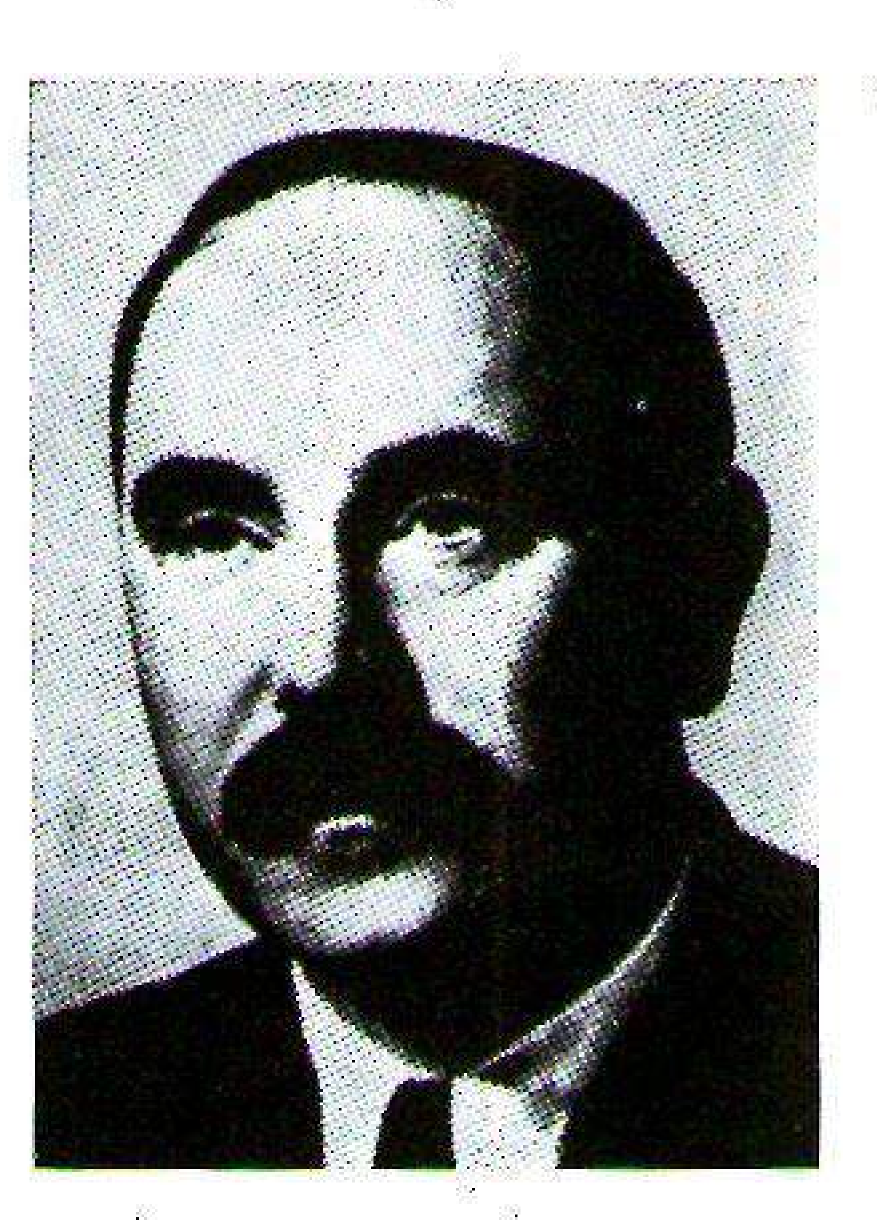
HEYDRICH
con chofer

JOSEF GABCHIK
con metralleta

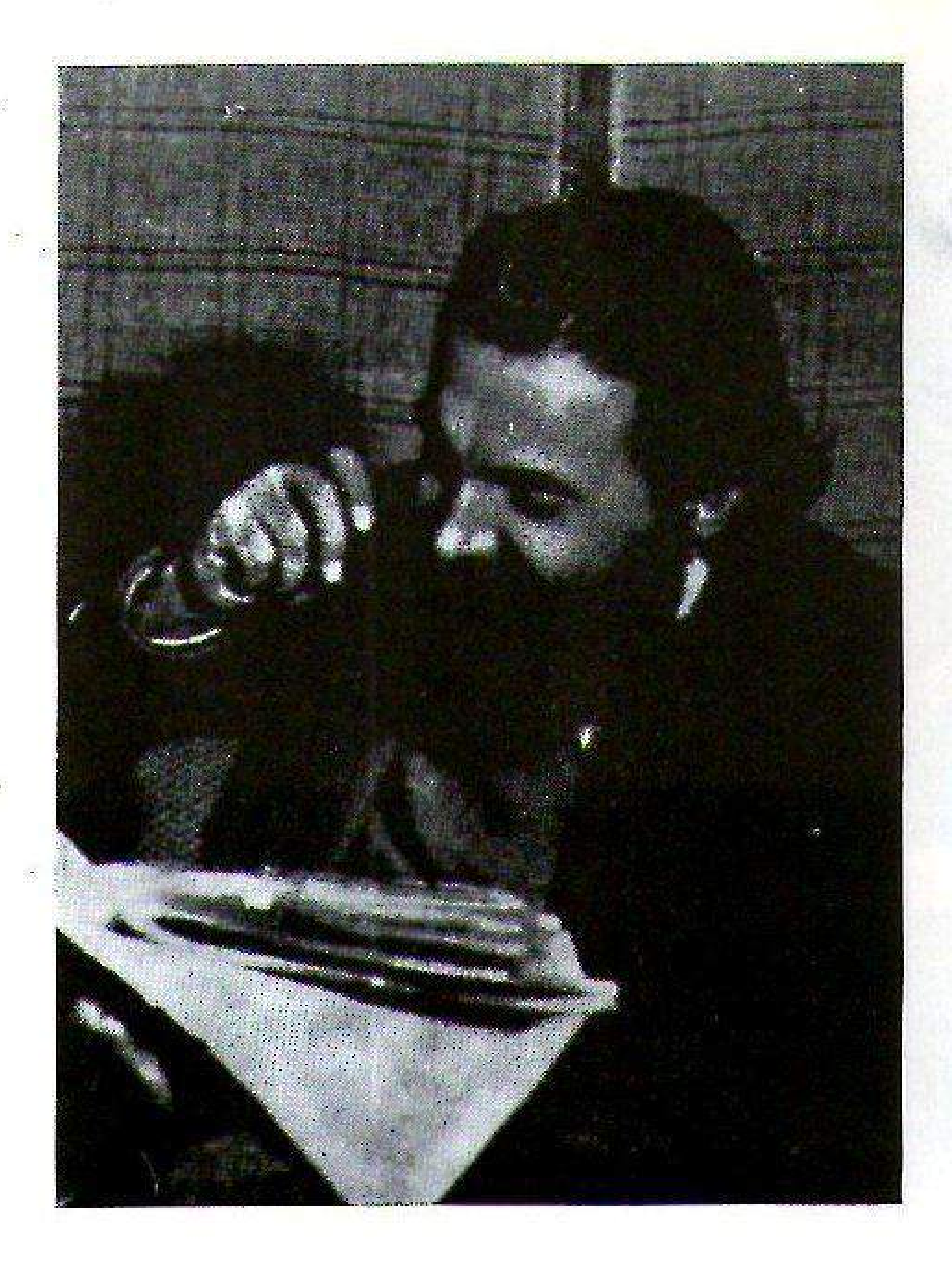
JAN KUBIS
con granada
de mano



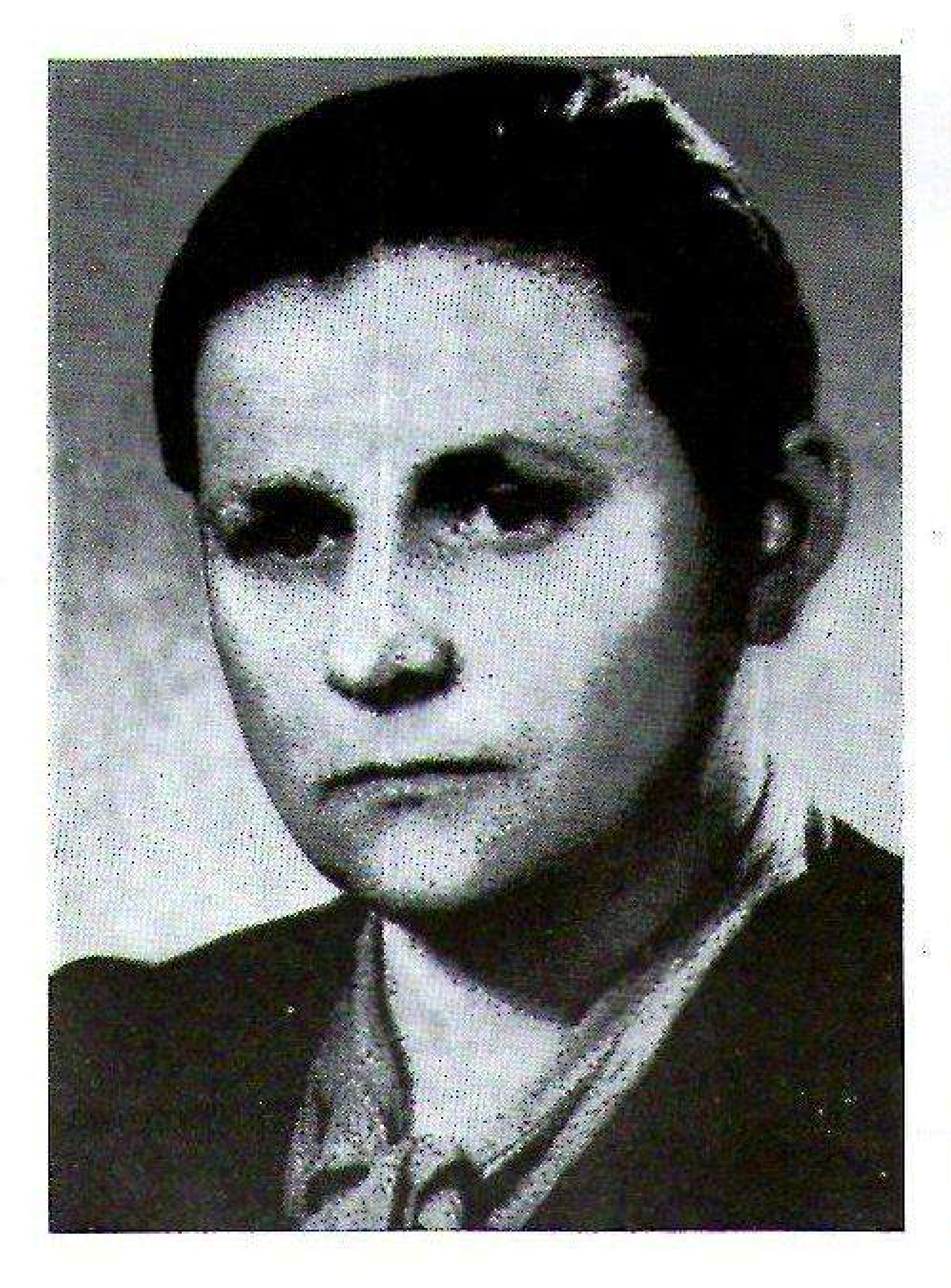


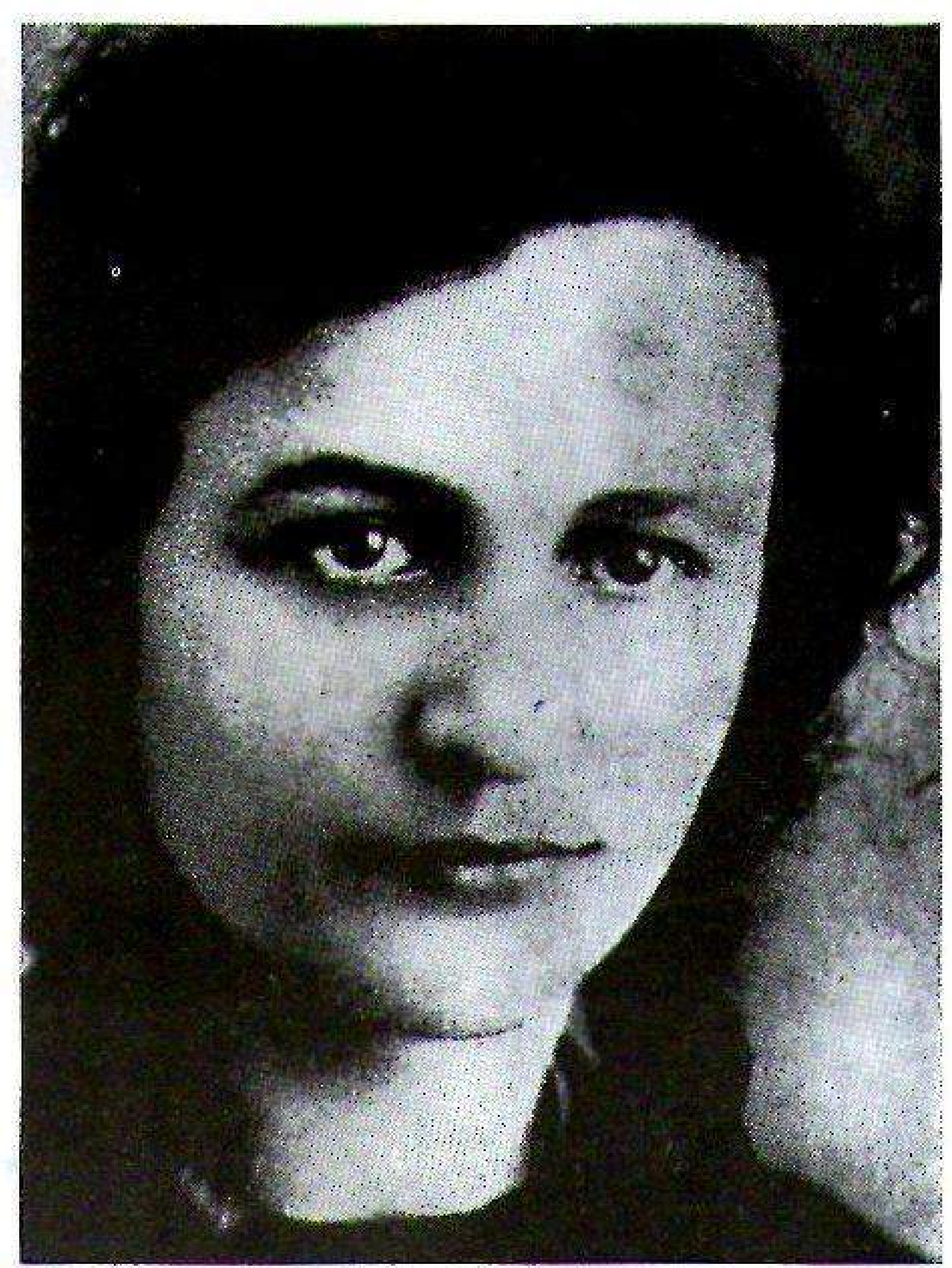


Heydrich, orientada a ganarse la buena voluntad de los checos para una íntima colaboración con los alemanes. Con el atentado a Heydrich "se propinó un duro golpe al Reich, haciendo imposible las tareas en común y mucho más la reconciliación". Página, izquierda, abajo: Esquema del lugar del atentado. En un extremo de la calle, Josef Valchik, con un espejo en la mano, daría la señal en cuanto se aproximara el automóvil que conducía a Heydrich. El vehículo (un "Mercedes" descapotable) debía aminorar considerablemente la marcha para tomar la curva; junto a ella estaban preparados Josef Gabchik con una metralleta, y unos pasos más allá Jan Kubis con una granada de mano. Página, izquierda, centro: El "Mercedes" de Heydrich después del atentado. Arriba, derecha: Jindra, uno de los jefes del movimiento de resistencia en Praga, autor de los preparativos para el atentado. Se le condenó a la pena capital, pero logró salir con vida gracias al aplazamiento de la sentencia. Los autores del atentado, que al principio lograron huir, fueron detenidos por la Gestapo por denuncia de dos colaboradores, Curda (arriba, centro), y Gerik (arriba, izquierda), quienes recibieron medio millón de marcos de recompensa cada uno. Los autores del atentado, junto con otros partisanos, fueron descubiertos por las SS en su escondrijo, un templo. Ofrecieron encarnizada resistencia. Al ver que no había posibilidad de escape, ambos se quitaron la vida. Poco después, la Gestapo detenía a centenares de partisanos. Como represalia por el atentado a Heydrich, el secretario de Estado, Karl Hermann Frank, ordenó el 24 de junio de 1942, la destrucción del pueblo de Lidice. El informe de la Gestapo dice así: "Han sido ejecutados 199 varones de más de 15 años; 184 mujeres y niños han sido trasladados al campo de concentración de Ravensbrück . . ." Abajo: Los cuerpos sin vida de los hombres ejecutados en Lidice.



Izquierda: Julius Fucik, periodista, afiliado al partido comunista, activo combatiente y miembro del Comité central checoslovaco, trabajó incansablemente para atraer a los intelectuales a las filas del movimiento de resistencia. El 25 de agosto de 1943 fue detenido, acusado de "alta traición", y condenado a muerte. — Abajo, izquierda: Jozka Jaburková-Palecková, que desde hacía muchos años pertenecía a la redacción del periódico comunista "Rozsévacka", especialmente dirigido a las mujeres, fue detenida por la Gestapo en 1939, a los pocos días de haberse producido la ocupación alemana. Falleció a consecuencia de las torturas que le fueron infligidas en el campo de concentración de Ravensbrück. Abajo, derecha: Marie Kuderikaová, de 22 años de edad, detenida en 1943 por sus actividades en una organización comunista. Tras dos años de encierro, fue ejecutada en Breslau a los seis meses de dictarse su condena a muerte. La joven estudiante escribió en su celda "Fragmentos de mi vida e ideología", magnífico documento sobre las vivencias de una joven patriota checa.







Aunque al principio resultó difícil ganar a la población checa para el movimiento de resistencia, los comunistas y otras organizaciones antifascistas lograron, con la ayuda de expertos soviéticos, "crear unidades de guerrilleros que poco a poco llevaron el peso de la lucha por la liberación nacional . . . El movimiento clandestino comunista se puso a trabajar activamente para atraer a la lucha antifascista a la gran masa de la población, y crear una sólida organización central para cuando llegase el momento de ajustar cuentas con los ocupantes". Eso significaba al propio tiempo sentar las bases para hacerse cargo de las riendas del poder en el momento oportuno y erigir una dictadura comunista en el país. No es de extrañar, pues, que el movimiento de resistencia comunista buscara el apoyo de la Unión Soviética. El plan comunista, naturalmente, no merecía la aprobación de la resistencia burguesa, cuyas simpatías iban dirigidas al Gobierno checo en el exilio: "Los paracaidistas llegados al país, procedentes de Londres, no tenían la misión de cooperar con las organizaciones comunistas que aspiraban a la obtención del poder en cuanto acabara la contienda. Su cometido consistía en establecer una red de información y en crear unidades militares clandestinas para que, llegada la ocasión, combatieran a los alemanes bajo los auspicios de las potencias occidentales". (Karel Bartošek).

Arriba: Los partisanos checos hacen señales luminosas a un aparato británico para que lance su cargamento de armas. Abajo: Asesores militares rusos lanzados en paracaídas sobre Checoslovaquia, contribuyen a organizar las actividades del movimiento de resistencia checo.





En tanto que los grupos de resistencia burgueses actuaban según el principio de "esperar a que llegase el momento oportuno", es decir, que mantenían la calma y el orden a fin de evitar bajas inútiles, los comunistas adoptaron la táctica de hostigar sin descanso al invasor germano mediante la actuación de pequeños grupos de partisanos, hasta que llegara la ocasión del levantamiento general armado. La primera fase importante de esta táctica cristalizó en la rebelión eslovaca, iniciada el 29 de agosto de 1944, dirigida simultáneamente contra el ocupante alemán y contra el régimen eslovaco de Tiso. Los alemanes tuvieron que emplearse muy a fondo para sofocar el movimiento subversivo. Las dos fotografías de esta página muestran unas escenas de la lucha.

Abajo, derecha: "La última barricada vuela a pedazos. Los perseguidores se aproximan al objetivo, pero se encuentran con la carretera obstruída. Las voladuras producen un ruido infernal. !El camino queda expedito! El enemigo, comprimido en un reducido espacio, es aniquilado sin compasión". Según informes comunistas, en octubre de 1944 se dio muerte en territorio eslovaco a más de 9.000 oficiales y soldados fascistas, siendo destruidos 26 convoyes militares, 20 locomotoras, 209 vagones, 18 tanques, 11 vehículos blindados y 207 camiones, y volados 13 viaductos y 8 importantes tramos de carretera. Abajo, izquierda: Cartel de propaganda para atraer voluntarios al movimiento de resistencia. Arriba: Bosques frondosos y agrestes montañas ofrecen un buen refugio a los guerrilleros.

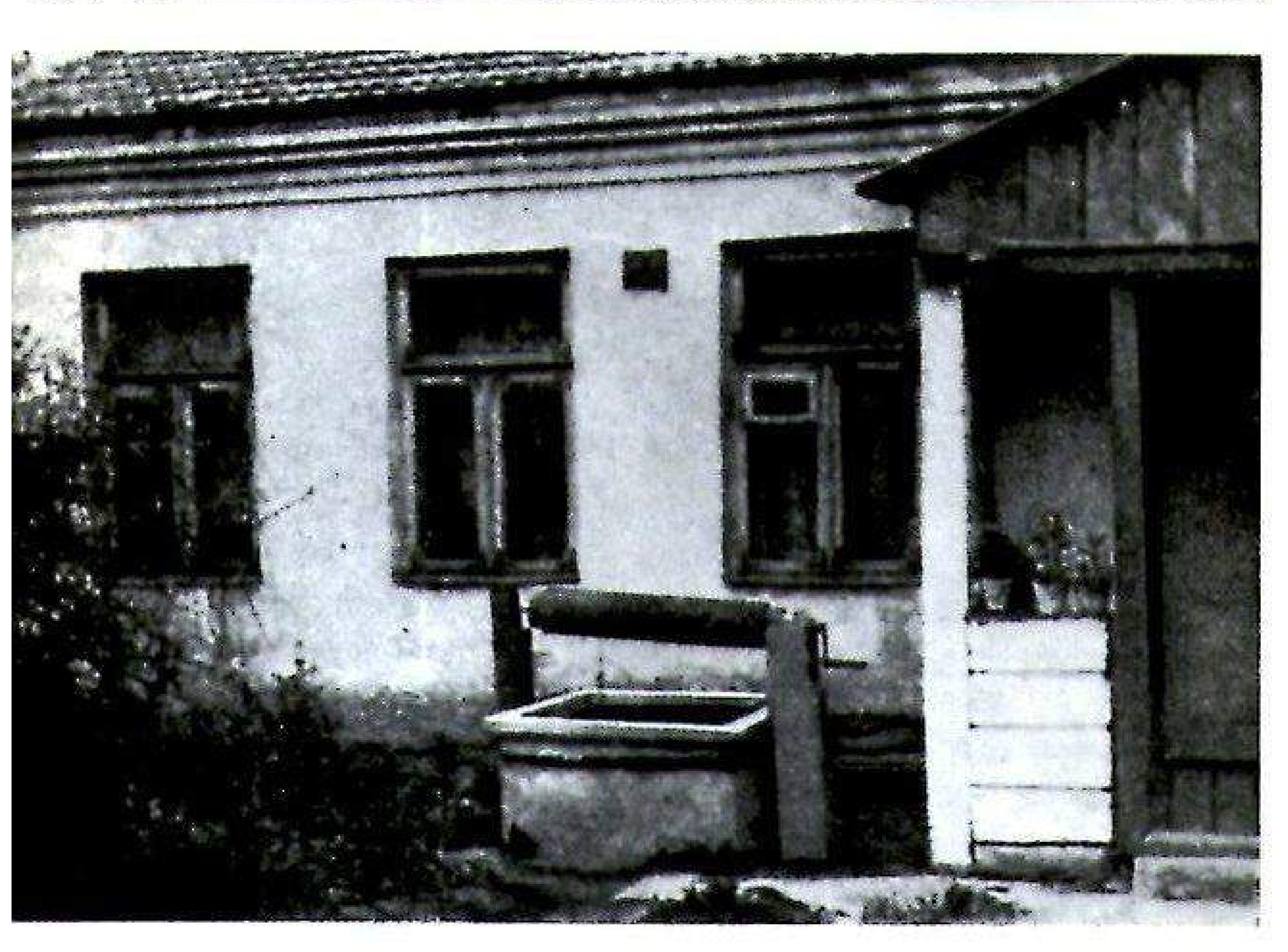












La población judía resultó la más afectada por la dominación nacional-socialista en Alemania y en Europa. Los judíos polacos fueron los primeros en sufrir las consecuencias de la política nazi. Página siguiente, abajo: Un pogrom organizado por la policía de seguridad. Delincuentes comunes puestos en libertad, provistos de barras de hierro, dieron muerte a centenares de judíos. Para poner fín a tan trágico destino y luchar contra sus asesinos en potencia, algunos judíos crearon sus propios grupos de resistencia. Sin embargo, la gran masa del pueblo judío no hizo nada para escapar de la persecución y la muerte, fiel al espiritu fatalista que lo caracteriza. Página siguiente, arriba, izquierda: El ingeniero Mosze Gildemann, judío, jefe de partisanos en Volhynia. Página siguiente, arriba, centro: Hersz Glik, miembro del grupo que actuaba en el barrio judío del Vilna, y autor de un himno judío adoptado por los guerrilleros; pereció en un campo de concentración en Estonia. Página siguiente, arriba, derecha: Partisano judío de la zona boscosa del distrito de Bialystok. — En esta página, izquierda, arriba: Grupo de partisanos judíos de Vlodava, distrito de Lublin. Izquierda, centro: Grupo de partisanos judíos de los alrededores de Vilna. Izquierda, abajo: En el fondo de este pozo del barrio judío de Bialystok había un refugio de guerrilleros judíos. Fueron descubiertos y se entabló un combate desigual entre las unidades de las SS y los 70 defensores, de los cuales no salió ni uno con vida.

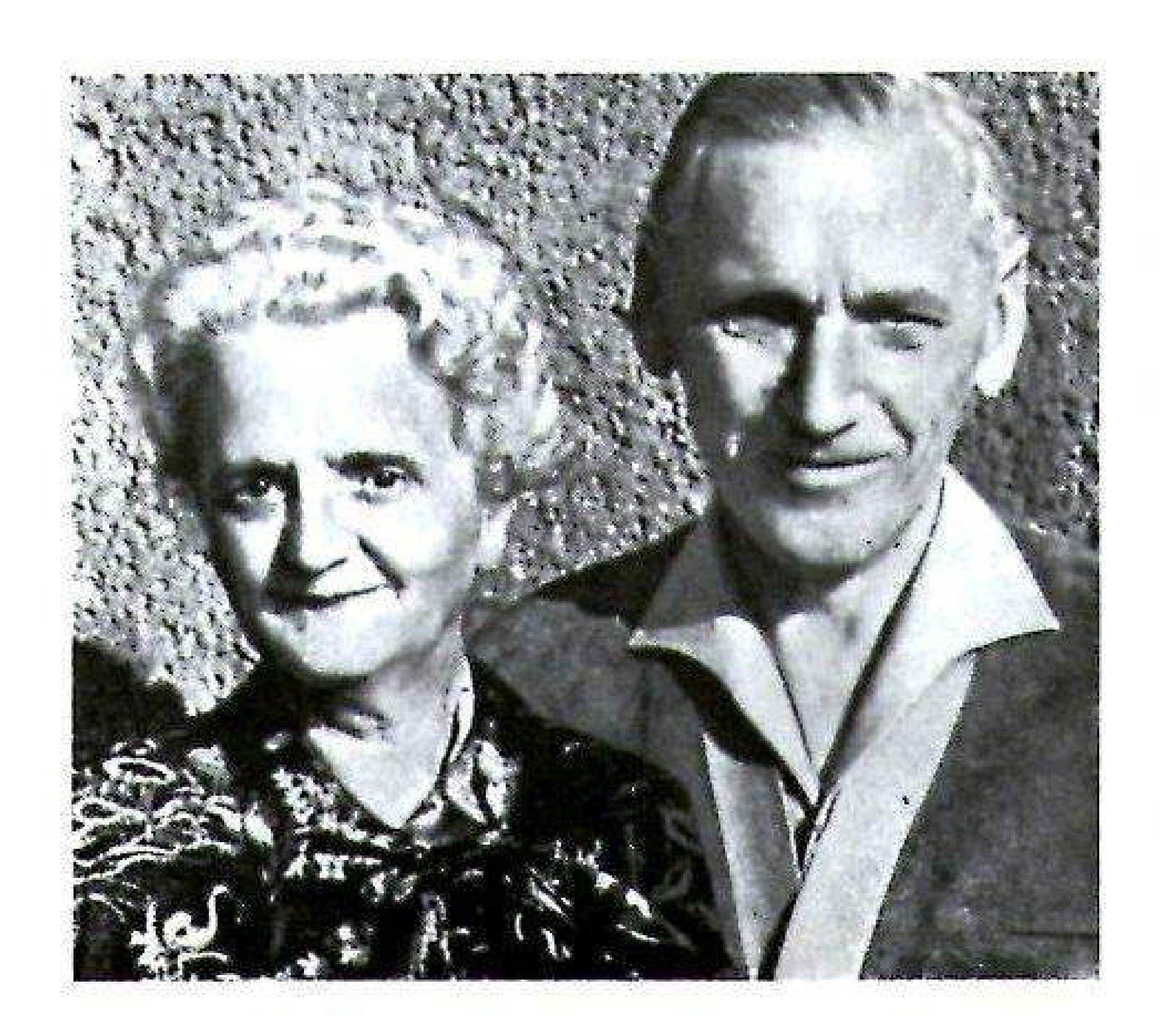
  

Judíos

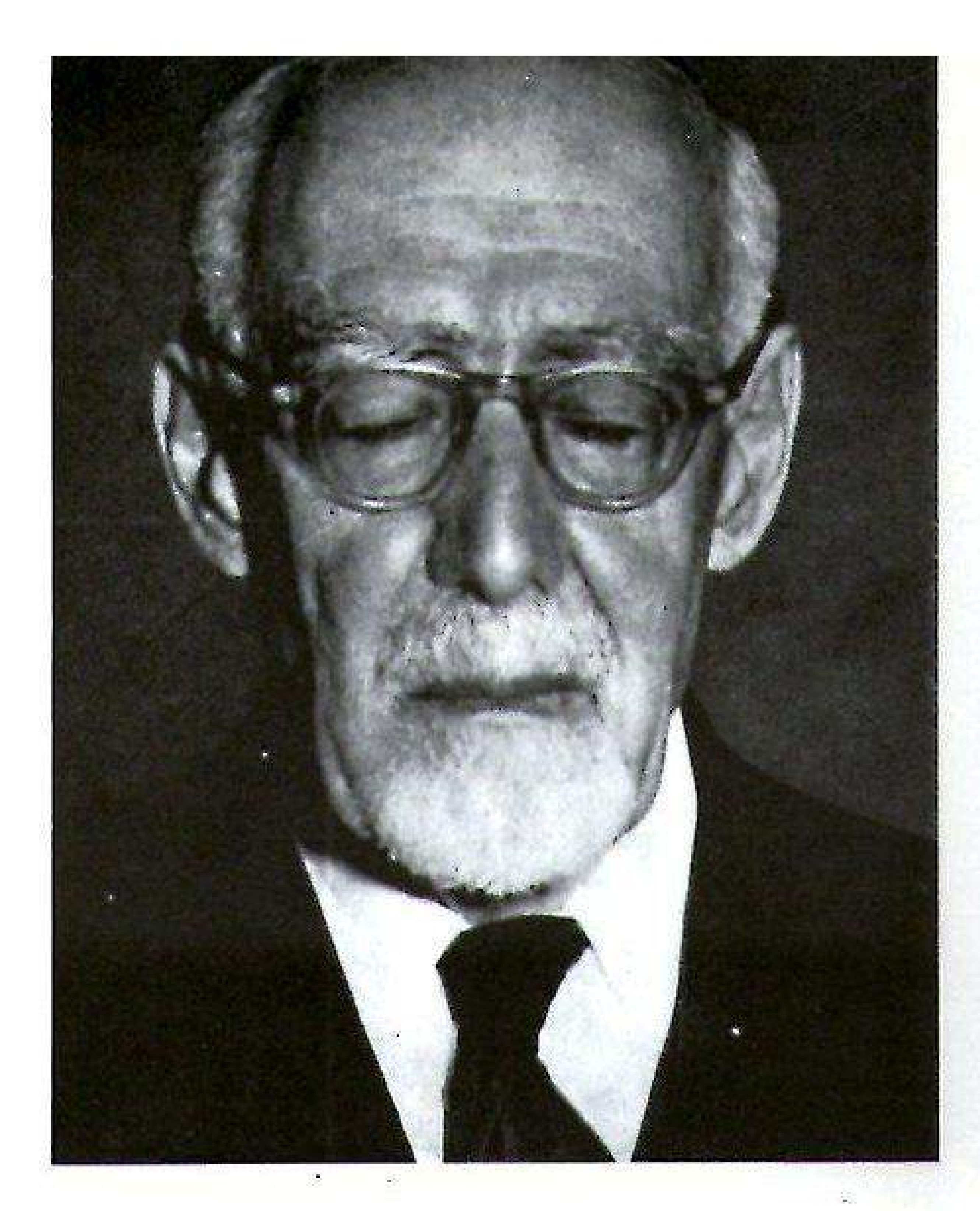
Entre los diversos casos de militares alemanes que intentaron ayudar a los judíos, el más célebre es el del sargento Anton Schmid (página anterior, arriba, derecha). Advertía a los judíos sobre las redadas en preparación, les ofrecía refugio y alimento, y así pudo salvar la vida a muchos. El 13 de abril de 1942 fue ejecutado en la judería de Vilna por un pelotón alemán. El jefe de la resistencia judía ensalzó su memoria: "Nunca olvidaremos a Anton Schmid, sargento alemán oriundo de Viena. Era un hombre de gran corazón, que perdió la vida por salvar a centenares de judíos del ghetto de Vilna . . ."

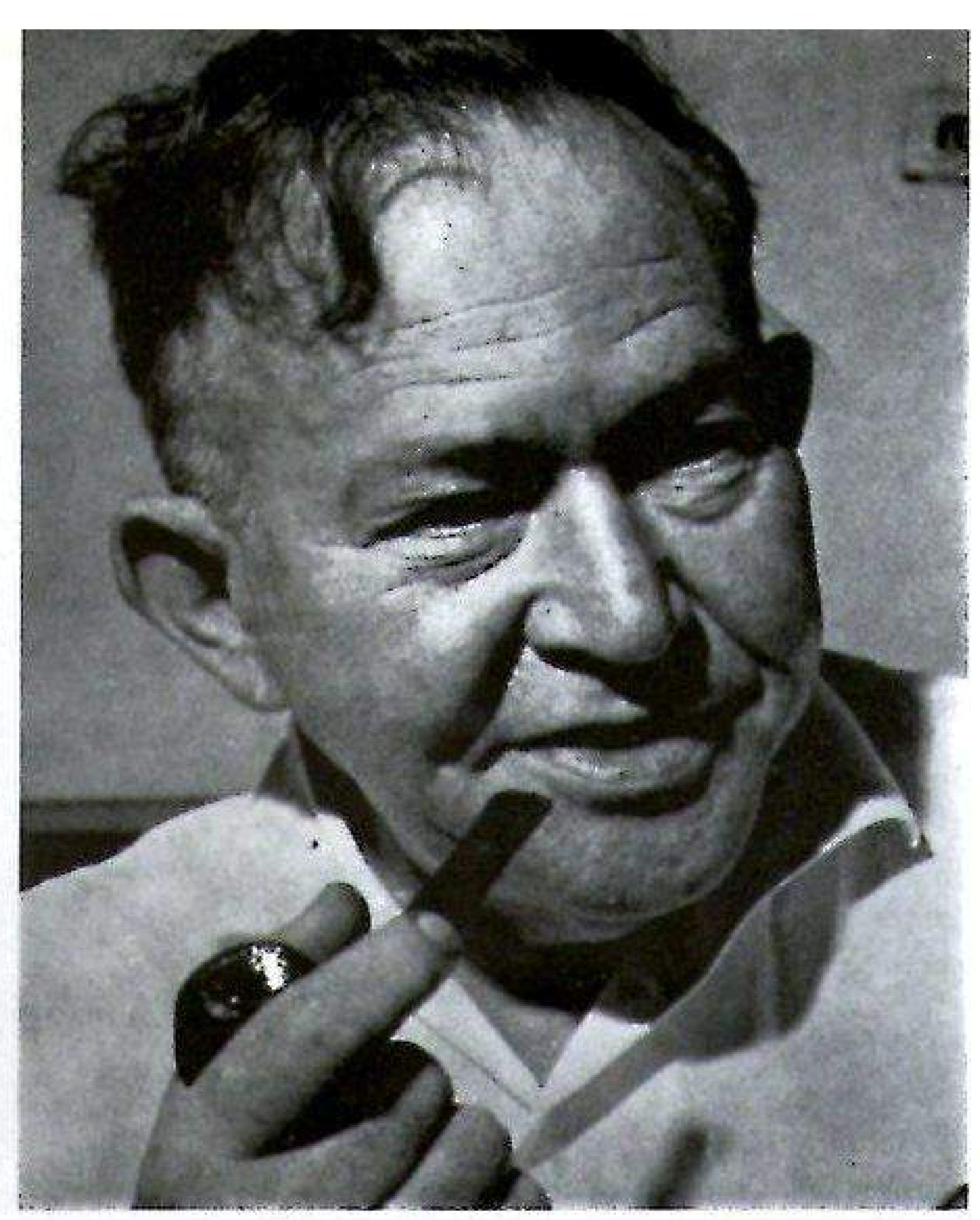



Sobre la eliminación sistemática de los judíos planeada por el Führer, habló Heydrich abiertamente el 20 de enero de 1942, en una conferencia celebrada en Wannsee: "La solución final del problema judío afecta a once millones de judíos europeos . . . A efectos de llevar a la práctica dicha solución final, Europa será escudriñada hasta el último rincón, de Este a Oeste . . ." En las zonas de influencia hitleriana, los judíos, marcados con una estrella amarilla, fueron obligados a abandonar su tierra natal (Página siguiente). En toda Europa hubo gente humanitaria que albergó a gran número de judíos para evitar su deportación, su condena a trabajos forzados o el envío a los campos de exterminio. Arriba, izquierda: El matrimonio Emil y Martha Adami, que tuvieron oculta en la glorieta de su jardín a una familia judía, compuesta de la madre y dos hermanos. "Lo peor no era la posible visita de la Gestapo en plena noche, sino la escasez de alimentos . . . Los judíos carecían de cartilla de racionamento, de modo que hubimos de procurarnos comida en el mercado negro, con el riesgo que es de suponer". Los Adami invertían 300 marcos mensuales en la adquisición de víveres para sus protegidos. Arriba, derecha: Marie Brehme tuvo ocultos en su domicilio, durante el último año de la guerra, a seis judíos y a tres trabajadores holandeses. También dio alojamiento a un matrimonio judío durante tres semanas. "Un día salió la mujer y ya no volvió. El marido, desesperado, se entregó a la Gestapo. No los he vuelto a ver jamás. Lo más probable es que hayan dejado de existir". Una vez, Frau Brehme ocultó en el balcón a una familia judía, matrimonio e hijo. "Por fin atraparon al marido, pero la esposa y el hijo lograron escapar . . ." Abajo, izquierda: El matrimonio Max y Klara Köbler escondieron a siete personas judías durante toda la guerra. Max Köhler contrató con nombres supuestos, como empleados en un taller de su propiedad, a cuatro parientes y conocidos de su médico de cabecera, que era judío. Estos con sus familiares, siete personas en total, dormían en un sótano del edificio, cuya existencia ignoraba hasta el conserje. Se los tomaba por italianos. Los siete sobrevivieron al Tercer Reich. Abajo, derecha: El día 1 de febrero de 1961, el senado berlinés honró como héroes nacionales al ex capitán de la Marina mercante, Gustav Pietsch, y a su esposa, haciéndoles entrega de un diploma. Con esta distinción se les reconoció públicamente la ayuda prestada a numerosos judíos. El marino retirado, de 67 años de edad, y su consorte salvaron la vida a más de 400 judíos. Por haber sido profesor en una escuela de náutica de Danzig, conocía muy bién el terreno, y mediante el soborno a la guardia del puerto logró embarcar desde él a muchos judíos con destino a puertos extranjeros, sacándolos así de las garras de la Gestapo. Pietsch fue importunado en varias ocasiones por los nacionalsocialistas, a causa de su acción humanitaria. En 1938 se vio obligado a huir al extranjero en compañía de sus familiares.

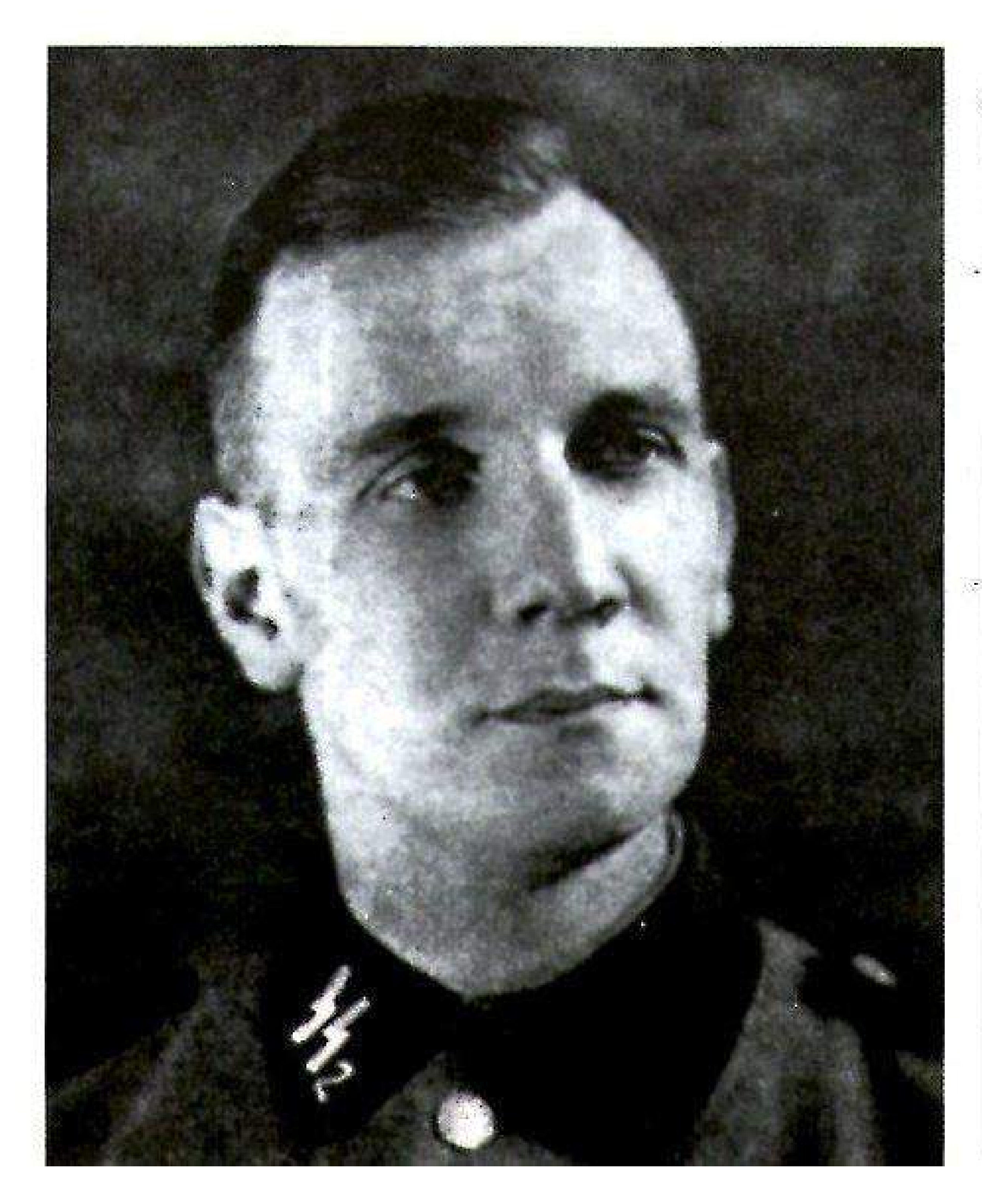


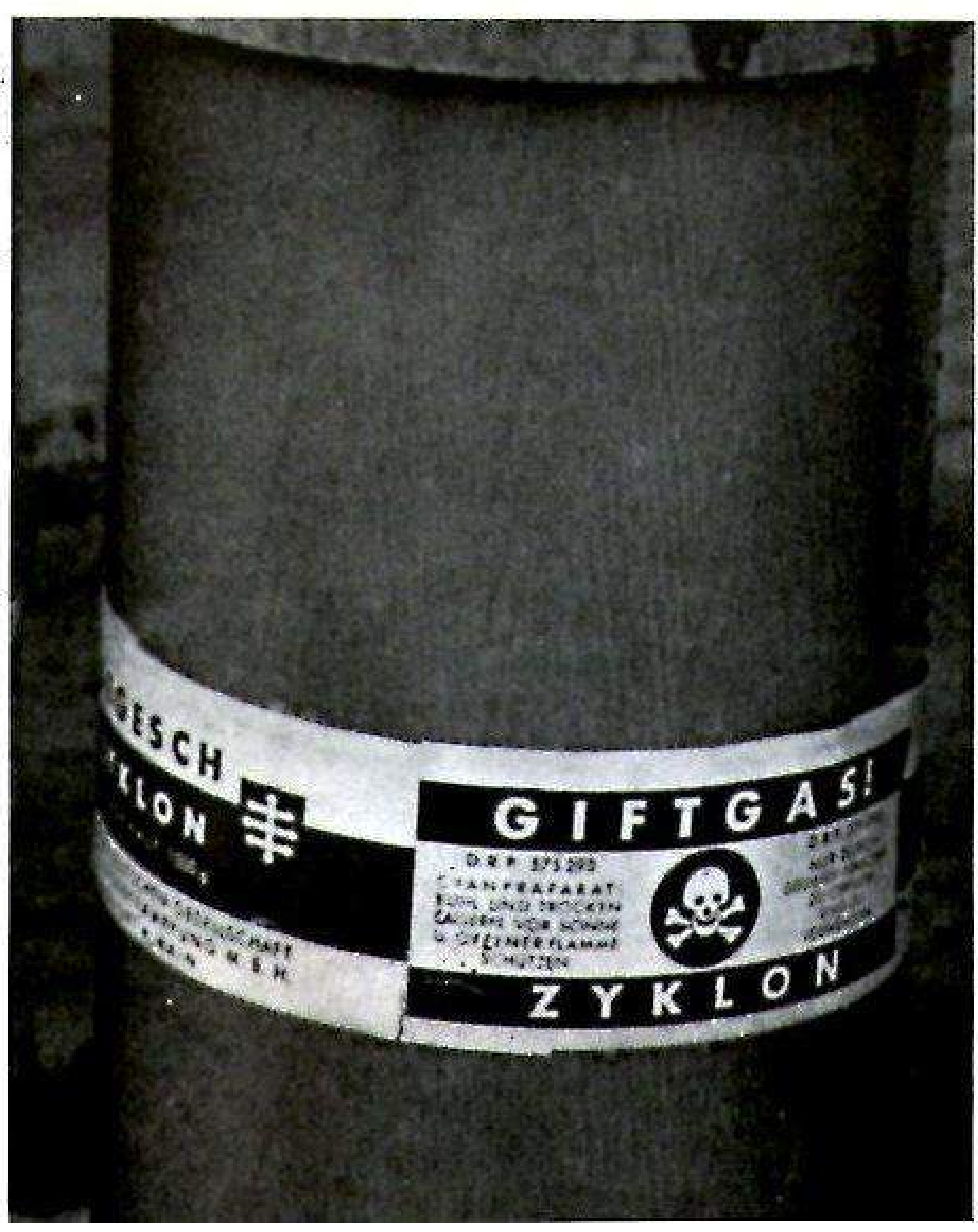


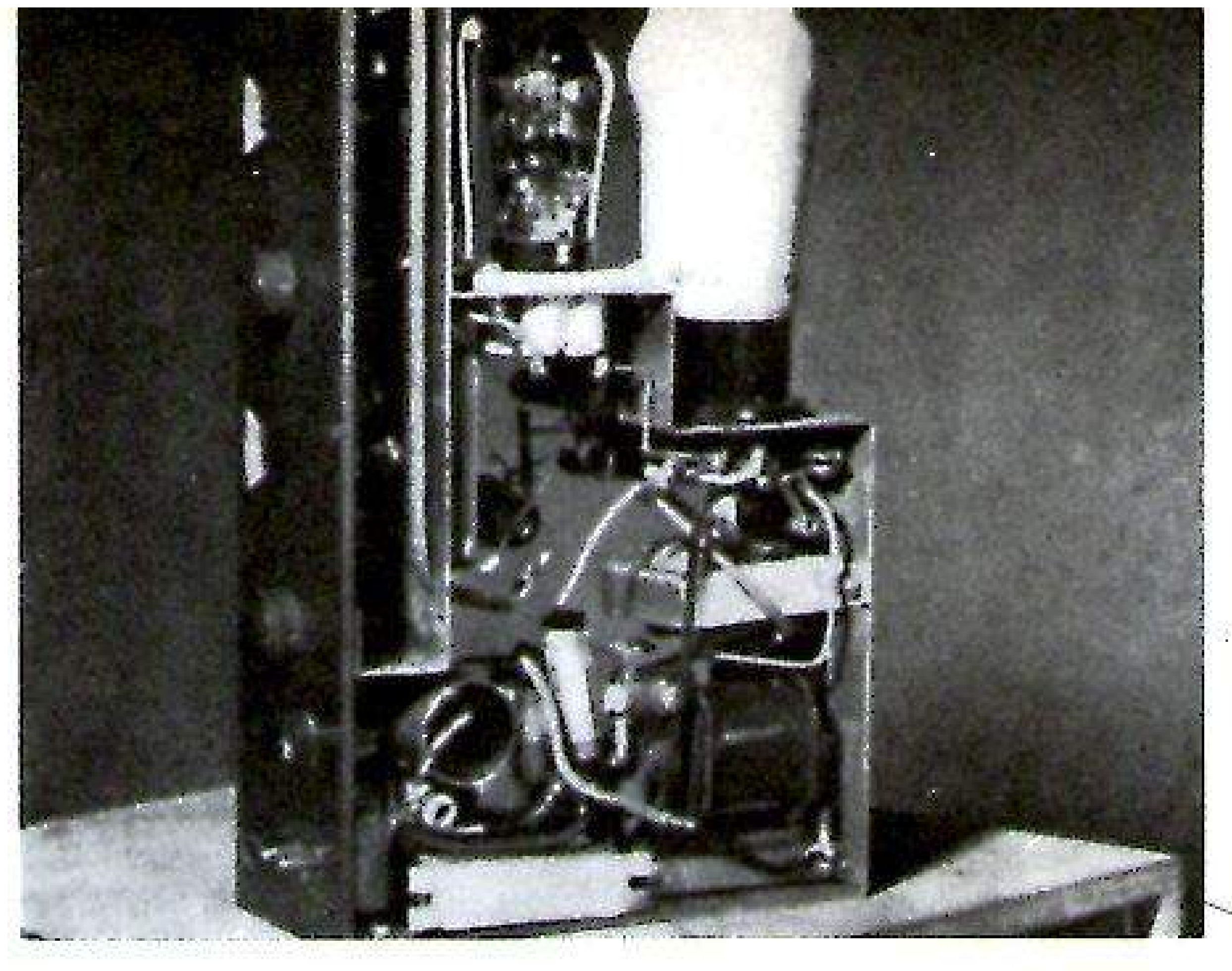



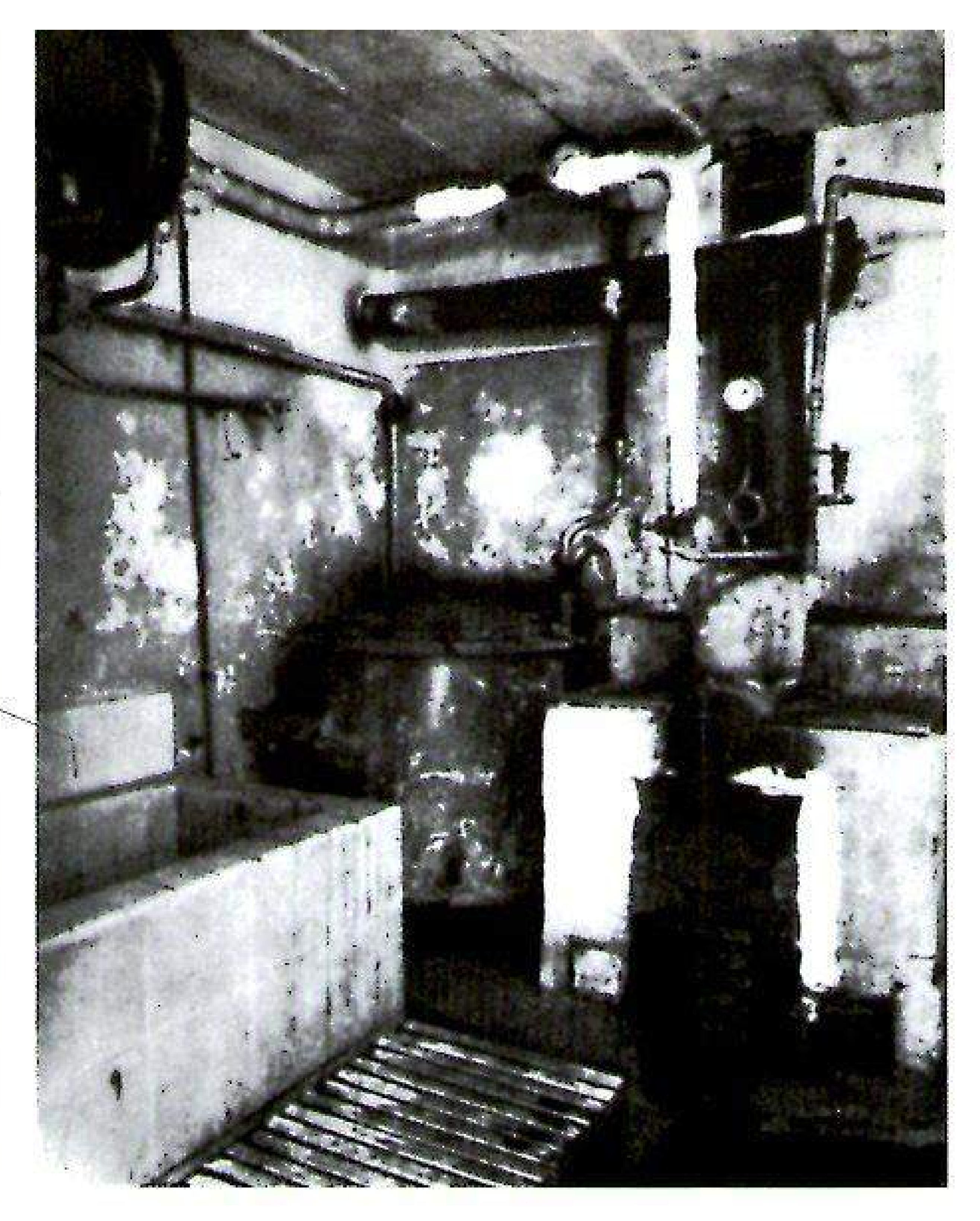


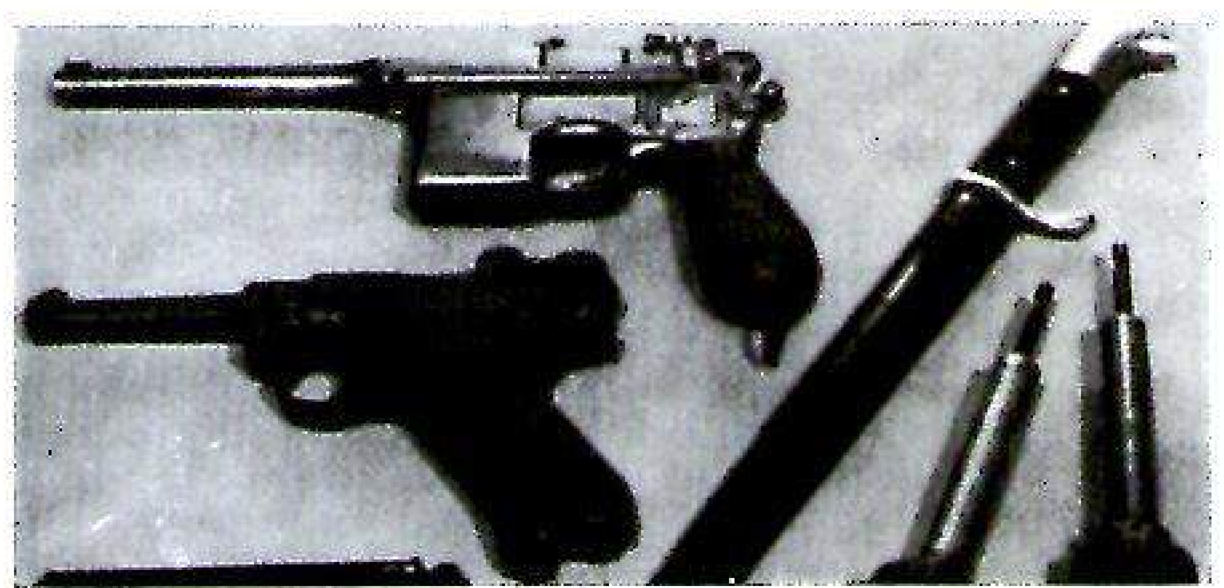
Con el fin de concentrar a la población judía y tenerla bajo control, se permitió la creación de gran número de organizaciones judías. "Este procedimiento había sido astutamente planeado por Heydrich y Eichmann. Fue el golpe más duro asestado a la minoría sionista; no se les había ocurrido a sus jefes que organizándose en grupos facilitaban el camino de su propia destrucción". (H. G. Adler). Cuando se adquirió conciencia del trágico destino que aguardaba a los judíos deportados, ya era demasiado tarde para convertir las organizaciones judías en núcleos de resistencia. El rabino Leo Baeck (arriba, izquierda), presidente de la "Liga de judíos alemanes", refiere la desesperada situación: "Posteriormente, cuando las autoridades propusieron a las organizaciones judías que eligieran a los que habían de ser deportados, pensé que al menos serían tratados con mayor consideración por la Gestapo. Sin embargo, no estábamos en condiciones de oponer resistencia".
Entre las numerosas personas y entidades que se entregaron con ardor a la salvación de los judíos, cabe destacar a Joel Brand (arriba, derecha). Como miembro del Comité de resistencia de Budapest, denominado "Comité de ayuda y protección", recibió el 5 de mayo de 1944, de Adolf Eichmann la siguiente propuesta: „Estoy dispuesto a venderle a usted un millón de judíos. Elija entre niños, mujeres y ancianos. Se los podrá llevar a Suiza, Turquía, España, adonde prefiera, pero quiero mercancías a cambio. Le vendo un millón de judíos por 10.000 camiones". Brand se puso al habla con los aliados y con organizaciones judías en el extranjero, y he aquí el resultado, según sus propias palabras: "Supliqué, exigí, pero nadie reaccionó favorablemente". Los aliados no quisieron aceptar el trato.







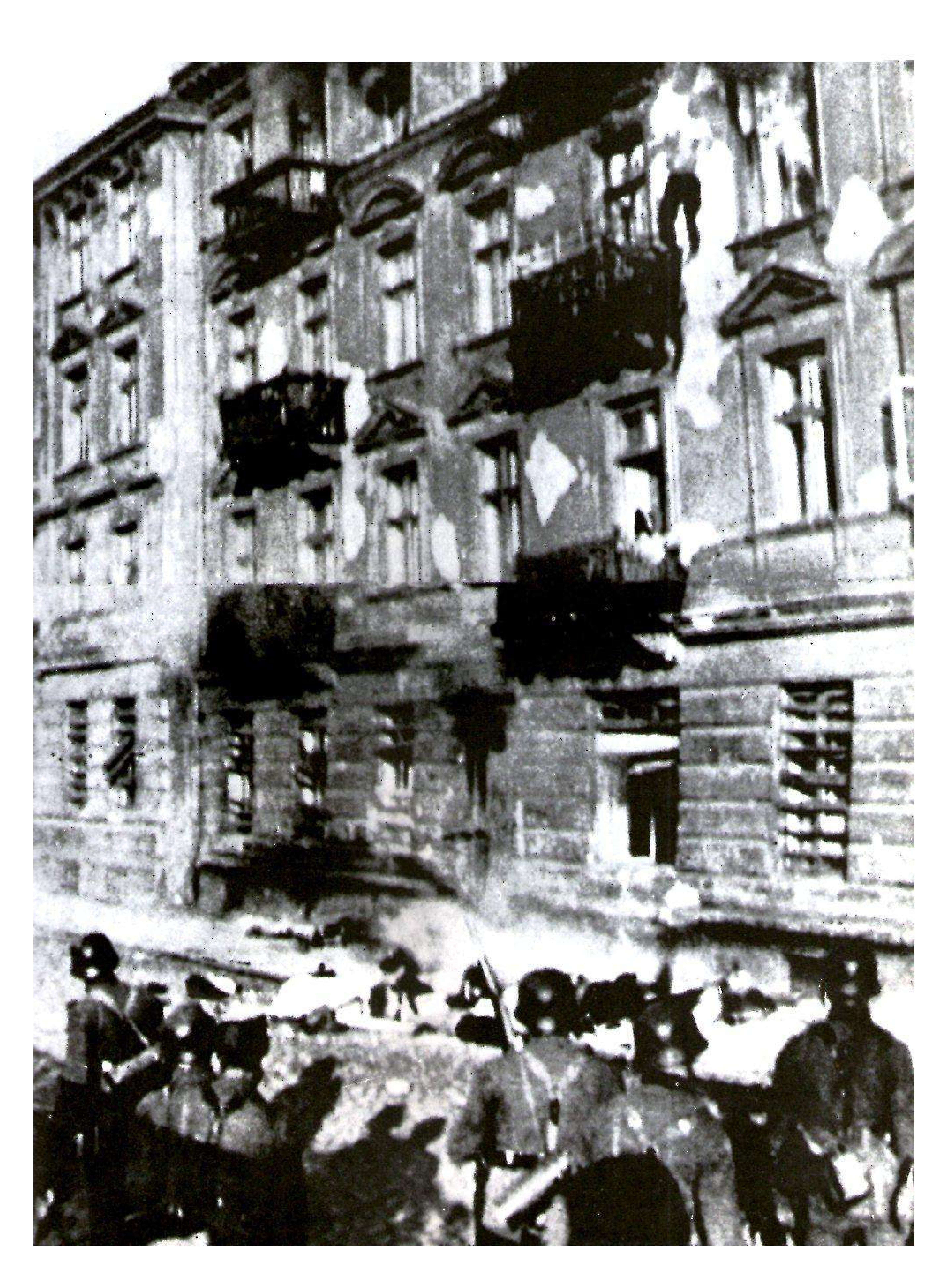




Página anterior, abajo, izquierda: Kurt Gerstein, ferviente cristiano, había sido detenido en 1936 por la Gestapo al distribuir propaganda religiosa, siendo expulsado del partido. Luego ingresó en las SS en 1941, y fue testigo de los crímenes perpetrados por éstas. Estaba a cargo del suministro de "Zyklon B", (abajo, derecha), un preparado a base de cianuro, del que se obtenía un gas mortal con el que se exterminaba a los internados. Fueron muchos los cargamentos que declaró "inservibles".
Después de presenciar una de las terribles operaciones de gaseado, trabajó activamente en favor de los judíos, logrando asimismo convencer a muchos compañeros para que cooperaran en su labor.
En los campos de concentración, los internados también ofrecían resistencia activa. "En un audaz golpe de mano, los judíos de Treblinka se apoderaron de varias armas, y el 2 de agosto de 1943 prendieron fuego al campo. Murieron 25 guardianes de las SS y 60 de sus auxiliares ucranianos. Intervino por fin la aviación y cayeron gran número de judíos, pero otros muchos se salvaron. El 14 de octubre de 1943, tras una victoriosa rebelión capitaneada por un oficial ruso prisionero, Petschorski, fue clausurado el campo de exterminio de Sobibor. También en Auschwitz (abajo) se produjeron motines entre los prisioneros: un 'comando especial judío' voló una cámara de gas". (H. G. Adler). Arriba, izquierda: Armas y emisora de radio clandestina. Arriba, derecha: Sótano en el que se realizaban los experimentos para la fabricación de explosivos, en el campo de concentración de Buchenwald.

Barracones de la muerte
Puestos de guardia de las SS
Crematorio
Puestos de guardia de las SS
Bosque de abedules
Crematorio
Rampa de la muerte

Momentos culminantes de la resistencia en el barrio judío de Varsovia, iniciada el 18 de abril de 1943 y terminada el 16 de mayo del mismo año. Pese a la heroica y encarnizada resistencia de los defensores, sus atacantes de las SS, al mando del general Jürgen Stroop (abajo), la sofocaron implacablemente. En una octavilla del movimiento de resistencia judío se decía: "A tí. Todo el mundo en pie para unirse al combate. Si eres judío . . . únete a nosotros. Hemos de combatir para salvar de la muerte a cientos de miles de personas". En el parte enviado a la superioridad el 24 de abril de 1943 por el general de las SS, Stroop, se dice entre otras cosas: "A las 18,15, las tropas de asalto procedieron al acordonamiento de la zona, donde quedaron cercados gran número de judíos. La mayor parte seguían combatiendo, y di la orden de prender fuego a los edificios. Una vez todo en llamas, comenzó a salir gente de las casas; muchos se arrojaban desde las ventanas y balcones, después de haber lanzado colchones (página siguiente). En muchos casos observamos que los judíos preferían ser devorados por las llamas antes que caer en nuestras manos". Arriba: Combatientes judíos conducidos al lugar de su ejecución.

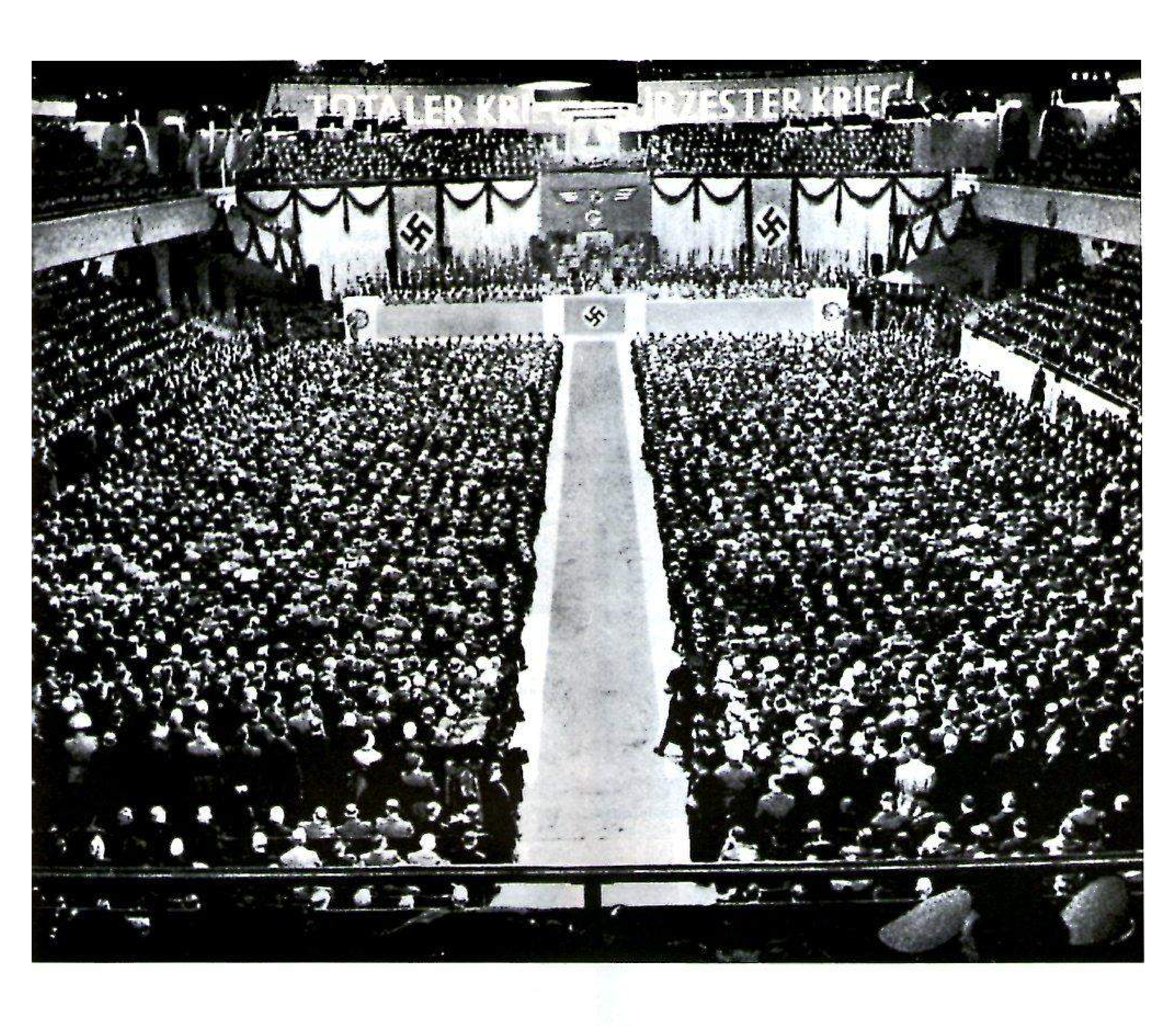




Es gibt keinen jüdischen Wohnbezirk – in Warschau mehr!

(En caracteres góticos): El barrio judío de Varsovia ha dejado de existir.

"16 de mayo de 1943. El antiguo barrio judío de la capital polaca ha dejado de existir. La magna acción ha terminado a las 20,15 con la voladura de la sinagoga . . . El número total de judíos aniquilados se eleva a 56.065". Con este párrafo termina el informe de Stroop sobre la liquidación del levantamiento judío en Varsovia. Los judíos, que al principio se doblegaron, en actitud fatalista, a su trágico destino, prefirieron en el último momento luchar hasta morir antes de ser llevados a un campo de concentración para su exterminio.

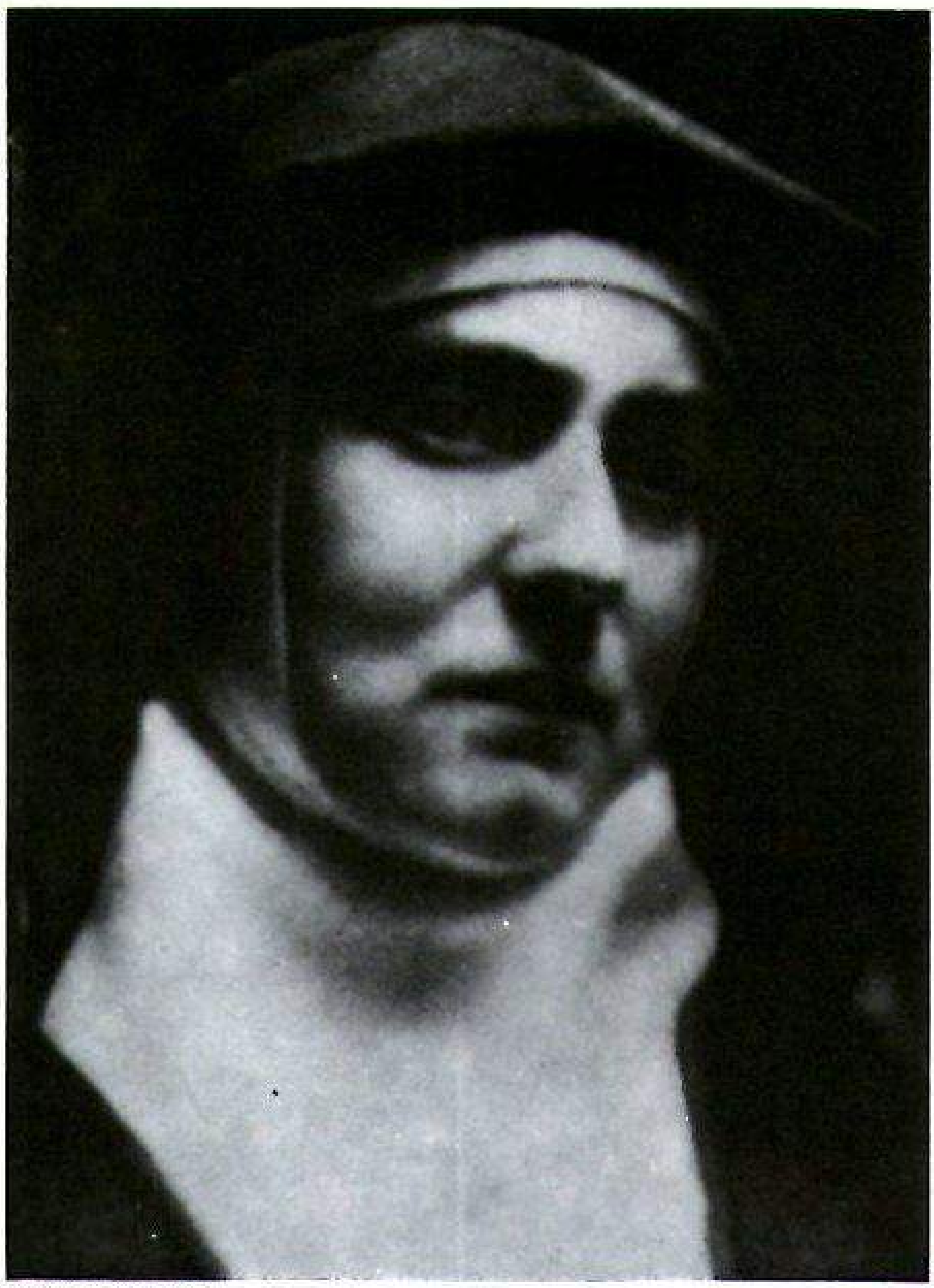


Alemania 1939-1945

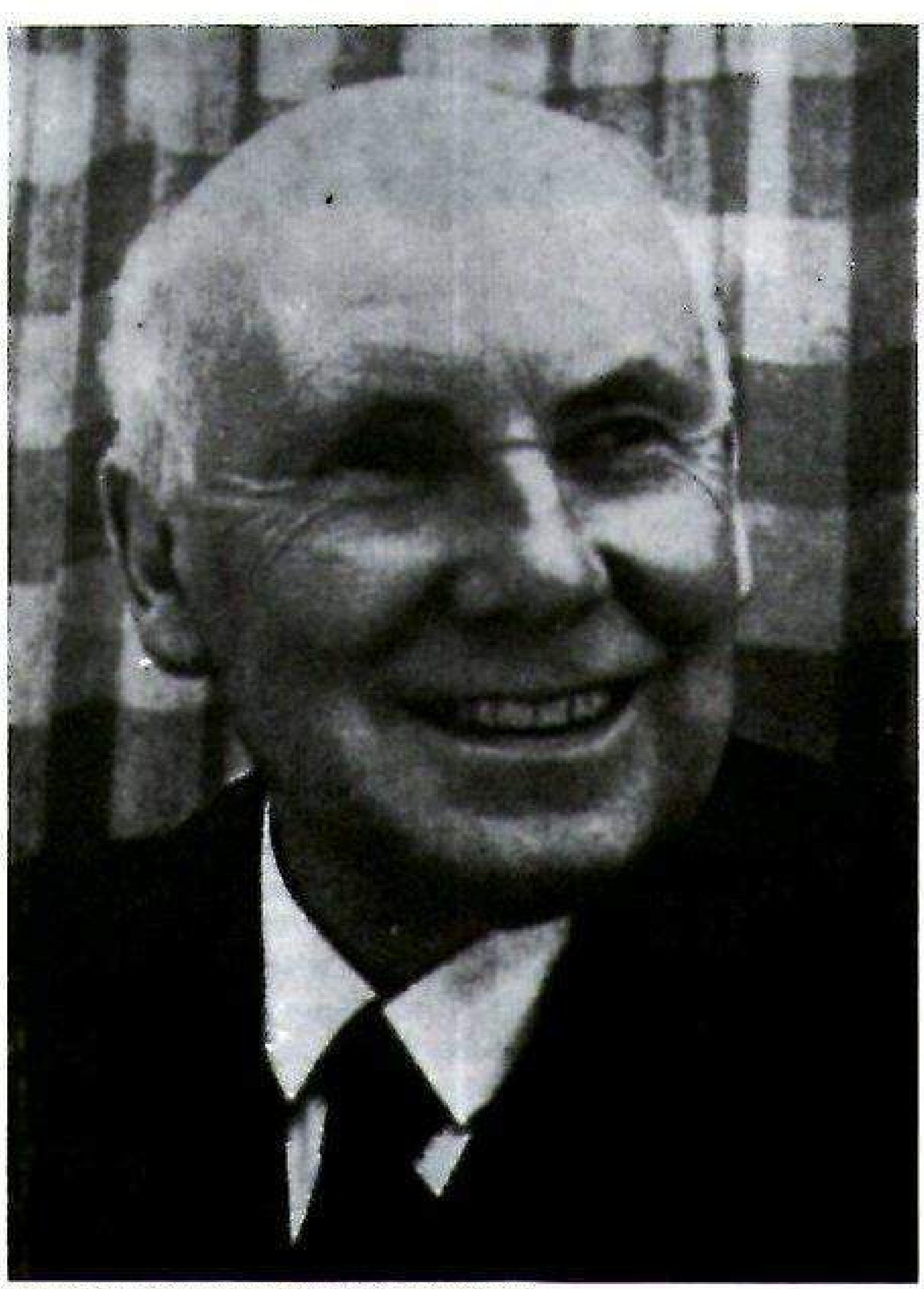
"Guerra total, guerra más corta", reza el cartel que figura sobre la tribuna del Palacio de los Deportes de Berlín, desde donde el doctor Goebbels pronunció su famoso discurso de 18 de febrero de 1943, pieza maestra de la oratoria demagógica. "Yo os pregunto: ¿Queréis la guerra total? ¿Queréis si es preciso, una guerra sin cuartel, como nunca se ha conocido hasta la fecha?" La respuesta afirmativa vino en forma de una estruendosa orgía de aplausos, que las palabras de Goebbels arrancaron a la entusiasmada muchedumbre.

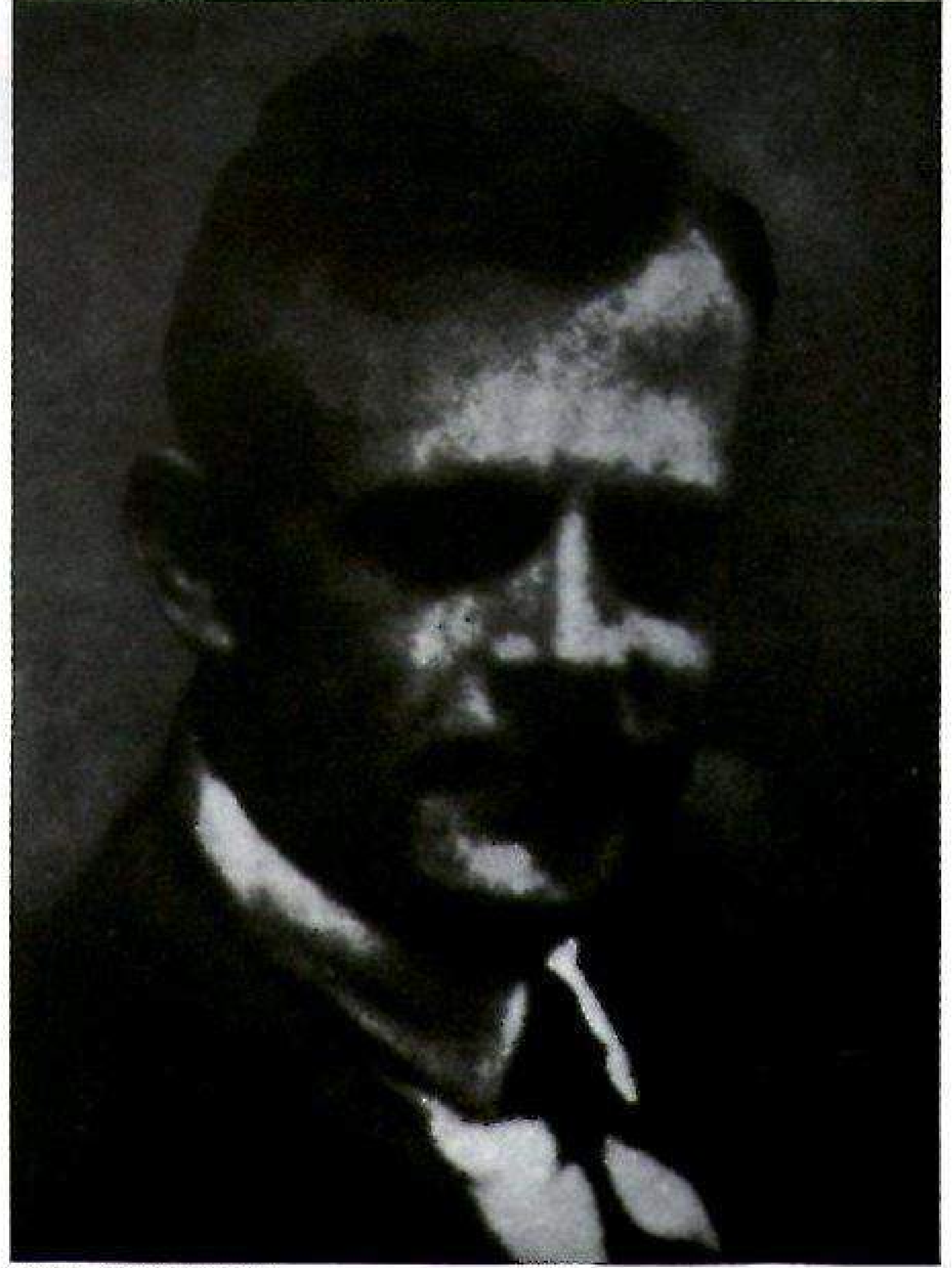
Además del poder despótico ejercido por las SS, la hábil propaganda del ministro de Información nacionalsocialista constituía uno de los pilares del Tercer Reich. Gracias a ella, muchos creían en la "justicia" de los objetivos de Hitler, y en la "guerra defensiva" que los aliados habían impuesto al pueblo alemán. Fueron muchos los que cumplieron ciegamente lo que se les mandaba, aferrándose a esta incondicional obediencia para acallar las acusaciones de su conciencia.

Pero aquellos que no se dejaron engañar por el alud propagandístico, aquellos que no podían acallar tan fácilmente su conciencia, intentaron hacer algo para salvarse a si mismo y a sus conciudadanos, y encontraron su camino en la resistencia: "Su camino-escribió Hannah Vogt-resultó mucho más espinoso que el de los combatientes de la resistencia en los países ocupados por Alemania. En Holanda, Bélgica, Francia, y Yugoslavia, los miembros de la resistencia luchaban contra un opresor extranjero. Estaban seguros del apoyo de la inmensa mayoría de sus compatriotas, de su común deseo de expulsar al invasor extranjero. Mas para los elementos de la resistencia alemana no existía nada de eso; puede decirse que apenas contaban con la ayuda de nadie. Por el contrario; se enfrentaban con un régimen apoyado por la masa popular, consciente o inconscientemente. Y sobre todo, estando en guerra, debían tener mucho cuidado en que sus acciones no fueran consideradas como alta traición por sus propios conciudadanos. No es difícil imaginarse la agobiante presión a que se veían sometidos aquellos alemanes que no se dejaban seducir por la propaganda nazi".


EDITH STEIN

Izquierda: Edith Stein, de origen judío, convertida al catocilismo en 1922 y aventajada discípula del filósofo Husserl, ingresó en 1933 en el convento de las carmelitas de Colonia-Lindenthal. Desde el principio denunció la maldad de la doctrina hitleriana. Temerosa de que su ascendencia judía supusiese un peligro para su comunidad, se trasladó a Holanda en 1938. El 2 de agosto de 1942 fue detenida por las SS; al cabo de siete días ingresaba en el campo de concentración de Auschwitz con el número 44.074, muriendo en la cámara de gas. Abajo, izquierda: El pastor Friedrich von Bodelschwingh, director del hospital de Bethel, combatió victoriosamente contra el programa eutanásico, salvando de la muerte a muchos de sus enfermoes. Abajo, derecha: El Pastor Paul Schneider, quien desde un principio se opuso al nacionalsocialismo, manifestó: "Yo no creo que nuestra Iglesia protestante se enfrente con el Estado nacionalsocialista, pero la obediencia cristiana no puede exigir la aceptación de una ideología intrinsecamente perversa". Encarcelado en diversas ocasiones, fue privado de su ministerio en 1937. Volviendo al frente de su comunidad, no obstante la prohibición que sobre él pesaba, fue nuevamente detenido y enviado al campo de concentración de Buchenwald. Las torturas no lograron reducirle, y él siguió predicando el Evangelio. Se le prometió la libertad a condición de que no volviera a predicar, a lo que se negó. El 18 de julio de 1939 fue ejecutado.


FRIEDRICH VON BODELSCHWINGH


PAUL SCHNEIDER

Derecha: Al sacerdote católico Hermann Wehrle le preguntaron si la Iglesia autorizaría la muerte del tirano, y respondió negativamente. A pesar de ello, se le detuvo, y el 14 de septiembre de 1944 fue ejecutado en la prisión de Plötzensee, por no haber informado a las autoridades respecto a la pregunta que se le había formulado. Abajo, derecha: El pastor evangélico Karl Friedrich Stellbrink: "Era un sincero amante de la verdad; decía siempre lo que pensaba. Al propio tiempo era un hombre práctico que procuraba adaptarse a todo, incluso al Tercer Reich, sólo que esto último no pudo conseguirlo . . . Por eso llegó el momento en que los agentes de la Gestapo comenzaron a interesarse por él . . ." Juntamente con sus amigos católicos, Johannes Prassek, Eduard Müller y Hermann Lange (Abajo izquierda, con traje de preso), comparecieron el 24 de junio de 1943, ante un tribunal popular, que los condenó a muerte. Habían manifestado desde el púlpito que los bombardeos sobre Alemania eran un castigo de Dios; también habían enviado circulares desaprobando algunos aspectos del régimen, y en consecuencia fueron declarados enemigos del nacionalsocialismo. Eduard Müller escribió desde la prisión: "Si nos resulta tan difícil soportar nuestras penas, cargar con la cruz que el Señor nos envía, es porque hemos olvidado la cruz y los padecimientos de Cristo. Por eso Dios nos somete a prueba, mostrándonos un poco de lo que significa seguir a nuestro Redentor".



HERMANN WEHRLE



HERMANN LANGE



KARL FRIEDRICH STELLBRINK



Arriba: El obispo de Münster, Clemens August, conde Von Galen, fue uno de los más osados y eficaces enemigos del Tercer Reich. En sus famosos sermones, cuyo texto pasaba de mano en mano por medio de fotografías, no cesaba de alzar su voz contra la injusticia. Condenaba las doctrinas racistas, combatía los principios totalitarios del Tercer Reich, protestaba contra los frecuentes ultrajes de que eran objeto los conventos, y muy especialmente contra la eutanasia"¡ Ay, de la humanidad! ¡Ay, del pueblo alemán, si además de vulnerar el mandato divino 'No matarás', contempla impasible su transgresión". Gracias al enorme prestigio de que gozaba el obispo entre la población, Hitler nunca se atrevió a proceder contra él. En el verano de 1941 cesaron las requisas nazis en los conventos, así como el programa eutanásico. Página siguiente, arriba: El pastor Dietrich Bonhoeffer, miembro de la "Iglesia militante", convencido desde 1939 de que al lado de la resistencia política debía figurar la religiosa. En 1943 trató de lograr la paz mediante contactos con el obispo anglicano de Chichester. Detenido en 1943, se descubrió su condición de miembro activo de la resistencia a raíz del atentado del 20 de julio de 1944. El 5 de abril de 1945 fue asesinado en el campo de concentración de Flossenbürg.

Abajo, izquierda: El jesuita Rupert Mayer, que en la Primera Guerra Mundial fue el primer sacerdote católico a quien se la otorgó la Cruz de Hierro de 1a clase, se mostró desde el principio un enemigo declarado del nacionalsocialismo. En 1923 manifestó en una reunión que "un buen católico alemán no podía ser jamás nacionalsocialista". Guiado por esta convicción, fue un ardiente defensor de los intereses de la Iglesia. No quería una "paz aparente": "Para defender los mandamientos impuestos por Dios, hay que llegar adonde sea; cuando se ponen en duda las verdades divinas, ya no puede haber paz". Fue detenido en varias ocasiones.
En el verano de 1937 quebrantó la prohibición que pesaba sobre él. Encarcelado de nuevo por algún tiempo, salió en 1940 y fue obligado a permanecer recluido en el convento de Ettal.
Abajo, derecha: Bernhard Lichtenberg, prepósito catedralicio apoyó la protesta del obispo de Münster contra la eutanasia y abogó por sus conciudadanos judíos perseguidos. El 29 de agosto de 1942 terminó su sermón con las siguientes palabras: "Oremos por los judíos y demás prisioneros de los campos de concentración, especialmente por nuestros hermanos en religión". En 1942 fue condenado a dos años de prisión por haber vertido desde el púlpito conceptos que desagradaron a las autoridades. Murió el 3 de noviembre de 1943, cuando era trasladado al campo de concentración de Dachau.



DIETRICH BONHOEFFER

RUPERT MAYER



BERNHARD LICHTENBERG





KURT HUBER



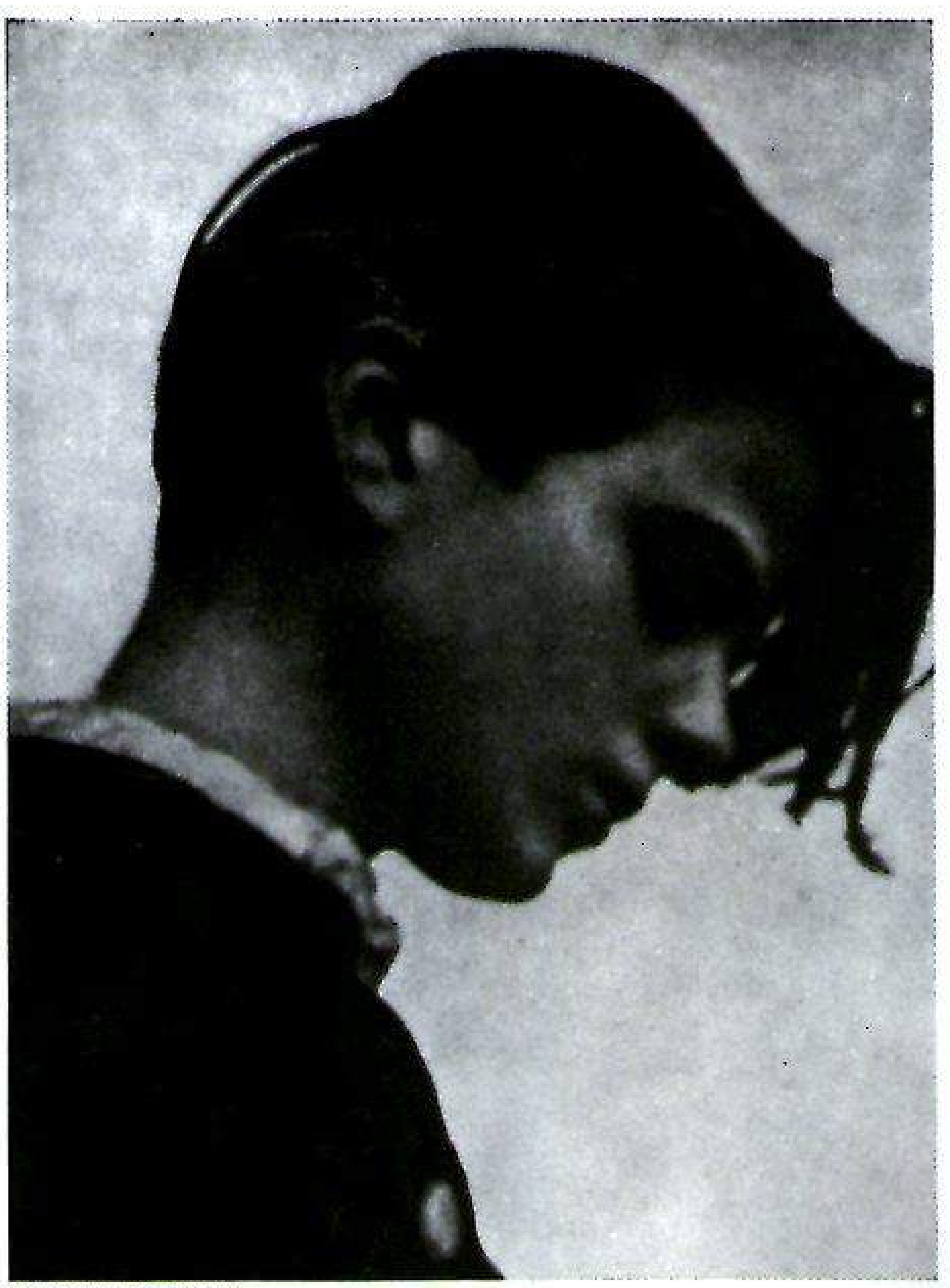
ALEXANDER SCHMORELL



HANS SCHOLL



Los miembros de la organización muniquesa "La Rosa Blanca", Kurt Huber, Alexander Schmorell, Sophie Scholl, Hans Scholl, Willi Graf y Christoph Probst, fueron condenados a muerte en 1943 por el "tribunal popular" y ejecutados poco después. Su "delito" consistió en señalar las injusticias del régimen nazi y difundirlas por escrito. En 1943, los hermanos Scholl y sus amigos redactaron una octavilla especial titulada "La rosa blanca". En esta ocasión solicitaron el concurso del profesor Huber; es probable que los párrafos que se refieren a la reinstauración de las libertades democráticas, la justicia social, la descentralización de Alemania en varios Estados federados, al estilo suizo, fueran obra suya. "Hitler no puede ganar la guerra, sino prolongarla", se leía asimismo en tal octavilla. El pueblo alemán "ni ve ni oye nada . . ." La publicación



SOPHIE SCHOLL



CHRISTOPH PROBST



WILLI GRAF

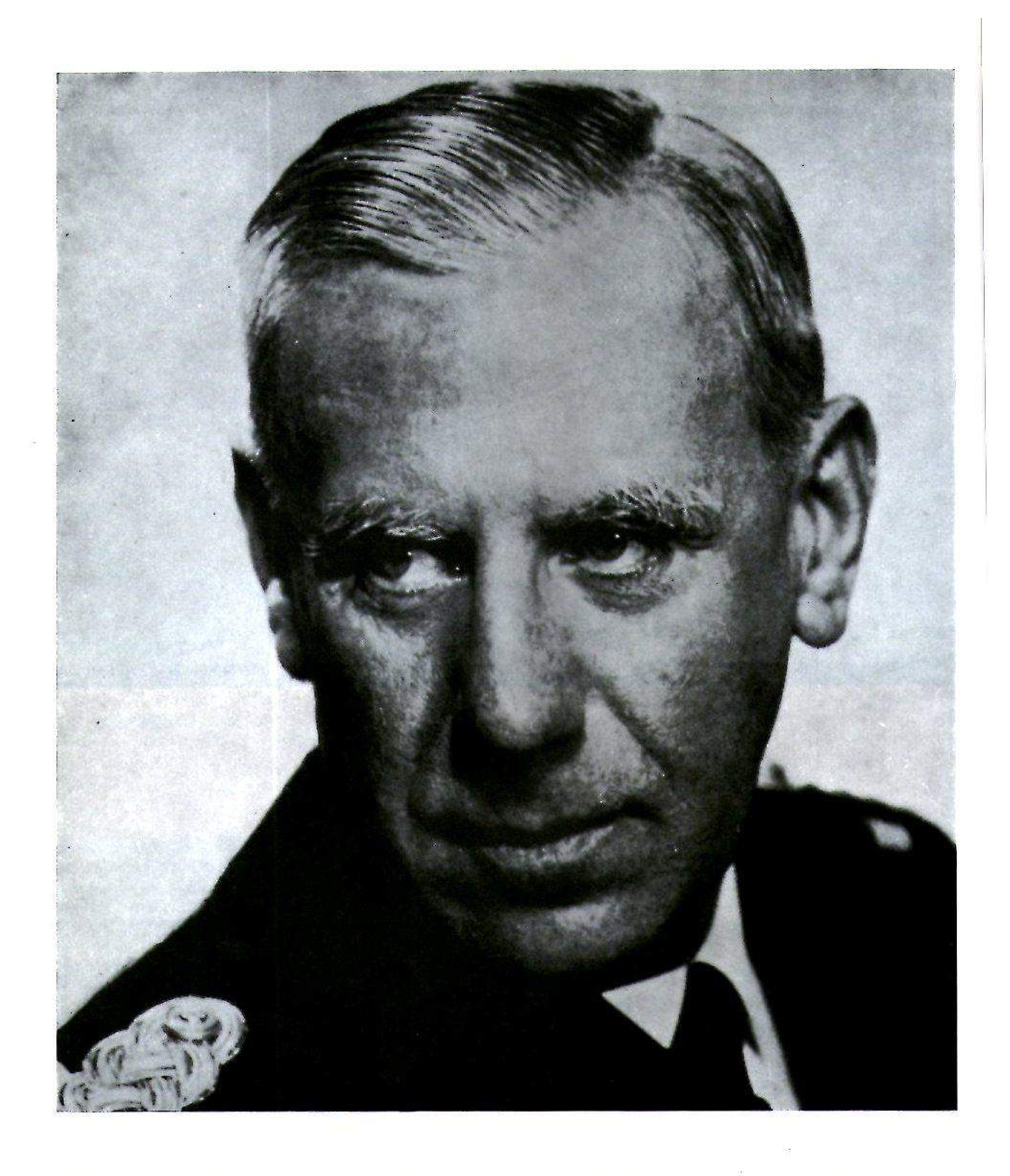


terminaba con un llamamiento: "El nombre de Alemania quedará mancillado para siempre si la juventud no se rebela y acaba con el régimen que sojuzga el país, sentando las bases para una nueva Europa". Miles de dichas octavillas fueron distribuidas por la ciudad de Munich. El profesor Huber defendió a sus discípulos, y a si mismo, de la acusación de haber violado la ley: "Queremos que vuelva el Estado de derecho, la confianza mútua entre los seres humanos, y esto no puede ser ilegal. Pedimos la vuelta a la legalidad". Christoph Probst, el único casado y que dejaba tres hijos de corta edad, expuso los motivos de su sacrificio: "Hemos querido demostrar con nuestra conducta que aún palpita en el hombre el ansia de libertad. Algún día volverá el imperio de la justicia.

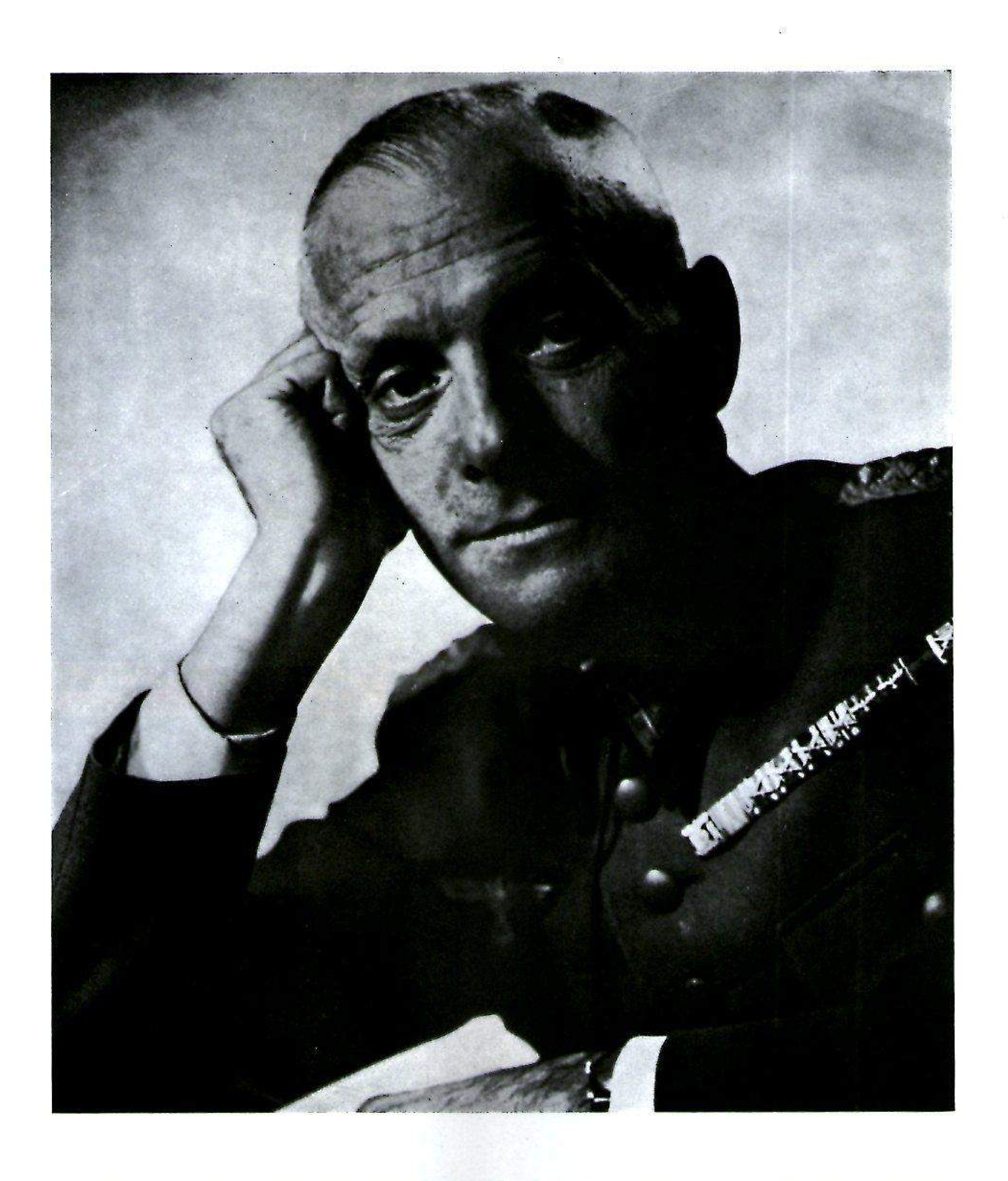




El grupo de resistencia Schulze-Boysen/Harnack, así llamado por sus dirigentes y conocido por el Servicio Secreto alemán con el nombre de "Rote Kapelle" (Capilla Roja), era considerado por la Gestapo como uno de los más peligrosos grupos comunistas de resistencia. "Se trataba de un reducido grupo de espionaje soviético, que en parte se ocupaba de la resistencia política". En realidad era una organizición comunista cuyos miembros, en su mayoría, se dedicaban al espionaje, y trabajaban al servicio de la Unión Soviética. Estas dos características de la "Rote Kapelle" estaban tan íntimamente ligadas, que una habría sido imposible sin la otra.
"Diversos tratadistas, sobre todo de la zona de ocupación soviética en Alemania, han intentado posteriormente presentar las acitividades del grupo "Rote Kapelle" como encaminadas únicamente a la resistencia contra el régimen nacionalsocialista, silenciando la cuestión del espionaje. Esta visión resulta parcial. Es cierto que las casi cien personas que componían el núcleo de la organización nada sabían de los informes secretos que iban camino de Moscú, ni de los agentes soviéticos que se lanzaban en paracaídas, ni de los contactos con redes de espionaje extranjeras. Pero los jefes de la organización sí que trabajaban para el servicio secreto soviético; la "Rote Kapelle" formaba parte del sistema de espionaje ruso durante la guerra. Otros comentaristas, tanto en la era nacionalsocialista como posteriormente, han intentado negar la intervención de la "Rote Kapelle" en la resistencia, presentándola exclusivamente como un nido de espionaje soviético. Semejante afirmación es falsa. Una red de espionaje "auténtica" nunca abarca tan gran número de personas; sin un ideal común, los hombres y mujeres que en ella militaban no se hubieran adherido a tan arriesgada organización política, si no hubiesen visto en ella un medio de librarse del totalitarismo nazi" (David J. Dallin: El espionaje soviético).
Los 75 miembros del grupo que comparecieron ante el Tribunal Supremo del Reich entre diciembre de 1942 y octubre de 1943, todos fueron condenados a muerte por expresa voluntad de Hitler. Figuran entre ellos Harro Schulze-Boysen (página anterior, arriba, con sus dos hijitos), y Arvid Harnack (arriba, con su esposa Mildred Harnack, que siguió a su marido hasta la muerte).
Página anterior, abajo: Walter Ulbricht (izquierda) y Erich Weinert (derecha), en primera línea en el frente de Stalingrado, donde instaban a los soldados alemanesa que abandonaran a sus jefes. Por iniciativa de Ulbricht y Pieck, del 12 al 13 de junio de 1943 se fundó en Moscú el "Comité nacional de la Alemania libre", bajo la presidencia del escritor Erich Weinert; su misión principal consistió en rèdactar octavillas y emitir programas de radio instando al pueblo alemán y a los soldados a pronunciarse contra Hitler y contra la guerra.

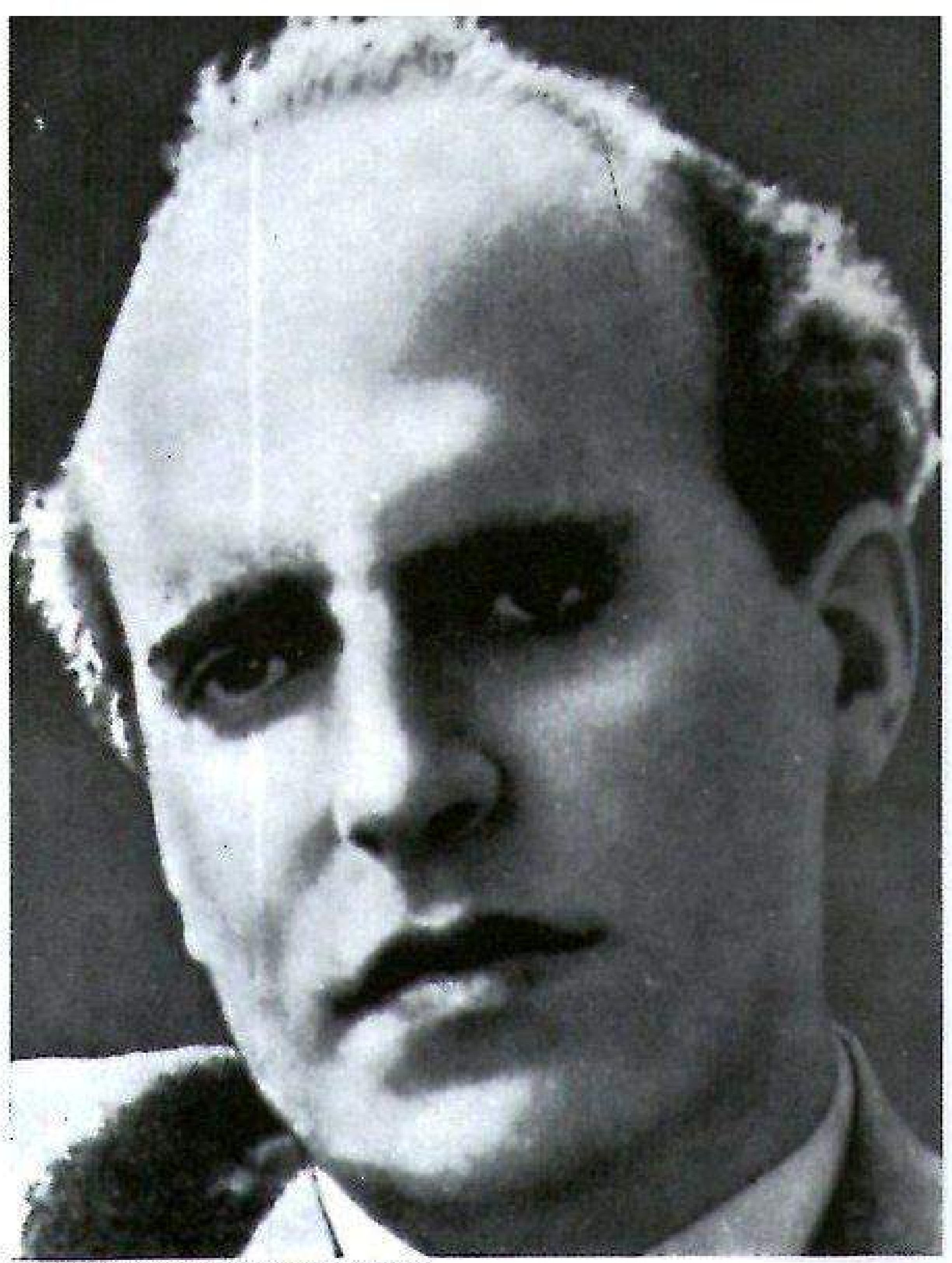


"Entre los círculos militares encargados de la elaboración y ejecución del plan antihitler, cabe destacar el formado en torno al almirante Canaris (arriba), jefe del servicio secreto alemán llamado "Abwehr". Sin el apoyo y la colaboración que dispensó Canaris durante varios años, habría resultado imposible madurar los planes y mantenerlos en secreto . . . Hubo un tiempo en que entre los círculos de la oposición dominaba la creencia de que el objetivo de Canaris era derribar a Hitler para ocupar su puesto. Nada más lejos de la realidad. Canaris no era ambicioso. Apoyó desinteresadamente a quienes trabajaban para destruir al Führer, los defendió de la Gestapo, salvó a muchos detenidos políticos, y supo tergiversar hábilmente las órdenes importantes del más 'astuto jefe militar de todos los tiempos', estorbando así sus planes. Canaris detestaba el na-

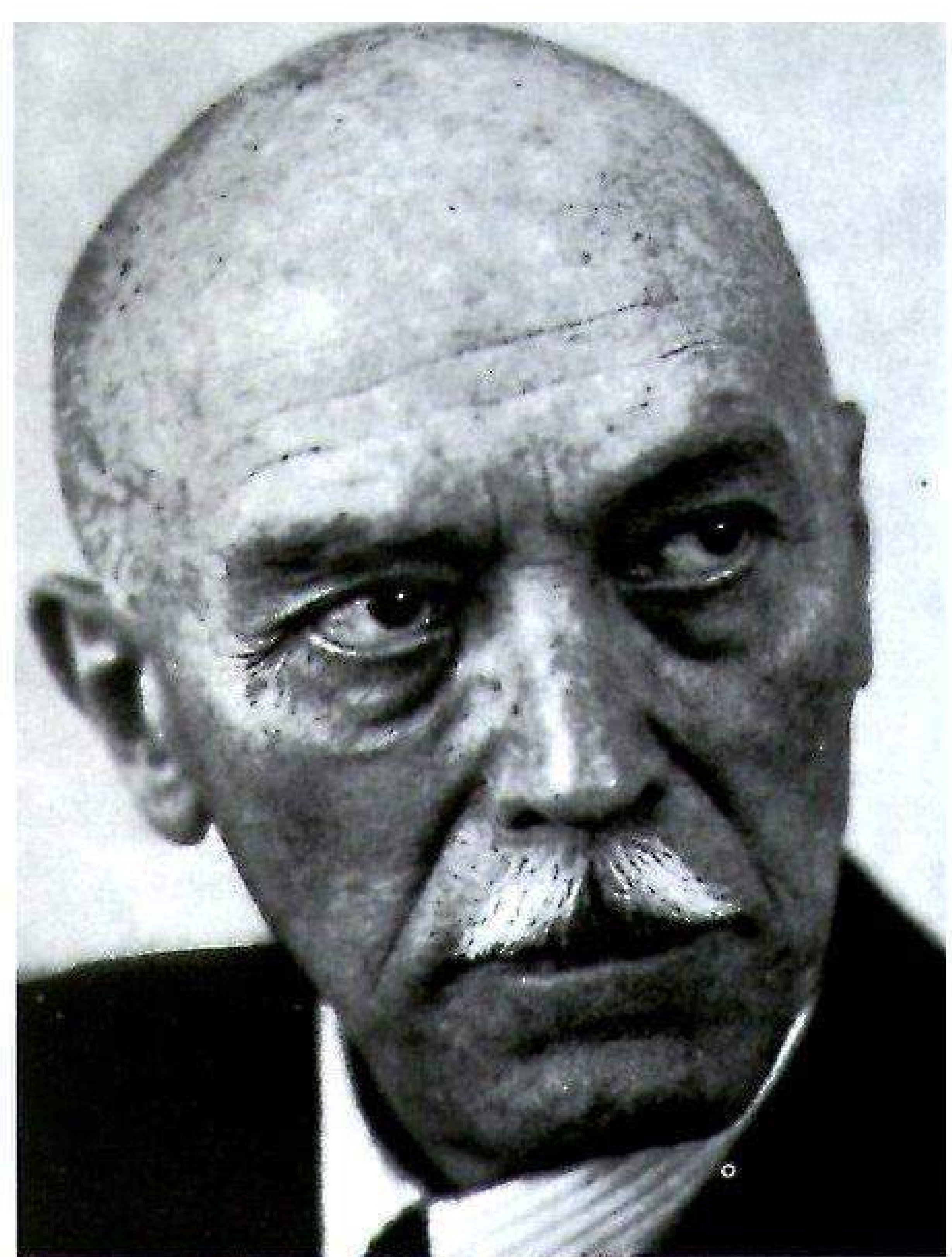


cionalsocialismo con toda su alma, precisamente porque sentía una instintiva adversión hacia la injusticia y la violencia. Consiguió apartar del sercivio secreto a sus enemigos . . . hasta que él mismo cayó a raíz del 20 de julio". (El 20 de julio de 1944. Editado por la Central Federal de los Servicios Nacionales.)

Junto con el almirante Canaris trabajaba en el servicio secreto el general Hans Oster (arriba), uno de los hombres más activos de la resistencia. El ayudar a su más íntimo colaborador y también conjurado, Hans von Dohnanyi, le costó el puesto. Desqués del 20 de julio, la Gestapo descubrió el papel preponderante que había tenido en la oposición. Fue ejecutado el 9 de abril de 1945 en el campo de concentración de Flossenbürg.



ADAM VON TROTT ZU SOLZ

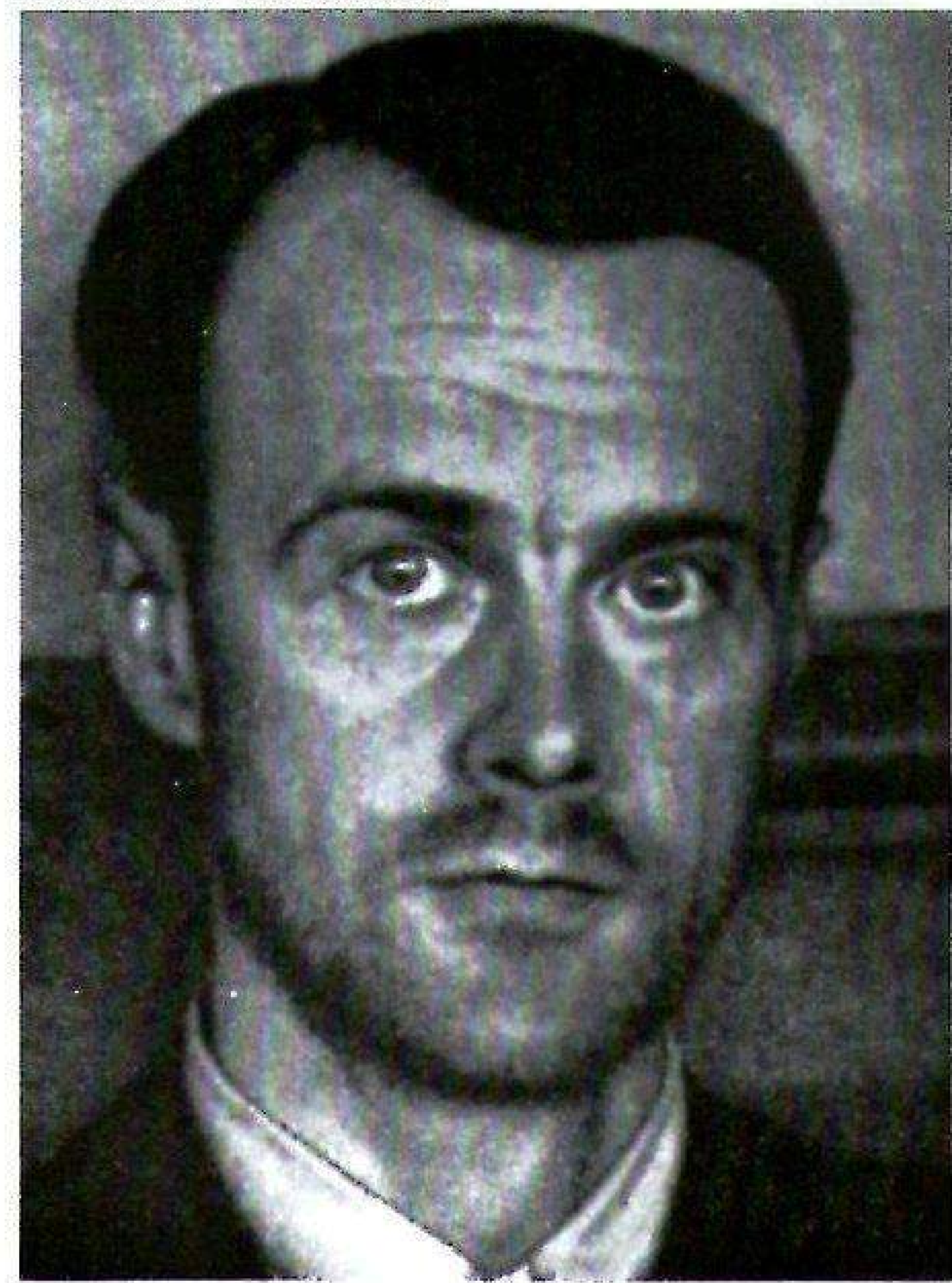


FRIEDRICH WERNER, CONDE VON DER SCHULENBURG





HANS-BERND VON HAEFTEN



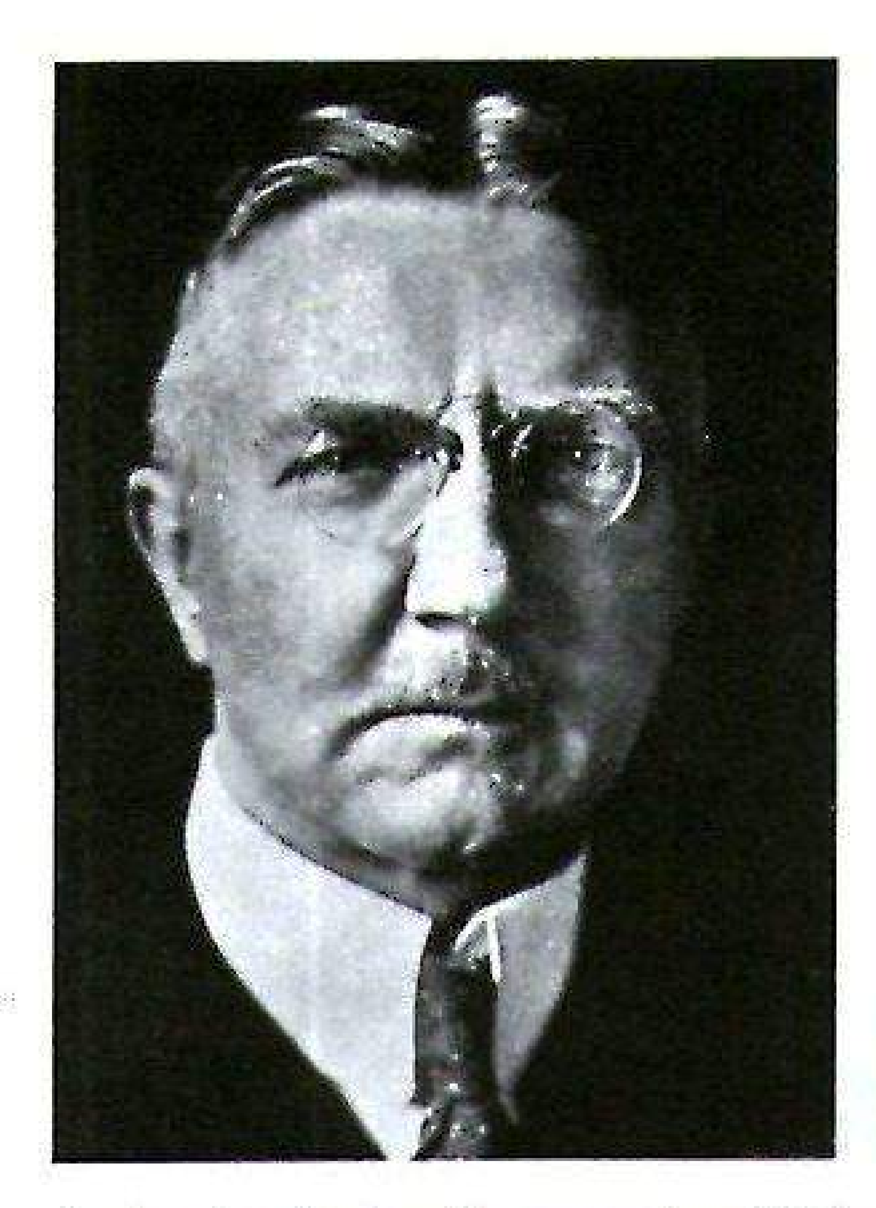
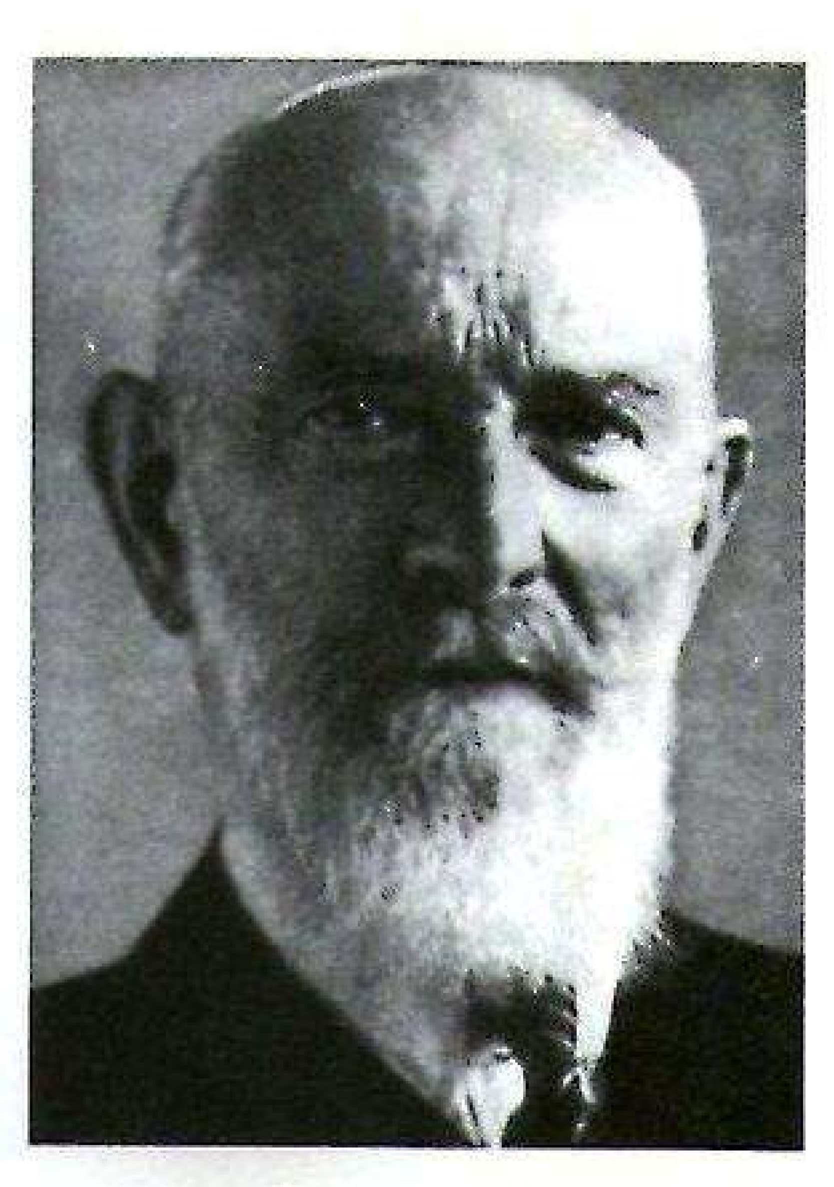
PETER, CONDE YORCK VON WARTENBURG



El representante diplomático Adam von Trott zu Solz, miembro del "Círculo de Kreisau", intentó obtener ayuda y comprensión en el extranjero para el movimiento de resistencia alemán. Un observador americano escribió en su Diario que "Solz insistía en hacer notar a los aliados que la guerra a muerte que sosteníamos contra los nazis hacía que muchas personas que se habían apartado de las filas de Hitler volvieran de nuevo a su redil". Junto con su amigo Hans-Bernd von Haeften, funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores y también miembro del "Círculo de Kreisau", fue condenado a muerte por al Tribunal Popular a consecuencia del atentado de 20 de julio y ejecutado en agosto de 1944. Friedrich Werner, conde Von der Schulenburg, exembajador en Moscú, quien con Hassell y Goerdeler había contribuído a la resistencia, fue ejecutado el 10 de noviembre de 1944. — Peter, conde Yorck von Wartenburg, otro afiliado al "Círculo de Kreisau", del que fue cofundador, actuó como intermediario entre los grupos de resistencia en el Ministerio de Asuntos Exteriores y los de la Wehrmacht, y fue una de las primeras víctimas del 20 de julio.

Como embajador alemán en Roma, Ulrich von Hassell (derecha) criticó abiertamente la política exterior del Tercer Reich. En 1937 fue relevado del cargo. La política interior y exterior seguida por Hitler, así como su manera de conducir la guerra, habían inducido a Hassell a combatirle para derribar el régimen. Lo único que le preocupaba era el temor de haber dado este paso decisivo demasiado tarde. Anotó en su Diario de 1943: "En la semana anterior a la Navidad parecía que, por primera vez, se hablaba en serio de poner el plan en ejecución. Empero, eso mismo se había dicho en tantas ocasiones, que apenas lo creí. Con todo, las manifestaciones de personas dignas de crédito hicieron renacer en mí la confianza. Pocos días antes de mi partida se dio la contraorden: El atentado contra Hitler se aplaza para enero. Motivo: El Führer se había "escabullido". En aquellos días decisivos manifesté airadamente a Pfaff (Goerdeler) que se me explicara el porqué de tanta "contraorden", y me respondió que los Josephs (los generales) se decidirían cuando la catástrofe fuera ya inminente".

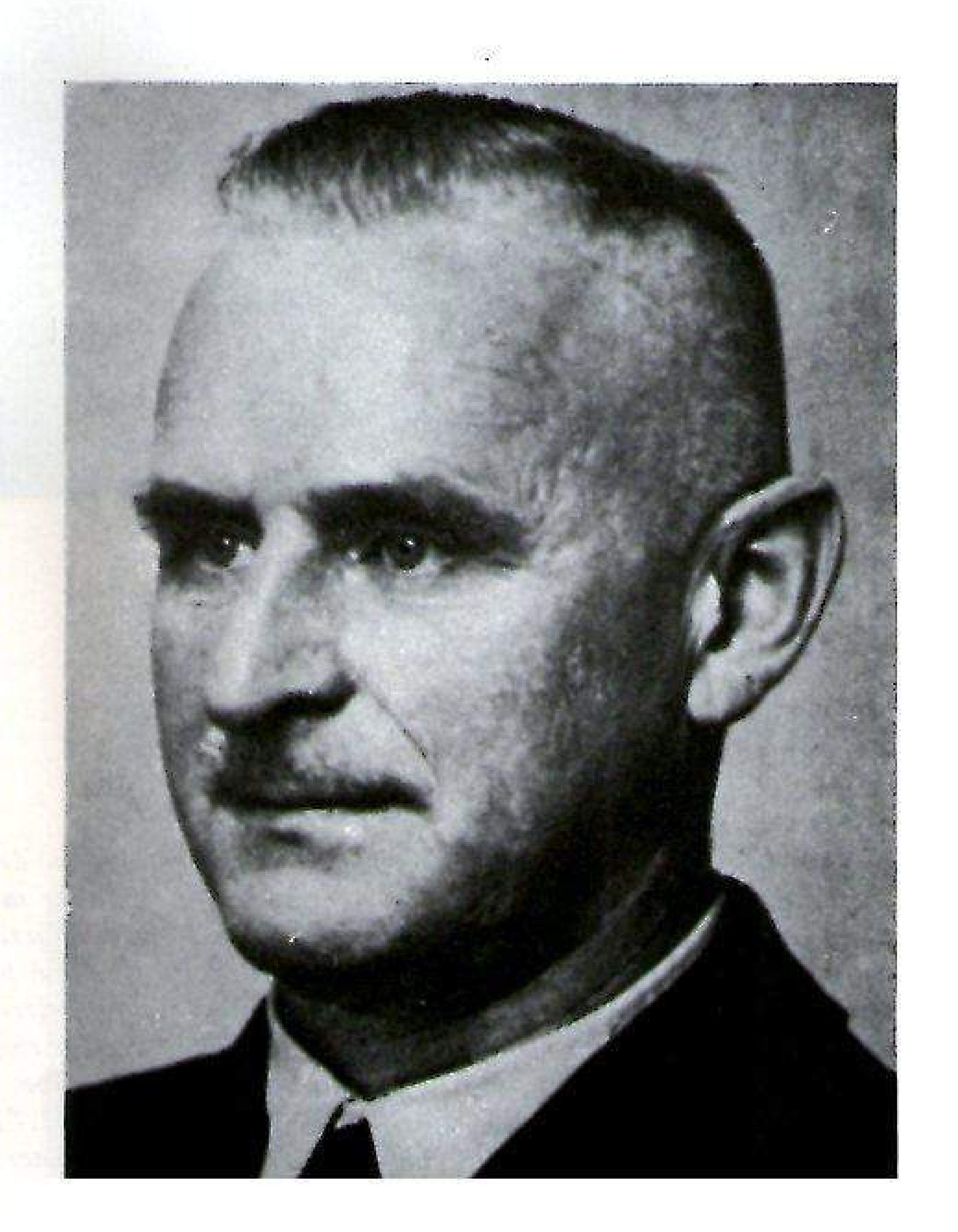



Arriba, izquierda: El economista Hjalmar Schacht puso a contribución todos sus conocimientos para sanear la economía del país como ministro del ramo y presidente del Banco del Reich. Mas cuando ya no quiso colaborar en la política financiera y de armamentos de Hitler, fue detenido y conducido a un campo de concentración en el que permaneció durante 1944 y 1945.
Arriba, centro: El industrial de Stuttgart, Robert Bosch, enemigo declarado del nacionalsocialismo, apoyó a los miembros de la resistencia, sobre todo a Carl Goerdeler, facilitándoles los medios necesarios para su labor clandestina. Arriba, derecha: El abogado Joseph Wirmer, quien según los planes trazados debía ser ministro de Justicia en el proyectado Gabinete Goerdeler. Fue una de las víctimas del 20 de julio; murió ejecutado el 8 de septiembre de 1944.
Abajo: El obispo protestante del Reich, Ludwig Müller (izquierda), antagonista de la "Iglesia militante", conversa con el ministro de Finanzas prusiano Johannes Popitz, quien en 1935 fue introducido por el general Hans Oster en el movimiento de resistencia, y a partir de 1938 comenzó a tomar parte activa en él. En la reunión semanal celebrada en su residencia de

Berlín, se movían muchos hilos de la oposición. Por mediación de Langbehn, abogado de Himmler, intentó un acercamiento con éste, el cual se preparaba el terreno para salir con vida cuando llegara la derrota militar. La entrevista se celebró el 23 de agosto de 1943, aunque sin resultado. Fue condenado a muerte tras el atentado del 20 de julio, y junto con Carl Goerdeler subió al cadalso el 2 de febrero de 1945.

Su biógrafo, Gerhard Ritter, dice de Carl Friedrich Goerdeler (derecha) que, "al igual que muchísimos alemanes, al principio fue cautivado por la fuerza demoníaca del nacionalsocialismo". Pero cuando en 1937 pasó a ocupar el cargo de alcalde de Leipzig, y pudo observar la amoralidad, la injusticia y el peligro que el movimiento nazi entrañaba para Alemania, se puso al frente de la oposición civil. "El futuro Gobierno del Reich deberá ajustarse siempre a las normas de la moral y el derecho. Respetará la personalidad del individuo, la familia, los sentimientos religiosos, las asociaciones profesionales, la administración local y los sindicatos independientes, aunque exigiendo que todos colaboren en el bienestar general". Compareció ante un tribunal popular (arriba) y fue condenado a muerte. Tras muchos meses de encierro y malos tratos fue ajusticiado el 2 de febrero de 1945.





Los socialistas desempeñaron un papel importante en el seno del movimiento de resistencia. Al igual que los comunistas, fueron los más decididos enemigos de Hitler incluso antes de su advenimiento al poder. Arriba: Julius Leber, "un hombre de férrea voluntad, categórico en sus afirmaciones, osado y activo en sus decisiones y capaz de labrarse un brillante futuro. Era el personaje más destacado en el campo socialista y tomó parte activa en los sucesos del verano de 1944. El juez ante el que comparecieron los acusados a raíz del 20 de julio, manifestó que Leber era uno de los caracteres más firmes de la constelación política, y hasta llegó a decir de él que era "el Lenin alemán" (Eberhard Zeller). Se mantuvo firme y sereno en su dilatado calvario de prisión en prisión, de campo en campo, entre 1933 y 1937. Del mismo modo se presentó ante su juez y con igual estoicismo afrontó la muerte el 5 de enero de 1945. "La vida no es un precio demasiado alto si se sacrifica por una causa justa. Hemos hecho todo cuanto estaba a nuestro alcance. No es culpa nuestra si las cosas no han salido como se esperaba". Estas fueron las últimas palabras que Leber dirigió a sus amigos.





CARLO MIERENDORFF



ERNST VON HARNACK

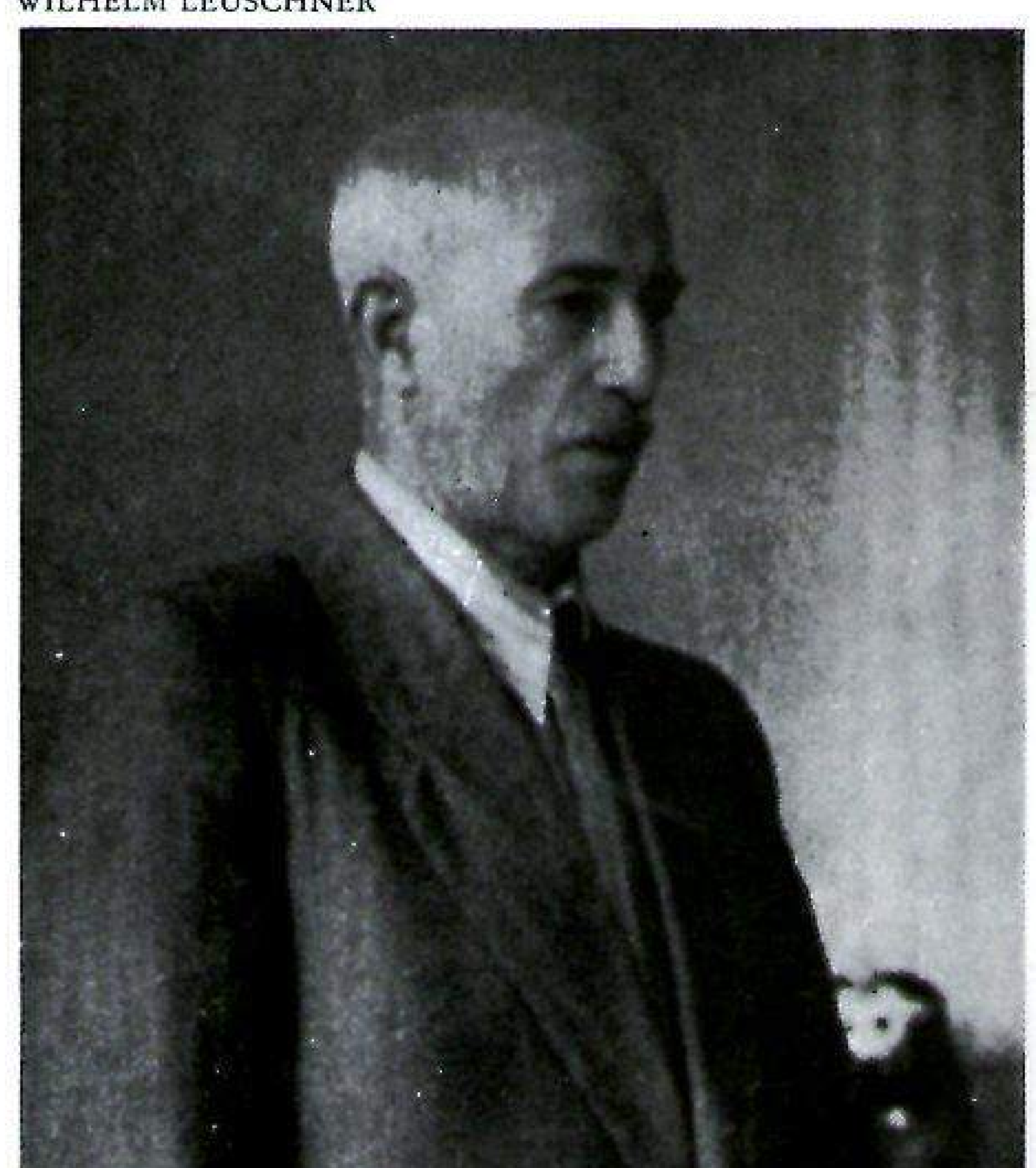


ADOLF REICHWEIN

Wilhelm Leuschner, presidente del Sindicato Libre, diputado por el partido socialdemócrata, y ministro del Interior en Hessen antes de 1933, era, con su amigo el doctor Julius Leber, el verdadero motor de la socialdemocracia, y luchó con tenacidad por derrocar el funesto régimen nacionalsocialista. Sus colaboradores socialistas y sindicales constituyeron uno de los grupos más destacados en el movimiento de resistencia. Estaba destinado a ser vicecanciller en el futuro Gabinete, una vez derribado Hitler. Fue ejecutado el 29 de septiembre de 1944. Theo Haubach, varias veces internado en campos de concentración por sus actividades ilegales, pertenecientes al "Círculo de Kreisau", colaboró estrechamente con sus amigos políticos Mierendorff, Leuschner y Leber. Mierendorff murió el 4 de diciembre de 1943, en un bombardeo aéreo, y Haubach fue ejecutado en enero de 1945. Adolf Reichwein, jefe socialista perteneciente al "Círculo de Kreisau", fue ajusticiado el 20 de octubre de 1944. El ex gobernador civil Ernst von Harnack, gran amigo de Leber, participó en las actividades clandestinas de los socialdemócratas, de Goerdeler y de los generales. Su ejecución tuvo lugar el 5 de marzo de 1945.



WILHELM LEUSCHNER



THEO HAUBACH

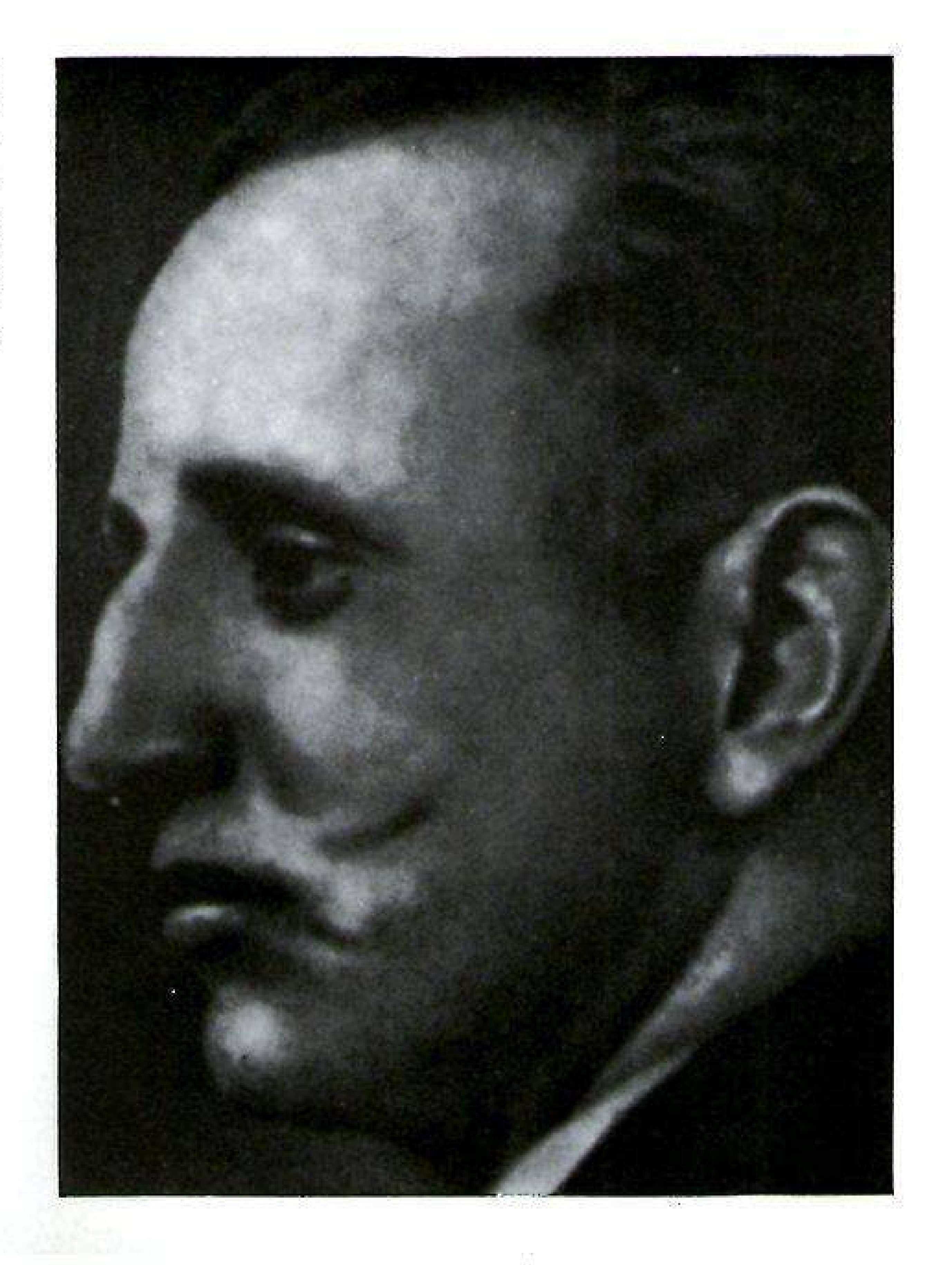






Arriba, izquierda: Helmut James, conde Von Moltke, fundador del "Círculo de Kreisau", así conocido por reunirse en su finca de Kreisau, Silesia. Fue ejecutado el 23 de enero de 1945. La condesa Freya von Moltke escribió: "Al principio no era más que un limitado círculo de amigos, unidos por su oposición a Hitler y a su régimen. Pero el grupo se fue ampliando paulatinamente, y se discutían las bases para un futuro mejor . . . Sus planes no eran definitivos; estaban todavía en estado embrionario. No era, sin embargo, un programa meramente teórico, y en él se aceptaban las aportaciones de socialistas, católicos, protestantes y otros grupos de diversas tendencias. El marco era muy amplio, pero resultaba admirable la unidad en las cuestiones más importantes". Arriba, derecha: El padre jesuita Alfred Delp, miembro del "Círculo de Kreisau", que luchó incansablemente por una nueva justicia social y contra el ateísmo nazi, fue ejecutado el 2 de febrero de 1945.

Derecha: Fritz-Dietlof, conde Von der Schulenburg, uno de los más destacados miembros de la oposición. La tarde del 20 de julio fue detenido en la Bendlerstrasse. Ante el tribunal declaró con orgullo: "Todo lo he hecho con el único propósito de salvar de la miseria a nuestra patria. Ya sabía el precio a pagar si fracasaba, pero no me arrepiento de mis actos". Fue ejecutado el 10 de agosto de 1944. Abajo: Eugen Gerstenmaier, miembro del "Círculo de Kreisau", prestando declaración ante el tribunal. Salió absuelto.





El general de brigada Henning von Tresckow (arriba), ingresó muy pronto en las filas de la oposición militar. Se puso incondicionalmente a favor del plan para derribar a Hitler, y fue de los que con más ardor abogó por el atentado. En 1942, con motivo de una visita del Führer al Grupo de Ejércitos del Centro, en el frente oriental, quería acabar con él de un tiro de pistola. En su libro "Los oficiales contra Hitler", Schlabrendorff transcribe las palabras pronunciadas por Tresckow la noche antes de su muerte: "Puesto que en una ocasión Dios prometió a Abrahán que no destruiría Sodoma mientras encontrara en ella una docena de justos, espero que Dios tendrá piedad de Alemania. Ninguno de nosotros debe retroceder ante la muerte; cuantos entramos a formar parte del círculo, sabíamos lo que nuestro compromiso suponía. El verdadero valor de un hombre sólo se demuestra si está dispuesto a ofrendar la vida por sus ideales". Tras el atentado frustado del 20 de julio, Henning von Tresckow se quitó la vida el 21 de julio de 1944, con una granada de mano.



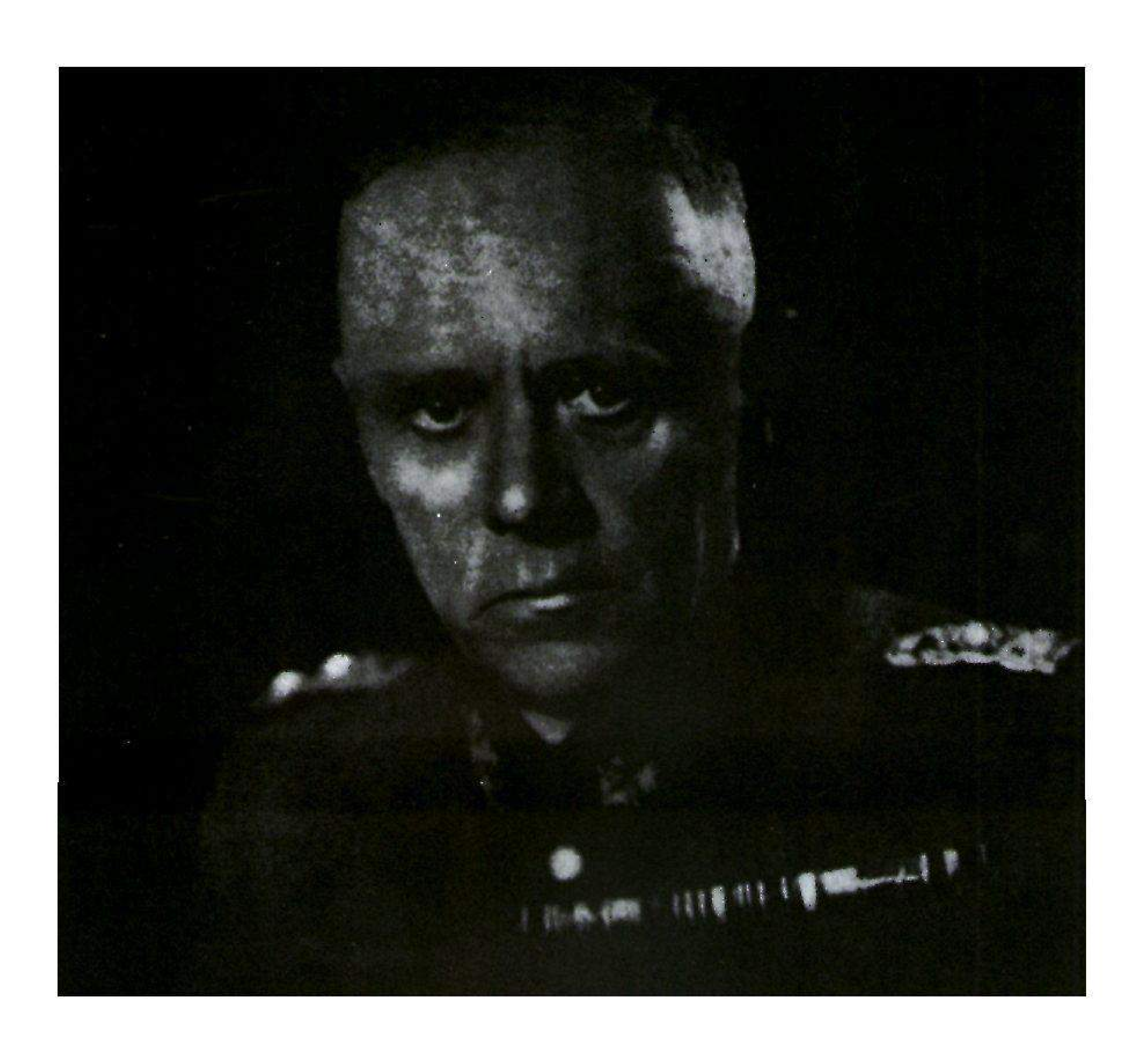




Abajo: Hitler hace entrega al teniente general Erwin Rommel de las hojas de roble de la Cruz de Hierro. Era el décimo miembro de la Wehrmacht que las obtenía. Ante el trágico derrotero que iba tomando la contienda, Rommel manifestó a Hitler que "actuara para evitar las consecuencias de tan crítica situación". "Le dí una última oportunidad. Si no se decide, pasaré yo a la acción". El 17 de julio de 1944, Rommel resultó con graves heridas a consecuencia de un ataque aéreo, de modo que no pudo intervenir en la fecha crucial, el 20 de julio. Apenas restablecido, Hitler le envió un mensaje, el 14 de octubre, en el que le daba a elegir: acusación contra él y prisión para su familia . . . o el suicidio. Con el fin de proteger a los suyos, Rommel optó por quitarse la vida envenenándose. Para confundir al pueblo y aprovechar la muerte de Rommel con fines propagandísticos, el canciller ordenó solemnes honras fúnebres en memoria del marsical. Arriba, centro: Fabian von Schlabrendorff, intentó eliminar a Hitler en marzo de 1943 poniendo una bomba en su avión. El artefacto no hizo explosión. Arriba, izquierda: El general de brigada Helmut Stieff, jefe de la sección operativa del Estado Mayor, proporcionó el explosivo para el atentado. Murió ajusticiado el 8 de agosto de 1944. Arriba, derecha: Coronel Rudolf-Christoph, barón Von Gersdorff, que el 21 de marzo de 1943 estaba dispuesto a volar en pedazos con Hitler, con motivo de la visita de éste a la Armería de Berlín.



El mariscal Erwin von Witzleben (izquierda) preparaba desde 1938, junto con Beck, un golpe de Estado contra Hitler. Como comandante militar de la plaza de Berlín, debía utilizar a la Wehrmacht para, en una acción relámpago, anular a las SS. La actitud de los aliados en la Conferencia de Munich hizo fracasar el plan. En calidad de comandante en jefe del Grupo de Ejércitos "D" quería arrestar a Hitler con ocasión del desfile de la primavera de 1941 en París. Ultimados los preparativos para la detención del Führer, éste canceló la visita inesperadamente. Relevado del mando en 1942, se puso a disposición de la resistencia. De haber triunfado el golpe de Estado, habría sido nombrado jefe supremo de la Wehrmacht. Fue ajusticiado el 8 de agosto de 1944. Al comparecer ante el Tribunal Popular (abajo), el enfermo mariscal de 64 años fue blanco predilecto de las mofas del cínico Freisler. Se le despojó del cinturón, por lo que tuvo que permanecer en la sala sujetándose los pantalones con las manos. También se le había racionado el alimento, y en su debilidad apenas entendía las preguntas de Freisler. No obstante, aún pudo increpar de este modo a su torturador: "Usted puede enviarme al verdugo, pero no pasará mucho tiempo sin que el pueblo tome cumplida venganza".



El capitán general Ludwig Beck (arriba), que en 1938 protestó contra los planes bélicos de Hitler como jefe del Estado Mayor del Ejército. Siguió perteneciendo a la oposición, y se le tenía por el cabecilla de ella. El 20 de julio de 1944 se puso al frente de la conspiración, y tomó parte activa en los acontecimientos de la Bendlerstrasse. Su adversario, el capitan general Fromm, al fracasar el proyectado golpe de Estado, le invitó a suicidarse en la misma sede del Ministerio de la Guerra.

Arriba (de izquierda a derecha): El jefe de la resistencia francesa en Argel, general Giraud con Roosevelt, De Gaulle y Churchill, en enero de 1943, durante la Conferencia de Casablanca. Roosevelt y Churchill anunciaron en ella exigir la rendición incondicional de Alemania. Abajo: El mariscal Von Paulus comparece en el cuartel general ruso el 31 de enero de 1943, tras la capitulación de Stalingrado.



Arriba: "Una "V-1" con destino a Londres". La tan anunciada arma secreta, desde el punto de vista militar, no resultó tan eficaz como se esperaba. Abajo: 6 de junio de 1944. Desembarco de tropas aliadas en el norte de Francia. Los soldados americanos en el momento de tomar tierra. La situación político-militar de la resistencia alemana era sumamente crítica. La exigencia aliada de rendición incondicional y la actitud de las potencias occidentales respecto a los círculos oposicionistas germanos menoscabó considerablemente la actividad de éstos. En su dictamen acerca de la situación militar del 20 de julio de 1944, el profesor doctor Percy Schramm manifestó: "1) A mediados de 1944, los alemanes ya no podían atender sus necesidades en efectivos humanos, pues el ejército no disponía de hombres suficientes para cubrir los frentes; 2) Aun cuando la economía funcionaba con eficiencia, en la segunda mitad de dicho año se dejaron sentir los efectos de los bombardeos aéreos aliados. 3) En mayo de 1944, las existencias de combustible eran insuficientes para subvenir a las necesidades de la Wehrmacht. Estos tres factores juntos conducían a una conclusión: Que la guerra ya estaba irremisiblemente perdida a mediados de mayo de 1944".



En un principio adicto a Hitler y al nacionalsocialismo, Claus Schenk, conde Von Stauffenberg (izquierda), declaró posteriormente: "Ante Dios y nuestra conciencia hemos de admitir que ese hombre es la maldad personificada". En 1943, a consecuencia de una granada que le alcanzó hallándose en el frente africano, perdió el ojo izquierdo, la mano derecha y dos dedos de la izquierda. Se pasó a la oposición, donde alcanzó gran prestigio entre sus camaradas. Uno de ellos refiere como sigue la actividad del nuevo miembro: "Planeaba con todo detalle sus muchos y difíciles servicios, poniendo en contacto a los distintos grupos y viviendo en continua tensión a causa de su doble personalidad". Tras dos aplazamientos se convino por fin el 20 de julio como fecha de la acción. Claus von Stauffenberg introdujo en el cuartel general la bomba que debía aniquilar a Hitler como premisa para el golpe de Estado. No hay duda de que estaba dispuesto a ofrendar su vida si fuere menester; sin embargo, no estaba preparado para afrontar las consecuencias que pudieran derivarse de su acción, y regresó inmediatamente a Berlín una vez consumado el hecho. Ante el fracaso del atentado, aquella misma noche fue ejecutado en el patio de la Bendlerstrasse.

Abajo: Ultima fotografía familiar de Von Stauffenberg en 1944. De izquierda a derecha: Su hijo Haimeran, su hija Valerie, su sobrina Elisabeth, su sobrino Alfred y su hijo Franz Ludwig.



Derecha: Berthold Schenk, conde Von Stauffenberg, colaborador de su hermano Claus, condenado a muerte el 10 de agosto de 1944 por un tribunal popular y ejecutado el mismo día.





FRIEDRICH FROMM



CONDE HELLDORF



OTTO ERNST REMER

Abajo: Estado en que quedó el barracón de conferencias en el cuartel general del Führer después del atentado del 20 de julio de 1944. Mientras que el barracón recibió graves daños y cuatro oficiales resultaron muertos, Hitler salió ileso, aunque con insignificantes heridas. El haber resultado el Führer con vida fue la causa primordial del fracaso del atentado. Pese a lo desesperado de la situación en los frentes y en el interior, Hitler seguía su absurda trayectoria, y sus órdenes aún eran cumplidas. Arriba, izquierda: El capitán general Friedrich Fromm, jefe del ejército de reserva, detenido al principio, pero puesto inmediatamente en libertad por demostarse que seguía fiel a Hitler. En la misma noche del día del atentado, cuatro de los principales autores, Friedrich Olbricht, Albrecht Mertz von Quirnheim (página siguiente, arriba, izquierda y centro), Claus Schenk, conde Von Stauffenberg y su ayudante, Werner von Haeften, fueron fusilados. También Fromm, que al principio se opuso a los conspiradores al enterarse de que Hitler aún vivía, fue detenido y ejecutado. — Arriba, centro: El jefe de las SA, conde Helldorf, comisario de la Policía de Berlín, que participó en la conspiración, fue ejecutado en 1944. — Arriba, derecha: Comandante Remer, jefe del batallón de guardia de Berlín, que recibió de los conjurados la orden de apresar a Goebbels. Este puso a Remer en comunicación telefónica con Hitler, el cual dio la orden de aplastar el pronunciamiento. Remer ocupó el edificio del Alto Mando de la Wehrmacht en la Bendlerstrasse.





FRIEDRICH OLBRICHT



ALBRECHT MERTZ VON QUIRNHEIM



CÄSAR VON HOFACKER

Cuando el general Friedrich Olbricht (arriba, izquierda) fue nombrado jefe del departamento del Ejército en el Alto Mando, pensó aprovechar su privilegiada situación para contribuir al derrumbamiento de Hitler. El 20 de julio, tras haber tenido noticia de la explosión de la bomba, dio orden de actuar. Enterado del fracaso del atentado, manifestó a su yerno que "sabría morir como un soldado. Doy la vida por una buena causa, de ello estoy bien seguro. ¿Podemos acusarnos acaso de haber procedido mal? No, nuestra acción ha sido un intento desesperado para salvar a Alemania". Abajo, derecha: Karl-Heinrich von Stülpnagel, y Cäsar von Hofacker (arriba, derecha) intentaron ganar para su causa al jefe supremo del frente occidental, mariscal Von Kluge. Stülpnagel era general de Infantería y jefe de los conjurados en Francia. Sus últimas palabras a Von Kluge fueron las siguientes: "El destino de millones de alemanes y el honor del Ejército están en sus manos". Kluge (abajo, izquierda) se quitó la vida. Stülpnagel y Hofacker fueron ejecutados el 30 de agosto de 1944.

GÜNTHER VON KLUGE



KARL-HEINRICH VON STÜLPNAGEL







ROLAND FREISLER

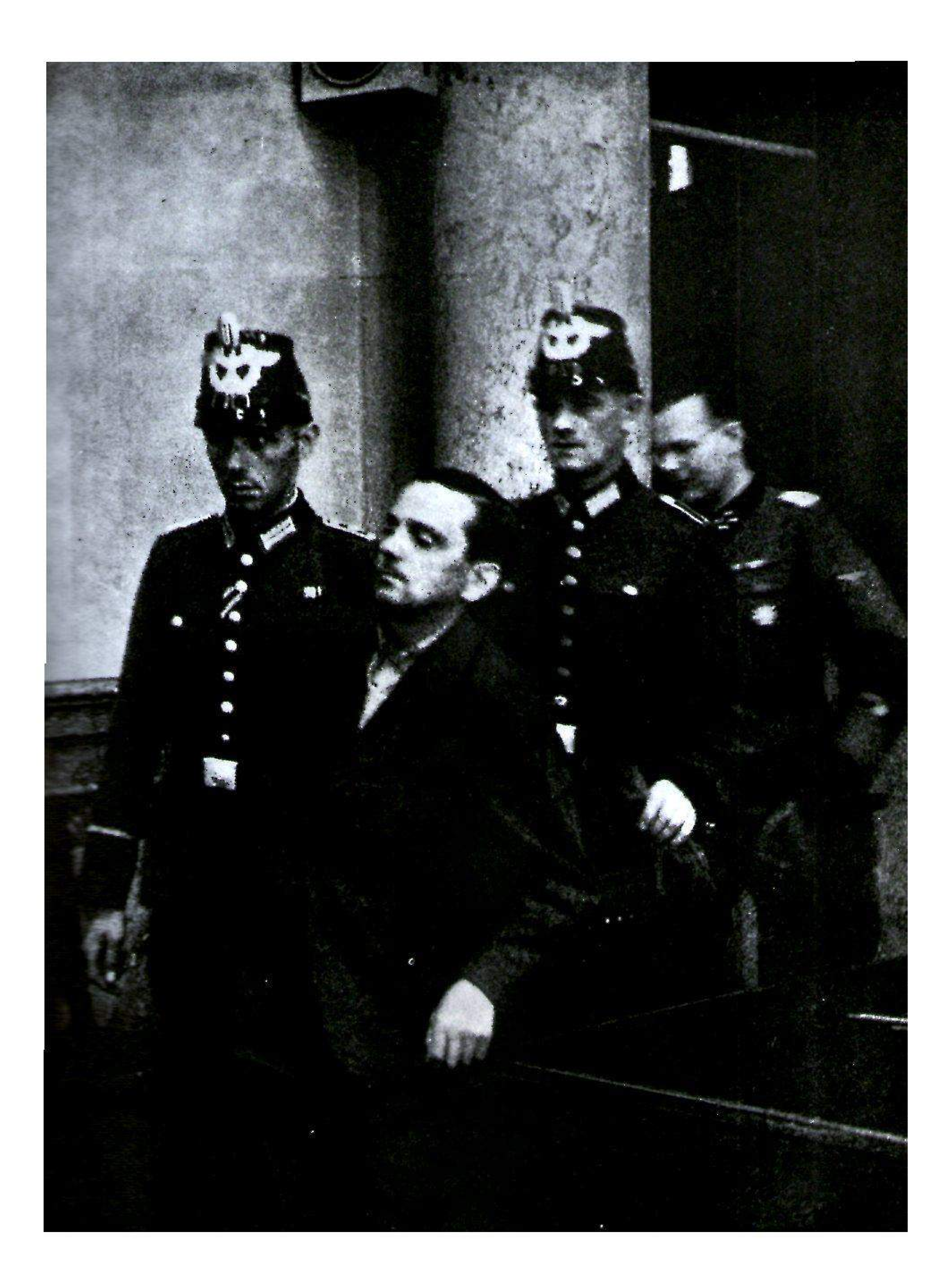


CONDE SCHWERIN VON SCHWANENFELD



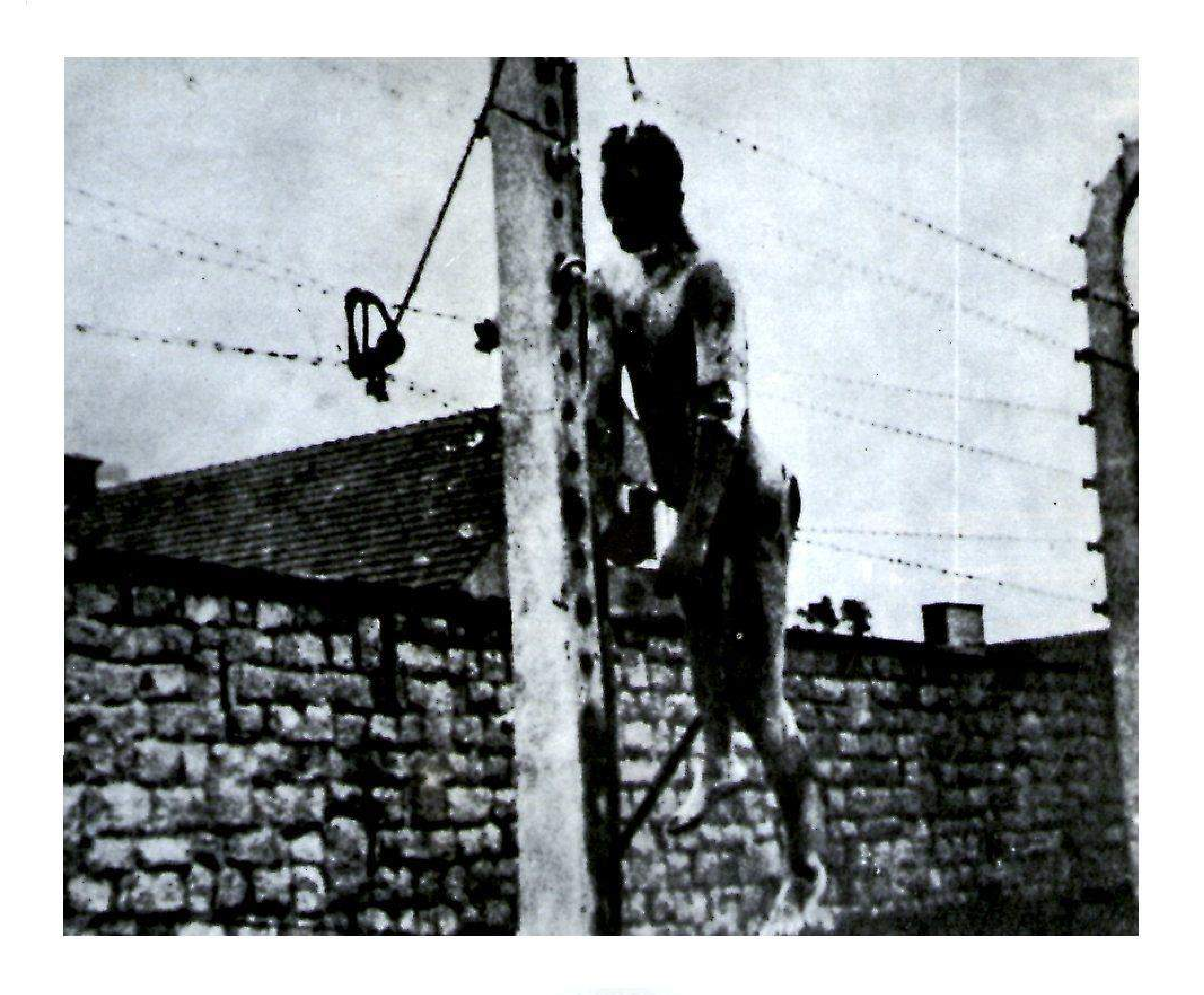
ERNST KALTENBRUNNER

Hitler tomó cumplida y sangrienta venganza contra los conjurados del 20 de julio. Manifestó que no debía mostrarse la menor piedad hacia los detenidos. "Deben ser colgados como los animales del matadero ..." Aquella misma noche, la del 20 de julio, Ernst Kaltenbrunner (arriba, derecha), jefe del departamento central de seguridad del Reich, ordenó la busca y captura de los sospechosos. Después de torturarlos, y al ver que no podía sacarles más información, los entregó al Tribunal Popular. El juez instructor, Roland Freisler (arriba, izquierda), fanático de la justicia implacable y violenta del nacionalsocialismo, se dedicó a escarnecer a los inculpados. Con todo, muchos de ellos tuvieron palabras altivas para sus verdugos. El conde Schwerin von Schwanenfeld (arriba, centro) enlace entre los conjurados militares y civiles, declaró con osadía los motivos de su proceder: Conde Schwerin: "Quería evitar nuevos crímenes". Freisler: "Es usted un miserable canalla. ¿No se siente avergonzado ante semejante villanía?" Conde Schwerin: "¡Señor juez ..." Freisler: "¿Sí o no? Quiero una respuesta terminante". Conde Schwerin: "No". Freisler murió en un bombardeo y Kaltenbrunner terminó su vida en el cadalso, acusado de "crímenes contra la humanidad". Abajo: El general Hoepner responde con el silencio a los insultos de Freisler. Página siguiente: El general de brigada Stieff es conducido ante el juez.



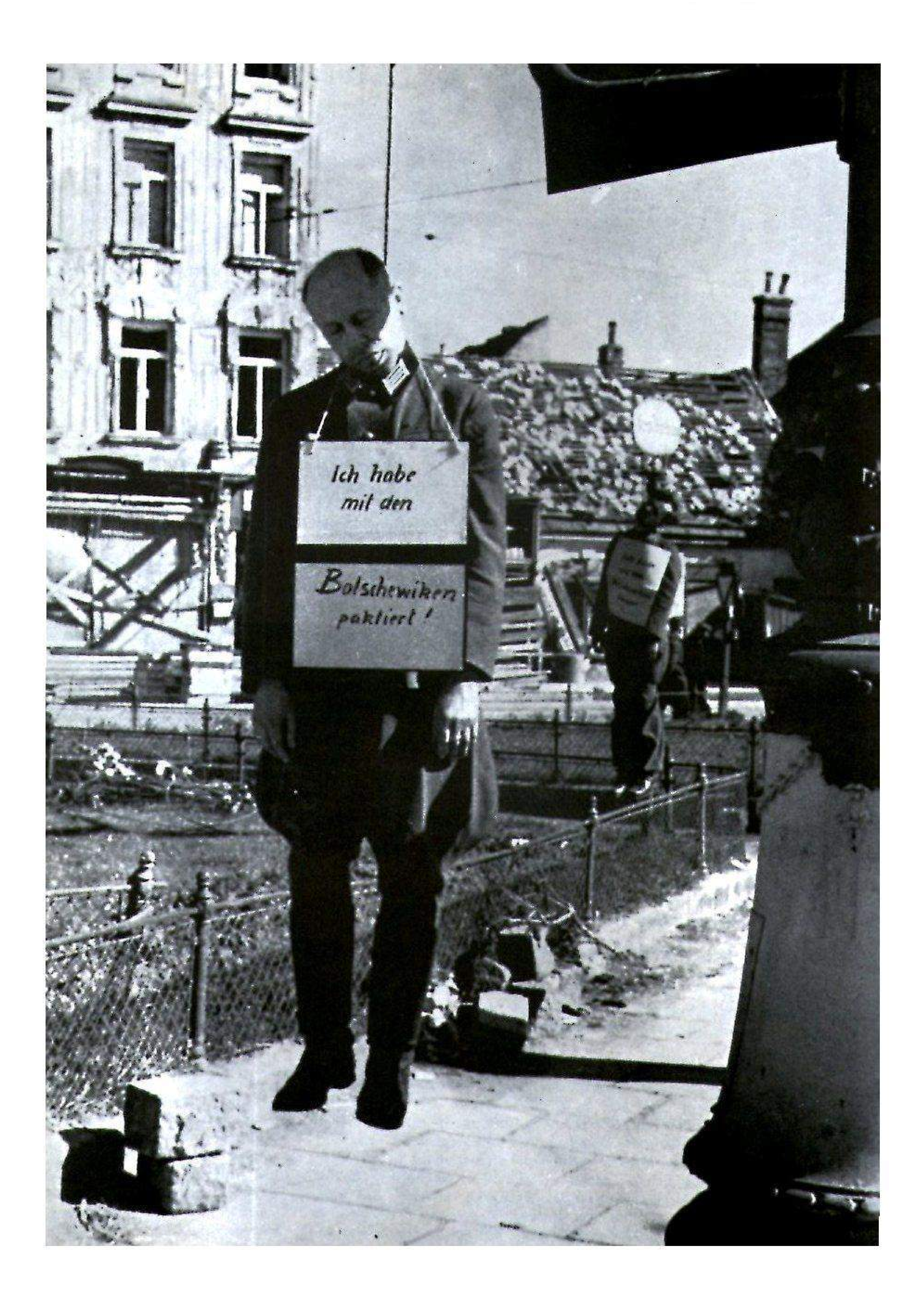


El informe oficial de las SS cita a 7.000 detenidos en relación con el 20 de julio. El número de ejecutados, aún cuando no se ha podido establecer con precisión, se estima en unos 170. Arriba: Cámara de ejecución de la penitenciaría de Plötzensee, donde fueron ahorcadas 89 personas que intervinieron en el atentado frustado del 20 de julio, hoy monumento conmemorativo de la resistencia nacional. De haber tenido éxito el golpe del 20 de julio, se habría concluido inmediatamente la guerra, ahorrando con ello al pueblo alemán muchas víctimas y destrozos. Pero aunque fallido, queda siempre aquel intento como símbolo de los valores morales latentes en el pueblo, cuyos hombres y mujeres siguieron los dictados de su conciencia y se opusieron a la tiranía, a sabiendas del riesgo que corrían: la persecución, la tortura y la muerte. En una conversación con Stauffenberg poco antes de perpetrarse el atentado, Henning von Tresckow habló de los motivos últimos de la acción: "El atentado contra Hitler ha de tener éxito; aunque así no fuera, hay que intentar el golpe de Estado. El movimiento de resistencia alemán ha de demostrar ante el mundo y la Historia que su espíritu no es meramente teórico. Todo lo demás es secundario". En 1946, los hombres del 20 de julio fueron ensalzados por Winston Churchill, uno de los más encarnizados enemigos de Alemania: "Existía en el país una oposición, aunque debilitada por los éxitos iniciales del nacionalsocialismo en materia de política internacional. Sin embargo, el espíritu que animaba a los miembros de la resistencia era uno de los más puros y nobles que se han dado. Estos hombres luchaban sin ayuda de ninguna clase, guiados únicamente por lo que les dictaba la conciencia. Mientras vivían, resultaban invisibles y desconocidos para nosotros, porque debían enmascarar sus actividades. Sólo su muerte ponía de relieve la existencia de la oposición".
Por distintos que fuesen los motivos que impulsaban a los hombres de la resistencia para obrar como lo hacían, tenían algo muy en común; así lo prueban las palabras de Hans Scholl y Stauffenberg poco antes de morir. Scholl exlamó: "¡Viva la libertad!" Y Stauffenberg: "¡Viva Alemania!"



El derrumbamiento

A pesar de las duras condiciones en que vivían los internados en los campos de concentración — rodeados de alambradas electrificadas y custodiados por una fuerte guardia de las SS —, los detenidos también organizaron la resistencia. "Desde la ayuda individual prestada a los camaradas hasta la relación existente entre los diversos grupos, palpitaba un intenso nexo de solidaridad. Se trabajaba a marcha lenta cuando las SS descuidaban la vigilancia; se organizaban actos de sabotaje y se pasaba información. Incluso se llegó a formar un Comité internacional de los campos de concentración, la voluntad de resistencia se exteriorizó de muy diversas formas... El citado Comité coordinaba la lucha contra el terror de las SS y contra la industria bélica, y organizaba el apoyo a todas las naciones. Los mandos fueron internacionalizados, y una organización militar internacional procuraba el suministro de armas. Esta etapa (de 1942 a abril de 1945) culminó con la evacuación del campo de Buchenwald, cuyos internados forjaron su propia liberación". (Buchenwald — Advertencia y compromiso). Arriba: Una vez liberados, los detenidos descargaron el odio acumulado durante tantos años de sufrimientos. Un miembro de la guardia SS, ahorcado en uno de los postes de cemento de las alambradas.


Ich habe
mit den
Bolschewiken
paktiert!


ROBERT BERNARDIS


ROSA HOFFMANN


RUDOLF RASCHKE

Los numerosos grupos de resistencia austríacos formados después del "Anschluss" de 1938 perseguían una doble finalidad: por un lado defendían una Austria libre e independiente, y por otro combatían un régimen cuya barbarie y espíritu maligno odiaban profundamente. — Abajo: Roman Karl Scholz, director del coro de los agustinos del convento de Stifles, fundó el "Movimiento de liberación austríaco", con unos 400 miembros distribuidos en células de tres a siete individuos. Muchos de ellos pertenecían a la Wehrmacht, y caso de ser hechos prisioneros debían ponerse en comunicación con los aliados para que les permitieran formar parte de las unidades austríacas que luchaban al lado de las potencias aliadas. Roman Karl Scholz fue ejecutado en Viena el 10 de mayo de 1944. Abajo, derecha: Richard Bernaschek, uno de los más destacados jefes socialistas del movimiento de resistencia austríaco y dirigente de la "Liga de protección replubicana", que reunió después del "Anschluss" a los activistas de dicha organización. Fue detenido por la Gestapo, pero no delató a ninguno de sus compañeros, pese a las torturas a que se vio sometido. Murió a fines de abril de 1945, en el campo de concentración de Mauthausen, poco antes de la llegada de las fuerzas norteamericanas. Abajo, centro: Hubert Ziegler, miembro de un grupo de la resistencia vienesa, encargado de fundar una "Legión-austríaca" en la Estiria meridional. Murió en un encuentro con las SS, en el invierno de 1944. Arriba, centro: Rosa Hoffmann fue acusada de alta traición — por organizar un grupo comunista juvenil — y ejecutada en Berlín el 9 de marzo de 1943. Arriba, izquierda: Robert Bernardis, teniente coronel de Estado Mayor, enlace entre Stauffenberg y los oficiales austríacos de la oposición, ejecutado en Berlín el 8 de agosto de 1944. Arriba, derecha: Teniente coronel Rudolf Raschke, jefe de los sublevados en la comandancia militar de Viena el 6 de abril de 1945, fue ahorcado dos días más tarde en Wien-Floridsdorf, al igual que su colaborador, el comandante Biedermann (fotografía de la página anterior).

ROMAN KARL SCHOLZ



HUBERT ZIEGLER



RICHARD BERNASCHEK





Al debilitarse el poder de Hitler y vislumbrarse la derrota, su sistema de alianzas corrió idéntica suerte. El 23 de agosto de 1944 se produjo la defección de Rumania. Dos días después, el nuevo Gabinete declaró la guerra a Alemania. El 8 de septiembre siguió el ejemplo Bulgaria. En Hungría, el regente Horthy (abajo, en 1942, pasando revista a las tropas junto con Hitler), que en octubre de 1944 trató de pactar con los aliados, fue obligado a dimitir e internado en Alemania. Con todo, el 20 de febrero de 1945 se concluyó el armisticio con los aliados y Hungría declaró la guerra a Alemania. Arriba: Sachadanov y el ministro de Asuntos Exteriores soviético, Molotov, en la firma del Tratado de Paz entre Finlandia y la Unión Soviética, el 19 de septiembre de 1944, en Moscú. Con ello, Finlandia se desligaba del Tercer Reich. Al contrario de Rumania, Bulgaria y Hungría, los finlandeses lograrían escapar de la zona de influencia del comunismo ruso.

Poco antes de la llegada de las tropas rusas a Praga el 9 de mayo de 1945, estalló la rebelión contra los alemanes. No hubo piedad para ellos: soldados y paisanos, mujeres y niños sufrieron las consecuencias del odio acumulado por los checos. La sublevación se convirtió en una cruel y sangrienta venganza contra todo lo alemán. Abajo: Un miembro de la policía alemana es conducido al lugar de la ejecución por los patriotas checos. Arriba: Lucha en las calles de Praga. Los checos, armados de fusiles, revólveres, hachas, cuchillos y hoces, ajustaron las cuentas con los alemanes.



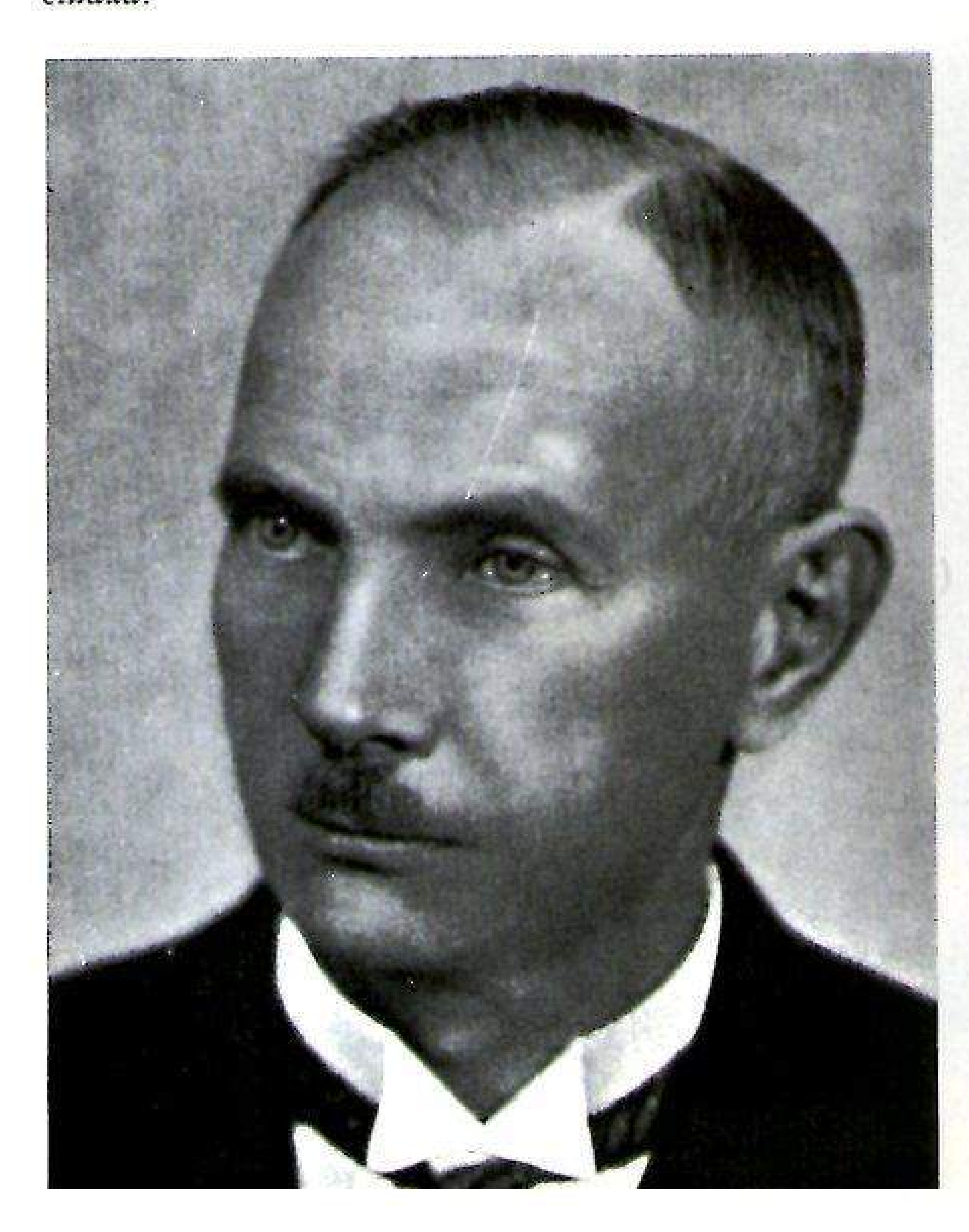
Aun cuando resultaba evidente que la guerra estaba ya perdida, Hitler no quería ceder. Su fanatismo, rayano en la locura, ignoraba los términos medios. Victoria o hundimiento, sin tener en cuenta los sufrimientos del pueblo alemán. Abajo: Dos soldados en una trinchera. Niños y ancianos fueron sacrificados en la defensa de Berlín, perdida de antemano. Izquierda: En los postreros días de la guerra, cientos de soldados alemanes que no deseaban continuar la inútil lucha, fueron declarados reos de alta traición y fusilados por los pelotones de ejecución o colgados de las farolas y de los árboles. Página siguiente, arriba, izquierda: Albert Speer, ministro de Armamento y Municiones (en la fotografía inspecciona un carro soviético capturado "T-34", protestó ante Hitler por la orden de éste de convertir a Alemania en un montón de escombros: "La destrucción sistemática de las instalaciones vitales para nuestro pueblo constituye una gran injusticia para nuestros conciudadanos. Lo que se ha erigido con el esfuerzo de tantos generaciones no puede arrasarse sin más". Pero otros "grandes" del Tercer Reich no imitaron el ejemplo de Speer. El gauleiter Hanke (página siguiente, arriba, derecha), exigió a los moradores de Breslau que defendieran la ciudad "hasta la muerte", en tanto que él se ponía a salvo en avión.







Abajo, izquierda: El ex alcalde socialdemócrata de Penzberg, Hans Rummer, al tener noticia de que la jefatura local del partido proyectaba destruir, antes de la llegada de los aliados, los depósitos de agua vitales para las instalaciones mineras de la población, se dirigió a la alcaldía con un pequeño grupo y destituyó al primer edil. La mayor parte de los habitantes de Penzberg aprobaron la formación de un nuevo Ayuntamiento con miembros del antiguo partido socialdemócrata, del partido popular bávaro y del comunista. Pero un regimiento de infantería llegado a Penzberg ocupó el edificio de la Casa Consistorial, ofreciendose incondicionalmente al gauleiter Giesler. Rummer y seis de sus camaradas fueron detenidos y fusilados el 28 de abril de 1945 por un pelotón de ejecución. Abajo, derecha: A fin de evitar sufrimientos inútiles a la población de Dresde, el doctor Rainer Fetscher salió al encuentro de las tropas soviéticas enarbolando la bandera blanca. El 8 de mayo de 1945 era fusilado por las SS. La población ha honrado su memoria dando su nombre a una plaza y a una calle de la ciudad.





Conmemoraciones, conferencias y exposiciones recuerdan al público los sufrimientos y las víctimas entre los miembros de la resistencia en Alemania durante la dictadura nacionalsocialista, tanto en el país como en los territorios ocupados, en Europa. Arriba: 28. de octubre de 1960. "Es deber de los pueblos libres velar por la paz y seguridad del mundo", manifestó el entonces canciller federal, doctor Adenauer, con ocasión del VI Congreso de la "Liga internacional de resistentes democráticos e instituciones perseguidas". El lema del Congreso era: "La libertad, espina dorsal de Europa". A él asistieron delegados de Holanda, Bélgica, Luxemburgo, Francia, Italia, Austria, Dinamarca e Israel. Abajo: "La rebelión de la conciencia", exhibición de fotografías y documentos de la resistencia alemana. Sophie Scholl, Henning von Tresckow, Claus Schenk, conde Von Stauffenberg, Dietrich von Bonhoeffer, el obispo conde Von Galen y Ludwig Beck ... Todos ellos tenían algo en común, pese a sus diferencias: Estaban dispuestos a alzar la voz contra la injusticia nazi, incluso a riesgo de perder la vida.


L130